



La
BIBLIA
Popular

Génesis

Éxodo

Levítico

Números

Deuteronomio

Josué

Jueces

Ernst H. Wendland

La Biblia Popular

LOREN A. SCHALLER

Editor General y Editor del Manuscrito

John C. Jeske

Editor del Antiguo Testamento

Éxodo

Ernst H. Wendland

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Tanto la ilustración de la cubierta como las ilustraciones en el interior del libro fueron realizadas por James Tissot (1836 a 1902). Los dibujos fueron hechos por Linda Taylor, artista de la Editorial Northwestern. El mapa del éxodo fue dibujado para este libro por el Dr. John C. Lawrenz, de Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Derechos Reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o archivada, ni transmitida por ningún medio — ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado o de cualquier otra forma — sin permiso de la editorial, excepto si se trata de breves citas para revisión.

Texto bíblico:

Versión Reina-Valera 95 ®

© Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.

Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

1ª Impresión en español, 1989

Revisión y 2ª impresión en español, 1998

3ª Impresión en español, 2010

1ª Impresión digital, 2011

Library of Congress Card 89-62841
Northwestern Publishing House
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226 3284
© 1998 por Northwestern Publishing House
Publicado en 1998
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0-8100-0318-X

CONTENIDO

<i>Prefacio del Editor</i>	v
<i>Prefacio a la edición en español</i>	vii
Introducción	1
LA LIBERACIÓN DEL PUEBLO DEL PACTO Y SU SALIDA DE EGIPTO	7
El nacimiento de Moisés	13
Moisés y la zarza ardiente	20
Moisés vuelve a Egipto	31
Las plagas	44
La Pascua	71
Israel cruza el Mar Rojo	89
El canto de Moisés	94
Maná y codornices	104
Agua de la roca	108
La derrota de Amalec en Refidim	111
EL ESTABLECIMIENTO DEL PACTO DE JEHOVÁ CON ISRAEL	119
En el monte Sinái	119
Los Diez Mandamientos	128
Leyes sobre actos de violencia	137
Leyes sobre la protección de la propiedad	140
Las tres fiestas anuales	147
LA ENTRADA AL LUGAR DEL PACTO — EL TABERNÁCULO	158
El arca del pacto	164
El marco del tabernáculo	174
El becerro de oro	212
El sermón sobre el nombre del Señor	232
El rostro resplandeciente de Moisés	238
“Levanta el tabernáculo”	263

ILUSTRACIONES

Las plagas	57
La danza gozosa de María	101
Moisés con los Diez Mandamientos	134
El arca del pacto	170
El becerro de oro.....	224
El tabernáculo	254
Mapa del Éxodo.....	272

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es precisamente lo que su nombre implica: un comentario bíblico para el pueblo. Incluye el texto completo de las Sagradas Escrituras usando la Versión Reina-Valera 95. Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen el trasfondo histórico, explicaciones del texto y aplicaciones personales.

Los autores de La Biblia Popular son eruditos que tienen un discernimiento intelectual práctico, adquirido en años de experiencia en la enseñanza y la prédica ministeriales. Han intentado evitar el vocabulario técnico que ha hecho que otras series de comentarios sean material solamente útil para estudiosos profesionales de la Biblia.

La característica más importante de estos libros es que tienen como centro a Cristo. Hablando de las Escrituras del Antiguo Testamento, Jesús mismo dijo: “Ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de La Biblia Popular dirige nuestra atención a Jesucristo quien es el centro de toda la Biblia, nuestro único Salvador.

Los comentarios cuentan con mapas, ilustraciones e incluso información arqueológica, cuando es apropiado. Todos los libros disponen de encabezamientos en las páginas, que permiten que el lector encuentre fácilmente el pasaje que busca.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión sobre Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Es nuestra oración que este empeño continúe tal como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bien de su pueblo.

Loren Schaller

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

presente edición en español se basa en la Versión Reina-Valera 95. Agradecemos a las Sociedades Bíblicas Unidas por permitirnos utilizar esta versión de la Biblia.

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente alterados del libro original para adaptarlos mejor a la Versión Reina-Valera 95. En algunos lugares en que el comentario implicaría un cambio importante en su significado, si el comentario se basa en la Reina-Valera, ofrecemos nuestra propia traducción del texto inglés de la New International Version y la identificamos así.

Este volumen fue traducido por los misioneros Mark Goeglein, Larry Schlomer y Otoniel Rodríguez. La Sra. Albian Teigen, natural de Lima Perú y esposa de un pastor que trabaja en Mankato, Minnesota, hizo la revisión de este libro. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

Adviento de 1997
Paul Hartman, director
Publicaciones para Latinoamérica – SELW
El Paso, TX

INTRODUCCIÓN

Éxodo es el segundo libro escrito por Moisés como parte del Pentateuco, que es el nombre dado a los primeros cinco libros de la Biblia. Génesis, el primer libro del Pentateuco escrito por Moisés, termina con el traslado del patriarca Jacob y su familia a la tierra de Egipto y con la muerte de su hijo José. Fue por medio de la intervención de José durante un tiempo de hambruna que este traslado se llevó a cabo.

El libro del Éxodo continúa la historia de los descendientes de Jacob a partir de donde termina el libro del Génesis. Ahora a los descendientes de Jacob ya se les llama israelitas. En los primeros versículos del Éxodo, se menciona nuevamente a los hijos de Jacob. Luego siguen las palabras: “Murieron José, todos sus hermanos y toda aquella generación. Pero los hijos de Israel fructificaron y se multiplicaron, llegaron a ser numerosos y fuertes en extremo, y se llenó de ellos la tierra” (1:6,7). Mientras estos versículos, establecen un puente entre los dos primeros libros de la Biblia, al mismo tiempo cubren un espacio de tiempo de varios centenares de años y nos presentan una situación completamente nueva en la historia de la salvación del pueblo de Dios. El Éxodo presenta los acontecimientos importantes que siguen a la larga estadía de los israelitas en Egipto, una permanencia que en total duró 430 años, como nos lo dice Éxodo 12:40.

Nombre

El nombre “Éxodo” viene de la traducción del Antiguo Testamento al idioma griego, traducción conocida como la Septuaginta, que data del año 285 a.C. Éxodo quiere decir “partida” o “salida”. Aunque el libro trata de la salida del pueblo de Israel de la tierra de Egipto para poder volver a la tierra prometida de Canaán, el nombre “Éxodo” no indica el significado principal del libro dentro del cuadro completo de la historia de

salvación provista por Dios. Esto se explicará más adelante en esta introducción.

Autor

No es necesaria ninguna prueba detallada para demostrar que Moisés escribió todo el Pentateuco, incluyendo el Éxodo. Sin embargo, para que no haya ninguna duda en cuanto a nuestra posición al respecto, sería conveniente repasar algunos puntos para aclarar el asunto.

Jesús, que con frecuencia usaba los escritos del Antiguo Testamento para respaldar sus enseñanzas, se refirió a la “Ley de Moisés” como una de las tres divisiones de las Escrituras que daban testimonio de él: “Era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos” (Lucas 24:44). De esta triple división que hace Jesús del Antiguo Testamento, se deduce claramente que él usó la expresión “Ley de Moisés” para referirse a todo el Pentateuco. En otro momento de su ministerio, Jesús desafió a los judíos incrédulos de su tiempo con las palabras escritas en Juan 5:46: “Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él”. Es así que Jesús señaló específicamente a Moisés como el autor de los cinco primeros libros de la Biblia.

De todos los libros del Pentateuco, es el Éxodo el que presenta la historia del nacimiento de Moisés y de sus actividades como el líder escogido por Dios para liberar a su pueblo. Además, el contenido del libro muestra que el autor es una persona que está completamente familiarizada con las costumbres egipcias, con los nombres y dioses de Egipto, así como con las condiciones atmosféricas y geográficas. La descripción de la salida de los israelitas de Egipto y también los detalles de sus viajes en el desierto hacia el Sinaí son las de un testigo ocular. Así que, cuando leemos en el libro mismo que el Señor mandó a Moisés escribir en un pergamino los varios acontecimientos (Éxodo 17:14), y que

“Moisés escribió todas las palabras de Jehová” (Éxodo 24:4), estamos seguros de que el autor de Éxodo no puede ser otro que Moisés mismo.

Contenido y propósito

Durante su permanencia de 430 años en Egipto, los israelitas llegaron a ser una gran nación, contando con 600.000 hombres sin incluir a las mujeres y los niños. Sin embargo, los que en alguna ocasión habían sido huéspedes del faraón en la época de José, se convirtieron en un pueblo oprimido y odiado. Después de describir brevemente esta situación, el Éxodo nos presenta a Moisés, el libertador llamado por Dios para guiar a su pueblo fuera del cautiverio y llevarlo de regreso a la tierra prometida (capítulos 2 y 3). El resto del libro (capítulos 4-40) presenta un relato detallado de los acontecimientos que tuvieron lugar durante un período de menos de dos años. Este período de aproximadamente dos años cubre las negociaciones entre Moisés y el faraón para librar a los israelitas de la esclavitud, y continúa con el relato del primer año de su viaje, camino a Canaán.

Un acontecimiento de gran significado en la historia de la salvación de Israel, tuvo lugar poco tiempo después de que fue liberado de la esclavitud. El Señor de toda la tierra adoptó a Israel como su propio pueblo, por medio de quien iba a cumplir la promesa del Salvador. Consagró a ese pueblo como la nación del pacto. Llegó a un acuerdo solemne con ellos en el monte Sinaí. Esto constituye el centro mismo del Éxodo. Las leyes y las normas que Dios estableció respecto al convenio del pacto entre él e Israel constituyen el contenido de la mayor parte del libro.

Bosquejo del contenido

El tema central de la consagración de Israel como la nación del pacto con Dios nos proporciona el bosquejo básico que vamos

a seguir en el estudio del Éxodo

Pacto de Jehová con el pueblo de Israel

- I. La liberación del pueblo del pacto y su salida de Egipto (capítulos 1-18)
- II. El establecimiento del pacto de Jehová con Israel (capítulos 19-24)
- III. La entrada en el lugar del pacto — el tabernáculo (capítulos 25-40)

Según este bosquejo, el pacto de Jehová, el Dios-Salvador, con Israel su pueblo escogido, recibe el énfasis que merece.

Los primeros 18 capítulos del Éxodo son preliminares al establecimiento del pacto en el Sinaí. Presentan el nacimiento y el llamamiento de Moisés, las negociaciones entre Moisés y el faraón en cuanto a la liberación de Israel de la esclavitud, las plagas, la institución de la fiesta de la Pascua, el éxodo mismo, el paso de Israel por el Mar Rojo y por el desierto hacia el monte Sinaí, la montaña de Dios.

Los seis capítulos siguientes, 19-24, nos relatan el establecimiento del pacto mismo en el Sinaí, los preparativos inmediatos para su declaración, las reglas que se expresan en los Diez Mandamientos, y las ordenanzas fundamentales en cuanto a la vida de Israel como el pueblo del pacto, y su ratificación formal.

Comenzando con el capítulo 25, tenemos las instrucciones que Dios les dio en cuanto a la construcción y la disposición del tabernáculo, el lugar central del pacto como el lugar de la morada de Jehová en Israel. La obra que apenas comienza para la construcción del tabernáculo es interrumpida por el incidente de la adoración que le rindió Israel al becerro de oro. Pero, después de la intercesión de Moisés, se renueva el pacto, se edifica el tabernáculo, y el libro termina con una solemne dedicación cuando “la gloria de Jehová llenó el Tabernáculo” (40:34).

Situación histórica

Los estudiosos e historiadores de la Biblia han debatido durante muchos años la cuestión de dónde encajan en la historia del mundo los acontecimientos que se registran en el Éxodo. ¿Quién es el “nuevo rey” que se menciona en el primer capítulo del Éxodo “que no conocía a José”? ¿Cuál faraón oprimió a los israelitas? ¿A quién le rogaba Moisés que dejara ir al pueblo de Dios? Todas esas preguntas están relacionadas con la fecha precisa en la que los israelitas salieron de Egipto. La decisión en cuanto a la exactitud de la fecha ha causado mucha controversia.

Nuestra posición en lo que se refiere a la fecha del éxodo está influenciada principalmente por las Escrituras mismas. En 1 Reyes 6:1, se nos dice que Salomón comenzó a edificar el templo del Señor en el cuarto año de su reinado en Israel, y que eso ocurrió “en el año cuatrocientos ochenta después que los hijos de Israel salieron de Egipto”. Gracias a los descubrimientos arqueológicos, especialmente de una lista de epónimos u oficiales asirios, los historiadores están de acuerdo en que el cuarto año del reinado de Salomón fue, más o menos, el año 966 a.C. Sumándole a esto los 480 años, nos da el año 1446 a.C. como la fecha del éxodo de Israel. Mientras que algunos estudiosos prefieren seguir los hallazgos arqueológicos de Nelson Glueck y de Kathleen Kenyon, que parecen apoyar una fecha más reciente, también hay arqueólogos como John Garstang que favorecen la fecha más temprana sugerida en la referencia de 1 Reyes. Por supuesto, preferimos seguir la fecha que encaja mejor con la cronología de las Escrituras.

Siguiendo la línea anterior de pensamiento, el “nuevo rey que no conocía a José” habría venido de la dinastía que expulsó a los hicsos, una tribu semítica que reinaba en Egipto en el siglo XVI a.C. Históricamente, la dinastía que expulsó a los hicsos debió haber sido de la época del Reino Nuevo, que gobernó aproximadamente entre los años 1500 a.C. a 1085 a.C.

Según estos cálculos, el faraón de la opresión debió ser Tutmes III, que reinó aproximadamente de 1500 a 1450 a.C., y el faraón del éxodo debió ser Amenofis o Amenhotep II, que reinó del año 1450 a 1425 a.C. Como cabría esperar, los archivos egipcios no hablan de ningún acontecimiento como el éxodo, porque hablaría desfavorablemente del poder y de la gloria de Egipto.

Mencionamos estos nombres y estas fechas como asunto de interés histórico, y no con absoluta certeza. Aunque los hallazgos arqueológicos pueden proporcionar información interesante acerca de las verdades bíblicas, no pueden determinar esta verdad para nosotros. Donde las Escrituras nos dan una información histórica específica, como en el caso de 1 Reyes 6:1, la aceptamos como verdad.

Sobre todo, estos asuntos no deben restarle valor al propósito por el que nuestro Dios-Salvador le dio este registro inspirado a Moisés, es decir, el de enfatizar la importancia del pacto que había hecho con su pueblo Israel. Este es el tema del Éxodo.

PARTE I

LA LIBERACIÓN DEL PUEBLO DEL PACTO Y SU SALIDA DE EGIPTO

ÉXODO 1

De Génesis a Éxodo

Éxodo 1:1-7

¹ Éstos son los nombres de los hijos de Israel que entraron en Egipto con Jacob, cada uno con su familia: ² Rubén, Simeón, Leví, Judá, ³ Isacar, Zabulón, Benjamín, ⁴ Dan, Neftalí, Gad y Aser. ⁵ Todas las personas de la descendencia de Jacob fueron setenta. José ya estaba en Egipto.

⁶ Murieron José, todos sus hermanos y toda aquella generación. ⁷ Pero los hijos de Israel fructificaron y se multiplicaron, llegaron a ser numerosos y fuertes en extremo, y se llenó de ellos la tierra.

Los primeros versículos del Éxodo constituyen un eslabón excelente entre el Génesis y el Éxodo. Los últimos capítulos del Génesis narran el traslado de la familia de Jacob a Egipto en el tiempo de la gran hambruna. Aquí se repite una referencia a ese traslado. Los hijos de Jacob son enumerados según la madre, primero los de Lea y Raquel, luego los de las concubinas Zilpa y Bilha. Es evidente que José ya estaba en Egipto. El número total de 70 descendientes que se enumeran aquí concuerda con la cantidad que se había dado antes en Génesis 46:27.

Entonces vemos que, en breve, la escena está lista para lo que sigue. Sabemos que la generación que acabamos de mencionar ya había muerto. Las generaciones que siguieron experimentaron un aumento extraordinario. La tierra de Gosén, donde se habían establecido, estaba llena de los israelitas. La palabra que le habló Dios a Abraham en Génesis 22:17 se cumplió: “De cierto te

bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar”. Sabemos que habían transcurrido varios siglos durante los cuales tuvo lugar ese crecimiento espectacular, siglos que pasaron en una tierra extranjera y en circunstancias únicas. Sabemos muy poco de esta época de crecimiento, ya que los registros contienen muy poca información sobre eso. Sin embargo, podemos ver en este desarrollo único el plan de Dios de preparar para él mismo una nación aparte de las otras naciones, una nación que se iba a convertir en el pueblo de su pacto. El pueblo egipcio despreciaba a los pastores, y los israelitas eran esencialmente pastores. Como consecuencia, los israelitas llevaron durante siglos una existencia separada, lo que era exactamente el plan de Dios durante estos años formativos de su desarrollo como nación.

Nos detenemos a considerar lo que esto debe haber significado para el pueblo de Dios. Este período de tiempo de la historia de Israel abarca varios siglos. En la mayoría de los países de Latinoamérica apenas celebramos tres o cuatro siglos de existencia. Con frecuencia los fieles israelitas se deben haber preguntado durante todos estos años: “¿Qué pasa con la promesa que Dios les hizo a nuestros padres: Abraham, Isaac y Jacob? Somos forasteros en una tierra extranjera. Esta no es la tierra prometida. ¡Nuestra situación actual no concuerda con lo que Dios dijo que tenía planeado para nosotros!”

Hasta donde podemos ver, los israelitas todavía llevaban a cabo la circuncisión, que era la señal del pacto de Dios con Abraham. Le ofrecían sacrificios al Señor; guardaban el día sábado, el día de reposo, como un día de adoración y de alabanza. No obstante, Dios se mantenía singularmente callado. No tenemos ninguna indicación de que él les hubiera hablado durante todo ese tiempo, tal como lo había hecho con los patriarcas. Sin embargo, sabemos que aun aquí Dios estaba cumpliendo diariamente la promesa que les hizo a sus padres: la de convertirlos en una gran nación. Su aislamiento en Egipto estaba sirviendo bien al plan de Dios.

Los cristianos de hoy somos extranjeros y forasteros en este mundo de pecado. Muchas veces, en momentos de soledad y angustia, nos preguntamos con el salmista: “¿Hasta cuándo, Jehová?” (Salmo 13:1). El cielo parece tan distante, y la voz consoladora de Dios no parece más que una promesa que no parece llegar a su cumplimiento.

¡Qué importante es recordar que Dios nunca abandonará su promesa, y que sus planes se cumplen según sus propósitos perfectos para nuestra salvación! Sí, ¡qué necesario es que siempre tengamos presente todo, especialmente cuando los problemas terrenales aumentan, y las fuerzas del mal de este mundo amenazan con destruirnos!

El tiempo de prueba de Israel en la angustia y en la persecución que experimentaron llegó a ser aun más amargo, tal como lo indican los versículos siguientes.

Los israelitas oprimidos

Éxodo 1:8-14

⁸Entretanto, se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José, y dijo a su pueblo: ⁹«Mirad, el pueblo de los hijos de Israel es más numeroso y fuerte que nosotros.

¹⁰Ahora, pues, seamos sabios para con él, para que no se multiplique y acontezca que, en caso de guerra, él también se una a nuestros enemigos para pelear contra nosotros, y se vaya de esta tierra.»

¹¹Entonces pusieron sobre ellos comisarios de tributos para que los oprimieran con sus cargas. Así edificaron para el faraón las ciudades de almacenaje, Pitón y Ramsés. ¹²Pero cuanto más los oprimían, tanto más se multiplicaban y crecían, de manera que los egipcios temían a los hijos de Israel.

¹³Los egipcios hicieron servir a los hijos de Israel con dureza, ¹⁴y amargaron su vida con dura servidumbre en la fabricación de barro y ladrillo, en toda labor del campo y en todo su servicio, al cual los obligaban con rigor.

Como se dijo en la introducción: “Se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José”. Probablemente ese había sido el fundador de una nueva dinastía. La historia de Egipto nos informa del establecimiento de un Nuevo Reino, más o menos en el año 1580 a.C., cuando fueron expulsados del país los invasores hicsos que habían causado tantos problemas y cuando Egipto entró en una de las épocas más prósperas de su desarrollo. Lo poco que sabemos de los hicsos nos lleva a pensar que no eran tan hostiles a los hebreos como lo eran los egipcios, ya que también eran extranjeros en esta tierra. Pero la situación cambió bruscamente con el surgimiento de la nueva dinastía egipcia, que ya no se sentía atada a ningún sentimiento de gratitud por lo que José había hecho por Egipto hacía ya mucho tiempo.

El “nuevo rey” consideraba al pueblo de Israel como una seria amenaza para su país y para su gobierno, e instituyó las duras leyes que se describen en los versículos antes citados para mantenerlos bajo control. Aunque les temía a los israelitas, al mismo tiempo no deseaba que abandonaran su país. Le eran muy valiosos como una fuente de trabajo gratuito para edificar las ciudades de almacenaje como Pitom y Ramsés. El plan del faraón, de que mediante esas duras leyes, el crecimiento de Israel disminuyera, falló miserablemente. Desde el punto de vista de Israel no es difícil imaginar que esta opresión sólo servía para aumentar el deseo de volver a su patria. Ese deseo podría haber menguado si su estadía en Egipto hubiera sido más placentera. Sabemos que Dios quería que su pueblo volviera a Canaán. Otra vez podemos ver claramente la mano de Dios a través de estos acontecimientos, aunque por el momento los israelitas tuvieron que enfrentar pruebas que fueron muy difíciles de sobrellevar.

En los versículos siguientes llega a ser muy evidente que fue el temor al Señor lo que sostuvo a Israel durante esos tiempos difíciles de prueba.

La opresión se intensifica

Éxodo 1:15-22

¹⁵ También habló el rey de Egipto a las parteras de las hebreas, una de las cuales se llamaba Sifra y la otra Fúa, y les dijo:

¹⁶—Cuando asistáis a las hebreas en sus partos, observad el sexo: si es hijo, matadlo; si es hija, dejadla vivir.

¹⁷ Pero las parteras temieron a Dios y no hicieron como les mandó el rey de Egipto, sino que preservaron la vida a los niños. ¹⁸ Entonces el rey de Egipto hizo llamar a las parteras, y les dijo:

—¿Por qué habéis hecho esto? ¿Por qué habéis preservado la vida a los niños?

¹⁹ Las parteras respondieron al faraón:

—Porque las mujeres hebreas no son como las egipcias; son robustas y dan a luz antes que llegue la partera.

²⁰ Dios favoreció a las parteras; el pueblo se multiplicó y se fortaleció mucho. ²¹ Y por haber las parteras temido a Dios, él prosperó sus familias.

²² Entonces el faraón dio a todo su pueblo esta orden: «Echad al río a todo hijo que nazca, y preservad la vida a toda hija.»

Sin duda, Sifra y Fúa eran las dos mujeres encargadas de ejercer el oficio de parteras entre las hebreas.

A veces surge la pregunta de si estas parteras estaban justificadas o no al engañar al rey con el pretexto de que las mujeres hebreas daban a luz tan rápido que sus hijos nacían antes de que las parteras pudieran llegar para asistir a su nacimiento. Por lo visto, las parteras simplemente se negaron a actuar como quería el rey. Obedecieron a Dios antes que a los hombres. No podían, en buena conciencia, cumplir con la ley homicida del rey. Y Dios las bendijo por esto, porque le temieron a él antes que al rey. Vemos que había un sentimiento de respeto temeroso por el Dios todopoderoso en el pueblo de Israel, aun después de tantos años

en una tierra extranjera y después de sufrir pruebas severas.

“Por haber... temido a Dios...” Nosotros también debemos recordar que en tiempos de pruebas graves y de tentaciones, el temor del Señor nos puede sostener. Este no es un temor servil al castigo. Más bien, de nuestra parte es un temor consciente de que Dios todavía está a nuestro lado, no importa cuán severa sea la aflicción que nos amenaza. Este respeto temeroso de su presencia traerá consigo una confianza como la de un niño que confía en que el poder de su padre prevalecerá, no importa cuán severa sea la amenaza del peligro.

Es claro que este temor al Señor en los creyentes puede incitar a los incrédulos a los peores actos de odio y de violencia. El faraón estaba decidido a mostrar su poder sobre estos israelitas que continuaban aumentando en número y que se convirtieron en una amenaza para su reino. Esta vez decretó abiertamente: “Echad al río a todo hijo que nazca”.

Pero aun este intento cruel intento de exterminar a Israel no sólo falló, sino que Dios lo usó para proteger a su pueblo, como vamos a ver en el capítulo siguiente del Éxodo.

El nacimiento de Moisés

Éxodo 2:1-10

¹ Un hombre de la familia de Leví fue y tomó por mujer a una hija de Leví, ² la que concibió y dio a luz un hijo. Al ver que era hermoso, lo tuvo escondido durante tres meses.

³ Pero no pudiendo ocultarlo más tiempo, tomó una canasta, la calafateó con asfalto y brea, colocó en ella al niño y la puso entre los juncos a la orilla del río. ⁴ Y una hermana suya se puso a lo lejos para ver lo que le acontecería.

⁵ La hija del faraón descendió a lavarse al río y, mientras sus doncellas se paseaban por la ribera del río, vio ella la canasta entre los juncos y envió una criada suya para que la tomara. ⁶ Cuando la abrió, vio al niño, que estaba llorando. Llena de compasión por él, exclamó:

—Éste es un niño de los hebreos.

⁷ Entonces la hermana del niño dijo a la hija del faraón: —¿Quieres que te llame a una nodriza de las hebreas para que te críe a este niño?

⁸ —Ve —respondió la hija del faraón.

La joven fue y llamó a la madre del niño, ⁹ a la cual dijo la hija del faraón:

—Llévate a este niño y críamelo; yo te lo pagaré.

La mujer tomó al niño y lo crió. ¹⁰ Y cuando el niño creció, se lo entregó a la hija del faraón, la cual lo crió como hijo suyo y le puso por nombre Moisés, diciendo: «Porque de las aguas lo saqué.»

Este capítulo se inicia con la presentación de Moisés mismo. En estos versículos nos cuenta la manera en que su vida fue protegida del decreto homicida del faraón. Los detalles de esta narración le son conocidos a todo niño de la escuela dominical, pero es importante recordar que Moisés narra aquí su propia historia, una historia que implica los actos de su familia movidos

por el temor de Dios. La suya verdaderamente fue una fe heroica. El autor de Hebreos dice: “Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres durante tres meses, porque vieron que el niño era hermoso y no temieron el decreto del rey” (Hebreos 11:23).

Los padres de Moisés tuvieron que echar mano de gran valor para tener hijos en esos tiempos tan peligrosos. María, la hermana mayor de Moisés, no estaba amenazada por el decreto del faraón. De alguna manera, los padres habían logrado conservar la vida de Aarón, el hermano mayor de Moisés. La madre de Moisés, cuyo nombre no se da en estos versículos, intuyó algo que le indicaba que su siguiente hijo no iba a ser un hijo común y corriente. El texto dice que “era hermoso” y saludable. Por tres meses fue posible esconder al bebé. Sin embargo, cuando ya se podía oír la voz del niño afuera de la casa, se hizo necesario encontrar otra manera de protegerlo.

Colocaron al bebé en una arquilla de juncos tejidos con tallos de papiro, calafateado con asfalto y brea, y lo situaron en un lugar protegido en el río Nilo. Al hacer esto, realmente pusieron al niño bajo el cuidado de Dios. ¿Escogieron los padres este lugar porque sabían que la hija del faraón solía bañarse allí? ¿Se hizo esto con la esperanza de que el bebé llegase a ser el hijo adoptivo de una princesa egipcia? Moisés no nos lo dice. Pero lo que tiene importancia es que el resultado del incidente fue idóneo para la preparación de uno que había sido escogido para ser el gran líder de Israel.

Se hicieron los arreglos para que la misma madre del niño fuera su nodriza. En esos días esto significaba un período como de tres años. La educación que un día iba a recibir el niño, como lo señaló Esteban en Hechos 7:22, sería “en toda la sabiduría de los egipcios”. Lo mejor de Egipto, en esos días, quería decir lo mejor del mundo, puesto que era una época en que los mejores y mayores logros de las ciencias se encontraban en Egipto. Esa fue exactamente la clase de preparación que era necesaria para la obra a la que Dios iba a llamar a Moisés. Ahora podemos ver la manera

en que Dios utilizó la sabiduría de los egipcios, los perseguidores de Israel, para llevar a cabo su poderoso acto de liberación.

Además, vemos en el texto que el nombre “Moisés” le fue dado por la hija del faraón. Aunque los estudiosos de la Biblia han intentado interpretar el significado de este nombre en muchas y muy distintas maneras, Moisés nos da su propia interpretación: “sacado del agua”. ¡Verdaderamente, fue también por medio de Moisés que Israel fue “sacado” de la esclavitud en Egipto!

Como información incidental de esta historia, es interesante notar el lugar importante que tenían los hijos en la familia israelita. Verdaderamente eran considerados como herencia del Señor. Los padres arriesgaban su propia vida para tener hijos y para protegerlos como la bendición terrenal más sublime que Dios nos da. ¡Qué contraste con la sociedad de nuestros días en la que muchos realmente asesinan estos regalos de Dios que todavía no han nacido y, con mucha frecuencia, simplemente porque no quieren tener hijos!

Lo que le pasó después a este niño dotado, que nació de la poco conocida tribu de Leví, nos lo dice la parte siguiente de este capítulo.

Moisés huye a Madián

Éxodo 2:11-15

¹¹ En aquellos días sucedió que, crecido ya Moisés, salió a visitar a sus hermanos. Los vio en sus duras tareas, y observó a un egipcio que golpeaba a uno de sus hermanos hebreos. ¹² Entonces miró a todas partes, y viendo que no había nadie, mató al egipcio y lo escondió en la arena. ¹³ Al día siguiente salió, vio a dos hebreos que reñían, y preguntó al que maltrataba al otro:

—¿Por qué golpeas a tu prójimo?

¹⁴ Él respondió:

—¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros? ¿Piensas matarme como mataste al egipcio?

Entonces Moisés tuvo miedo, y pensó: «Ciertamente esto

ha sido descubierto.»

¹⁵ Cuando el faraón oyó acerca de este hecho, procuró matar a Moisés; pero Moisés huyó de la presencia del faraón y habitó en la tierra de Madián. Allí se sentó junto a un pozo.

Según Hechos 7:23, Moisés tenía 40 años cuando huyó a Madián. No nos dice nada en cuanto al tiempo en que fue educado en la corte del faraón en toda la sabiduría de los egipcios. Sin embargo, durante todo este tiempo, Moisés no perdió de vista el hecho de que él era israelita. Su compasión estaba con su propio pueblo, que estaba siendo cruelmente oprimido como esclavo.

Muy pronto Moisés demostró que estaba del lado de su pueblo, como el texto nos lo cuenta. En su celo por defender a uno de sus compatriotas, mató a un egipcio. Fue un acto impulsivo, un pecado que no se puede aceptar. Las acciones de Moisés, “miró a todas partes” y “lo escondió en la arena”, muestran que Moisés mismo sabía que lo que había hecho era un crimen. Sin embargo, el hecho de que él había escogido estar de parte de su propio pueblo era un acto de fe, como lo afirma el autor de Hebreos: “Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de faraón, prefiriendo ser maltratado con el pueblo de Dios, antes que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el oprobio de Cristo que los tesoros de los egipcios” (Hebreos 11:24-26).

Con este violento acto en contra de un egipcio, Moisés “pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya”, como lo afirmó Esteban durante su juicio ante los judíos (Hechos 7:25). Ya en ese tiempo Moisés se vio a sí mismo como el libertador de su pueblo, pero pronto se percató de que su propio pueblo no estaba listo para ser liberado. Cuando intentó mediar en una disputa entre dos de su propio pueblo, sólo recibió una reacción negativa. También le hicieron saber a Moisés, que el asesinato que había cometido era bien conocido en la tierra. Eso lo llevó a darse cuenta de que estaba en un grave problema. Matar al egipcio había sido un acto de abierta rebelión. Por lo

tanto, para salvar su vida, Moisés huyó a una región muy remota de la península de Sinaí, donde vivía una rama del pueblo madianita, quienes trabajaban como pastores.

Ya en ese período temprano de su vida vemos a Moisés como hombre de gran valor y dedicación. No temía arriesgar su vida para ayudar a la causa de su pueblo. Les dio la espalda a todos los placeres terrenales que podría haber gozado como miembro adoptivo de la familia del faraón. Estaba convencido de que Dios quería usar sus servicios de alguna manera para librar a su pueblo de su situación desesperada. Sin embargo, su impulsivo acto de asesinato mostró una falta de juicio. Nos recuerda a Pedro cuando Jesús fue arrestado en Getsemaní. Pedro tomó su espada y le cortó la oreja a Malco, en su celo por salvar a Cristo.

Nosotros también podemos ser impacientes en nuestro celo por servir al Señor. Podemos tener las mejores intenciones. Lo que hacemos puede requerir gran valor, pero nunca nos podremos justificar al tratar de “ayudar a la causa del Señor” con una acción equivocada, no importa cuán “útil” pueda parecernos al momento de cometerla. El fin no justifica los medios.

Moisés necesitaba aprender a tener paciencia antes de que el Señor escogiera el tiempo propicio para la liberación de Israel. El capítulo siguiente de la vida de Moisés se desarrolla en lugar muy lejos de Egipto, donde iba a tener lugar el acto de liberación. ¡Este capítulo iba a demorar otros 40 años!

Moisés en la tierra de Madián

Éxodo 2:16-22

¹⁶ El sacerdote de Madián tenía siete hijas, que fueron a sacar agua para llenar las pilas y dar de beber a las ovejas de su padre. ¹⁷ Pero llegaron los pastores y las echaron de allí; entonces Moisés se levantó, las defendió y dio de beber a sus ovejas. ¹⁸ Cuando ellas volvieron junto a su padre Reuel, éste les preguntó:

—¿Por qué habéis venido hoy tan pronto?

¹⁹ —Un varón egipcio nos libró de manos de los pastores;

también nos sacó el agua y dio de beber a las ovejas — respondieron ellas.

²⁰ Preguntó entonces Reuel a sus hijas:

—¿Dónde está? ¿Por qué habéis dejado marchar a ese hombre? Llamadlo para que coma.

²¹ Moisés aceptó vivir en casa de aquel hombre; y éste dio a su hija Séfora por mujer a Moisés.

²² Ella le dio a luz un hijo, y él le puso por nombre Gerson, pues dijo: «Forastero soy en tierra ajena.»

Los madianitas, entre quienes Moisés buscó refugio en la península del Sinaí, eran descendientes de Abraham por medio de Cetura. Abraham se casó con ella después de la muerte de Sara, como leemos en Génesis 25. Aunque la mayor parte del pueblo madianita vivía al oriente de Canaán, la gente que se menciona aquí era una parte de la tribu que moraba más al sur y al oeste en esa área remota. Los madianitas eran un pueblo nómada, es decir, que se mudaba de un lugar a otro. Oiremos más de ellos especialmente durante el tiempo de los Jueces, en que invadieron la tierra de Canaán y afligieron grandemente al pueblo de Dios.

Reuel (también llamado Jetro en el próximo capítulo), el hombre a quien Moisés sirvió como pastor durante su estadía en esta tierra, era sacerdote. El nombre Reuel significa “amigo de Dios”. Su otro nombre “Jetro” probablemente designaba su rango o su posición en la tribu. Es difícil saber cuánto sabía Reuel del verdadero Dios en este tiempo de dificultad. Parece que posteriormente, por medio de Moisés, llegó a convertirse, y se sumó al culto del Dios de Israel.

En esta región, Moisés se casó con Séfora, una de las siete hijas de Reuel. El nombre que Moisés y Séfora le dieron a su hijo, Gerson, muestra que Moisés todavía se consideraba extranjero en ese pueblo, aunque había vivido entre ellos por cuarenta años. El nombre Gerson significa “extranjero” o “forastero”. Después, Dios bendijo a Moisés y a Séfora con otro hijo al que le dieron el

nombre de “Eleazar” que significa “Dios es una ayuda”. El nombre del segundo hijo indica que se había fortalecido la confianza de Moisés en su Señor.

Bien podemos imaginar lo difícil que fueron esos años para Moisés. ¡Sólo imagínese a este futuro gran líder sirviendo todos estos años como un humilde pastor! Pero, Moisés ciertamente aprendió lo que es la paciencia, así como también aprendió mucho en cuanto a la tierra por la cual tendría que guiar al pueblo de Dios. Dios estaba preparando, probando, y fortaleciendo a Moisés para los años futuros, aunque por el momento le debió haber sido difícil apreciar eso. Cuando Dios lo creyó conveniente, llamó a su líder escogido.

Las personas que sirven a Dios en una forma especial, con frecuencia encuentran difícil apreciar el propósito de Dios para ellos, especialmente cuando prestan ese servicio en un área remota donde sus labores son muy poco apreciadas y tal vez no reciben ningún reconocimiento. Pero Dios siempre sabe lo que hace. Cuando él lo considere conveniente, llamará a sus siervos por medio de la iglesia a lugares de mayor responsabilidad. Mientras tanto, los siervos de Dios aprenden a tener paciencia cuando rinden un servicio fiel, dondequiera que sea.

Preocupación de Dios por su pueblo

Éxodo 2:23-25

²³ Aconteció que después de muchos días murió el rey de Egipto. Los hijos de Israel, que gemían a causa de la servidumbre, clamaron; y subió a Dios el clamor de ellos desde lo profundo de su servidumbre. ²⁴ Dios oyó el gemido de ellos y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. ²⁵ Y miró Dios a los hijos de Israel, y conoció su condición.

Estos versículos sirven como un puente para lo que veremos en el próximo capítulo. La escena ya está preparada para que el Dios Salvador haga conocer su presencia ante su pueblo de maneras extraordinarias.

La muerte del rey de Egipto significó que ya no existía nada que impidiera el regreso de Moisés. Cuando el texto dice que Dios “se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob”, sabemos que Dios nunca se olvidó de esas promesas. Dios siempre es el mismo, y siempre sabe todas las cosas. Esta es la manera que usa el autor sagrado para explicar que Dios ya había decidido intervenir a favor de su pueblo. La amorosa preocupación de Dios lo lleva ahora a actuar apropiadamente en el tiempo correcto.

Se nos dice cuál es esta acción en el capítulo 3.

ÉXODO 3

Moisés y la zarza ardiente

Éxodo 3:1-13

¹ Apacentando Moisés las ovejas de su suegro Jetro, sacerdote de Madián, llevó las ovejas a través del desierto y llegó hasta Horeb, monte de Dios. ² Allí se le apareció el Ángel de Jehová en una llama de fuego, en medio de una zarza. Al fijarse, vio que la zarza ardía en fuego, pero la zarza no se consumía. ³ Entonces Moisés se dijo: «Iré ahora para contemplar esta gran visión, por qué causa la zarza no se quema.»

⁴ Cuando Jehová vio que él iba a mirar, lo llamó de en medio de la zarza:

—¡Moisés, Moisés!

—Aquí estoy —respondió él.

⁵ Dios le dijo:

—No te acerques; quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es.

⁶ Y añadió:

—Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.

Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios.

⁷ Dijo luego Jehová:

—**Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus opresores, pues he conocido sus angustias. ⁸ Por eso he descendido para librarlos de manos de los egipcios y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a una tierra que fluye leche y miel, a los lugares del cananeo, del heteo, del amorreo, del ferezeo, del heveo y del jebuseo. ⁹ El clamor, pues, de los hijos de Israel ha llegado ante mí, y también he visto la opresión con que los egipcios los oprimen. ¹⁰ Ven, por tanto, ahora, y te enviaré al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los hijos de Israel.**

¹¹ Entonces Moisés respondió a Dios:

—**¿Quién soy yo para que vaya al faraón y saque de Egipto a los hijos de Israel?**

¹² Dios le respondió:

—**Yo estaré contigo; y esto te será por señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte.**

¹³ Dijo Moisés a Dios:

—**Si voy a los hijos de Israel y les digo: “Jehová, el Dios de vuestros padres, me ha enviado a vosotros”, me preguntarán: “¿Cuál es su nombre?” Entonces ¿qué les responderé?**

En estos versículos, Moisés relata la manera en que Dios se le apareció, mientras pastoreaba el rebaño de su suegro, y cómo lo llamó para que sacara a los israelitas de Egipto. El lugar era Horeb, un cerro que formaba parte de una cadena de montañas que Moisés llamó el “monte de Dios”. Fue aquí en el monte Sinaí, en la cumbre de una de las montañas de Horeb, que posteriormente Dios les dio la ley a los israelitas.

Se relata que mientras Moisés apacentaba las ovejas, le apareció “el Ángel de Jehová”. La expresión “el Ángel de Jehová” se usa con frecuencia en el Antiguo Testamento para designar a la

segunda persona del Dios trino, antes de que viniera a este mundo en forma humana en Belén. A Agar se le apareció como hombre (Génesis 16:7); a Abraham como uno de los tres visitantes (Génesis 18:2) y como una voz del cielo (Génesis 22:11); a Josué como un comandante del ejército de Dios (Josué 5:14); a Balaam como un ángel con su espada desnuda en la mano (Números 22:22). En estos versículos, “el Ángel de Jehová”, “Dios” y “Jehová” se utilizan indistintamente, así que no puede haber ninguna duda de que “el Ángel de Jehová” significa Dios mismo en una manifestación especial de su presencia.

En esa situación, Dios se le apareció a Moisés en una zarza que ardía, pero que no se consumía. ¡Es seguro que ese fue un milagro de Dios! Al acercarse Moisés a esa visión poco usual, Dios lo llamó por su nombre, y le mandó quitarse las sandalias porque estaba pisando tierra santa. En esos días, cuando una persona entraba en un lugar santo como una iglesia, debía quitarse las sandalias, lo cual era señal de profundo respeto por aquel lugar. Primero Dios se dio a conocer a Moisés como “el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob”. Moisés no soportaba mirarlo. ¡Imagínese, el Dios que les había hablado a los antepasados de Israel, pero que por siglos había estado callado, ahora resulta que le estaba hablando a Moisés desde esta zarza ardiente!

Después Dios le asegura a Moisés que él iba a rescatar al pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto. Los iba a llevar a la tierra que le había sido prometida a Abraham, una tierra rica que “fluye leche y miel”. Y llamó a Moisés para que se presentara ante el faraón para sacar a los israelitas de Egipto.

Al oír las palabras de este texto, nosotros también debemos “quitarnos las sandalias”. Estamos a punto de acercarnos a una manifestación de Dios en uno de los pasajes más reveladores de todas las Escrituras. Con temor santo estamos en la presencia de Dios, el Dios que se nos revela en su Santa Palabra, el Dios que promete hacer cosas grandes y maravillosas por nosotros. No nos

sorprende en lo absoluto que Moisés reaccionara como oímos que lo hizo en los versículos siguientes.

Moisés, abrumado por esta aparición milagrosa de Dios, dice: “¿Quién soy yo para que vaya al faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel?” Este es un Moisés diferente. Muchos años antes de esto quiso hacerse cargo él solo de la tarea de libertador, cuando mató al egipcio e intentó mediar en una riña entre dos personas de su pueblo. Y ahora duda de su propia capacidad para hacer ese trabajo. ¡Cuarenta años como pastor de ovejas le habían enseñado lo que es la humildad!

Sin embargo, Dios le da seguridad a Moisés con la promesa: “Yo estaré contigo”. Incluso le da a Moisés una señal como fianza: “Cuando hayas sacado de Egipto al pueblo”, dice Dios, “serviréis a Dios sobre este monte”. Era en este mismo lugar en el que Israel iba a recibir la ley de Dios como su propio pueblo del pacto.

Luego Moisés le pregunta qué habría de decirles a los israelitas en caso de que ellos le pidieran el nombre del Dios de sus padres. También podemos comprender esta pregunta; después de todo, Moisés había estado ausente por cuarenta años. ¿Cómo podría hacer frente a todas las acusaciones de que no era más que un impostor? ¿Cómo podría identificar al verdadero Dios de una manera absolutamente convincente?

En la respuesta que leemos en los versículos que siguen, Dios le dice su nombre a Moisés de una manera maravillosa, una manera en que se identifica como el Dios sobre todos los dioses, el Dios en quien uno podía tener absoluta confianza. Sin duda, esta revelación del nombre de Dios es una de las más significativas de toda la Biblia.

Dios revela su nombre

Éxodo 3:14-15

¹⁴ Respondió Dios a Moisés:

—“Yo soy el que soy”.

Y añadió:

—Así dirás a los hijos de Israel: “Yo soy’ me envió a

vosotros”.

¹⁵ Además, Dios dijo a Moisés:

—Así dirás a los hijos de Israel: “Jehová, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros”. Éste es mi nombre para siempre; con él se me recordará por todos los siglos.

“Yo soy el que soy.” Esta es la propia revelación de Dios y de él mismo. Las palabras parecen tan sencillas. Sin embargo, hay un mundo de verdad en ellas acerca del Dios que habla de esta manera de sí mismo.

“YO SOY”, dice Dios. Él es un “YO”, es decir, un ser personal. No es simplemente una fuerza indefinida o un poder mágico en alguna parte de la naturaleza, como tantos creen. Como persona, él se compara a una persona que piensa, siente, habla, decide, actúa, al igual que otras personas.

“YO SOY EL QUE SOY.” Estas palabras también respiran un espíritu de independencia absoluta. Dios se mueve con una libertad sin límites. Como Pablo escribe en Romanos: “¿Quién entendió la mente del Señor? ¿o quién fue su consejero? ¿Quién le dio a él primero, para que le fuera recompensado? porque de él, por él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (11:34-36).

“YO SOY”, dice Dios. Dios es eterno, constante e inmutable. Las Escrituras se refieren a este “YO SOY” con mucha frecuencia. En el libro de Apocalipsis, Dios dice: “Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin... el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso” (1:8). En Juan 8:58, Jesús dice de sí mismo: “Antes que Abraham fuera, yo soy”. El autor de Hebreos, afirma que “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos” (13:8). Por medio del profeta Malaquías, Dios declara: “Yo, Jehová, no cambio” (3:6).

Para Moisés y para los israelitas, las cualidades que Dios revela aquí tenían el propósito de asegurarle al pueblo de Dios que

las promesas de gracia y misericordia que les fueron dadas a sus padres todavía eran vigentes. Dios no las había olvidado. Ahora estaba a punto de demostrarles que cada una de esas promesas de gracia iba a ser cumplida.

Los que están familiarizados con el idioma hebreo verán algo más de gran significado en el “YO SOY” de Dios. Las letras de la raíz hebrea para la expresión “yo soy” son las mismas letras que se usan en la palabra hebrea que traducimos como “Jehová”. La Nueva Versión Internacional lo traduce “SEÑOR”. Debido a que los judíos, más tarde en su historia, temían pronunciar este nombre tan santo, decían El Señor por el nombre Yahveh, cada vez que lo leían en voz alta.

Este nombre ya apareció en Génesis 2:4. También Dios lo usó cuando se reveló a Abraham. Este era el Dios del pacto, el Dios de gracia gratuita y fiel. Así que el “Yo soy el que soy” era la manera en que Dios les decía a Moisés y a los israelitas que él era el mismo Dios del pacto que en gracia y misericordia los había escogido para que fueran su pueblo, el Dios que con seguridad iba a cumplir todas las promesas que les había hecho.

En los versículos 14 y 15 de este texto, Dios relaciona íntimamente su “YO SOY” y el nombre “Jehová, el Dios de vuestros padres”, y dice: “Este es mi nombre para siempre; este es mi memorial por todos los siglos”

Con esa certeza él envía a Moisés para visitar a los ancianos de Israel, como lo vamos a ver en los versículos siguientes.

Las instrucciones de Jehová a Moisés

Éxodo 3:16-22

¹⁶Ve, reúne a los ancianos de Israel y diles: “Jehová, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, se me apareció y me dijo: En verdad os he visitado y he visto lo que se os hace en Egipto. ¹⁷Y he dicho: Yo os sacaré de la aflicción de Egipto a la tierra del cananeo, del heteo, del amorreo, del ferezeo, del heveo y del jebuseo, a una tierra que fluye leche y miel”. ¹⁸Ellos oirán tu voz; tú irás con los ancianos

de Israel al rey de Egipto y le dirás: “Jehová, el Dios de los hebreos, se nos ha manifestado; por tanto, nosotros iremos ahora tres días de camino por el desierto a ofrecer sacrificios a Jehová, nuestro Dios”.¹⁹ Yo sé que el rey de Egipto no os dejará ir sino por la fuerza.²⁰ Pero yo extenderé mi mano y heriré a Egipto con todas las maravillas que obraré en el país, y entonces os dejará ir.²¹ Yo haré que este pueblo halle gracia a los ojos de los egipcios, para que cuando salgáis no vayáis con las manos vacías,²² sino que cada mujer pedirá a su vecina, y a la que se hospeda en su casa, alhajas de plata, alhajas de oro y vestidos, los cuales pondréis sobre vuestros hijos y vuestras hijas. Así despojaréis a los egipcios.

Surgen varias preguntas al considerar estos versículos con más detalle.

Primero, ¿fue una manera de engañar al faraón pedirle que dejara a los israelitas hacer un viaje “camino de tres días por el desierto” para ofrecerle sacrificios al Señor? ¿Por qué no decirle al faraón de una buena vez que su verdadero propósito era el de la libertad permanente? La pregunta no es difícil de contestar. A Moisés se le había ordenado hacer una petición pequeña, era simplemente el primer paso, y mostraba una buena diplomacia. Al mismo tiempo indicaría cuáles eran los sentimientos de faraón en cuanto a su consideración por el pueblo de Dios.

Dios sabía de antemano, como le informó a Moisés, que el faraón se iba a oponer aun a esta modesta petición. Entonces, ¿por qué hacer petición alguna? Aquí Dios le informó a Moisés de antemano que en los acontecimientos que iban a seguir Dios revelaría su mano poderosa con milagros para obligar al faraón a que dejara ir al pueblo de Israel. La culpa de esto iba a caer en la obstinación del faraón, característica que mostraría desde el principio.

Por medio de esa demostración del poder de Dios, como también Dios lo predijo, los egipcios les iban a dar lo necesario, para que los israelitas no salieran de Egipto con las manos vacías.

Pero, ¿no era indigno del pueblo de Dios pedir regalos valiosos? ¿Cómo pudo recomendar Dios algo así? Sin embargo, al pensar en los muchos años de duro trabajo en Egipto, la petición no era tan irrazonable. (A propósito, la traducción de la Versión Autorizada en inglés, de que estos tesoros debían “pedirse prestados” de los egipcios, es inexacta. La palabra hebrea significa claramente “pedir”.) Según el plan de Dios, los israelitas iban a salir de Egipto como una nación conquistadora, llevando consigo el botín de una victoria que Dios les había concedido en su gracia.

Vemos la manera en que Dios le presentó su plan a Moisés. La respuesta de Moisés la veremos en el capítulo que sigue.

ÉXODO 4

Señales para Moisés

Éxodo 4:1-9

¹ Entonces Moisés respondió y dijo:

—Ellos no me creerán, ni oirán mi voz, pues dirán: “No se te ha aparecido Jehová.”

² —¿Qué es eso que tienes en tu mano? —le preguntó Jehová.

—Una vara —le respondió Moisés.

³ —Échala al suelo —le dijo Jehová.

Él la echó al suelo y se convirtió en una culebra; y Moisés huía de ella. **⁴ Entonces Jehová dijo a Moisés:**

—Extiende tu mano y tómalala por la cola.

Él extendió su mano y la tomó, y volvió a ser vara en su mano.

⁵ —Por esto creerán que se te ha aparecido Jehová, el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.

⁶ Le dijo además Jehová:

—Mete ahora tu mano en el seno.

Él metió la mano en su seno y, cuando la sacó, vio que su mano estaba leprosa como la nieve.

⁷ Le dijo Jehová:

—Vuelve a meter la mano en tu seno.

Él volvió a meter la mano en su seno, y al sacarla de nuevo del seno, vio que estaba como el resto de su carne.

⁸—Si acontece que no te creen ni obedecen a la voz de la primera señal, creerán a la voz de la segunda. ⁹Y si aún no creen a estas dos señales, ni oyen tu voz, tomarás de las aguas del río y las derramarás en tierra; y las aguas que saques del río se convertirán en sangre sobre la tierra.

Anteriormente Moisés había expresado humildad cuando se enfrentó a la comisión del Señor. Pero ahora que Jehová ya le había dado instrucciones específicas acerca de la manera en que había de ir al pueblo y al faraón para cumplir con su tarea, Moisés comenzó a llenarse de dudas. “Ellos no me creerán, porque dirán: No te ha aparecido Jehová.” Con esas palabras le expresa su preocupación al Señor. ¿Qué pasará si...? ¿Cuántas veces no se han llenado nuestro corazón y nuestra mente con todo tipo de preguntas al enfrentarnos con una tarea específica? Moisés no era distinto a ninguno de nosotros cuando llegamos al punto de enfrentarnos con la responsabilidad de llevar a cabo ciertos deberes que sabemos que el Señor quiere que hagamos. Quizá nuestra primera actitud sea de humildad; sin embargo, al acercarnos al momento de actuar empezamos a dudar de que alguien nos oiga. Ciertamente todos podemos recordar las ocasiones en que sabíamos que era nuestro deber dar testimonio de la fe delante de un incrédulo, ¡y cómo nos asaltaron las dudas de “¿qué pasará si...?!”

La respuesta que le dio Jehová a Moisés fue darle el poder de hacer unos milagros. Es la primera ocasión en que sabemos que el Señor le dio este poder a una persona para hacer milagros de esa forma. Abraham y Sara fueron bendecidos con Isaac cuando habían llegado a una edad en la que el nacimiento de un niño de

ambos era un milagro. José recibió de Dios el milagroso poder para interpretar sueños. Sin embargo, ésta es la primera vez en la historia bíblica que se concede el poder de hacer milagros de tal naturaleza.

Los milagros mismos (la vara de Moisés que cambia en serpiente; la mano que se le pone leprosa; el agua del Nilo que se convierte en sangre) han sido interpretados con toda clase de significados fantásticos. Unos dicen que la vara de Moisés representa su oficio de pastor de ovejas. Según otros, al echarla al suelo, Moisés muestra su disponibilidad a enfrentar los peligros. La mano leprosa, según dicen, representa la condición de esclavitud de Israel en Egipto. El río Nilo había llegado a ser un dios en Egipto, y convertir sus aguas en sangre demostró el poder de Moisés para destruir a los dioses del faraón.

Aunque estas explicaciones puedan parecer interesantes, preferimos quedarnos con la interpretación sencilla y directa de estas señales. Ellas fueron un testimonio tanto para Israel como para Egipto de que la presencia de Dios y su poder acompañaban a su mensajero escogido. ¿Cómo es posible que alguien viera estas señales y dudara de que Moisés fuera el representante mismo de Dios? Y Moisés ¿cómo pudo estar lleno de dudas en cuanto a su misión?

Sin embargo, Moisés no estaba satisfecho con la idea de que él debía ser el que cumpliera esta gran tarea, como vemos en los versículos que siguen.

¡Excusas, excusas!

Éxodo 4:10-17

¹⁰ **Entonces dijo Moisés a Jehová:**

—**¡Ay, Señor! nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes ni desde que tú hablas con tu siervo, porque soy tardo en el habla y torpe de lengua.**

¹¹ **Jehová le respondió:**

—**¿Quién dio la boca al hombre? ¿o quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo, Jehová?** ¹² **Ahora,**

pues, ve, que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de hablar.

¹³ Y él dijo:

—¡Ay, Señor! envía, te ruego, a cualquier otra persona.

¹⁴ Entonces Jehová se enojó contra Moisés, y dijo:

—¿No conozco yo a tu hermano Aarón, el levita, y que él habla bien? Él saldrá a recibirte, y al verte se alegrará en su corazón. ¹⁵ Tú le hablarás y pondrás en su boca las palabras, y yo estaré en tu boca y en la suya, y os enseñaré lo que habéis de hacer. ¹⁶ Él hablará por ti al pueblo; será como tu boca, y tú ocuparás para él el lugar de Dios. ¹⁷ Y tomarás en tu mano esta vara, con la cual harás las señales.

A medida que se acerca el tiempo de enfrentarse a los israelitas y al faraón, parece que a Moisés se le hace cada vez más difícil encontrar excusas. Usa su falta de elocuencia y lo lento de su hablar como una razón para decir que no está bien preparado para desempeñar su tarea. Nuevamente, la excusa equivale a dudar de la capacidad de Dios para darle la facilidad de palabra adecuada para su misión, como el Señor inmediatamente le señala a Moisés, cuando le pregunta: “¿Quién dio la boca al hombre? ... Ahora pues, ve... y te enseñaré lo que has de hablar”.

Por fin Moisés le ruega al Señor que envíe a otro en su lugar. Y con esto expresa el motivo verdadero que está detrás de todas estas excusas: él simplemente no quiere ir.

No nos sorprende que Jehová se haya enojado contra Moisés, pero no se menciona exactamente cómo expresó Dios este enojo. Sin embargo, aun el Dios airado, el Dios que no se desviará de su camino a causa de pobres excusas, le muestra su compasión a Moisés al dirigir su atención a su hermano Aarón que lo iba a acompañar en esta difícil misión y hablar por él. Finalmente, Jehová le manda a Moisés que lleve consigo su vara en la mano y haga el trabajo que le ha sido asignado, asegurándole que puede contar con la ayuda del Señor para hacer milagros.

Este relato de Moisés con respecto a él mismo debe servir de estímulo para cualquiera que por medio de la iglesia reciba un llamamiento al ministerio público o que haya sido escogido para alguna misión especial en la obra del Señor. En Números 12:3, Moisés describió a sí mismo como “muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra”. La humildad es una de las virtudes más elevadas en el servicio al Señor. Pero los sentimientos de humildad no deben llevarnos a inventar toda clase de pretextos cuando el Señor nos llama a hacer alguna tarea especial. ¿Qué persona es por naturaleza digna de hacer la tarea del Señor? ¿Quién es adecuado para servir como representante del Señor? Sin embargo, podemos confiar en que el Señor que da el mensaje y que nos llama a hacer su trabajo, también nos dará la fuerza necesaria para llevar a cabo sus mandatos. Es en este espíritu que decimos: “¡Heme aquí, envíame a mí!” (Isaías 6:8).

Moisés vuelve a Egipto

Éxodo 4:18-31

¹⁸ Así se fue Moisés, regresó junto a su suegro Jetro y le dijo:

—Me iré ahora y volveré a Egipto, a donde están mis hermanos, para ver si aún viven.

—Ve en paz —dijo Jetro a Moisés.

¹⁹ Dijo también Jehová a Moisés en Madián:

—Regresa a Egipto, porque han muerto todos los que procuraban tu muerte.

²⁰ Entonces Moisés tomó a su mujer y a sus hijos, los puso sobre un asno y volvió a la tierra de Egipto. Tomó también Moisés la vara de Dios en su mano. ²¹ Y Jehová le dijo:

—Cuando hayas vuelto a Egipto, ocúpate de hacer delante del faraón todas las maravillas que he puesto en tus manos; pero yo endureceré su corazón, de modo que no dejará ir al pueblo. ²² Entonces dirás al faraón: “Jehová ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito. ²³ Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo, para que me sirva; pero si te niegas a

dejarlo ir, yo mataré a tu hijo, a tu primogénito.”

²⁴ Aconteció que, en el camino, Jehová le salió al encuentro en una posada y quiso matarlo. ²⁵ Entonces Séfora tomó un pedernal afilado, cortó el prepucio de su hijo y lo echó a los pies de Moisés, diciendo:

—A la verdad, tú eres mi esposo de sangre.

²⁶ Luego Jehová lo dejó ir. Ella había dicho: «Esposo de sangre», a causa de la circuncisión.

²⁷ Jehová dijo a Aarón:

—Ve a recibir a Moisés al desierto.

Él fue, lo encontró en el monte de Dios y lo besó.

²⁸ Entonces contó Moisés a Aarón todas las palabras que le enviaba Jehová, y todas las señales que le había dado.

²⁹ Fueron, pues, Moisés y Aarón, y reunieron a todos los ancianos de los hijos de Israel. ³⁰ Aarón les contó todas las cosas que Jehová había dicho a Moisés, e hizo las señales delante de los ojos del pueblo.

³¹ El pueblo creyó, y al oír que Jehová había visitado a los hijos de Israel y que había visto su aflicción, se inclinaron y adoraron.

Habiendo recibido el consentimiento de su suegro, Jetro, para volver a Egipto, leemos: “Entonces Moisés tomó su mujer y sus hijos, y los puso sobre un asno, y volvió a tierra de Egipto. Tomó también Moisés la vara de Dios en su mano.” ¡Qué espectáculo tan absurdo! Un hombre y su mujer viajando con sus dos hijos por un camino del desierto rumbo a Egipto, con un asno como bestia de carga y una vara de pastor como arma. ¿Es posible que estos pobres viajeros fueran con la misión de guiar a toda una nación fuera de Egipto contra la voluntad del gobernador más poderoso de la tierra? ¡Sí, así era! ¡La “vara de Dios” estaba en la mano de Moisés!

Nuevamente, durante el camino el Señor le advirtió a Moisés que el faraón no iba a estar de acuerdo en permitir que los israelitas salieran de Egipto. Dios dijo: “Yo endureceré su corazón, de modo

que no dejará ir al pueblo”. Así Dios predijo lo que iba a pasar en el futuro del faraón. Al seguir los acontecimientos de los capítulos siguientes, notaremos que faraón mismo fue el responsable por tener un corazón tan endurecido que no escuchó el mandato del Señor por medio de Moisés de que dejara ir al pueblo de Israel. También sabemos por las Escrituras que el Señor no se complace con la muerte del inicuo (Ezequiel 33:11), sino que quiere que todos sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2:4). Y así fue que sólo después de que el faraón hubo rechazado repetidas veces el llamado de Dios al arrepentimiento, mostrando un espíritu desafiante y un corazón duro, que Dios finalmente intervino y concluyó el proceso. Aquí Dios le hace saber de antemano a Moisés lo que sucedería en el futuro próximo.

Así también hoy el Señor no quiere que ninguno perezca sino que venga al arrepentimiento. Dios desea ardientemente la salvación de todo el mundo. Cuando alguno se pierde, es por su propia culpa. Sí, cuando ellos se niegan de manera persistente y obstinada a escuchar el llamamiento divino de gracia al arrepentimiento, endureciendo su corazón contra la obra del Espíritu Santo de Dios, entonces Dios interviene y declara terminado el proceso. Pronuncia su juicio contra tales personas. Ya en esta vida su condenación está sellada. Esas personas ya no oyen más el llamamiento de la gracia de Dios al arrepentimiento.

También le dijo Dios a Moisés en esta oportunidad: “Israel es mi hijo, mi primogénito”. Israel era el pueblo escogido de Dios. Ya que el faraón, en la dureza de su corazón, se iba a negar a dejar ir al primogénito pueblo escogido de Dios, iba a sufrir la muerte de su propio hijo primogénito a manos de Dios. En esta forma breve, Dios predice aquí los acontecimientos inexorables que iban a suceder en los próximos días, tanto como el resultado victorioso para Israel en su liberación.

De camino a Egipto, ocurrió un incidente en que el Señor amenazó de muerte a Moisés. No se menciona exactamente la manera en que Dios quiso matar a Moisés, quizá fue con una enfermedad repentina y severa. Fue solamente cuando Séfora, la

esposa de Moisés, circuncidó al hijo de Moisés, que Dios lo dejó vivir.

¿Omitió Moisés circuncidar a su hijo porque la circuncisión no era del agrado de Séfora? ¿Es este el motivo por el que Séfora llama ahora a Moisés “esposo de sangre”, indicando que sólo por medio de este acto sangriento podía salvar la vida de su marido? Estas son posibles explicaciones para un incidente que se nos relata en muy pocas palabras. Sin embargo, este incidente demuestra claramente que Dios esperaba que un hombre que iba a servir de líder a su pueblo permaneciera fiel al pacto de gracia en su propia familia. No obedecer el mandato de la circuncisión traía la amenaza de ser cortado del pueblo de Dios (Génesis 17:14).

En los últimos versículos de este capítulo vemos cómo Moisés y Aarón se encontraron según la promesa de Dios, cómo acudieron a los ancianos de los israelitas, y cómo recibieron una respuesta favorable. El pueblo “creyó” y “se inclinaron y adoraron”. Las promesas hechas a los padres todavía eran vigentes en Israel.

Estaban a punto de presenciar la asombrosa serie de acontecimientos que habrían de seguir.

ÉXODO 5

Ladrillos sin paja

Éxodo 5:1-23

¹ Después Moisés y Aarón entraron a la presencia del faraón, y le dijeron:

—Jehová, el Dios de Israel, dice así: “Deja ir a mi pueblo para que me celebre una fiesta en el desierto”.

² Pero el faraón respondió:

—¿Quién es Jehová para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel.

³ Ellos dijeron:

—El Dios de los hebreos se nos ha manifestado; iremos,

pues, ahora, tres días de camino por el desierto, y ofreceremos sacrificios a Jehová, nuestro Dios, para que no venga sobre nosotros con peste o con espada.

⁴ Entonces el rey de Egipto les dijo:

—Moisés y Aarón, ¿por qué buscáis apartar al pueblo de su trabajo? Volved a vuestras tareas.

⁵ Dijo también el faraón:

—Ahora que el pueblo de la tierra es numeroso, vosotros queréis apartarlo de sus tareas.

⁶ Aquel mismo día el faraón dio esta orden a los cuadrilleros encargados de las labores del pueblo y a sus capataces:

⁷ —De aquí en adelante no daréis paja al pueblo para hacer ladrillo, como hasta ahora; que vayan ellos y recojan por sí mismos la paja. ⁸ Les impondréis la misma tarea de ladrillo que hacían antes, y no les disminuiréis nada, pues están ociosos. Por eso claman diciendo: “Vamos y ofrezcamos sacrificios a nuestro Dios”. ⁹ Que se les aumente el trabajo, para que estén ocupados y no atiendan a palabras mentirosas.

¹⁰ Los cuadrilleros y sus capataces salieron y dijeron al pueblo:

—Así ha dicho el faraón: “Ya no os daré paja. ¹¹ Id vosotros y recoged la paja donde la halléis, pero nada se disminuirá de vuestra tarea.”

¹² Entonces el pueblo se esparció por toda la tierra de Egipto para recoger rastrojo en lugar de paja. ¹³ Y los cuadrilleros los apremiaban diciendo:

—Acabad vuestra obra, la tarea de cada día en su día, como cuando se os daba paja.

¹⁴ Y azotaban a los capataces de los hijos de Israel que los cuadrilleros del faraón habían puesto sobre ellos, y les decían:

—¿Por qué no habéis cumplido ni ayer ni hoy vuestra tarea de ladrillos como antes?

15 Los capataces de los hijos de Israel fueron a quejarse ante el faraón y le dijeron:

—¿Por qué tratas así a tus siervos? **16 No se da paja a tus siervos, y con todo nos dicen: “Haced el ladrillo”. Además, tus siervos son azotados, y el pueblo tuyo es el culpable.**

17 Él respondió:

—Estáis ociosos, sí, ociosos, y por eso decís: “Vamos y ofrezcamos sacrificios a Jehová”. **18 Id, pues, ahora, y trabajad. No se os dará paja, y habéis de entregar la misma tarea de ladrillo.**

19 Los capataces de los hijos de Israel se sintieron afligidos cuando les dijeron: «No se disminuirá nada de vuestro ladrillo, de la tarea de cada día.» **20 Cuando salían de la presencia del faraón, se encontraron con Moisés y Aarón, que los estaban esperando,** **21 y les dijeron:**

—Que Jehová os examine y os juzgue, pues nos habéis hecho odiosos ante el faraón y sus siervos, y les habéis puesto la espada en la mano para que nos maten.

22 Entonces Moisés se volvió a Jehová y preguntó:

—Señor, ¿por qué afliges a este pueblo? ¿Para qué me enviaste?, **23 porque desde que yo fui al faraón para hablarle en tu nombre, ha afligido a este pueblo, y tú no has librado a tu pueblo.**

La respuesta del faraón a la petición de Moisés y Aarón, fue un contundente “¡NO!” Debemos notar que los dos líderes de Israel presentaron la petición de que se le permitiera a Israel celebrar una fiesta en el desierto como un mandato del Señor: “Jehová el Dios de Israel dice así...”

“¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz...?” fue la brusca respuesta del faraón. Según pensaba él, este “Jehová” era algún tipo de dios extranjero. El faraón se consideraba el único intermediario verdadero entre los más altos dioses y la gente del mundo. Para él, los grandes poderes eran los de la naturaleza, como el sol y la luna, y él era el gran sumo sacerdote que podía

acercarse a estos dioses altos en los hermosos templos que habían sido edificados en su honor a lo largo del Nilo. Así que su respuesta fue más una expresión de menosprecio que una pregunta.

Con paciencia, Moisés y Aarón, le explicaron que “el Dios de los hebreos” esperaba que su pueblo le rindiera este servicio de sacrificios en el desierto. Al no obedecer a este mandato, ciertamente enojarían a su Dios. Moisés y Aarón, pensaban que seguramente aun alguien que no creía en su Dios podría respetar su deseo de participar en este culto.

La respuesta del faraón fue añadirles más trabajo a los israelitas. Era un acto vengativo. Se les ordenó hacer ladrillos de arcilla y paja, pero los israelitas ya no iban a recibir la paja. (La paja se mezclaba con la arcilla para aumentar la resistencia de los ladrillos.) Ahora, ellos mismos tenían que proveer la paja y a la vez producir la misma cuota de ladrillos que anteriormente producían. Los capataces israelitas cuyos trabajadores no cumplían con la tarea diaria serían azotados sin misericordia.

Los israelitas les echaron la culpa a Moisés y a Aarón por esta opresión adicional. “Nos habéis hecho odiosos delante de faraón y de sus siervos”, dijeron. En otras palabras, su nombre había perdido honor. Y ahora el faraón y sus siervos, los iban a destruir. Es extraño ver que los israelitas seguían clamando al Dios Salvador para que juzgara a Moisés y a Aarón por estos acontecimientos. Sin embargo, ese mismo pueblo que mostró que habían perdido toda confianza en Dios, ¡todavía clamaba al mismo Dios para que castigara a sus líderes! ¡Ya comienza Moisés a experimentar la perversidad de Israel!

Hasta Moisés mismo empieza a mostrar señales de desaliento cuando dice: “Señor, ¿por qué afliges a este pueblo? ¿Para qué me enviaste?”

¿Suena familiar esta oración de Moisés? Oímos otras preguntas similares en cuanto a la manera de actuar de Dios en todo el libro de Job, cuando Job y sus amigos luchaban con el problema de cómo trataba Dios con las personas en tiempos de angustia y de desilusión. Con frecuencia los Salmos también

preguntan: “¿Por qué, oh Jehová?” y “¿Hasta cuándo, Oh Señor?” (Lea los Salmos 10 y 13.)

Hoy en día sucede que los cristianos, que conscientemente hacen la voluntad del Señor y siguen sus mandamientos, sufren menosprecio y persecución a manos de los incrédulos. Cuando aún los mismos amigos y parientes, los critican por continuar su fiel testimonio a Cristo, la carga a veces parece ser más de lo que pueden soportar. “¿Por qué, oh Jehová? ¿Hasta cuándo, Jehová?” es su oración. Sin embargo, Dios está allí presente y oye esta oración. A su manera y a su tiempo, promete dar alivio y mostrar su poder salvador. Mientras tanto, les da la seguridad de que en todo, aun en las cosas que por el momento parecen estar más allá de nuestra comprensión, él está obrando para bien de los que aman a Dios, de los que son llamados conforme a su propósito, como nos dice Romanos 8:28.

En el próximo capítulo veremos lo rápido que el Señor viene a Moisés para consolarlo en este tiempo de incertidumbre.

ÉXODO 6

Dios promete liberación

Éxodo 6:1-12

¹ Jehová respondió a Moisés:

—Ahora verás lo que yo haré al faraón, porque con mano fuerte los dejará ir, y con mano fuerte los echará de su tierra.

² Habló Dios a Moisés y le dijo:

—Yo soy Jehová. ³ Yo me aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente, pero con mi nombre Jehová no me di a conocer a ellos. ⁴ También establecí mi pacto con ellos, para darles la tierra de Canaán, la tierra en que fueron forasteros y en la cual habitaron. ⁵ Asimismo yo he oído el gemido de los hijos de Israel, a quienes hacen servir los egipcios, y me he acordado de mi pacto. ⁶ Por tanto, dirás a

los hijos de Israel: “Yo soy Jehová. Yo os sacaré de debajo de las pesadas tareas de Egipto, os libraré de su servidumbre y os redimiré con brazo extendido y con gran justicia. ⁷ Os tomaré como mi pueblo y seré vuestro Dios. Así sabréis que yo soy Jehová, vuestro Dios, que os sacó de debajo de las pesadas tareas de Egipto. ⁸ Os meteré en la tierra por la cual alcé mi mano jurando que la daría a Abraham, a Isaac y a Jacob. Yo os la daré por heredad. Yo soy Jehová.”

⁹ De esta manera habló Moisés a los hijos de Israel; pero ellos no escuchaban a Moisés, debido al desaliento que los embargaba a causa de la dura servidumbre. ¹⁰ Entonces Jehová dijo a Moisés:

¹¹ —Entra y dile al faraón, rey de Egipto, que deje ir de su tierra a los hijos de Israel.

¹² Moisés respondió ante Jehová:

—Los hijos de Israel no me escuchan, ¿cómo me escuchará el faraón, a mí, que soy torpe de labios?

“Ahora verás...”, es la manera como Dios le da seguridad a Moisés cuando siente duda e incertidumbre. “Con mano fuerte” el faraón iba a ser obligado a dejar ir a Israel. Esta era la promesa segura de Dios. Dijo Dios: “Yo soy Jehová. Yo aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente”. Otra vez el Señor señala el pacto que él, Jehová, el Dios del “pacto”, había hecho con los antepasados de los israelitas. Al llamarse “Jehová” le estaba recordando a Moisés el contrato solemne que había hecho en su misericordia con los padres de Israel. Como el Dios del “pacto”, él se pone bajo la obligación de rescatar a su pueblo. También se había revelado a estos patriarcas como “Dios Omnipotente”, es decir, Dios todopoderoso, el Dios que había demostrado su poder en el nacimiento milagroso de Isaac, y que con su poder había conservado y multiplicado a esta familia para que creciera hasta llegar a ser una nación fuerte.

Después de haber dicho todo esto, Dios agrega las palabras de reafirmación: “Pero con mi nombre Jehová no me di a conocer a

ellos”. Realmente los padres de Israel ya conocían el nombre “Jehová” (el Dios del pacto). Abraham edificó un altar a este nombre, como lo dicen Génesis 12 y 13. Este era el mismo nombre que Dios había usado para revelarse a Moisés mientras pastoreaba ovejas en Horeb, el nombre que le indicó a Moisés para que lo usara cuando volviese a los israelitas, como el verdadero representante de Dios. Ciertamente, los israelitas ya estaban muy familiarizados con el nombre “Jehová”.

Sin embargo, todas las implicaciones de este nombre estaban aún por revelarse. Los israelitas pronto iban a conocer el significado de este nombre en cuanto a la manera en que Dios iba a cumplir su promesa de redención a su pueblo. Dios ya estaba por mostrar su “mano fuerte” como el Dios del pacto, el Dios de gracia y misericordia, el Dios que ahora iba a demostrar que se había “acordado” de su pacto, interviniendo directamente en sus asuntos. Lo que no conocieron los padres en cuanto a Jehová, ¡los israelitas pronto lo iban a ver revelado ante sus propios ojos! En los siguientes versículos (v. 6-8), el Señor lo explica con más detalle. Dios iba a librar a Israel de la esclavitud en Egipto e iba a adoptar a esta nación como su propio pueblo llevándola a la tierra prometida. “Yo soy Jehová”, dijo. ¡Qué tremenda seguridad le proporciona esas palabras a Moisés y a su pueblo Israel!

Algunos estudiosos de la Biblia dicen que estas palabras del Señor (“Pero con mi nombre Jehová no me di a conocer a ellos”) muestran que Abraham, Isaac y Jacob sólo conocían el nombre “Dios omnipotente”. En otras palabras, afirman que los patriarcas tenían una forma de religión más primitiva. Dicen los críticos de la Biblia que, cuando su religión se desarrolló, aprendieron a conocer a Dios también por este nombre “Jehová”. Es claro que estos mismos críticos no aceptan la Biblia como la palabra verbalmente inspirada por Dios; tampoco aceptan a Moisés como el autor del Pentateuco. Su interpretación defectuosa de este pasaje es otro ejemplo de cómo toman ellos ciertas palabras de las Escrituras completamente fuera del contexto, en un esfuerzo de hacerlas encajar en sus propias teorías. Al mismo tiempo quieren

despojar a las Escrituras de su gran propósito salvador por el que Dios nos ha dado su Palabra. Nosotros dejamos que las Escrituras se interpreten a sí mismas, y al hacerlo vemos cuán bellamente se enlazan todos los pasajes de la Biblia para traernos todo el divino plan de la salvación.

A pesar de las repetidas afirmaciones de Dios, los israelitas nuevamente se niegan a escuchar, cegados por el sentimiento de la compasión a ellos mismos. Su desaliento contagió a Moisés. Si el mismo pueblo de Dios no lo escuchaba, ¿cómo podía esperar que el faraón lo escuchara? Moisés se quejó diciendo: “Soy torpe de labios”. La palabra hebrea que usó aquí significa “labios incircuncisos” indicando la misma queja que anteriormente había usado: “Soy tardo en el habla” (4:10).

La respuesta de Dios a esta objeción de Moisés se nos da en el capítulo siguiente, el capítulo 7. Mientras tanto, en los siguientes versículos del capítulo 6, Moisés nos presenta la genealogía de su propia familia.

Historia de la familia de Moisés y Aarón

Éxodo 6:13-30

¹³ Entonces Jehová habló a Moisés y a Aarón, y les dio órdenes para los hijos de Israel y para el faraón, rey de Egipto, a fin de que sacaran a los hijos de Israel de la tierra de Egipto.

¹⁴ Éstos son los jefes de las casas paternas:

Hijos de Rubén, el primogénito de Israel: Hanoc, Falú, Hezrón y Carmi. Éstas son las familias de Rubén.

¹⁵ Hijos de Simeón: Jemuel, Jamín, Ohad, Jaquín, Zohar y Saúl, hijo de una cananea. Éstas son las familias de Simeón.

¹⁶ Éstos son los nombres de los hijos de Leví por sus generaciones: Gerson, Coat y Merari. Leví vivió ciento treinta y siete años. ¹⁷ Hijos de Gerson fueron: Libni y Simei, por sus familias. ¹⁸ Hijos de Coat: Amram, Izhar, Hebrón y Uziel. Coat vivió ciento treinta y tres años. ¹⁹ Hijos de

Merari: Mahli y Musi. Éstas son las familias de Leví por sus generaciones.

²⁰ Amram tomó por mujer a Jocabed, su tía, la cual dio a luz a Aarón y a Moisés. Amram vivió ciento treinta y siete años.

²¹ Hijos de Izhar: Coré, Nefeg y Zicri.

²² Hijos de Uziel: Misael, Elzafán y Sitri.

²³ Tomó Aarón por mujer a Elisabet, hija de Aminadab, hermana de Naasón, la cual dio a luz a Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar.

²⁴ Hijos de Coré: Asir, Elcana y Abiasaf. Éstas son las familias de los coreítas.

²⁵ Eleazar hijo de Aarón tomó para sí mujer de las hijas de Futiel, la cual dio a luz a Finees. Éstos son los jefes de los padres de los levitas por sus familias.

²⁶ Éstos son aquel Aarón y aquel Moisés, a los cuales Jehová dijo: «Sacad a los hijos de Israel de la tierra de Egipto por grupos.» ²⁷ Éstos fueron los que hablaron al faraón, rey de Egipto, para sacar de Egipto a los hijos de Israel. Fueron Moisés y Aarón.

²⁸ Cuando Jehová habló a Moisés en la tierra de Egipto, ²⁹ le dijo:

—Yo soy Jehová; di al faraón, rey de Egipto, todas las cosas que yo te digo a ti.

³⁰ Moisés respondió ante Jehová:

—Yo soy torpe de labios; ¿cómo, pues, me ha de oír el faraón?

¿Por qué aparece esta genealogía, que aparentemente está fuera de lugar, junto con el relato de la liberación del pueblo de Israel de la tierra de Egipto? ¿Por qué se nos presenta esta lista de nombres? Antes de que nos sintamos tentados a descartarlo como “sólo otra lista más de nombres”, una lista que podemos pasar por alto porque “no añade casi nada a la historia”, prestémosle más atención a la lista misma.

Primero se presentan las familias de Rubén y de Simeón, los primeros dos hijos de Jacob. Luego llegamos a Leví, el tercer hijo, cuya familia se enumera con más minucioso detalle. Esto nos recuerda claramente dónde encaja Leví, el antepasado de Moisés y de Aarón, dentro de la genealogía de Jacob.

Al llegar a Leví, vemos que no sólo está registrada la edad de Leví, sino que también sus tres hijos están en la lista: Gerson, Coat, y Merari. Estos son nombres importantes que debemos recordar porque con frecuencia la Biblia se refiere a estas tres ramas de la familia de Leví con estos tres nombres, puesto que cada rama tenía un deber especial que cumplir para llevar a cabo las funciones del sacerdocio de Israel.

De los tres hijos de Leví, Coat es de quien se habla primero. También se nos da su edad como la de Leví. Vemos que Moisés y Aarón descendían de esta rama de la familia de Coat.

De los hijos de Coat, se enfatiza el nombre de Amram al notar su edad. Amram, que “tomó por mujer a Jocabed, su tía”, fue el antepasado de Moisés y de Aarón. La palabra “tía” aquí se puede entender en el sentido más amplio de “pariente”. A propósito, muchos estudiosos de la Biblia después de ver el versículo 20, llegan a la conclusión de que Amram y Jocabed, eran claramente los padres de Moisés y de Aarón. Si tal fuera el caso, entonces el Amram que está en la lista como hijo de Coat debió haber sido un Amram más joven en la genealogía, puesto que hubo muchas generaciones entre Leví y Moisés, y no tan sólo tres. Lo que tenemos aquí, como en otros lugares de las Escrituras, es una lista sintetizada de nombres.

También notamos que Aarón aparece en la lista antes que Moisés, indicando que él era el mayor de los dos.

Después de los nombres de Moisés y de Aarón, tenemos muchos otros nombres importantes: Coré, Nadab, Abiú, Eleazar, Itamar, Pinhás. Estos nombres tienen papeles importantes en la historia posterior de Israel, particularmente en el desarrollo del sacerdocio de Israel.

Pero, volvemos a la pregunta anterior: ¿Por qué esta lista de nombres? ¿Por qué interrumpir la historia de la liberación de Israel para darnos una crónica familiar? Recordemos que Moisés había sido llamado por Dios para ser el libertador de Israel, y su hermano Aarón había sido escogido para ser su colaborador. Los dos iban a desempeñar papeles importantes en el relato que sigue. La difícil situación que estaban por enfrentar estos dos líderes escogidos ya había sido planteada claramente. Ya iba a tener lugar la confrontación entre ellos y el faraón, una confrontación que comienza con los milagros y sigue con las plagas y la liberación final. ¿Qué mejor lugar para una genealogía de Moisés y de Aarón que éste? A los críticos que insisten en decir que la Biblia es un libro de documentos sueltos y que fueron organizados y reunidos por algún editor, les aconsejamos: “Estudien la Palabra de Dios con objetividad. Mírenla positivamente; vean por ustedes mismos cuán bellamente se acomoda cada detalle en un todo, como la historia de los hechos salvadores de Dios para toda la humanidad.” ¡Y en “toda la humanidad” nos incluimos a nosotros mismos!

Al terminar este capítulo volvemos a “aquel Aarón y aquel Moisés” cuyos papeles como líderes han sido verificados por esta genealogía de su familia, y que ahora están a punto de comprometerse en esta tremenda lucha con el gobernador más poderoso del mundo de aquella época. Moisés, que es “torpe de palabra”, tendrá la ayuda de Aarón que le servirá de portavoz. Dios le asegura esto a Moisés, como lo vemos en el capítulo siguiente.

ÉXODO 7

Las plagas

Éxodo 7:1-5

¹ **Jehová dijo a Moisés:**

—**Mira, yo te he constituido dios para el faraón, y tu hermano Aarón será tu profeta. ² Tú dirás todas las cosas que yo te mande, y Aarón, tu hermano, hablará al faraón**

para que deje ir de su tierra a los hijos de Israel. ³ Pero yo endureceré el corazón del faraón, y multiplicaré en la tierra de Egipto mis señales y mis maravillas. ⁴ El faraón no os oirá, pero yo pondré mi mano sobre Egipto y sacaré a mis ejércitos, a mi pueblo, los hijos de Israel, de la tierra de Egipto, con grandes juicios. ⁵ Y sabrán los egipcios que yo soy Jehová, cuando extienda mi mano sobre Egipto y saque a los hijos de Israel de en medio de ellos.

Estas palabras son el anuncio general que Dios le hace a Moisés acerca de las plagas que van a seguir. Dios le dice que iba a constituir a Moisés como “dios para el faraón”, y le promete: “Tu hermano Aarón será tu profeta”. Moisés iba a recibir de Dios autoridad y poder milagroso. Dios iba a “multiplicar” estas señales y maravillas en Egipto, anunciando las muchas plagas que iban a suceder. El resultado final sería que Dios iba a sacar a los hijos de Israel de la tierra de Egipto.

Dios también explica el propósito de estas plagas. Anteriormente ya había dicho que, por causa de sus poderosos hechos, Israel iba a llegar a saber que ellos eran el propio pueblo de Dios, y que él se revelaría como su Dios. Y ahora Dios añade: “Y sabrán los egipcios que yo soy Jehová”. Mientras que para Israel los poderosos hechos de Dios significaban la liberación, para Egipto esos mismos hechos le trajeron un juicio severo. Y por causa del persistente endurecimiento de su corazón ante las repetidas advertencias de Dios, para el faraón los mismos hechos fueron la causa de que Dios mismo le endureciera el corazón, precisamente como él ya lo había indicado.

Antes de considerar cada plaga individualmente en el orden en el que están registradas en los capítulos siguientes, un estudio de las primeras nueve plagas, provee algunas observaciones interesantes. Están registradas de la siguiente manera:

1. Sangre (7:14-25)
2. Ranas (8:1-15)
3. Mosquitos (8:16-19)

4. Moscas (8:20-32)
5. Peste en el ganado (9:1-7)
6. Úlceras (9:8-12)
7. Granizo (9:13-35)
8. Langostas (10:1-20)
9. Tinieblas (10:21-27)

Al poner estos milagros en tres grupos de tres, como las tenemos arriba (3 x 3), podemos ver algunas semejanzas interesantes:

— En cada grupo, la primera y la segunda plagas le son anunciadas al faraón con anticipación. La tercera se da sin previo aviso.

— Las series de 3 x 3 llevan a un clímax en el décimo, el número que es el símbolo de totalidad.

— Dentro de las plagas mismas hay una progresión, un aumento en la gravedad. Las últimas tres son especialmente graves y destructivas.

— Los hechiceros egipcios compiten con Moisés al duplicar las dos primeras plagas. Al intentarlo la tercera vez, ya no tuvieron éxito con sus artes mágicas. Tienen que confesar: “Es el dedo de Dios” (8:19).

— Comenzando con el segundo grupo de plagas (4-6) se hace una distinción entre los israelitas y los egipcios. La tierra de Gosén, donde vivían los israelitas, escapa de las plagas.

— Las primeras nueve plagas consisten en fenómenos que tienen que ver con el mundo de la naturaleza. Por esta razón algunos estudiosos intentan explicar esas plagas como acontecimientos naturales, como algo que ocurre y que posiblemente sucedió como desastres naturales y que en el transcurso del tiempo fueron exagerados para poder componer el relato en la manera en que lo tenemos en Éxodo. Sin embargo, nosotros creemos que cada una de las plagas fue un milagro de Dios; creemos que Dios utilizó medios naturales de ese país para manifestar su poder sobrenatural. ¡Puesto que los egipcios

adoraban estos poderes de la naturaleza, no había forma más eficaz en que Dios pudiera exponer su poder sobre todas las cosas, aun las cosas que ellos consideraban como deidades!

Moisés y los hechiceros

Éxodo 7:6-13

⁶ Moisés y Aarón hicieron como Jehová les mandó; así lo hicieron. ⁷ Tenía Moisés ochenta años de edad, y Aarón ochenta y tres, cuando hablaron al faraón.

⁸ Habló Jehová a Moisés y a Aarón, diciendo:

⁹ —Si el faraón os responde: “Mostrad un milagro”, dirás a Aarón: “Toma tu vara y échala delante del faraón, para que se convierta en una culebra”.

¹⁰ Fueron, pues, Moisés y Aarón ante el faraón, e hicieron como lo había mandado Jehová. Y echó Aarón su vara delante del faraón y de sus siervos, y se convirtió en una culebra. ¹¹ Entonces llamó también el faraón a los sabios y hechiceros, e hicieron también lo mismo los hechiceros de Egipto con sus encantamientos; ¹² pues cada uno echó su vara, las cuales se volvieron culebras; pero la vara de Aarón devoró las varas de ellos. ¹³ Sin embargo, el corazón del faraón se endureció, y no los escuchó, como lo había dicho Jehová.

Cuando Moisés y Aarón le mostraron al faraón la señal de echar la vara para que se convirtiera en una culebra, se nos dice que “hicieron también lo mismo los hechiceros de Egipto con sus encantamientos”.

Werner Franzmann, en su comentario histórico de la Biblia (*Bible History Commentary*) sobre el Antiguo Testamento, tiene un comentario muy apropiado sobre este punto (p. 227, traducción libre del inglés):

Aquí cabe la pregunta: ¿Realmente efectuaron los hechiceros hechos sobrenaturales? El texto no permite ninguna duda en cuanto a la realidad de sus “milagros”. Ciertamente se puede

explicar el hecho de que convirtieron sus varas o cayados en serpientes como un truco de magia puesto que aún hoy en día los viajeros pueden ver a los magos orientales ejecutar la hazaña de hacer que sus serpientes parezcan rígidas como una vara y luego con una palabra las “vivifican”. Sin embargo, no se puede explicar en la misma forma las proezas que hicieron en cuanto a las dos primeras plagas (el agua que se transformó en sangre, la subida de las ranas). Sin embargo, las proezas de los hechiceros no eran milagros auténticos, ni eran señales en el sentido de que Dios ejecutara hechos sobrenaturales por medio de ellos, y con eso Dios “señalara” la aprobación de las palabras y acciones de esos hechiceros, como sí lo hizo Dios en el caso de Moisés y Aarón. Observe que “hicieron también lo mismo los hechiceros de Egipto con sus encantamientos”. Estas artes secretas siempre están al servicio de Satanás. Por medio del poder que Dios permite que tenga el diablo, los enemigos declarados de Dios y los falsos maestros, pueden ejecutar hazañas que parecen milagros auténticos. Pero en realidad siempre son “señales y prodigios mentirosos” como llama San Pablo a los “milagros” hechos por el Anticristo (el papado) para apoyar sus pretensiones blasfemas (2 Tesalonicenses 2: 8-9). Nótese también, que este poder de Satanás está estrictamente limitado. En 8:18-19 oímos que cuando los hechiceros no pudieron transformar el polvo en mosquitos, ellos admitieron: “Es el dedo de Dios”.

Aquí notamos que la vara de Aarón se tragó las varas de los hechiceros. Pero en vez de reconocer el poder superior del Dios de Moisés y de Aarón, “el corazón de faraón se endureció”. Persistió en su obstinado rechazo a prestar atención a las advertencias de Dios.

La plaga de sangre

Éxodo 7:14-24

¹⁴ Entonces Jehová dijo a Moisés:

—El corazón del faraón está endurecido, y no quiere dejar ir al pueblo. ¹⁵ Ve por la mañana al faraón, cuando baje

al río. Saldrás a su encuentro en la ribera llevando en tu mano la vara que se volvió culebra, ¹⁶ y le dirás: “Jehová, el Dios de los hebreos me ha enviado a ti, diciendo: ‘Deja ir a mi pueblo, para que me sirva en el desierto’; pero hasta ahora no has querido oír. ¹⁷ Así ha dicho Jehová: En esto conocerás que yo soy Jehová: Voy a golpear con la vara que tengo en mi mano el agua que está en el río, y se convertirá en sangre. ¹⁸ Los peces que hay en el río morirán; apestará el río, y los egipcios tendrán asco de beber sus aguas.”

¹⁹ Jehová dijo a Moisés:

—Di a Aarón: “Toma tu vara y extiende tu mano sobre las aguas de Egipto, sobre sus ríos, sobre sus arroyos, sobre sus estanques y sobre todos sus depósitos de aguas, para que se conviertan en sangre y haya sangre por toda la región de Egipto, hasta en los vasos de madera y en los de piedra”.

²⁰ Moisés y Aarón hicieron como lo mandó Jehová. Alzando la vara, golpeó las aguas que había en el río, en presencia del faraón y de sus siervos, y todas las aguas que había en el río se convirtieron en sangre. ²¹ Asimismo, los peces que había en el río murieron; el río se corrompió, tanto que los egipcios no podían beber de él. Y hubo sangre por toda la tierra de Egipto.

²² Pero los hechiceros de Egipto hicieron lo mismo con sus encantamientos, así que el corazón del faraón se endureció y no los escuchó, como lo había dicho Jehová. ²³ El faraón se volvió y regresó a su casa, sin prestar atención tampoco a esto. ²⁴ Y en todo Egipto hicieron pozos alrededor del río para beber, porque no podían beber de las aguas del río.

Dios mandó que Moisés se enfrentara al faraón en la orilla del Nilo, porque el rey acostumbraba a caminar por allí. Sin duda ese era un acto de adoración de parte del faraón, puesto que los egipcios consideraban al Nilo como un dios.

¿Se puede interpretar la transformación del agua del Nilo en “sangre” simplemente como un cambio de color, que tal vez

intensificaba un fenómeno que ocurría allí en ciertas épocas del año? Esa es la manera en que muchos estudiosos de la Biblia quieren “explicar” ese milagro. Pero es evidente que el agua en verdad experimentó un cambio químico que fue llevado a cabo por una fuerza sobrenatural ya que los peces murieron, el ríoapestaba y el agua no era potable. No solamente cambió su color, como sucede naturalmente cada año cuando el Nilo está en su etapa de desborde y contiene muchas partículas de fina tierra roja, ya que en esta etapa el agua es más potable que cuando el nivel del río se encuentra más bajo.

Cuando los hechiceros usaron con éxito sus encantamientos para llevar a cabo el mismo acto de transformar el agua en sangre, otra vez se endureció el corazón del faraón y se negó a escuchar la petición de Moisés y de Aarón. Como hemos dicho, los hechiceros eran instrumentos de Satanás. Especialmente en tiempo de gran crisis, Satanás reúne todos sus considerables poderes para oponerse a las obras del Señor. En ésta ocasión, Dios permitió que Satanás mostrara su poder por medio de sus agentes. Sin embargo, aun aquí lo que realizaron los hechiceros, de ninguna manera se igualó con el poder del milagro de Dios. Posteriormente Dios también le puso un alto a su demostración limitada de poder satánico.

ÉXODO 8

La plaga de ranas

Éxodo 7:25-8:15

²⁵ Así pasaron siete días después que Jehová hirió el río.

¹ Entonces Jehová dijo a Moisés:

—Entra a la presencia del faraón, y dile: “Jehová ha dicho así: ‘Deja ir a mi pueblo para que me sirva, ² porque si no lo dejas partir, yo castigaré con ranas todos tus territorios. ³ El río criará ranas, las cuales subirán y entrarán en tu casa, en la habitación donde duermes y sobre

tu cama; en las casas de tus siervos, en tu pueblo, en tus hornos y en tus artesas. ⁴ Las ranas subirán sobre ti, sobre tu pueblo y sobre todos tus siervos.”

⁵ Y Jehová dijo a Moisés:

—Di a Aarón: “Extiende tu mano con tu vara sobre los ríos, arroyos y estanques, y haz subir ranas sobre la tierra de Egipto”.

⁶ Entonces Aarón extendió su mano sobre las aguas de Egipto, y subieron ranas que cubrieron la tierra de Egipto.

⁷ Pero los hechiceros hicieron lo mismo con sus encantamientos, e hicieron venir ranas sobre la tierra de Egipto. ⁸ Entonces el faraón llamó a Moisés y a Aarón, y les dijo:

—Orad a Jehová para que aparte las ranas de mí y de mi pueblo, y dejaré ir a tu pueblo para que ofrezca sacrificios a Jehová.

⁹ Respondió Moisés al faraón:

—Dígnate indicarme cuándo debo orar por ti, por tus siervos y por tu pueblo, para que las ranas se aparten de ti y de tus casas, y queden solamente en el río.

¹⁰ —Mañana —dijo él.

Moisés respondió:

—Se hará conforme a tu palabra, para que conozcas que no hay como Jehová, nuestro Dios. ¹¹ Las ranas se apartarán de ti y de tus casas, de tus siervos y de tu pueblo, y solamente quedarán en el río.

¹² Entonces salieron Moisés y Aarón de la presencia del faraón. Moisés clamó a Jehová tocante a las ranas que había mandado sobre el faraón. ¹³ E hizo Jehová conforme a la palabra de Moisés: murieron las ranas de las casas, de los cortijos y de los campos. ¹⁴ Las juntaron en montones, yapestaba la tierra. ¹⁵ Pero al ver el faraón que le habían dado reposo, endureció su corazón y no los escuchó, tal como Jehová lo había dicho.

Se nos dice que la plaga de ranas ocurrió siete días después de la plaga de sangre. Esto hace que surja la pregunta acerca de cuál fue la duración de toda la serie de las plagas. En ninguna otra ocasión se nos dice el tiempo que transcurrió entre las plagas mencionadas. Sabemos que la séptima plaga (granizo) ocurrió en febrero, en el tiempo en que “la cebada estaba ya espigada, y el lino en caña” (9:31). La décima plaga ocurrió en abril, el mes llamado Abib en el calendario israelita. Así que hubo un intervalo de quizá dos meses entre la séptima plaga y la décima plaga. Esto al menos indica un tiempo aproximado del intervalo entre las varias plagas. Los estudiosos de la Biblia consideran que el período entero pudo comprender más o menos nueve meses.

Aunque las multitudes de ranas eran una fuente común de problema en Egipto, aquí también fue un milagro obrado por Dios, lo que ocurrió cuando Aarón extendió su vara sobre las aguas de la tierra. Había ranas por todas partes, hasta en el palacio del faraón, en los víveres, sobre la gente misma.

Los hechiceros también pudieron imitar este milagro de una manera muy limitada, pero fueron incapaces de quitar la amenaza causada por las ranas cuando invadieron todo lugar posible. Por consiguiente, esta vez el faraón se dirigió a Moisés y a Aarón en busca de ayuda, prometiendo que le iba a permitir a Israel que ofreciera sus sacrificios al Señor si le quitaba la plaga. Moisés hasta le permitió al faraón escoger el día en que esto iba a acontecer, pero cuando el faraón vio que había sido quitada la plaga, se negó a dejar ir a Israel.

Esa acción traicionera del faraón estableció el modelo de su reacción ante las demás plagas. Por medio de palabra y obra, Moisés hizo saber claramente que esas plagas eran obras del Dios todopoderoso. El faraón nunca reconoció eso en su corazón. Él iba a suplicar misericordia mientras buscaba alivio, pero tan pronto como llegaba este alivio “endureció su corazón” y persistía en su dureza hasta que Dios mismo selló su condenación.

También hoy con frecuencia sucede que las personas desafían a Dios precisamente como lo hizo el faraón. En tiempo de crisis

claman al Señor en busca de ayuda; están dispuestos a prometerle cualquier cosa si él les quita la amenaza de sus problemas. Pero tan pronto como pasa la crisis, olvidan rápidamente cualquier promesa que hayan hecho de enmendar su vida pecaminosa. Es clara la advertencia que hay en este texto contra la indiferencia persistente. Por medio del proceso del repetido endurecimiento de su corazón esas personas ya no pueden oír el llamado de Dios al arrepentimiento.

Siempre cabe la palabra de advertencia de Dios: “Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Hebreos 3:15).

La plaga de mosquitos

Éxodo 8:16-19

¹⁶ **Entonces Jehová dijo a Moisés:**

—**Di a Aarón: “Extiende tu vara y golpea el polvo de la tierra, para que se convierta en piojos por todo el país de Egipto”.**

¹⁷ **Ellos lo hicieron así; Aarón extendió su mano con la vara y golpeó el polvo de la tierra, el cual se convirtió en piojos que se lanzaron sobre los hombres y las bestias. Todo el polvo de la tierra se convirtió en piojos en todo el país de Egipto.** ¹⁸ **Los hechiceros también intentaron sacar piojos con sus encantamientos, pero no pudieron. Hubo, pues, piojos tanto en los hombres como en las bestias.** ¹⁹ **Entonces los hechiceros dijeron al faraón:**

—**Es el dedo de Dios.**

Pero el corazón del faraón se endureció, y no los escuchó, tal como Jehová lo había dicho.

La Versión Autorizada la Biblia (en inglés), tanto como la traducción alemana de Lutero, usan la palabra “piojos”, para la descripción de esta plaga. Otras versiones usan la palabra “mosquitos”. Esta última palabra designa a los insectos pequeñitos, casi invisibles que son muy conocidos en Egipto y que causan mucha molestia. En este caso, por un milagro de Dios,

cuando Aarón golpeó el polvo de la tierra con su vara, se levantaron tantos que eran insoportables.

Los estudiosos bíblicos llaman la atención a que Dios una vez más usó un elemento de la naturaleza al que los egipcios le atribuían poderes divinos. Las primeras dos plagas estuvieron vinculadas con las aguas del Nilo, habitado por el dios egipcio Osiris. Esta plaga vino del polvo de la tierra, que era venerada por los egipcios como la morada de la diosa Isis.

En esta ocasión, los hechiceros no pudieron producir algo semejante a este milagro. Aun ellos fueron constreñidos a decir: “Es el dedo de Dios”. Dios le había puesto un límite al poder de Satanás. Dios hace lo mismo con los creyentes de hoy. Pablo escribe en 1 Corintios 10:13: “Fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla”. Lutero también nos asegura en su himno de la Reforma en cuanto al poder del diablo:

“Pues condenado es ya
Por la Palabra santa.”

Sin embargo, el faraón permaneció obstinado aun cuando vio que sus propios hechiceros habían sido vencidos por un poder superior al suyo.

La plaga de moscas

Éxodo 8:20-32

²⁰ **Jehová dijo a Moisés:**

—**Levántate de mañana y ponte delante del faraón, cuando él salga al río, y dile: “Jehová ha dicho así: Deja ir a mi pueblo para que me sirva, ²¹ porque si no dejas ir a mi pueblo, yo enviaré sobre ti, sobre tus siervos, sobre tu pueblo y sobre tus casas toda clase de moscas; las casas de los egipcios se llenarán de toda clase de moscas, y asimismo la tierra donde ellos estén. ²² Aquel día yo apartaré la tierra de Gosén, en la cual habita mi pueblo, para que no haya en ella ninguna clase de moscas, a fin de que sepas que yo soy**

Jehová en medio de la tierra. ²³Y yo pondré redención entre mi pueblo y el tuyo. Mañana será esta señal.”

²⁴ Jehová lo hizo así, y vino toda clase de moscas molestísimas sobre la casa del faraón, sobre las casas de sus siervos y sobre todo el país de Egipto; la tierra fue corrompida a causa de ellas.

²⁵ Entonces el faraón llamó a Moisés y a Aarón, y les dijo: —Andad, ofrezced sacrificio a vuestro Dios, pero dentro del país.

²⁶ Moisés respondió: —No conviene que hagamos así, porque ofreceríamos a Jehová, nuestro Dios, lo que es la abominación para los egipcios. Si sacrificáramos lo que es abominación para los egipcios delante de ellos, ¿no nos apedrearían? ²⁷ Iremos por el desierto, tres días de camino, y ofreceremos sacrificios a Jehová, nuestro Dios, como él nos diga.

²⁸ Dijo el faraón: —Yo os dejaré ir para que ofrezcáis sacrificios a Jehová, vuestro Dios, en el desierto, con tal que no vayáis más lejos; orad por mí.

²⁹ Y Moisés respondió: —Al salir yo de tu presencia, rogaré a Jehová que las diversas clases de moscas se alejen del faraón, de sus siervos y de su pueblo mañana; con tal de que el faraón no nos engañe más, impidiendo que el pueblo vaya a ofrecer sacrificios a Jehová.

³⁰ Entonces Moisés salió de la presencia del faraón, y oró a Jehová. ³¹ Jehová hizo conforme a la palabra de Moisés y apartó todas aquellas moscas del faraón, de sus siervos y de su pueblo, sin que quedara una. ³² Pero también esta vez el faraón endureció su corazón y no dejó partir al pueblo.

Con el comienzo de la cuarta plaga notamos varias diferencias. Esta vez la vara de Aarón ya no golpea el agua ni el polvo. ¡Dios simplemente anuncia por medio de Moisés que en tal y tal tiempo

esta plaga va suceder!

La otra diferencia es que hay que hacer una distinción entre el área donde vivían los egipcios y la tierra de Gosén donde vivían los israelitas. ¡La plaga afecta solamente a los egipcios!

De esta manera se ejerce aun más presión sobre el faraón para que reconozca la presencia del Señor en todos estos sucesos. Cuando las nubes oscuras de moscas, cargadas de enfermedades invadieron por igual las casas de los ricos y las de los pobres, causando desolación en todas partes excepto a la tierra de Gosén, parece que el faraón se ablandó. Les concedió permiso a los israelitas para que fueran a ofrecer sus sacrificios. Pero él quería establecer los términos. ¡Eso se tenía que hacer en Egipto!

Sin embargo, Moisés le dijo que un sacrificio así sería una ofensa para los egipcios. Para ellos, los animales del sacrificio como las vacas eran sagrados. Seguir las órdenes de faraón sólo iba a traer más confusión. Entonces el faraón les concedió el permiso de salir de esa tierra para hacer sus sacrificios, pero otra vez se endureció su corazón tan pronto como se quitara la plaga de las moscas, y no permitió que salieran los israelitas.

El faraón hizo eso a pesar de la advertencia de Moisés de que no los debía engañar más al no dejar ir a los israelitas. Se estaba alargando el proceso del endurecimiento. Dios continuó actuando con poca severidad. Sólo Dios sabe cuánto demorará este proceso para que se cumpla su propósito. También sabemos que “Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará” (Gálatas 6:7).



Las plagas

ÉXODO 9

La plaga en el ganado

Éxodo 9:1-7

¹ Entonces Jehová dijo a Moisés:

—**Entra a la presencia del faraón, y dile: “Jehová, el Dios de los hebreos, dice así: Deja ir a mi pueblo para que me sirva, ² porque si no lo dejas ir, y lo sigues deteniendo, ³ la mano de Jehová caerá, con plaga gravísima, sobre el ganado que está en los campos: sobre caballos, asnos, camellos, vacas y ovejas. ⁴ Pero Jehová hará distinción entre los ganados de Israel y los de Egipto, de modo que nada muera de todo lo que pertenece a los hijos de Israel.”**

⁵ Y Jehová fijó el plazo, diciendo:

—**Mañana hará Jehová esta cosa en la tierra.**

⁶ Al día siguiente Jehová hizo aquello, y murió todo el ganado de Egipto; pero del ganado de los hijos de Israel no murió ni un animal. ⁷ El faraón hizo averiguar, y se supo que del ganado de los hijos de Israel no había muerto ni un animal. Pero el corazón del faraón se endureció, y no dejó ir al pueblo.

De nuevo el faraón recibe de antemano la advertencia de una enfermedad grave que iba a caer sobre todo el ganado que estaba en el campo. Esa enfermedad iba a infectar a los caballos, los asnos, los camellos, las vacas, las ovejas, y las cabras. Generalmente las enfermedades de los animales afectan a una sola clase de animal, pero ésta iba a afectar a muchas y diversas clases. Además, Moisés le dijo al faraón que nada moriría “de todo lo que pertenece a los hijos de Israel”. Sin embargo, el faraón una vez más se negó a escuchar.

Moisés escribe que “murió todo el ganado de Egipto”. Esto hay que entenderlo a la luz de un pasaje que aparece más adelante en el mismo capítulo el cual nuevamente se refiere al ganado de los egipcios. La palabra “todo” en este caso simplemente da

énfasis al gran número de animales que murieron. Aún hoy en día se usa esa manera exagerada de hablar. Cuando se dice, por ejemplo, que “todo el mundo lo sabe”, no significa literalmente que toda persona en el mundo lo sabe, sino que un gran número de personas lo saben.

La plaga de las úlceras

Éxodo 9:8-12

⁸ Entonces Jehová dijo a Moisés y a Aarón:

—Tomad puñados de ceniza de un horno, y la esparcirá Moisés hacia el cielo delante del faraón. ⁹ Se convertirá en polvo sobre toda la tierra de Egipto, y producirá sarpullido con úlceras en los hombres y en las bestias por todo el país de Egipto.

¹⁰ Ellos tomaron ceniza del horno y se pusieron delante del faraón; la esparció Moisés hacia el cielo, y hubo sarpullido que produjo úlceras tanto en los hombres como en las bestias. ¹¹ Ni los hechiceros podían permanecer delante de Moisés a causa del sarpullido, pues los hechiceros tenían sarpullido como todos los egipcios. ¹² Pero Jehová endureció el corazón del faraón, y no los oyó, tal como Jehová lo había dicho a Moisés.

Esta vez las cenizas que Moisés esparció en el aire en la presencia del faraón produjeron úlceras inflamadas en la piel de las personas y de los animales en toda la tierra. Esta plaga ocurrió sin ninguna advertencia previa.

También notamos que hasta los hechiceros fueron afligidos con estas úlceras. Además vemos que este fue el primer desastre que afligió directamente el cuerpo de las personas. Finalmente vemos que en esta ocasión, “Jehová endureció el corazón del faraón”. Ahora se cumplieron las palabras de predicción que se dijeron en el capítulo 4, versículo 21. Debido a que el faraón repetidamente se había negado a escuchar las muchas advertencias que había recibido de Jehová, el Señor pronunció su juicio sobre

este pecador endurecido. El destino eterno del faraón ya estaba sellado.

La plaga de granizo

Éxodo 9:13-35

¹³ Luego Jehová dijo a Moisés:

—Levántate de mañana, ponte delante del faraón y dile: “Jehová, el Dios de los hebreos, dice así: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva, ¹⁴ porque yo enviaré esta vez todas mis plagas sobre tu corazón, sobre tus siervos y sobre tu pueblo, para que entiendas que no hay otro como yo en toda la tierra. ¹⁵ Por tanto, ahora yo extenderé mi mano para herirte a ti y a tu pueblo con una plaga, y desaparecerás de la tierra. ¹⁶ A la verdad yo te he puesto para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra.

¹⁷ ¿Todavía te opones a mi pueblo y no lo dejas ir? ¹⁸ Mañana, a esta hora, yo haré llover granizo muy pesado, cual nunca hubo en Egipto, desde el día que se fundó hasta ahora.

¹⁹ Envía, pues, a recoger tu ganado y todo lo que tienes en el campo, porque todo hombre o animal que se halle en el campo y no sea recogido en casa, el granizo caerá sobre él, y morirá.”

²⁰ De los siervos del faraón, el que tuvo temor de la palabra de Jehová recogió a sus criados y a su ganado en casa, ²¹ pero el que no puso en su corazón la palabra de Jehová, dejó a sus criados y a su ganado en el campo.

²² Entonces Jehová dijo a Moisés:

—Extiende tu mano hacia el cielo, para que caiga granizo en toda la tierra de Egipto sobre los hombres, sobre las bestias y sobre toda la hierba del campo en el país de Egipto.

²³ Moisés extendió su vara hacia el cielo, y Jehová hizo tronar y granizar; el fuego se descargó sobre la tierra, y Jehová hizo llover granizo sobre la tierra de Egipto. ²⁴ Hubo, pues, granizo, y fuego mezclado con el granizo, tan grande cual nunca hubo en toda la tierra de Egipto desde que fue

habitada. ²⁵ Aquel granizo hirió en toda la tierra de Egipto todo lo que estaba en el campo, así hombres como bestias; también destruyó el granizo toda la hierba del campo, y desgajó todos los árboles del país. ²⁶ Solamente en la tierra de Gosén, donde estaban los hijos de Israel, no hubo granizo.

²⁷ Entonces el faraón envió a llamar a Moisés y a Aarón, y les dijo:

—He pecado esta vez; Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos. ²⁸ Orad a Jehová para que cesen los truenos de Dios y el granizo. Yo os dejaré ir; y no os detendréis más.

²⁹ Moisés le respondió:

—Tan pronto salga yo de la ciudad, extenderé mis manos a Jehová; los truenos cesarán y no habrá más granizo, para que sepas que de Jehová es la tierra. ³⁰ Pero yo sé que ni tú ni tus siervos temeréis todavía la presencia de Jehová Dios.

³¹ El lino, pues, y la cebada fueron destruidos, porque la cebada estaba ya espigada, y el lino en caña. ³² Pero el trigo y el centeno no fueron destruidos, porque eran tardíos.

³³ Cuando Moisés salió de la presencia del faraón, fuera de la ciudad, extendió sus manos a Jehová, y cesaron los truenos y el granizo, y la lluvia no cayó más sobre la tierra.

³⁴ Al ver el faraón que la lluvia, el granizo y los truenos habían cesado, se obstinó en pecar, y endurecieron su corazón él y sus siervos. ³⁵ Se endureció el corazón del faraón, y no dejó ir a los hijos de Israel, tal como Jehová lo había dicho por medio de Moisés.

Con esta plaga comenzamos el último grupo de tres. Habíamos mencionado anteriormente que las tres plagas que Jehová iba a enviar con toda su furia eran para que el faraón supiera que en toda la tierra no había nadie como el Dios de Israel. Nuestro texto dice que esta tormenta fue “cual nunca hubo en toda la tierra de Egipto desde que fue habitada”. Sin embargo, la tierra de Gosén de nuevo fue rescatada de la plaga.

Es cierto que tormentas terribles ocurren naturalmente, pero esta tormenta vino como una obra especial de Dios. Lo que aumentó su significado milagroso, es que vino directamente de una señal previamente anunciada de Moisés. Cuando Moisés extendió su vara hacia el cielo, el Señor envió esa violenta tormenta. Vemos que la tormenta aterrizó el corazón del faraón, tanto que llamó a Moisés y a Aarón, y les dijo: “He pecado esta vez”. Mientras que a primera vista, esto parecía una muestra de arrepentimiento, inmediatamente notamos que había una condición adjunta: “Esta vez”. ¿Qué tal las otras veces, faraón? Al continuar el faraón con sus supuestas palabras de remordimiento, podemos sentir un tono de arrogancia en ellas: “Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos. Orad a Jehová para que cesen los truenos de Dios y el granizo. Yo os dejaré ir; y no os detendréis más”. Las palabras salen rápidamente de la boca del faraón; quiere decir lo necesario para que Moisés salga de su presencia tan pronto como sea posible y ponga fin a la tormenta tan horrenda.

Moisés reconoce en las palabras del faraón la falta del verdadero temor de Jehová Dios, y así lo dice. Sin embargo, le pone fin a la tormenta. Tal como se esperaba, el faraón “se obstinó en pecar”. Su arrepentimiento había sido una farsa, un temor momentáneo que lo hizo hablar palabras de remordimiento sólo para que Moisés le pusiera fin a la plaga. Con todo esto, el endurecimiento del corazón del faraón fue peor que nunca, ¡si es que esto todavía era posible!

ÉXODO 10

La plaga de langostas

Éxodo 10:1-20

¹ **Jehová dijo a Moisés:**

—Entra a la presencia del faraón, porque yo he endurecido su corazón y el corazón de sus siervos, para mostrar entre ellos estas mis señales, ² para que cuentes a tus

hijos y a tus nietos las cosas que yo hice en Egipto y las señales que hice entre ellos, y así sepáis que yo soy Jehová.

³ Entonces fueron Moisés y Aarón ante el faraón, y le dijeron:

—Jehová, el Dios de los hebreos, ha dicho así: “¿Hasta cuándo no querrás humillarte delante de mí? Deja ir a mi pueblo, para que me sirva. ⁴ Y si aún rehúsas dejarlo ir, mañana yo traeré sobre tu territorio la langosta, ⁵ la cual cubrirá la faz de la tierra, de modo que no pueda verse la tierra. Ella comerá lo que escapó, lo que os quedó del granizo; comerá asimismo todo árbol que crece en el campo. ⁶ Llenará tus casas, las casas de todos tus siervos y las casas de todos los egipcios, cual nunca vieron tus padres ni tus abuelos, desde que ellos aparecieron sobre la tierra hasta hoy.”

Y dándose vuelta, salió de la presencia del faraón.

⁷ Entonces los siervos del faraón le dijeron:

—¿Hasta cuándo será este hombre una amenaza para nosotros? Deja ir a estos hombres, para que sirvan a Jehová, su Dios. ¿Acaso no sabes todavía que Egipto está ya destruido?

⁸ Llamaron, pues, de nuevo a Moisés y Aarón ante el faraón, el cual les dijo:

—Andad, servid a Jehová, vuestro Dios. ¿Quiénes son los que han de ir?

⁹ Moisés respondió:

—Hemos de ir con nuestros niños y con nuestros viejos, con nuestros hijos y con nuestras hijas; con nuestras ovejas y con nuestras vacas hemos de ir, porque es nuestra fiesta solemne para Jehová.

¹⁰ Él les dijo:

—¿Así sea Jehová con vosotros! ¿Cómo os voy a dejar ir a vosotros y a vuestros niños? ¡Mirad cómo el mal está delante de vuestro rostro! ¹¹ No será así; id ahora vosotros los

hombres y servid a Jehová, pues esto es lo que vosotros pedisteis.

Y los echaron de la presencia del faraón. ¹² Entonces Jehová dijo a Moisés:

—Extiende tu mano sobre la tierra de Egipto, para traer la langosta, a fin de que suba sobre el país de Egipto y consuma todo lo que el granizo dejó.

¹³ Extendió Moisés su vara sobre la tierra de Egipto, y Jehová trajo un viento oriental sobre el país todo aquel día y toda aquella noche; y al venir la mañana, el viento oriental trajo la langosta. ¹⁴ La langosta subió sobre toda la tierra de Egipto y se asentó en todo el país de Egipto en tan gran cantidad como no la hubo antes ni la habrá después;

¹⁵ cubrió la faz de todo el país y oscureció la tierra; consumió toda la hierba de la tierra y todo el fruto de los árboles que había dejado el granizo; no quedó cosa verde en los árboles ni en la hierba del campo en toda la tierra de Egipto.

¹⁶ Entonces el faraón se apresuró a llamar a Moisés y a Aarón, y dijo:

—He pecado contra Jehová, vuestro Dios, y contra vosotros. ¹⁷ Pero os ruego ahora que perdonéis mi pecado solamente esta vez, y que oréis a Jehová, vuestro Dios, para que aparte de mí al menos esta plaga mortal.

¹⁸ Salió Moisés de delante del faraón, y oró a Jehová.

¹⁹ Entonces Jehová trajo un fortísimo viento occidental que se llevó la langosta y la arrojó en el Mar Rojo; ni una langosta quedó en todo el país de Egipto. ²⁰ Pero Jehová endureció el corazón del faraón, y éste no dejó ir a los hijos de Israel.

A primera vista, esta plaga parece comenzar según el mismo modelo de las anteriores. Sin embargo, podemos ver que las cosas se van intensificando y se acercan a su clímax.

Primero, Dios le dice a Moisés que él mismo ha endurecido el corazón del faraón y de sus funcionarios. Pero Dios todavía tiene

un propósito al enviar otra plaga a pesar de la obstinación del faraón. Dios le dice a Moisés que esto le va a servir mucho a Israel en las generaciones venideras como una señal de su poder. Ellos debían contarles estos acontecimientos a sus hijos. Por los Salmos 78 y 105, sabemos la forma en que se hizo. “Habló, y vinieron langostas, y pulgón sinnúmero; y se comieron toda la hierba de su país, devoraron el fruto de su tierra” (Salmo 105:34-35).

En otras palabras, la suerte del faraón ya estaba sellada. Los acontecimientos que iban a seguir servirían para reforzar el propósito de estas plagas, como demostraciones de todo el poder de Dios, tanto para Israel como para el faraón. ¡Toda la tierra iba a saber que él es Señor del universo! Así como los israelitas cantaron posteriormente: “¡Alabad a Jehová, invocad su nombre; dad a conocer sus obras en los pueblos!” (Salmo 105:1).

Además, vemos que los funcionarios del faraón ya se estaban impacientando. Ya no aguantaban más. “¿Hasta cuándo será este hombre una amenaza para nosotros?” le preguntaban a su rey. Es la primera vez que oímos acerca de la inquietud que existía entre los funcionarios egipcios a causa de las plagas problemáticas.

Al oír que sus propios consejeros lo estaban exhortando a dejar que los israelitas se fueran, el faraón parece mostrar señales de que pierde el control. Primero les pide a Moisés y a Aarón que se presenten delante de él; luego les concede el permiso para que salgan del país. Sin embargo, inmediatamente después de esto, él pregunta quiénes se irán. Moisés se mantiene firme y dice que la expedición incluirá a todos, no sólo a los hombres. Después leemos la extraña declaración del faraón: “¡Así sea Jehová con vosotros! ¿Cómo os voy a dejar ir a vosotros y a vuestros niños? ¡Mirad cómo el mal está delante de vuestro rostro! No será así; id ahora vosotros los hombres y servid a Jehová, pues esto es lo que vosotros pedisteis.”

Estas palabras del faraón han sido interpretadas en varias formas: como ironía, como desprecio, como mala voluntad, como indecisión, como mera hipocresía o como capricho. Vemos un poquito de todo esto en sus palabras tan extrañas. Pero sobre todo,

vemos en ellas las palabras de un pecador endurecido, que se siente amenazado, que gradualmente entra en un estado de shock porque no sabe qué hacer, que se desenfrena airadamente con todo el poder que él piensa que todavía tiene. Estas son las palabras de un hombre completamente malo que llega al límite de su fuerza. Son las palabras de un hombre que está bajo el juicio de Dios.

Las langostas (es decir, saltamontes) no eran una peste desconocida en Egipto. Sin embargo, la venida de las langostas tal como se describe en este milagro fue muy insólita. Un estudioso de la Biblia dice que el hecho de que el viento sopló, todo un día y toda una noche, antes de traer las langostas, muestra que habían de venir de gran distancia. Esto fue una prueba para los egipcios de que el poder de Jehová alcanzaba mucho más allá de las fronteras de Egipto. Se nos dice que generalmente estos enjambres de langostas vienen a Egipto desde el sur. Esta vez vinieron del este, y la destrucción que causaron fue sin igual.

“He pecado”, dice el faraón cuando llama a Moisés y le suplica que quite la plaga. Suponemos que Moisés no se dejó engañar por esta confesión externa de pecado. ¡Con seguridad que el Señor no lo fue! Esto iba a servir a los propósitos de Dios. Su poder se estaba demostrando para que todos lo vieran. Y ya se acercaba el fin.

La plaga de las tinieblas

Éxodo 10:21-29

²¹ **Jehová dijo a Moisés:**

—Extiende tu mano hacia el cielo, para que haya tinieblas sobre la tierra de Egipto, tanto que cualquiera las palpe.

²² **Extendió Moisés su mano hacia el cielo, y por tres días hubo densas tinieblas sobre toda la tierra de Egipto.**

²³ **Ninguno vio a su prójimo, ni nadie se levantó de su lugar en tres días; pero todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones.**

²⁴ **Entonces el faraón hizo llamar a Moisés, y dijo:**

—Id, servid a Jehová; que solamente queden vuestras ovejas y vuestras vacas. Vayan también vuestros niños con vosotros.

²⁵ Moisés respondió:

—Tú nos darás los animales para los sacrificios y holocaustos que ofreceremos a Jehová, nuestro Dios. ²⁶ Y nuestro ganado irá también con nosotros. No quedará ni una pezuña, porque de él hemos de tomar para servir a Jehová, nuestro Dios, y no sabemos con qué hemos de servir a Jehová hasta que lleguemos allá.

²⁷ Pero Jehová endureció el corazón del faraón, y éste no quiso dejarlos ir. ²⁸ Y le dijo el faraón:

—Retírate de mi presencia. Cúdate de no ver más mi rostro, pues el día en que veas mi rostro, morirás.

²⁹ Y Moisés respondió:

—¡Bien has dicho! No veré más tu rostro.

“Tinieblas... tanto que cualquiera las palpe”, ¡qué oscuridad siniestra debe haber sido! Los egipcios, que adoraban al sol, que hasta construyeron la ciudad de Heliópolis como un lugar dedicado a ese dios del sol, ahora se vieron completamente impedidos de toda luz por tres días.

Algunos explicarían este milagro con las grandes tormentas de arena que periódicamente afligen esta región, con las partículas de arena que son llevadas tan fuertemente por el viento que el cielo queda cubierto con un velo denso. Aunque esa puede haber sido la manera en que Dios hizo que ocurriera esta plaga, no podemos estar seguros. Su naturaleza milagrosa todavía era evidente en el hecho de que “todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones”.

Otra vez, el faraón pone una condición cuando deja que los israelitas salgan: “Solamente queden vuestras ovejas y vuestras vacas”. Moisés se negó, porque esos animales eran necesarios para los sacrificios que habían de ofrecerse.

“Retírate de mi presencia”, gritó el faraón en su furor. “Cuídate de no ver más mi rostro, pues él día en que veas mi rostro, morirás.” El faraón pronuncia su propia sentencia.

Respondió Moisés: “¡Bien has dicho! No veré más tu rostro.”

Moisés sabía que ya se acercaba el fin. Por eso le dijo tan decididamente al faraón: “No veré más tu rostro”. Moisés estaba seguro de eso, porque Dios ya le había dado información con respecto a la última plaga. Sabía que esa plaga iba a tomar la vida de cada hijo primogénito de Egipto e iba a asegurar la liberación de los israelitas.

Las palabras con las que Jehová ya le había hecho conocer todo esto a Moisés se nos dan en el siguiente capítulo.

ÉXODO 11

La plaga de la muerte de los primogénitos

Éxodo 11:1-10

¹ **Jehová dijo a Moisés:**

—Una plaga más traeré sobre el faraón y sobre Egipto, después de la cual él os dejará ir de aquí. De seguro que os echará de aquí definitivamente. ² Habla ahora al pueblo, que cada uno pida a su vecino y cada una a su vecina, alhajas de plata y de oro.

³ **Jehová hizo que el pueblo se ganara el favor de los egipcios. También Moisés era considerado un gran hombre en la tierra de Egipto, a los ojos de los siervos del faraón y a los ojos del pueblo.**

⁴ **Dijo, pues, Moisés:**

—Jehová ha dicho así: “Hacia la medianoche yo atravesaré el país de Egipto, ⁵ y morirá todo primogénito en tierra de Egipto, desde el primogénito del faraón que se sienta en su trono, hasta el primogénito de la sierva que está tras el molino, y todo primogénito de las bestias. ⁶ Y habrá gran clamor por toda la tierra de Egipto, cual nunca hubo ni

jamás habrá. ⁷ Pero contra todos los hijos de Israel, desde el hombre hasta la bestia, ni un perro moverá su lengua, para que sepáis que Jehová hace diferencia entre los egipcios y los israelitas.” ⁸ Entonces vendrán a mí todos estos tus siervos, e inclinados delante de mí dirán: “Vete, tú y todo el pueblo que está bajo tus órdenes.” Y después de esto yo saldré.

Y salió muy enojado de la presencia del faraón. ⁹ Luego Jehová dijo a Moisés:

—El faraón no os oirá, para que mis maravillas se multipliquen en la tierra de Egipto.

¹⁰ Moisés y Aarón hicieron todos estos prodigios delante del faraón, pues Jehová había endurecido el corazón del faraón, y éste no dejó salir a los hijos de Israel fuera de su país.

En el capítulo anterior, después de la plaga de las tinieblas, Moisés le dijo al faraón: “No veré más tu rostro” (Éxodo 10:29). Lo que está registrado aquí en el capítulo 11, donde Moisés le anuncia a faraón la próxima y última plaga, realmente tuvo lugar *antes* de las palabras de Moisés registradas en el capítulo 10:29, es decir, que el capítulo 11 es lo que se puede llamar “una escena retrospectiva”. En esos días era común esa forma de escrito histórico, tal como la usamos aún hoy. Moisés estaba seguro de que nunca más iba a ver al faraón. Podía estar muy seguro de eso debido a algo que había sucedido antes. Ahora se nos dice lo que era. (Si no entendemos la secuencia de los acontecimientos de esta manera, las palabras del capítulo 11 parecerían contradecir lo que Moisés había expresado con toda claridad en el capítulo 10.)

Por lo tanto, es con mucha razón que la *New International Version* traduce al principio del capítulo 11: “El SEÑOR le *había* dicho a Moisés...” Después de la plaga de las tinieblas, iba a descender una plaga más sobre Egipto. Esta plaga iba a resultar en el éxodo de Israel de la tierra de Egipto. Antes de la salida, Dios le dijo a Moisés que los israelitas les pidieran artículos de plata y de oro a los egipcios. Nuevamente, Dios mismo había prometido

que los egipcios tendrían la voluntad de cumplir con esta petición.

Las últimas palabras de Moisés al faraón respecto de la última plaga — y recordemos que esas palabras fueron dichas antes de las palabras que dijo en Éxodo 10:29 — nos cuentan el terrible significado del juicio final del Señor sobre el faraón, así como sobre todo Egipto. Todo primogénito varón, tanto de los seres humanos como del ganado que pertenecía a los egipcios, iba a morir. ¡Que horrible amenaza! ¡Y qué funesto resultado iba a tener! En Egipto iba a haber clamor y llanto. ¡En Israel ni un perro ladraría!

¿Fue demasiado áspera la amenaza de Dios? Recordemos que Dios les había hecho al faraón y a los egipcios muchas advertencias severas por medio de las plagas durante un largo período de tiempo. Aunque el Señor había aumentado la severidad de las plagas, el faraón cada vez se puso más terco que nunca. Dios es lleno de gracia y misericordia, lento para la ira, pero llega el momento en que tiene que actuar en su justicia perfecta y llevar a cabo sus amenazas de retribución divina. Si eso no fuera la verdad, entonces hasta sus amenazas carecerían de sentido.

Esto mismo se aplica a toda la humanidad. Muchas veces la gente pregunta: “¿Cómo es posible que el Dios amoroso condene a las personas a un castigo eterno?” Parece que no creen que algo así pueda ser posible. Sin embargo, el Dios que habla en serio en cuanto a su promesa de salvación es igualmente serio en cuanto a su amenaza de castigar toda desobediencia. La manera en que Dios mismo le pone una conclusión a los Diez Mandamientos, como lo hemos aprendido en el Catecismo Menor de Lutero, lo hace bastante claro. Leemos en Marcos 16:16: “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado”. La historia de las plagas es una demostración de que Dios sí habla en serio. Esto también es una advertencia severa.

En este caso, la muerte del hijo primogénito, así de hombre como de bestia, en Egipto, había de ser el castigo por la decisión cruel de los egipcios de mantener al pueblo de Dios bajo la esclavitud por tantos años. “Israel es mi primogénito”, le había

dicho Dios a Moisés cuando volvía a Egipto de la tierra de Madián (4:22). Ya Dios le había dado a Moisés un resumen de la futura serie de acontecimientos. Debido a que el faraón se había negado a dejar ir al “primogénito” de Dios, Moisés le iba a anunciar al faraón: “Mataré a tu primogénito” (4:23). Los últimos versículos del capítulo 11, una vez más nos dan un resumen de esta situación, cerrando esta etapa de la historia de Israel.

En el siguiente capítulo, el capítulo 12, que narra la manera en que Israel finalmente fue liberado de la esclavitud en Egipto, entramos en una nueva etapa de su historia.

ÉXODO 12

La Pascua

Éxodo 12:1-13

¹ **Habló Jehová a Moisés y a Aarón en la tierra de Egipto, y les dijo:**

² **«Este mes será para vosotros el principal entre los meses; os será el primero de los meses del año. ³ Hablad a toda la congregación de Israel, y decid: “El día diez de este mes tomará cada uno un cordero según las familias de los padres, un cordero por familia. ⁴ Pero si la familia es demasiado pequeña, que no baste para comer el cordero, entonces él y el vecino más cercano a su casa tomarán uno según el número de las personas; conforme al comer de cada hombre os repartiréis el cordero. ⁵ El animal será sin defecto, macho de un año; lo tomaréis de las ovejas o de las cabras. ⁶ Lo guardaréis hasta el día catorce de este mes, y lo inmolará toda la congregación del pueblo de Israel entre las dos tardes. ⁷ Tomarán de la sangre y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas en que lo han de comer. ⁸ Esa noche comerán la carne asada al fuego y panes sin levadura; con hierbas amargas lo comerán. ⁹ Ninguna cosa comeréis de él cruda ni cocida en agua, sino asada al fuego; comeréis**

también su cabeza, sus patas y sus entrañas. ¹⁰ Ninguna cosa dejaréis de él hasta la mañana; y lo que quede hasta la mañana, lo quemaréis en el fuego. ¹¹ Lo habéis de comer así: ceñidos con un cinto, con vuestros pies calzados y con el bastón en la mano; y lo comeréis apresuradamente. Es la Pascua de Jehová. ¹² Pues yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto, así de los hombres como de las bestias, y ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto. Yo, Jehová.

¹³»**“La sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; veré la sangre y pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto.**

Todo lo que hay en las Sagradas Escrituras es la Palabra de Dios, y es útil para nuestro estudio. Sin embargo, hay algunos capítulos de la Biblia que son especialmente sobresalientes. Uno de ellos es Génesis 3, que nos narra la historia de la caída en el pecado y la primera promesa del Salvador. Levítico 16, que presenta los reglamentos para el gran día de Expiación de Israel, es otro. El capítulo que ahora vamos a estudiar más detalladamente, Éxodo 12, es especialmente digno de mencionar porque nos presenta uno de los más importantes tipos del Salvador Jesucristo en el Antiguo Testamento. Un tipo es una señal o acontecimiento que representa algo que todavía no ha ocurrido. Las mismas Escrituras nos ayudan a identificar estos “tipos”. Éxodo 12 nos da la divina institución de la fiesta de la Pascua. El cordero pascual, que era el tema central de esta fiesta, es un tipo o figura de Cristo, “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

Dios instituyó la fiesta de la Pascua para apartar al pueblo de Israel como su propio pueblo. Dios dijo por medio del profeta Oseas: “Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo” (Oseas 11:1). Dios estaba a punto de separar a su pueblo de la tierra de Egipto, al librarlo de la esclavitud en esa tierra. Los

estaba adoptando como hijos suyos. Israel era el primogénito de Dios.

Los israelitas debían celebrar el festival de la pascua cada año para recordar su condición especial como el pueblo escogido de Dios. El tiempo para esta celebración, como el Señor les había dicho a Moisés y a Aarón al principio de este capítulo, era “el primero de los meses del año” (Éxodo 12:2). El nombre hebreo para este mes era Abib, es decir, “mes de la espiga”, porque el grano ya estaba en la espiga. Es el actual mes de abril.

Cuando vemos las instrucciones que Dios les dio para preparar la cena de la Pascua, vemos paso a paso la manera en que el rito entero señala a Cristo, nuestro Cordero Pascual:

— El *cordero pascual* tenía que ser un macho de un año, escogido de las ovejas o de las cabras... Juan el Bautista, cuando llamó la atención de los presentes hacia el Mesías prometido cuyo camino él iba a preparar, señaló a Jesús y dijo: “¡Este es el *Cordero de Dios*, que quita el pecado del mundo!” En su carta a los Efesios, Pablo dijo: “Porque nuestra *pascua*, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros”.

— Dios mandaba que el cordero pascual tenía que ser “*sin defecto*”... Pedro les escribió a los cristianos que estaban dispersos en el Asia Menor, diciéndoles que ellos habían sido redimidos “con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero *sin mancha y sin contaminación*”.

— El cordero pascual tenía que ser “inmolado” como *sacrificio*... Pablo le recuerda a su pueblo que “Cristo nos amó, y se entregó a él mismo, por nosotros, a Dios como ofrenda y *sacrificio* de olor fragante”. El autor del libro de Hebreos se refiere repetidamente a Cristo como una “*ofrenda*” y un “*sacrificio*”.

— Los israelitas debían tomar de la *sangre* y ponerla “en los dos postes y en el dintel de las casas”. En la noche de la fiesta de la Pascua, cuando Dios pasara por Egipto y matara a cada primogénito, les había prometido a los israelitas: “Veré la sangre y pasaré de largo ante vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto”. En otras palabras,

Israel se salvó de la destrucción gracias a la sangre del cordero pascual... Es claro que esto señala a la enseñanza central de las Escrituras, es decir, que somos redimidos del poder del pecado, de la muerte y de Satanás “con la *sangre preciosa de Cristo*, como de un cordero sin mancha y sin contaminación”.

— Más adelante en este mismo capítulo, el Señor les dio instrucciones a Moisés y a Aarón en cuanto al cordero pascual: “Ni le *quebraréis* ningún *hueso*” (versículo 46). Después de la muerte de Jesús en la cruz, los soldados no le quebraron los huesos como lo habían hecho con los que habían sido crucificados junto con él. Juan escribe: “Estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura: *No será quebrado hueso suyo*” (19:36).

En todas estas descripciones vemos que el cordero pascual señalaba claramente a Cristo, el Cordero de Dios, nuestro único Redentor, que dio su vida como el sacrificio por los pecados del mundo. El Señor les dio a Moisés y a Aarón otras reglas acerca de cómo debían asar el cordero pascual, la forma en que habían de comerlo con hierbas amargas y pan sin levadura, y cómo debían de estar listos para salir de la tierra, es decir, con toda rapidez, ceñidos los lomos, el calzado en los pies, y el bordón en la mano. Se debía comer todo el cordero, y todo lo que sobrara debía quemarse.

¡Por fin había llegado el tiempo de la liberación! Así como Dios en esa misma noche iba a herir al primogénito de Egipto, así también iba a librar a Israel, su propio primogénito.

Un día para ser recordado

Éxodo 12:14-20

¹⁴ Este día os será memorable, y lo celebraréis como fiesta solemne para Jehová durante vuestras generaciones; por estatuto perpetuo lo celebraréis. ¹⁵ Siete días comeréis panes sin levadura. El primer día haréis desaparecer toda levadura de vuestras casas, porque cualquiera que coma algo leudado desde el primer día hasta el séptimo, será eliminado de Israel. ¹⁶ El primer día habrá santa convocación, y asimismo en el

séptimo día tendréis una santa convocación. Ninguna obra se hará en ellos, excepto solamente que preparéis lo que cada cual haya de comer. ¹⁷ Guardaréis la fiesta de los Panes sin levadura, porque en ese mismo día saqué vuestras huestes de la tierra de Egipto; por tanto, guardaréis este mandamiento a lo largo de vuestras generaciones como una costumbre perpetua. ¹⁸ En el mes primero comeréis los panes sin levadura, desde el día catorce del mes por la tarde hasta el veintiuno del mes por la tarde. ¹⁹ Durante siete días no se hallará levadura en vuestras casas, porque cualquiera que coma algo leudado, tanto extranjero como natural del país, será eliminado de la congregación de Israel. ²⁰ Ninguna cosa leudada comeréis; en todas vuestras habitaciones comeréis panes sin levadura.

Estos versículos explican la forma en que el pueblo de Israel en el futuro habría de recordar esta ocasión de la Pascua. Los israelitas, durante siete días antes de la cena de la Pascua misma, debían comer pan sin levadura. Además, no debían trabajar. El que desobedeciera esa regla sería “eliminado de la congregación de Israel”. A eso se le llamó la fiesta de los Panes sin levadura. La levadura, que hace que comience el proceso de la fermentación en la masa, es un símbolo natural de la corrupción moral. Y dado que por esa razón se la consideraba ceremonialmente inmunda, no debía hallarse en ninguna casa durante la celebración de la Pascua. Al quitar toda la levadura vieja, los israelitas debían acordarse de la nueva vida que experimentaron como el pueblo elegido de Dios cuando salieron de Egipto.

El apóstol Pablo se refiere a la fiesta del Pan sin levadura cuando le dice a su congregación de Corinto: “Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, como sois, sin levadura, porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad” (1 Corintios 5:7-8). Pablo usó esta figura del Antiguo Testamento para animar a los cristianos a

que recordaran, con una celebración gozosa, la gran victoria que Cristo, su Cordero Pascual del Nuevo Testamento, llevó a cabo con su sacrificio en la cruz. Así como los israelitas se deshicieron de la vieja levadura en el tiempo de su fiesta de la Pascua, también los cristianos deben deshacerse de sus viejas costumbres pecaminosas y deben luchar para vivir con nuevas costumbres que sean agradables a Dios.

La lección de la epístola que se lee generalmente en nuestras iglesias el domingo de la Pascua de la Resurrección incluye estas palabras de San Pablo del libro de Corintios. Puede servir como una exhortación adecuada a los cristianos para que recuerden la victoria de Cristo sobre el poder del pecado, de la muerte y del infierno, y se propongan a dedicar su vida cristiana para la gloria del nombre de él. Es una manera muy apropiada para celebrar la Pascua de la Resurrección.

Instrucciones dadas y obedecidas

Éxodo 12:21-28

²¹ Moisés convocó a todos los ancianos de Israel y les dijo: «Salid y buscad corderos para vuestras familias, y sacrificad la pascua. ²² Tomad un manojo de hisopo, mojadlo en la sangre que estará en un lebrillo, y untad el dintel y los dos postes con la sangre que estará en el lebrillo. Que ninguno de vosotros salga de las puertas de su casa hasta la mañana, ²³ pues Jehová pasará hiriendo a los egipcios, y cuando vea la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará Jehová de largo por aquella puerta, y no dejará entrar al heridor en vuestras casas para herir. ²⁴ Guardaréis esto por estatuto para vosotros y para vuestros hijos para siempre. ²⁵ Cuando entréis en la tierra que Jehová os dará, como prometió, también guardaréis este rito. ²⁶ Y cuando os pregunten vuestros hijos: “¿Qué significa este rito?”, ²⁷ vosotros responderéis: “Es la víctima de la Pascua de Jehová, el cual pasó por encima de las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a los egipcios y libró nuestras casas.”»

Entonces el pueblo se inclinó y adoró. ²⁸ Luego los hijos de Israel fueron e hicieron puntualmente tal como Jehová había mandado a Moisés y a Aarón.

Ahora los ancianos le transmiten al pueblo las instrucciones que Dios les había dado a Moisés y a Aarón con respecto al cordero pascual. Ellos debían meter el hisopo, una planta que tenía muchas hojas, en el recipiente que contenía la sangre del cordero y rociarla sobre los dos postes y el dintel de cada hogar. Posteriormente el hisopo se usó como una figura para limpiar del pecado como leemos en el Salmo 51:7.

Al mismo tiempo, Moisés le enfatizó al pueblo que debió celebrar cada año esta ceremonia de la Pascua para recordar que Dios los había librado de la esclavitud en Egipto, y que los iba a librar de la esclavitud del pecado por medio del Salvador prometido.

Así el pueblo estuvo totalmente listo para el poderoso acto de liberación que llevó a cabo el Señor. En agradecida adoración se pusieron de acuerdo y actuaron según las instrucciones de Dios ¡Estaba a punto de realizarse su gran liberación de los muchos años de esclavitud!

El Éxodo

Éxodo 12:29-42

²⁹ Aconteció que a la medianoche Jehová hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito del faraón que se sentaba sobre su trono hasta el primogénito del cautivo que estaba en la cárcel, y todo primogénito de los animales. ³⁰ Se levantó aquella noche el faraón, todos sus siervos y todos los egipcios, y hubo un gran clamor en Egipto, porque no había casa donde no hubiera un muerto.

³¹ E hizo llamar a Moisés y a Aarón de noche, y les dijo:

—Salid de en medio de mi pueblo vosotros y los hijos de Israel, e id a servir a Jehová, como habéis dicho. ³² Tomad también vuestras ovejas y vuestras vacas, como habéis dicho,

e idos; y bendecidme también a mí.

³³ Los egipcios apremiaban al pueblo, dándose prisa a echarlos de la tierra, porque decían: «Todos moriremos.»

³⁴ Y llevó el pueblo su masa antes que fermentara, la envolvieron en sábanas y la cargaron sobre sus hombros. ³⁵ E hicieron los hijos de Israel conforme a la orden de Moisés, y pidieron a los egipcios alhajas de plata y de oro, y vestidos.

³⁶ Jehová hizo que el pueblo se ganara el favor de los egipcios, y estos les dieron cuanto pedían. Así despojaron a los egipcios.

³⁷ Partieron los hijos de Israel de Ramesés hacia Sucot. Eran unos seiscientos mil hombres de a pie, sin contar los niños. ³⁸ También subió con ellos una gran multitud de toda clase de gentes, ovejas y muchísimo ganado. ³⁹ Cocieron tortas sin levadura de la masa que habían sacado de Egipto, pues no había leudado, porque al echarlos fuera los egipcios no habían tenido tiempo ni para prepararse comida.

⁴⁰ El tiempo que los hijos de Israel habitaron en Egipto fue de cuatrocientos treinta años. ⁴¹ El mismo día en que se cumplían los cuatrocientos treinta años, todas las huestes de Jehová salieron de la tierra de Egipto. ⁴² Es noche de guardar para Jehová, por haberlos sacado en ella de la tierra de Egipto. Esta noche deben guardarla para Jehová todos los hijos de Israel a lo largo de sus generaciones.

Nuestro texto comienza “a la medianoche”. ¡Ya había llegado la hora del juicio de Dios! Esta vez la plaga no estaba vinculada con ningún fenómeno de la naturaleza como los mosquitos, las ranas o el granizo. Esta vez Jehová mismo hirió “a todo primogénito en la tierra de Egipto”. El resultado era devastador: “No había casa donde no hubiera un muerto”.

Los acontecimientos se sucedieron con rapidez. Primero, el faraón rogó a los israelitas que se marcharan. Ellos, por su parte, llevaron consigo la masa sin levadura, ya que no hubo tiempo para cosas como añadirle la levadura a la masa. Luego los israelitas

pidieron artículos de plata, de oro y de ropa, como salario muy atrasado de sus años de servicio, salario que los egipcios estaban más que contentos de darles con tal que se fueran de inmediato. Como conquistadores cargados con el botín, salieron de la tierra que los había mantenido cautivos por tantos años. ¡El Señor los liberó de la esclavitud!

El lugar de donde salieron los israelitas era Ramesés, una ciudad de guarnición que ellos mismos habían construido con sudor, sangre y lágrimas. ¡Seguramente nadie iba a verter lágrimas al abandonar un lugar así! Su viaje era hacia Sucot, al sureste. Y ¡que multitud! ¡Eran 600.000 hombres! Si se incluye a las mujeres y a los niños, eran como 2 millones de personas. ¡Piense en ese gran número de personas marchando por el camino con todo su ganado!

Se nos dice que “también subió con ellos gran multitud de toda clase de gentes”. Esa era una multitud mixta que incluía personas que no eran israelitas, quizás algunos sirvientes, sin duda algunos egipcios que pensaban que habría alguna ventaja en acompañar a los israelitas. La muchedumbre tenía sus advenedizos que iban para ver si podían sacar algún provecho de la situación. Posteriormente estas personas causaron problemas en el camino, como nos lo dice Números 11.

Según estos versículos, el período de tiempo que los israelitas vivieron en Egipto fue 430 años. No dudamos de esa cantidad; encaja en la situación histórica de ese tiempo. Abram habló proféticamente de una esclavitud de Israel por “400 años” (Génesis 15:13), usando un número redondo. El apóstol Pablo usó la misma cantidad mencionada aquí en Éxodo, 430 años, para mostrar que el pacto de Dios con Abraham se había establecido muchos años antes de la ley en el monte Sinaí. Pablo sabía que ese número de 430 era correcto. Utilizó el número redondo para mostrar que un pacto (la promesa) había precedido al otro (la ley) por lo menos este período de tiempo.

El día de la liberación de Israel era verdaderamente un día que se debía recordar. Israel debía mantener una vigilia nocturna

durante la misma noche en los años siguientes para honrar a “Jehová, por haberlos sacado en ella de la tierra de Egipto”.

Restricciones de la Pascua

Éxodo 12:43-51

⁴³ Jehová dijo a Moisés y a Aarón:

«Ésta es la ley para la Pascua: ningún extraño comerá de ella. ⁴⁴ Pero todo siervo humano comprado por dinero comerá de ella, después que lo hayas circuncidado. ⁴⁵ El extranjero y el jornalero no comerán de ella. ⁴⁶ Se comerá en una casa, y no llevarás de aquella carne fuera de ella ni le quebraréis ningún hueso. ⁴⁷ Toda la congregación de Israel lo hará. ⁴⁸ Si algún extranjero habita contigo y quiere celebrar la Pascua para Jehová, que le sea circuncidado todo varón, y entonces la celebrará, pues será como uno de vuestra nación; pero ningún incircunciso comerá de ella. ⁴⁹ La misma ley regirá para el natural y para el extranjero que habite entre vosotros.»

⁵⁰ Así lo hicieron todos los hijos de Israel. Tal como mandó Jehová a Moisés y a Aarón, así lo hicieron. ⁵¹ Y en aquel mismo día sacó Jehová a los hijos de Israel de la tierra de Egipto por grupos.

Ya que en este capítulo se encuentran los reglamentos con respecto a la Pascua, sin duda Moisés los incluyó aquí en el libro de Éxodo para salvaguardar el uso apropiado de la Pascua. Ningún extranjero debía participar en esta celebración. A ningún varón incircunciso se le permitía comer de ella. Si algún extranjero quería honrar al verdadero Dios de Israel y guardar la Pascua, primero había de ser recibido en la comunidad de los israelitas al someterse a todas las leyes y a todos los reglamentos. Para los varones, esto significaba someterse a la circuncisión. Al participar en la cena de la Pascua, el pueblo de Dios confesaba el compañerismo con su Dios y de unos con otros. “Toda la congregación de Israel lo hará”, dijo Dios.

Aquí podemos ver una comparación entre los ritos del Antiguo Testamento ordenados para el pueblo de Dios y los sacramentos del Nuevo Testamento instituidos por Cristo. Tanto la circuncisión como el bautismo establecen un pacto con Dios y reciben a la persona en la hermandad de su familia. Tanto la Pascua como la Santa Cena fueron instituidas para fortalecer esta hermandad. Es claro que no son iguales. Sin embargo, si tomamos en cuenta el contexto histórico de cada una, la Pascua y la Santa Cena tienen mucho en común.

Vemos que la Pascua no era para todos. Tampoco lo es la Santa Cena hoy. Nuestra iglesia luterana practica la comunión cerrada (algunos la llaman comunión íntima). Con esto queremos decir que la Santa Cena es para aquellos que son uno en su confesión de fe. Pablo dice: “Nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo” (1 Corintios 10:17). Los que no comparten la misma confesión de fe no deben participar de este sacramento con nosotros.

ÉXODO 13

Consagración de los primogénitos

Éxodo 13:1-16

¹ Jehová habló a Moisés y le dijo: ² «Conságrame todo primogénito. Todo lo que abre la matriz entre los hijos de Israel, tanto de los hombres como de los animales, mío es.»

³ Moisés dijo al pueblo: «Tened memoria de este día, en el cual habéis salido de Egipto, de la casa de servidumbre, pues Jehová os ha sacado de aquí con mano fuerte; por tanto, no comeréis cosa leudada. ⁴ Vosotros salís hoy, en el mes de Abib. ⁵ Y cuando Jehová te haya metido en la tierra del cananeo, del heteo, del amorreo, del heveo y del jebuseo, la cual juró a tus padres que te daría, tierra que destila leche y miel, harás esta celebración en este mes. ⁶ Siete días comerás pan sin leudar, pero el séptimo día será fiesta para Jehová. ⁷ Durante los siete días se comerán los panes sin levadura, y

no tendrás contigo nada leudado, ni levadura, en todo tu territorio. ⁸ En aquel día lo explicarás a tu hijo diciendo: “Se hace esto con motivo de lo que Jehová hizo conmigo cuando me sacó de Egipto.” ⁹ Te será como una señal en la mano y como un memorial delante de tus ojos, para que la ley de Jehová esté en tu boca, por cuanto con mano fuerte te sacó Jehová de Egipto. ¹⁰ Por tanto, tú guardarás este rito de año en año, a su debido tiempo.

¹¹ »Cuando Jehová te haya llevado a la tierra del cananeo, como lo ha jurado a ti y a tus padres, y cuando te la haya dado, ¹² dedicarás a Jehová a todo aquel que abre la matriz. Asimismo, todo primer nacido de tus animales, si es macho, será de Jehová. ¹³ Pero todo primogénito de asno lo redimirás con un cordero; y si no lo redimes, quebrarás su cuello. También redimirás al primogénito de tus hijos. ¹⁴ Y cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: “¿Qué es esto?”, le dirás: “Jehová nos sacó con mano fuerte de Egipto, de casa de servidumbre; ¹⁵ y cuando se endureció el faraón para no dejarnos ir, Jehová hizo morir en la tierra de Egipto a todo primogénito, desde el primogénito humano hasta el primogénito de la bestia. Por esta causa yo sacrifico para Jehová todo primogénito macho, y redimo al primogénito de mis hijos. ¹⁶ Te será, pues, como una señal en la mano y como un memorial delante de tus ojos, por cuanto Jehová nos sacó de Egipto con mano fuerte.”»

“Conságrame todo primogénito... tanto de los hombres como de los animales”. Es probable que, tan pronto como ocurrió el éxodo, Jehová les dijo estas palabras en Sucot. La consagración del primogénito al Señor estaba estrechamente vinculada con la Pascua. Y como el primogénito de los israelitas no había sido herido, Jehová ordenó que fueran puestos aparte todos los primogénitos para un servicio especial para él en recuerdo de su gracia para con el pueblo de Israel. El Señor también había declarado que la nación de Israel era su “primogénito” (4:22). Al

dedicar su propio primogénito a Jehová, Israel recordaría constantemente su liberación misericordiosa llevada a cabo por la mano del Señor.

El hecho de consagrar al primogénito se iba a cumplir una vez que el Señor hubiera conducido a su pueblo Israel a la tierra de Canaán. Los reglamentos más detallados respecto a cómo habrían de hacerlo se encuentran tanto en este libro como en Números, y en Deuteronomio. Estos versículos nos dicen brevemente que los varones primogénitos del pueblo habían de ser entregados al Señor. El primogénito de los animales domésticos debía ser limpio (aceptable para alimento y para sacrificios); éstos debían ser de Jehová, es decir, sacrificados a él. El primogénito de los animales domésticos inmundos, tales como los asnos, que no eran aceptables para sacrificios, debían ser “redimidos con un cordero”, o debían ser matados quebrándoles el cuello.

Posteriormente, en el libro de Números, se nos dice la manera en que Dios apartó a la tribu de Leví para servicio especial en su templo. Esto iba a servir para recordarle constantemente a Israel que todo lo que era y todo lo que poseía debía ser presentado continuamente al Señor quien los había redimido. Aunque actualmente nosotros no estamos bajo todos estos reglamentos del Antiguo Testamento, el apóstol Pablo nos dice, como a creyentes del Nuevo Testamento: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual habéis recibido de Dios, y que no sois vosotros?, pues habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo” (1 Corintios 6:19-20).

Aun cuando los israelitas llegaran a habitar la tierra de Canaán, Dios quería que su pueblo nunca se olvidara de la gracia que él les había mostrado cuando los liberó de Egipto. Este era el gran propósito de esta consagración de los primogénitos. Moisés le inculcaba al pueblo: “Te será, pues, como una señal en la mano y como un memorial delante de tus ojos, por cuanto Jehová nos sacó de Egipto con mano fuerte”.

Posteriormente algunas sectas judías interpretaron estas palabras de Moisés literalmente. De la piel de animales ceremonialmente limpios hacían bolsas pequeñas llamadas filacterias. Amarraban esas bolsas a la frente de los varones o a su antebrazo izquierdo. Dentro de las bolsas había tiras de pergamino en las que se habían escrito pasajes de la ley. Por supuesto, esta interpretación literal no estaba de acuerdo con el mandato de Dios. Dios quería que estas palabras fueran tanto un recordatorio constante a su pueblo en todos sus pensamientos (delante de los ojos), como en sus obras (en la mano) de su gracia y misericordia permanentes hacia ellos. También Pablo nos recuerda en la época del Nuevo Testamento: “Si, pues, coméis o bebéis o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31).

Dios guía a su pueblo

Éxodo 13:17-22

¹⁷ Luego que el faraón dejó ir al pueblo, Dios no los llevó por el camino de la tierra de los filisteos, que estaba cerca, pues dijo Dios: «Para que no se arrepienta el pueblo cuando vea la guerra, y regrese a Egipto.» ¹⁸ Por eso hizo Dios que el pueblo diera un rodeo por el camino del desierto del Mar Rojo.

Los hijos de Israel salieron de Egipto armados. ¹⁹ Moisés tomó también consigo los huesos de José, el cual había hecho jurar a los hijos de Israel, diciéndoles: «Dios ciertamente os visitará, y entonces os llevaréis mis huesos de aquí con vosotros.»

²⁰ Partieron de Sucot y acamparon en Etam, a la entrada del desierto. ²¹ Jehová iba delante de ellos, de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarlos, a fin de que anduvieran de día y de noche. ²² Nunca se apartó del pueblo la columna de nube durante el día, ni la columna de fuego durante la noche.

La forma más directa para ir de Egipto a Canaán era por un camino que llevaba al noreste, pasando por el peligroso territorio de los belicosos filisteos. Dios sabía que su pueblo aún no estaba preparado para la guerra en tan poco tiempo después de haber salido de Egipto. Por lo tanto, los guió al sureste por un camino que conducía al Mar Rojo. Los israelitas no estaban armados. La expresión “salieron ... armados”, según el texto hebreo, simplemente quiere decir que subieron en una forma ordenada.

Se nos dice que “Moisés tomó también consigo los huesos de José”. En Génesis 50:25 leemos: “Hizo jurar José a los hijos de Israel, diciendo: Dios ciertamente os visitará, y haréis llevar de aquí mis huesos”. José confió firmemente en la promesa que Dios le hizo a Abraham de que la tierra de Canaán era el lugar donde sus descendientes iban a llegar a ser una gran nación, y donde, por medio de uno de sus descendientes, todas las naciones de la tierra iban a ser bendecidas. Moisés recordó ahora la petición que José había hecho cientos de años antes, y así mostró su confianza también en las promesas de Dios.

Etam, el lugar donde más tarde acamparon los israelitas, estaba en la frontera oriental de Egipto, a la entrada del desierto. Aquí se nos dice que “Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarles”. Por medio de esa nube Jehová mostraba su presencia entre su pueblo. La usó para guiarlos, y también como veremos en el siguiente capítulo, para protegerlos del enemigo. Y ante todo, como veremos más adelante, la usó para manifestarle su gloria a su pueblo. Se nos dice que esta señal visible de la presencia del Señor no abandonó a Israel durante su viaje por el desierto.

En nuestro peregrinar como cristianos por esta vida, el Señor también nos asegura su presencia constante. Él dice: “No te desampararé ni te dejaré” (Hebreos 13:5). Y siempre es oportuno recordar las bellas palabras de Isaías:

Ahora, así dice Jehová, Creador tuyo, oh Jacob, y Formador tuyo, oh Israel: No temas, porque yo te redimí; te puse nombre;

mío eres tú. Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti. Porque yo, Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador; a Egipto he dado por tu rescate, a Etiopía y a Seba a cambio de ti. (Isaías 43:1-3)

De igual forma recordamos las palabras del Cristo resucitado cuando dio a sus seguidores la gran comisión de hacer discípulos de todas las naciones, y agregó las palabras: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20).

¿Y cuál es nuestra actual columna de nube de día y nuestra columna de fuego de noche? Podemos acudir a nuestro Dios con confianza y decir junto con el salmista: “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino” (Salmo 119:105).

“Toma mi mano y guíame”; esto es lo que el cristiano ruega a Dios tanto en días de gozo como también en días de tristeza. Israel también tuvo que aprender que, a pesar de la misericordiosa presencia de Dios y de su guía, iban a tener que pasar por muchas experiencias amargas antes de llegar a la tierra prometida de Canaán. El siguiente capítulo nos habla de una de esas experiencias.

ÉXODO 14

Israel acampa al lado del mar

Éxodo 14:1-4

¹ **Habló Jehová a Moisés y le dijo:**

² **«Di a los hijos de Israel que regresen y acampen delante de Pi-hahiroth, entre Migdol y el mar, enfrente de Baal-zefón. Acamparán frente a ese lugar, junto al mar. ³Y el faraón dirá de los hijos de Israel: “Encerrados están en la tierra; el desierto los ha encerrado.” ⁴Yo endureceré el corazón del faraón, para que los siga; entonces seré glorificado en el faraón y en todo su ejército, y sabrán los egipcios que yo soy Jehová.»**

Ellos lo hicieron así.

En Etam, donde Israel había acampado después de salir de Sucot, el Señor le mandó a Moisés que regresara y que acampara en un lugar llamado Pi-hahiroth, cerca del mar. El propósito de Dios, al darle este mandato, era llevar a los egipcios a pensar que los israelitas estaban confusos.

La palabra hebrea para la masa de agua que estaba cerca de donde había acampado Israel se traduce como “mar de las cañas”. Ese era un brazo del Mar Rojo que estaba situado al sur. Los críticos de la Biblia que tratan de encontrar una explicación para negar el milagro que tuvo lugar aquí dicen que ese “mar” no era más que un área baja y pantanosa, que fácilmente pudo haber estado seca en el período de marea baja. Esa explicación no tiene sentido para los que están familiarizados con las condiciones naturales de esa área. Tampoco concuerda con el texto de la Biblia misma, que describe este mar en tal forma que sólo por un milagro de Dios pudo haberse cruzado con éxito.

El Señor le anunció a Moisés su plan de guiar a Israel en esta dirección poco usual. Le iba a dar a Jehová la oportunidad para demostrar nuevamente su gloria, tanto al faraón como a los egipcios.

Los acontecimientos que siguen muestran la manera en que Dios llevó a cabo este plan.

Los egipcios los persiguen

Éxodo 14:5-9

⁵ Cuando fue dado aviso al rey de Egipto, que el pueblo huía, el corazón del faraón y de sus siervos se volvió contra el pueblo, y dijeron: «¿Cómo hemos hecho esto? Hemos dejado ir a Israel, para que no nos sirva.»

⁶ Unció entonces su carro y tomó consigo a su ejército.

⁷ Tomó seiscientos carros escogidos y todos los carros de Egipto, junto con sus capitanes. ⁸ Endureció Jehová el corazón del faraón, rey de Egipto, el cual siguió a los hijos de Israel; pero los hijos de Israel habían salido con mano poderosa.

⁹ Los egipcios los siguieron con toda la caballería y los carros del faraón, su gente de a caballo y todo su ejército; los alcanzaron donde estaban acampados junto al mar, cerca de Pi-hahiroth, frente a Baal-zefón.

Al faraón le llegaron pronto las noticias de que “el pueblo huía”. Este ya no era un viaje de varios días al desierto para ofrecer sacrificios. ¡Ese, en realidad, era un éxodo permanente! ¡Se les había escapado la preciosa y gratuita mano de obra!

Encabezando un ejército de 600 de sus mejores carros, el faraón persiguió a los israelitas y los alcanzó cerca de su campamento en Pi-hahiroth. En la opinión de los egipcios, los israelitas parecían confusos, vagaban sin propósito y en una dirección equivocada. Debían haber pensado: “Esta será una victoria fácil.”

Éxodo 14:10-14

¹⁰ Cuando el faraón se hubo acercado, los hijos de Israel alzaron sus ojos y vieron que los egipcios venían tras ellos, por lo que los hijos de Israel clamaron a Jehová llenos de temor, ¹¹ y dijeron a Moisés:

—¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto? ¿Por qué nos has hecho esto? ¿Por qué nos has sacado de Egipto? ¹² Ya te lo decíamos cuando estábamos en Egipto: Déjanos servir a los egipcios, porque mejor nos es servir a los egipcios que morir en el desierto.

¹³ Moisés respondió al pueblo:

—No temáis; estad firmes y ved la salvación que Jehová os dará hoy, porque los egipcios que hoy habéis visto, no los volveréis a ver nunca más. ¹⁴ Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos.

Es comprensible el terror de los israelitas cuando vieron que los bien armados ejércitos del faraón se acercaban rápidamente.

Por delante de ellos estaba el mar. Con todas sus mujeres, sus hijos y el ganado, ¿cómo podían tener la esperanza de luchar contra ese ejército organizado? Es de esperar que se volvieran a Jehová y le pidieran auxilio.

Pero vemos que su clamor al Señor no tenía mucha confianza. Eso se vio claramente en su cobarde queja a Moisés: “No había sepulcros en Egipto?... Mejor nos es servir a los egipcios, que morir en el desierto”.

Vale la pena recordar lo que Moisés les contestó a los israelitas como respuesta a su queja: “No temáis; estad firmes... Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos”.

Bajo esas circunstancias, las palabras de Moisés debían haberles parecido a los israelitas como un deseo piadoso: “¿Qué le pasaba a Moisés? ¿Acaso no podía ver al enemigo? ¿No se percataba de la peligrosa situación?”

¡Así es nuestra naturaleza temerosa en momentos de peligro! Vemos al enemigo y la situación peligrosa frente a nosotros. En nuestra debilidad fallamos en elevar nuestros ojos al Señor quien promete ayudarnos y librarnos de todo mal en cuerpo y alma. Las seguras promesas de Dios en las Escrituras, como las que se encuentran en el Salmo 121 o en Romanos 8:18-39, no son habladerías piadosas, sino que son verdaderas promesas de liberación. Cuando Jesús nos dice que “al que cree todo le es posible” (Marcos 9:23), podemos responder: “¡Creo; ayuda mi incredulidad!” (v. 24).

En esta situación, el Señor vino rápidamente en ayuda de Moisés, como lo vemos en los versículos siguientes.

Israel cruza el Mar Rojo

Éxodo 14:15-22

¹⁵ **Entonces Jehová dijo a Moisés:**

—**¿Por qué llamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen. ¹⁶Y tú, alza tu vara, extiende tu mano sobre el mar y divídelo, para que los hijos de Israel pasen por medio del mar en seco. ¹⁷Yo endureceré el corazón de los egipcios, para**

que los sigan; entonces me glorificaré en el faraón y en todo su ejército, en sus carros y en su caballería. ¹⁸ Y sabrán los egipcios que yo soy Jehová, cuando me glorifique en el faraón, en sus carros y en su gente de a caballo.

¹⁹ El ángel de Dios, que iba delante del campamento de Israel, se apartó y se puso detrás de ellos; asimismo la columna de nube que iba delante de ellos se apartó y se puso a sus espaldas, ²⁰ e iba entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel; para aquellos era una nube tenebrosa, pero a Israel lo alumbraba de noche; por eso, en toda aquella noche nunca se acercaron los unos a los otros.

²¹ Moisés extendió su mano sobre el mar, e hizo Jehová que el mar se retirara por medio de un recio viento oriental que sopló toda aquella noche. Así se secó el mar y las aguas quedaron divididas. ²² Entonces los hijos de Israel entraron en medio del mar, en seco, y las aguas eran como un muro a su derecha y a su izquierda.

“Di a los hijos de Israel que marchen.” Con estas emocionantes palabras el Señor le dio a Moisés la orden de que su pueblo avance. También le dijo a Moisés la manera en que esto se iba a llevar a cabo. Cuando él levantara su vara sobre el agua del mar, ésta se separaría para que los israelitas pudieran cruzar sobre tierra seca. Aunque el faraón los persiguiera con su ejército, el Señor se encargaría de él para que se ganara una victoria gloriosa.

Después de esto, los acontecimientos se sucedieron rápidamente. Dios usó la columna de nube para separar a los israelitas de los egipcios, de modo que el enemigo quedó envuelto en tinieblas mientras el pueblo de Dios tenía luz. Cuando Moisés extendió su vara sobre el mar, un poderoso viento dividió las aguas para que los israelitas pudieran cruzar el mar sobre tierra seca con muros de agua amontonada a cada lado.

Los libros de historia bíblica tratan de ilustrar este acontecimiento, pero sus imágenes no le hacen suficiente justicia a la grandeza de este milagro. ¡Imagínese dos millones de

personas, con todo su ganado y equipaje, cruzando un gran mar en el intervalo de una sola noche! El espacio de tierra seca en que ellos caminaron debe de haber sido de por lo menos una anchura de casi un kilómetro, si no más. El viento debe haber sido de una fuerza poco común para convertir el fondo del mar en tierra seca, y los muros de agua en cada lado deben haber sido inmensos.

Algunos escépticos se esfuerzan de sobremanera para “explicar” este acontecimiento como un fenómeno natural. Tratan de mostrar que en el tiempo apropiado de la marea baja y con la ayuda de un viento fuerte este acontecimiento no sería nada extraordinario. Sin embargo, preferimos dejar que las Escrituras mismas ofrezcan las explicaciones correctas. El salmista dice acerca del Dios de su salvación: “Dividiste el mar con tu poder” (Salmo 74:13). Y en el Salmo 77 leemos:

En el mar fue tu camino,
y tus sendas en las muchas aguas;
tus pisadas no fueron halladas.
Condujiste a tu pueblo como a ovejas
por mano de Moisés y de Aarón. (v. 19-20)

Qué hermosa expresión: “Y tus pisadas no fueron halladas”. No tenemos que *ver* las pisadas de Dios para *crear* en su milagroso poder. Refiriéndose a Jesús, Pedro también nos recuerda: “Vosotros, que lo amáis sin haberlo visto, creyendo en él aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso, obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas” (1 Pedro 1:8-9).

“¡Di a los hijos de Israel que marchen!” ¡Sí!, dile a la iglesia de Jesucristo que marche. A veces sólo vemos los peligros que hay adelante. Vemos que las fronteras de la impiedad nos cierran el paso; nos encierran las fronteras del mundo incrédulo. Las ganancias financieras que tengamos están más que devaluadas por los costos de la inflación. Dificilmente podemos mantener las actividades de la iglesia que recién hemos comenzado. ¿Cómo

podemos tener la esperanza de avanzar en nuestra obra misionera? Y además, ¿quién nos va a escuchar en este mundo tan corrupto y malo? ¿Cómo fue posible que nos comprometiéramos en esta obra de expansión? ¡Mejor sería cavar un hoyo y escondernos allí!

¡Di al pueblo de Dios que marche! En los versículos siguientes se nos describe de una manera vívida lo que le pasará al enemigo.

El enemigo es destruido

Éxodo 14:23-31

²³ Los egipcios los siguieron, y toda la caballería del faraón, sus carros y su gente de a caballo entraron tras ellos hasta la mitad del mar. ²⁴ Aconteció a la vigilia de la mañana, que Jehová miró el campamento de los egipcios desde la columna de fuego y nube, y trastornó el campamento de los egipcios; ²⁵ quitó además las ruedas de sus carros y los trastornó gravemente. Entonces los egipcios dijeron:

—Huyamos ante Israel, porque Jehová pelea por ellos contra los egipcios.

²⁶ Pero Jehová dijo a Moisés:

—Extiende tu mano sobre el mar, para que las aguas se vuelvan contra los egipcios, sus carros y su caballería.

²⁷ Moisés extendió su mano sobre el mar y, cuando amanecía, el mar se volvió con toda su fuerza; al huir, los egipcios se encontraban con el mar. Así derribó Jehová a los egipcios en medio del mar, ²⁸ pues al volver las aguas, cubrieron los carros, la caballería y todo el ejército del faraón que había entrado tras ellos en el mar; no quedó ni uno de ellos. ²⁹ En cambio, los hijos de Israel fueron por en medio del mar, en seco, y las aguas eran como un muro a su derecha y a su izquierda.

³⁰ Así salvó Jehová aquel día a Israel de manos de los egipcios; e Israel vio a los egipcios muertos a la orilla del mar. ³¹ Al ver Israel aquel gran hecho que Jehová ejecutó contra los egipcios, el pueblo temió a Jehová, y creyeron a Jehová y a Moisés, su siervo.

Una vez que los israelitas llegaron al lado este del mar, la columna de nube se elevó, y los egipcios vieron que los israelitas habían alcanzado la otra orilla. Pero el camino a través del mar aún estaba abierto, por lo tanto los egipcios entraron en su persecución. Entonces Dios mostró su poder de varias maneras, “trastornando” al ejército egipcio. El salmista agrega un comentario en cuanto a este “trastorno”:

Dios, te vieron las aguas;
las aguas te vieron y temieron;
los abismos también se estremecieron.
Las nubes echaron inundaciones de aguas;
tronaron los cielos
y se precipitaron tus rayos. (Salmo 77:16-17)

Una violenta tormenta cayó sobre el ejército egipcio. Dios “quitó además las ruedas de sus carros, y los trastornó gravemente”. Algunos manuscritos antiguos de la Biblia dicen: “Dios hizo que se atracasen las ruedas de sus carros”. Podemos imaginarlos atascados en el arenoso fondo del mar. Entonces, cuando Moisés extendió la mano sobre el mar, el agua que estaba amontonada a cada lado regresó a su nivel original y anegó el ejército entero del faraón, porque “no quedó ni uno de ellos”.

Esta horrible destrucción de las huestes del faraón produjo un saludable temor del Señor en los israelitas, tanto que “el pueblo temió a Jehová, y creyeron a Jehová y a Moisés”. Dios era tanto libertador como juez. Esto lo iban a experimentar cada vez más los israelitas en los días venideros.

En el capítulo siguiente Moisés expresa la gloria de esta victoria en un canto de alabanza al Señor.

ÉXODO 15

El canto de Moisés

La Biblia de Cambridge califica esta canción de Éxodo capítulo 15 como “uno de los mejores ejemplos de la poesía hebrea”, pero no cree que Moisés la haya escrito. Los que critican la Biblia, creen que una poesía de esta calidad tuvo que ser escrita mucho tiempo después en el curso de la historia, cuando Israel ya había alcanzado mayor desarrollo.

Por otra parte, nosotros estamos de acuerdo con los eruditos que afirman que sin ninguna duda su autoría es mosaica, tanto en la forma como en el contenido. Moisés acababa de participar en un glorioso milagro, en el que el pueblo de Dios había sido rescatado, y los enemigos del Señor habían sido destruidos. ¡Qué otra cosa podría haber sido más adecuada que lo que hizo Moisés al escribir este canto y guiar al pueblo en sus alabanzas a Dios! Veamos la división del canto en tres estrofas:

Primera estrofa

Éxodo 15:1-5

¹ Entonces Moisés y los hijos de Israel entonaron este cántico a Jehová:

**«Cantaré yo a Jehová,
porque se ha cubierto de gloria;
ha echado en el mar al caballo y al jinete.**

**² Jehová es mi fortaleza y mi cántico.
Ha sido mi salvación.**

**Éste es mi Dios, a quien yo alabaré;
el Dios de mi padre, a quien yo enalteceré.**

**³ Jehová es un guerrero.
¡Jehová es su nombre!**

**⁴ Echó al mar los carros del faraón y de su ejército.
Lo mejor de sus capitanes, en el Mar Rojo se hundió.**

**⁵ Los abismos los cubrieron;
descendieron a las profundidades como piedra.**

La poesía hebrea tiene semejanza con los poemas que actualmente conocemos, es decir, que utiliza palabras descriptivas que son poco comunes, comparaciones y también lenguaje figurado. En esta primera estrofa, por ejemplo, vemos que Moisés usa muchas palabras diferentes para alabar al Señor: “mi fortaleza”, “mi cántico”, “mi salvación”, “mi Dios”, “Dios de mi padre”, “guerrero”. En contraste, al enemigo se le describe como quien no tiene ninguna fuerza: “Descendieron a las profundidades como piedra”. Al escoger estas palabras, el poeta comunica la idea principal de la primera estrofa, es decir, la grandeza del Señor que ha manifestado su poder al destruir al enemigo de Israel.

Sin embargo, la poesía hebrea es diferente a mucha de la poesía moderna en que no utiliza palabras que riman al final de cada frase. Tiene un método distinto para unir sus patrones de pensamiento. Después de expresar un pensamiento de cierta manera, repite el mismo pensamiento en palabras diferentes. A esta igualdad de ideas en oraciones separadas se le llama “paralelismo”. Con frecuencia la segunda declaración es como un eco de la primera. Nótese la manera en que esto se hace, por ejemplo, en el versículo 2 de esta estrofa:

Jehová es mi fortaleza y mi cántico;
Y ha sido mi salvación.

En el versículo 4 se produce el mismo efecto:

Eché en el mar los carros de faraón y su ejército;
Lo mejor de sus capitanes, en el Mar Rojo se hundió.

En la segunda estrofa de esta canción vemos que Moisés, de una manera poéticamente hermosa, expresa de nuevo alabanzas al Señor por su gran victoria sobre el enemigo:

Segunda estrofa

Éxodo 15:6-10

⁶ Tu diestra, Jehová, ha magnificado su poder.

Tu diestra, Jehová, ha aplastado al enemigo.

⁷ Con la grandeza de tu poder

has derribado a los que se levantaron contra ti.

Enviaste tu ira y los consumió como a hojarasca.

⁸ Al soplo de tu aliento se amontonaron las aguas,

se juntaron las corrientes como en un montón,

los abismos se cuajaron en medio del mar.

⁹ »El enemigo dijo:

“Perseguiré, apresaré,

repartiré despojos;

mi alma se saciará de ellos.

Sacaré mi espada,

los destruirá mi mano.”

¹⁰ Soplaste con tu viento, los cubrió el mar;

se hundieron como plomo en las impetuosas aguas.

La frase “la diestra de Jehová” se usa frecuentemente en la poesía hebrea como símbolo del poder de Dios, tal como lo vemos en Job 40:14 y en los Salmos 18:35; 73:23; y 98:1. En estos versículos, Moisés dice que la diestra de Dios “ha magnificado su poder” al quebrantar al enemigo.

En el caso de Egipto, Moisés dice que Dios desató su ira en el preciso momento en que el enemigo se jactaba y paladeaba con anticipación, la manera en que disfrutaría de su victoria. Sin embargo, “se hundieron como plomo en las impetuosas aguas”. En la tercera estrofa de este canto, Moisés espera el tiempo en que el Señor utilice ese mismo poder para guiar a su pueblo a la herencia prometida:

Tercera estrofa

Éxodo 15:11-18

**¹¹ ¿Quién como tú, Jehová, entre los dioses?
¿Quién como tú, magnífico en santidad,
terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?**

**¹² Extendiste tu diestra;
la tierra los tragó.**

**¹³ Condujiste en tu misericordia
a este pueblo que redimiste.**

Lo llevaste con tu poder a tu santa morada.

¹⁴ Lo oirán los pueblos y temblarán.

El dolor se apoderará de la tierra de los filisteos.

**¹⁵ Entonces los caudillos de Edom se turbarán,
a los valientes de Moab los asaltará temblor,
se acobardarán todos los habitantes de Canaán.**

**¹⁶ ¡Que caiga sobre ellos temblor y espanto!
Ante la grandeza de tu brazo
enmudezcan como una piedra,
hasta que haya pasado tu pueblo, oh Jehová,
hasta que haya pasado este pueblo que tú rescataste.**

**¹⁷ Tú los introducirás y los plantarás
en el monte de tu heredad,
en el lugar donde has preparado, oh Jehová, tu morada,
en el santuario que tus manos, oh Jehová, han afirmado.**

¹⁸ ¡Jehová reinará eternamente y para siempre!»

¡De qué manera tan hermosa alaban estas palabras el poder, la gloria y la majestad del Señor, especialmente su amor que nunca falla! Cuando leemos las últimas palabras: “Jehová reinará eternamente y para siempre”, nos acordamos del cántico de alabanzas celestiales a Dios, que está escrito en Apocalipsis 11:15:

Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo;
y él reinará por los siglos de los siglos.

También pensamos en los redimidos que están en el cielo, de los que escribió San Juan las siguientes palabras en Apocalipsis 22:4-5: “Verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. Allí no habrá más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos.” Verdaderamente la victoria del Señor a favor de su pueblo Israel es una figura de su gloriosa victoria ganada por las personas redimidas de todas las épocas, inclusive la nuestra, y del hogar celestial que éstos heredarán como resultado de esta victoria.

El estribillo de María

Éxodo 15:19-21

¹⁹ Cuando el faraón entró cabalgando con sus carros y su gente de a caballo en el mar, Jehová hizo que las aguas del mar se volvieran contra ellos, mientras los hijos de Israel pasaron en seco por en medio del mar.

²⁰ Entonces María, la profetisa, hermana de Aarón, tomó un pandero en su mano, y todas las mujeres salieron detrás de ella con panderos y danzas. ²¹ Y María repetía:

**«Cantad a Jehová,
porque se ha cubierto de gloria;
ha echado en el mar al caballo y al jinete.»**

María, la hermana de Moisés y de Aarón, también tenía el don de la profecía. Se nos dice que guió a un grupo de mujeres que tocaban panderetas y que bailaron en esta gozosa ocasión de alabanzas al Señor. Es muy probable que la canción de María y de las mujeres fuera un estribillo que se cantaba como una respuesta después de cada estrofa del canto de Moisés.

Las aguas de Mará y de Elim

Éxodo 15:22-27

²² Moisés hizo partir a Israel del Mar Rojo. Salieron al desierto de Shur y anduvieron tres días por el desierto sin

hallar agua. ²³ Llegaron a Mara, pero no pudieron beber las aguas de Mara, porque eran amargas; por eso le pusieron el nombre de Mara.

²⁴ El pueblo se puso a murmurar contra Moisés, diciendo: «¿Qué hemos de beber?» ²⁵ Entonces Moisés clamó a Jehová, y Jehová le mostró un árbol; lo echó en las aguas, y las aguas se endulzaron.

Allí les dio estatutos y ordenanzas, y allí los probó. ²⁶ Les dijo: «Si escuchas atentamente la voz de Jehová, tu Dios, y haces lo recto delante de sus ojos, das oído a sus mandamientos y guardas todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envié sobre los egipcios traeré sobre ti, porque yo soy Jehová, tu sanador.»

²⁷ Después llegaron a Elim, donde había doce fuentes de aguas y setenta palmeras, y acamparon allí junto a las aguas.

El desierto de Shur por el que los israelitas viajaron después de ser liberados en el Mar Rojo era una tierra desolada. Había ciertos lugares donde los animales podían encontrar pasto, pero también había cerros de piedra caliza y valles rocosos por los cuales tuvieron que viajar. Es evidente que el agua fue un problema para ese gran número de personas que estaban en un área seca. Se les terminó el agua que tenían. Cuando llegaron a un lugar llamado Mara, los israelitas encontraron un pequeño manantial donde el agua era tan amarga que no la pudieron tomar. El nombre Mara significa “amarga”. Como de costumbre, la gente murmuró, pero aun así, el Señor se hizo cargo de ellos de una manera milagrosa, como lo dice el texto.

Esta fue la primera prueba por la que tuvieron que pasar en su viaje por el desierto. Con este ejemplo del agua amarga Dios les advirtió que en el camino que les esperaba iban a tener que pasar por pruebas similares. Esto iba a ser una prueba para su fe. Si ellos buscaban pacientemente la ayuda del Señor, él los salvaría y los protegería. Dios se lo había prometido.

Esto nos hace acordar de un himno familiar:

Te sigo, Señor, mi guiador,
Sin ver la mano que me conduce.
Tranquilo mi corazón, no temas más,
Sólo cumplir tu voluntad
Será mi voluntad.
Muchas veces me guiaste a Mará,
Y no queriendo tomar la copa, he buscado ayuda;
Y con mi oración,
Jesús el árbol tomó,
Me envió alivio rápido
Endulzando las aguas.

(“Savior, I Follow On” TLH #422:1,3; traducción libre del inglés.)

Más adelante en su viaje, cuando llegaron a Elim, un lugar que no estaba muy distante, los Israelitas encontraron un hermoso oasis. Se dice que este lugar sigue siendo hoy uno de los lugares de descanso principales para las personas que viajan por ese camino. Precisamente más adelante había otro desierto, donde nuevamente iba a ocurrir algo insólito, como lo veremos en el siguiente capítulo.

ÉXODO 16

La gloria de Jehová

Éxodo 16:1-12

¹ Partió luego de Elim toda la congregación de los hijos de Israel, y llegó al desierto de Sin, que está entre Elim y Sináí, a los quince días del segundo mes después de su salida de la tierra de Egipto. ² En el desierto, toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón. ³ Los hijos de Israel les decían:

—Ojalá hubiéramos muerto a manos de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos ante las ollas de



La danza gozosa de María

carne, cuando comíamos pan hasta saciarnos, pues nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud.

⁴ Jehová dijo a Moisés:

—Mira, yo os haré llover pan del cielo. El pueblo saldrá y recogerá diariamente la porción de un día, para que yo lo pruebe si anda en mi ley, o no. ⁵ Pero en el sexto día se prepararán para guardar el doble de lo que suelen recoger cada día.

⁶ Entonces dijeron Moisés y Aarón a todos los hijos de Israel:

—En la tarde sabréis que Jehová os ha sacado de la tierra de Egipto, ⁷ y por la mañana veréis la gloria de Jehová, porque él ha oído vuestras murmuraciones contra Jehová; pues ¿qué somos nosotros para que murmuréis contra nosotros?

⁸ Y Moisés añadió:

—Jehová os dará por la tarde carne para comer, y por la mañana pan hasta saciaros, porque Jehová ha oído lo que habéis murmurado contra él; pues ¿qué somos nosotros? Vuestras murmuraciones no son contra nosotros, sino contra Jehová.

⁹ Luego dijo Moisés a Aarón:

—Di a toda la congregación de los hijos de Israel: “Acercaos a la presencia de Jehová, porque él ha oído vuestras murmuraciones.”

¹⁰ Mientras Aarón hablaba a toda la congregación de los hijos de Israel, ellos miraron hacia el desierto, y vieron que la gloria de Jehová aparecía en la nube. ¹¹ Y Jehová dijo a Moisés:

¹²—Yo he oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Háblales y diles: “Al caer la tarde comeréis carne, y por la mañana os saciaréis de pan. Así sabréis que yo soy Jehová, vuestro Dios.”

Después del oasis de Elim, los israelitas llegaron al desierto de Sin. Los viajeros describen este territorio como una región desolada. Después de viajar durante casi un mes, no es sorprendente que la comida que habían traído de Egipto ya se hubiera acabado. Por consecuencia, la gente se quejó nuevamente.

En su misericordia, el Señor prometió enviar ayuda a este pueblo murmurador. También les dio la seguridad especial de su presencia. La gente vio “la gloria de Jehová” aparecer en la nube que los guiaba. Apareció una luz radiante en esta nube cuando ellos “miraron hacia el desierto”.

Es la primera vez que la expresión “la gloria de Jehová” aparece en el libro de Éxodo. Moisés había visto anteriormente una aparición de la gloria de Dios en la zarza ardiente que encontró en el monte Horeb. Los israelitas la habían visto en la columna de nube y la de fuego que los guiaban en el camino. Pero ésta es la primera vez que se usa esta expresión. Aquí las palabras “la gloria de Jehová” se usan en conexión con la nube brillante. En lo sucesivo, mientras continuamos nuestro estudio del libro de Éxodo, encontraremos la frase con mucha frecuencia. Era una señal visible de la vehemente determinación del Señor por cumplir su promesa evangélica. Por lo general, la gloria de Jehová aparecía juntamente con una nube de fuego o de humo. Donde quiera que ocurra, el Señor de gracia y misericordia le da a conocer su presencia a su pueblo de una manera especial. Debemos estar atentos a estas palabras cuando aparecen en las Escrituras para ver cómo enfatizan la misericordiosa y continua presencia del Señor y de su ayuda.

En esta ocasión, el Señor quería que el pueblo supiera que él había oído sus murmuraciones, que les iba a demostrar su poder y que iba a satisfacer su necesidad de alimento en el desierto. “Sabréis que yo soy Jehová vuestro Dios”, le dijo a Moisés.

En los versículos siguientes veremos que Dios no sólo mostró su gloria en una nube, sino también demostró en una forma maravillosa su preocupación por la necesidad de alimento que tenía su pueblo.

Maná y codornices

Éxodo 16:13-30

¹³ Al llegar la tarde, subieron codornices que cubrieron el campamento, y por la mañana descendió rocío alrededor del campamento. ¹⁴ Cuando el rocío cesó de descender, apareció sobre la faz del desierto una cosa menuda, redonda, menuda como escarcha sobre la tierra. ¹⁵ Al verlo, los hijos de Israel se dijeron unos a otros: «¿Qué es esto?», porque no sabían qué era. Entonces Moisés les dijo:

—Es el pan que Jehová os da para comer. ¹⁶ Esto es lo que Jehová ha mandado: Recoged de él cada uno según lo que pueda comer, un gomer por cabeza, conforme al número de personas en su familia; tomaréis cada uno para los que están en su tienda.

¹⁷ Los hijos de Israel lo hicieron así, y recogieron unos más, otros menos. ¹⁸ Lo medían por gomer, y no sobró al que había recogido mucho, ni faltó al que había recogido poco; cada uno recogió conforme a lo que había de comer.

¹⁹ Luego les dijo Moisés:

—Ninguno deje nada de ello para mañana.

²⁰ Pero ellos no obedecieron a Moisés, sino que algunos dejaron algo para el otro día; pero crió gusanos, y apestaba. Y se enojó con ellos Moisés.

²¹ Lo recogían cada mañana, cada uno según lo que había de comer; y luego que el sol calentaba, se derretía. ²² En el sexto día recogieron doble porción de comida, dos gomeres para cada uno. Todos los príncipes de la congregación fueron y se lo hicieron saber a Moisés. ²³ Él les dijo:

—Esto es lo que ha dicho Jehová: “Mañana es sábado, el día de reposo consagrado a Jehová; lo que tengáis que cocer, cocedlo hoy, y lo que tengáis que cocinar, cocinadlo; y todo lo que os sobre, guardadlo para mañana.”

²⁴ Ellos lo guardaron hasta el día siguiente, según lo que Moisés había mandado, y no se agusanó ni apestó.

²⁵ Entonces dijo Moisés:

—Comedlo hoy, porque hoy es sábado dedicado a Jehová; hoy no hallaréis nada en el campo. ²⁶ Seis días lo recogeréis, pero el séptimo día, que es sábado, nada se hallará.

²⁷ Aconteció que algunos del pueblo salieron en el séptimo día a recoger, y no hallaron nada. ²⁸ Y Jehová dijo a Moisés:

—¿Hasta cuándo os negaréis a guardar mis mandamientos y mis leyes? ²⁹ Mirad que Jehová os dio el sábado, y por eso en el sexto día os da pan para dos días. Quédese, pues, cada uno en su lugar, y nadie salga de él en el séptimo día.

³⁰ Así el pueblo reposó el séptimo día.

Las personas que dicen que los milagros que se narran en la Biblia sólo son cuentos exagerados, tienen su propia forma para explicar los versículos anteriores.

Dicen que las codornices son aves migratorias que vuelan en grupos muy grandes en ciertas épocas del año. Cuando descienden a tierra para descansar, es fácil capturarlas con la mano. Sin embargo, en este caso, las codornices llegaron en el momento que el Señor dispuso, y lo hicieron al lugar preciso que él había escogido. Vinieron en cantidades suficientes para alimentar a dos millones de personas. ¡Con toda seguridad, eso no ocurrió sin la dirección divina!

Por la región donde viajaba Israel, los mismos incrédulos que dudan de los milagros explican que hay unos árboles llamados tamariscos que dejan caer al suelo unas bolitas de una sustancia semejante a la miel, sustancia que los árabes de la región recogen y comen. Ellos dicen que no hay duda de que esta sustancia tiene que ser el maná que encontraron los israelitas en el suelo del desierto donde había tamariscos. Sin embargo, el maná que se describe en las Escrituras no sólo se encontraba aquí, donde existen los tamariscos, sino que los israelitas lo recibieron a lo largo de 40 años dondequiera que viajaron. A diferencia del fruto del tamarisco, el maná se podía hornear o hervir, además de que

se podía comer crudo. Y llegó a los israelitas precisamente en la cantidad exacta que la situación lo requería. “Lo recogían cada mañana, cada uno según lo que había de comer”. Esa cantidad correspondía a un gomer, más o menos dos litros, por persona y por día. Cuando se necesitaba para dos días, como en el día antes del día de reposo, el Señor les daba exactamente eso.

Puesto que los israelitas nunca antes habían visto este tipo de alimento, preguntaron: “¿Qué es esto?” El nombre maná, que es una palabra hebrea, se deriva de las dos palabras que constituyen esa pregunta. Todo esto indica un milagro extraordinario por medio del cual Dios le proveyó el pan de cada día a su pueblo.

Es interesante notar que, cuando el Señor proveyó el maná, tomó en consideración el mandato que les iba a dar posteriormente de guardar el día sábado o séptimo día de la semana, como el día de reposo. En el sexto día, podían recoger suficiente para dos días. En el séptimo día no se les iba a dar maná porque debía ser un día de reposo. El mandamiento “acuérdate del sábado para santificarlo”, que está escrito en Éxodo 20:8, fue dado en el monte Sinaí, un tiempo después de los acontecimientos de este capítulo. No se debía hacer ningún trabajo en ese día según el mandamiento que el Señor les dio en el monte Sinaí. Pero es posible que el pueblo ya tuviera la costumbre de guardar el séptimo día de la semana como el día de reposo. Sabemos que Dios siguió este mismo orden cuando creó el mundo en seis días y descansó el séptimo día. En el monte Sinaí, el Señor agregó este principio como una costumbre que Israel tendría que observar durante todo el período del Antiguo Testamento.

Con respecto al maná, el Señor tenía otro reglamento importante que señalaba hacia el futuro. Este reglamento se da en los versículos que siguen.

Un recordatorio para el futuro

Éxodo 16:31-36

³¹ La casa de Israel lo llamó «maná»; era como una semilla de culantro, blanco, y su sabor como de hojuelas con

miel.

³² Después dijo Moisés:

—Esto es lo que Jehová ha mandado: “Llenad un gomer de él y guardadlo para vuestros descendientes, a fin de que vean el pan que yo os di a comer en el desierto, cuando yo os saqué de la tierra de Egipto.”

³³ A Aarón dijo Moisés:

—Toma una vasija, pon en ella un gomer de maná y colócalo delante de Jehová, a fin de que sea guardado para vuestros descendientes.

³⁴ Aarón lo puso delante del Testimonio para guardarlo, tal como Jehová lo mandó a Moisés.

³⁵ Así comieron los hijos de Israel maná durante cuarenta años, hasta que llegaron a tierra habitada; maná comieron hasta que llegaron a los límites de la tierra de Canaán.

³⁶ Un gomer es la décima parte de un efa.

Estos versículos dan una instrucción final en cuanto al maná. Se debía guardar un gomer (dos litros) de maná en una vasija, y ponerlo “delante del Testimonio”. El “Testimonio”, según Éxodo 25:16, fue el nombre que les dio a las tablas de la ley que el Señor le entregó a Moisés en el monte Sinaí. En el Nuevo Testamento, Hebreos 9:4, nos explica: “[En el arca del pacto] había una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció y las tablas del pacto”. Vamos a oír más acerca de esta arca del pacto que fue puesta en el lugar santísimo del tabernáculo cuando estudiemos los últimos capítulos de este libro. El maná que se guardó en el arca del pacto juntamente con el Testimonio tenía el propósito de recordarles a los israelitas la manera en que el Señor los había sustentado mientras viajaron por el desierto de camino a la tierra prometida de Canaán. Durante los 40 años de este viaje, nunca cesó el regalo diario de maná.

En nuestro viaje hacia nuestra herencia eterna en el cielo, nosotros también debemos recordar el cuidado de nuestro Padre celestial, que diariamente nos provee de todo lo que necesitamos

para conservar el cuerpo y la vida. Con este fin, el Señor Jesús nos enseña a orar: “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy” (Lucas 11:3).

Se debe mencionar algo más con respecto al maná: Jesús se refirió al maná cuando les habló a los judíos acerca del propósito de su venida a este mundo. Dijo: “Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y aun así murieron. Éste es el pan que descende del cielo para que no muera quien coma de él. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguien come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo” (Juan 6:48-51). Así como el maná sostuvo la vida terrenal de los israelitas, así también Jesús sostiene nuestra vida espiritual. La vida que ofrece él, que es el Pan de Vida, es eterna. “De tal manera amó Dios al mundo”, le dijo Jesús a Nicodemo, “que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16).

“Señor, danos siempre este pan”, oramos. “Fortalece nuestra fe en Jesús como nuestro único Salvador, ‘el camino, la verdad y la vida’, que ha ascendido a la casa de nuestro Padre celestial para prepararnos un lugar, la herencia eterna que nos espera en el cielo.”

ÉXODO 17

Agua de la roca

Éxodo 17:1-7

¹ Toda la congregación de los hijos de Israel partió del desierto de Sin avanzando por jornadas, conforme al mandamiento de Jehová, y acamparon en Refidim, donde no había agua para que el pueblo bebiera. ² Y disputó el pueblo con Moisés, diciéndole:

—Danos agua para que bebamos.

—¿Por qué disputáis conmigo? ¿Por qué tentáis a Jehová? —les respondió Moisés.

³ Así que el pueblo tuvo allí sed, y murmuró contra Moisés:

—¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados?

⁴ Entonces clamó Moisés a Jehová, y dijo:

—¿Qué haré con este pueblo? ¡Poco falta para que me apedreen!

⁵ Jehová respondió a Moisés:

—Pasa delante del pueblo y toma contigo algunos ancianos de Israel; toma también en tu mano la vara con que golpeaste el río, y ve. ⁶ Allí yo estaré ante ti sobre la peña, en Horeb; golpearás la peña, y saldrán de ella aguas para que beba el pueblo.

Moisés lo hizo así en presencia de los ancianos de Israel. ⁷ Y dio a aquel lugar el nombre de Masah y Meriba, por la rencilla de los hijos de Israel y porque tentaron a Jehová al decir: «¿Está, pues, Jehová entre nosotros o no?»

Refidim, el siguiente lugar donde acamparon los israelitas después de salir del desierto de Sin, no estaba muy lejos del monte Sinaí. La peña que golpeó Moisés para sacar el agua estaba en “Horeb”. Horeb, como dijimos anteriormente, es parte de la cadena de montañas donde Moisés había pastoreado las ovejas de su suegro Jetro. El monte Sinaí es uno de los montes de esta cadena. Después de haber recibido el maná y las codornices en el desierto de Sin, los israelitas acamparon en otros dos lugares antes de llegar a Refidim. Estos dos lugares, Dofcá y Alús, fueron nombrados más tarde por Moisés cuando dio una lista de todos los lugares donde Israel había acampado, como lo leemos en Números 33:12 y 13.

Nada digno de mencionarse parece de haber ocurrido en Dofca y Alús, pero debemos llamar la atención sobre esto para apreciar mejor la situación en Refidim. Israel ha estado viajando por algunos días. Las colinas son cada vez más elevadas; los valles

son más angostos y llenos de grandes rocas. Y por ninguna parte se pueden encontrar manantiales de agua.

Esta vez los israelitas no sólo se “quejaron”, sino que “disputaron” con Moisés, hasta que amenazaron con apedrearlo. ¡Qué ingratitud la de estas personas que, bajo su liderazgo, habían sido alimentadas maravillosamente con el maná y con las codornices! Pero el Señor trata a su pueblo con paciencia, como un Padre con niñitos en apuros. Le ordena a Moisés que golpee una peña en la presencia de los ancianos. Cuando Moisés obedece, sale el agua de la roca para que la gente beba.

¿Quién hubiera culpado a Moisés si él hubiera querido tomar su vara y volver a cuidar las ovejas de su suegro que vivía muy cerca? Después de esforzarse tanto por servir a este pueblo, ellos siempre estaban dispuestos a ir en su contra tan pronto como surgiera cualquier problema. “¿Qué haré con este pueblo?”, le pregunta Moisés al Señor en su angustia. Sin embargo acepta la orden del Señor de golpear una peña, confiando en que el Señor sacará agua de ella. Es con razón que él llamó a este lugar “Masah”, que significa “probar”, y “Meriba” que significa “altercado”. Por medio de sus altercados con el Señor, los israelitas estaban tentando al Señor, exigiéndole pruebas de que él seguía estando con ellos. En su misericordia, el Señor nuevamente le dio evidencia de su amor a este pueblo indigno.

El apóstol Pablo habla de este incidente como un tipo de la misericordia de Dios mostrada en Cristo, la Roca de nuestra salvación. Escribe: “No quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, y todos pasaron el mar; que todos, en unión con Moisés, fueron bautizados en la nube y en el mar, todos comieron el mismo alimento espiritual y todos bebieron la misma bebida espiritual, porque bebían de la roca espiritual que los seguía. Esa roca era Cristo” (1 Corintios 10:1-4). El Dios Salvador derramó su gracia sobre su pueblo Israel por medio de esta roca en el desierto, tal como Dios nos ha bendecido en Cristo más allá de todo lo que nosotros criaturas pecaminosas

merecemos. Pablo continúa: “Pero de la mayoría de ellos no se agradó Dios, por lo cual quedaron tendidos en el desierto... Todas estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, que vivimos en estos tiempos finales. Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga. No os ha sobrevenido ninguna prueba que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla” (versículos 5, 11-13).

¡Esta es una aplicación muy apropiada de esta historia del Antiguo Testamento! ¡Pablo lo dice todo! Cómo necesitamos volver una y otra vez al Salvador que dijo en Juan 4: “El que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré se será en él en una fuente de agua que salte para vida eterna” (v. 14). Sin embargo, ¡con cuánta frecuencia estamos tentados a quejarnos contra la manera en que Dios nos trata, olvidando el propósito eterno que él tiene para nosotros en Cristo!

“Señor”, tenemos que decirle a nuestro Señor, como le dijo la mujer Samaritana, “dame esa agua, para que no tenga yo sed” (Juan 4:15).

La derrota de Amalec en Refidim

Éxodo 17:8-16

⁸ Después vino Amalec y peleó contra Israel en Refidim.

⁹ Y dijo Moisés a Josué:

—Escoge a algunos hombres y sal a pelear contra Amalec. Mañana yo estaré sobre la cumbre del collado con la vara de Dios en mi mano.

¹⁰ Josué hizo como le dijo Moisés y salió a pelear contra Amalec. Moisés, Aarón y Hur subieron a la cumbre del collado. ¹¹ Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel vencía; pero cuando él bajaba su mano, vencía Amalec. ¹² Como las manos de Moisés se cansaban, tomaron una piedra y la pusieron debajo de él. Moisés se sentó sobre ella, mientras Aarón y Hur sostenían sus manos, uno de un

lado y el otro del otro; así se mantuvieron firmes sus manos hasta que se puso el sol. ¹³Y Josué deshizo a Amalec y a su pueblo a filo de espada.

¹⁴Entonces Jehová dijo a Moisés:

—Escribe esto para que sea recordado en un libro, y di a Josué que borraré del todo la memoria de Amalec de debajo del cielo.

¹⁵Luego Moisés edificó un altar, al que puso por nombre Jehová-nisi, ¹⁶diciendo: «Por cuanto la mano de Amalec se levantó contra el trono de Jehová, Jehová estará en guerra con Amalec de generación en generación.»

Los amalecitas eran los descendientes de Amalec, un nieto de Esaú, como leemos en Génesis 36:12. En esta historia vemos que ellos fueron la primera nación que atacó al pueblo de Dios después que habían salido de Egipto. Más adelante Moisés describe la naturaleza cobarde de su ataque. Cuando los israelitas estaban cansados y sin fuerzas, Amalec “desbarató la retaguardia de todos los débiles que iban detrás” y no tuvo “ningún temor de Dios” (Deuteronomio 25:18). Por esa razón el Señor le ordenó a Moisés que escribiera este incidente en un pergamino, para asegurarse que algún día en el futuro el pueblo de Dios borraría “la memoria de Amalec de debajo del cielo”.

En esta ocasión Moisés le dijo a Josué que dirigiera la batalla contra los amalecitas. Es la primera vez que se menciona a Josué, el hombre que más tarde iba a ser el elegido de Dios para suceder a Moisés como líder de Israel. Mientras Josué peleaba contra el enemigo, Moisés estaba de pie en la cumbre del collado con la vara de Dios extendida en su mano. Mientras Moisés se mantenía de pie en la cumbre del collado, sosteniendo en sus manos en alto el cayado de Dios, los israelitas ganaban. Cuando Moisés se cansó, Aarón y Hur, le sostuvieron las manos hasta que los amalecitas fueron derrotados.

La vara del Señor era el estandarte de victoria para Israel, la seguridad de que él luchaba a favor de su pueblo. Para agradecerle

al Señor por esta victoria, Moisés edificó en ese lugar un altar y le puso por nombre “Jehová-nisi” que quiere decir “el Señor es mi estandarte”.

El acto de Moisés de sostener sus manos en alto durante la batalla se debe interpretar como un símbolo de la oración puesto que la gente de aquel entonces alzaba las manos cuando le oraba a Dios. Uno de nuestros bien conocidos himnos misioneros expresa este pensamiento:

Si como elocuente apóstol
No pudieras predicar,
Puedes de Jesús decirles
Cuánto al hombre supo amor;
Si no logras que sus culpas
Reconozca el pecador,
Conducir los niños puedes
Al benigno Salvador. (C.C. # 263)

Como cristianos, también nosotros debemos acordarnos en nuestra lucha contra los enemigos espirituales, de tomar “la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios” (Efesios 6:17). Esta palabra de Dios que se centra en nuestro Salvador Jesucristo nos asegura que “somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Romanos 8:37). Sí, mientras seguimos adelante en nuestra obra misionera, Isaías nos asegura que “la raíz de Isaí... estará puesta por pendón a los pueblos” (Isaías 11:10).

Levantará pendón a las naciones,
juntará los desterrados de Israel. (v. 12)

“El Señor es mi estandarte.” ¡Firmes y adelante, huestes de la fe! El pecado no nos puede vencer, Satanás no nos puede dominar. Ni siquiera las naciones paganas pueden impedir el avance del evangelio. ¡Nuestro Dios Salvador lucha a favor nuestro!

ÉXODO 18

Jetro visita a Moisés

Éxodo 18:1-12

¹ Oyó Jetro, sacerdote de Madián, suegro de Moisés, todas las cosas que Dios había hecho con Moisés y con Israel, su pueblo, y cómo Jehová había sacado a Israel de Egipto.

² Entonces tomó Jetro, suegro de Moisés, a Séfora, la mujer de Moisés, después que él la envió, ³ y a sus dos hijos; el uno se llamaba Gersón, porque dijo: «Forastero he sido en tierra ajena»; ⁴ y el otro se llamaba Eliezer, porque dijo: «El Dios de mi padre me ayudó y me libró de la espada del faraón.»

⁵ Cuando Jetro, el suegro de Moisés, llegó con los hijos y la mujer de éste junto al monte de Dios en el desierto, donde estaba acampado Moisés, ⁶ le dijo:

—Yo, tu suegro Jetro, vengo a ti, con tu mujer y sus dos hijos.

⁷ Moisés salió a recibir a su suegro, se inclinó y lo besó. Se preguntaron el uno al otro cómo estaban, y entraron a la tienda. ⁸ Moisés contó a su suegro todas las cosas que Jehová había hecho al faraón y a los egipcios por amor de Israel, todo el trabajo que habían pasado en el camino y cómo los había librado Jehová.

⁹ Se alegró Jetro de todo el bien que Jehová había hecho a Israel al haberlo librado de manos de los egipcios. ¹⁰ Y Jetro dijo:

—Bendito sea Jehová, que os libró de manos de los egipcios y de manos del faraón. Él ha librado al pueblo de manos de los egipcios. ¹¹ Ahora conozco que Jehová es más grande que todos los dioses, porque en lo que se ensoberbecieron prevaleció contra ellos.

¹² Luego tomó Jetro, suegro de Moisés, holocaustos y sacrificios para Dios; y Aarón y todos los ancianos de Israel fueron a comer con el suegro de Moisés delante de Dios.

Recordamos que en el estudio del capítulo 2, vimos que Moisés había cuidado las ovejas de Jetro, el sacerdote de Madián, en esta misma región a la que Israel ahora había llegado. Fue aquí donde Moisés se casó con Séfora, la hija de Jetro, y este matrimonio había sido bendecido con dos hijos, Gerson y Eliezer.

Al saber que Moisés y los israelitas estaban en la región, Jetro fue a donde Moisés y dispuso todas las cosas para reunir a la familia. La Biblia no nos dice cuándo fue que Moisés envió a su familia de regreso a la casa de Jetro; quizás Moisés pensó que Séfora todavía no era lo suficientemente fuerte en la fe para soportar todos los acontecimientos insólitos que ocurrieron en relación con la salida de Israel de la tierra de Egipto.

Los dos hombres, Moisés y Jetro, se saludaron con mucho respeto. Moisés le contó a Jetro todo lo que les había pasado a él y a los israelitas, especialmente la manera en que “los había librado Jehová”.

El resultado de esa reunión fue que Jetro alabó al Señor y lo confesó como el único Dios verdadero, “más grande que todos los dioses”. Moisés y Jetro juntos le ofrecieron sacrificios a Dios, expresando así su unidad en la fe. Jetro ha sido mencionado como una de los primeros creyentes verdaderos que surgieron de entre los gentiles.

Es interesante notar el hecho de que los amalecitas pelearon contra los israelitas mientras Jetro, que era un sacerdote de Madián, llegó a ser un creyente en el Dios verdadero, el Dios de Israel. Tanto los amalecitas como los madianitas eran descendientes de Abraham; Amalec provenía de la familia de Esaú, que era nieto de Abraham. Los madianitas eran los descendientes de Abraham y de Cetura. Recordamos lo que Dios le había dicho a Abraham:

Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan, maldeciré;

y serán benditas en ti todas las familias de la tierra (Génesis 12:3).

En la historia posterior del Antiguo Testamento, se nos dice la manera en que los amalecitas fueron finalmente condenados a la destrucción total por haber atribulado a Israel por muchos años. Sin embargo, los madianitas fueron recibidos en hermandad con Israel y moraron entre ellos en la tierra de Canaán. Y lo más importante fue que llegaron al conocimiento del Dios Salvador.

Estas dos formas de responder del mundo pagano ante el evangelio también son evidentes hoy en día. El cristianismo se está difundiendo más rápidamente en el continente de África más que en cualquier otro lugar. Por otro lado, en el Lejano Oriente, especialmente en India y en China, la gente en su gran mayoría sigue siendo hostil al evangelio de Jesucristo.

Jetro aconseja a Moisés

Éxodo 18:13-27

¹³ Aconteció que al día siguiente se sentó Moisés a juzgar al pueblo; y el pueblo estuvo delante de Moisés desde la mañana hasta la tarde. ¹⁴ Al ver el suegro de Moisés todo lo que él hacía por el pueblo, le preguntó:

—¿Qué es esto que haces tú con el pueblo? ¿Por qué te sientas tú solo, mientras todo el pueblo permanece delante de ti desde la mañana hasta la tarde?

¹⁵ Moisés respondió a su suegro:

—Porque el pueblo viene a mí para consultar a Dios.

¹⁶ Cuando tienen algún pleito, vienen a mí; yo juzgo entre el uno y el otro, y declaro los preceptos de Dios y sus leyes.

¹⁷ Entonces el suegro de Moisés le dijo:

—No está bien lo que haces. ¹⁸ Desfallecerás del todo, tú y también este pueblo que está contigo, porque el trabajo es demasiado pesado para ti y no podrás hacerlo tú solo. ¹⁹ Oye ahora mi voz: yo te aconsejaré y Dios estará contigo. Preséntate tú por el pueblo delante de Dios, y somete tú los asuntos a Dios. ²⁰ Enséñales los preceptos y las leyes, muéstrales el camino por donde deben andar y lo que han de hacer. ²¹ Además escoge tú de entre todo el pueblo a hombres

virtuosos, temerosos de Dios, hombres veraces, que aborrezcan la avaricia, y ponlos sobre el pueblo como jefes de mil, de cien, de cincuenta y de diez. ²² Ellos juzgarán al pueblo en todo tiempo; todo asunto grave lo traerán a ti, y ellos juzgarán todo asunto pequeño. Así se aliviará tu carga, pues ellos la llevarán contigo. ²³ Si esto haces, y Dios te lo manda, tú podrás sostenerte, y también todo este pueblo irá en paz a su lugar.

²⁴ Oyó Moisés la voz de su suegro, e hizo todo lo que él le dijo. ²⁵ Escogió Moisés hombres de virtud de entre todo Israel, y los puso sobre el pueblo como jefes sobre mil, sobre cien, sobre cincuenta y sobre diez, ²⁶ los cuales juzgaban al pueblo en todo tiempo. Los asuntos difíciles los traían a Moisés, y ellos juzgaban todo asunto pequeño. ²⁷ Luego Moisés despidió a su suegro, y éste se fue a su tierra.

Estos versículos ofrecen buenos consejos para cualquiera que desee administrar una organización grande. Jetro vio que Moisés estaba tratando de arreglar todos los asuntos y de resolver todos los pleitos él solo, y le aconsejó que escogiera a otros para que lo ayudaran en esta tarea, tanto por su propio bien como por el bien del pueblo. Moisés de inmediato vio que era un consejo bueno y práctico, y lo llevó a cabo. El pueblo fue dividido sistemáticamente en grupos de “mil, de cien, de cincuenta, y de diez”. Cada grupo ahora contaba con su propio líder para administrar la justicia, de una manera apropiada y en una forma ordenada.

Posteriormente Moisés, en su discurso de despedida, se refiere a ese sistema organizado que se comenzó aquí y que continuó por todo el tiempo de su liderazgo. Los muchos casos que requerían atención se podían arreglar con más rapidez y de una manera eficiente. Además, Moisés podía dedicarle más tiempo a los problemas mayores.

Frecuentemente se ha dicho que un buen administrador sabe delegar la autoridad, y eso también se aplica a la obra de la iglesia. Los pastores se hacen daño a ellos mismos y también a la obra de

la iglesia, cuando sienten que ellos mismos tienen que hacer todo el trabajo en la congregación y que otros no pueden llevar a cabo ciertas tareas de una manera apropiada. Toda congregación tiene entre sus miembros, personas laicas capaces que pueden compartir las responsabilidades en muchos asuntos prácticos para que el pastor pueda dedicarse principalmente a las necesidades espirituales del rebaño. Notamos que este principio se aplicó también en la primera congregación del Nuevo Testamento en Jerusalén para que los apóstoles no tuvieran que “dejar la palabra de Dios, para servir a las mesas” (Hechos 6:2). Nuestros miembros laicos de la congregación también pueden asistir en lo espiritual bajo el liderazgo del pastor, enseñando en la escuela dominical, amonestando a otros en casos que impliquen la disciplina eclesiástica, participando en programas de evangelización a otros, etc. Una congregación que lleva a cabo la obra del Señor procurará que todos sus miembros participen.

Con este capítulo, termina la Parte I del libro del Éxodo. Recordamos que el tema del libro entero es “El pacto de Jehová con el pueblo de Israel”. Los primeros 18 capítulos han presentado “la liberación del pueblo del pacto y su salida de Egipto”. Lo que hasta ahora hemos tratado es: El nacimiento y llamamiento de Moisés, las negociaciones entre Moisés y el faraón en cuanto a la liberación de Israel de la esclavitud, las plagas, la Pascua, la salida de Egipto, el cruce del Mar Rojo y las primeras experiencias de Israel en el desierto de camino al monte Sinaí. Todo eso ha sido en preparación para el “establecimiento del pacto de Jehová con Israel” (Parte II).

Hemos llegado hasta el “desierto de Sinaí... frente al monte” (Éxodo 19:1-2). Lo que nos queda por delante es uno de los relatos más significativos de todas las Escrituras.

PARTE II

EL ESTABLECIMIENTO DEL PACTO DE JEHOVÁ CON ISRAEL

ÉXODO 19

En el monte Sinaí

Éxodo 19:1-9

¹ Al tercer mes de haber salido los hijos de Israel de la tierra de Egipto, ese mismo día, llegaron al desierto de Sinaí.

² Habían salido de Refidim, y al llegar al desierto de Sinaí acamparon en el desierto. Israel acampó allí frente al monte, ³ y Moisés subió a encontrarse con Dios. Jehová lo llamó desde el monte y le dijo:

—Así dirás a la casa de Jacob, y anunciarás a los hijos de Israel: ⁴ “Vosotros visteis lo que hice con los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águila y os he traído a mí. ⁵ Ahora, pues, si dais oído a mi voz y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. ⁶ Vosotros me seréis un reino de sacerdotes y gente santa.” Éstas son las palabras que dirás a los hijos de Israel.

⁷ Entonces regresó Moisés, llamó a los ancianos del pueblo y expuso en su presencia todas estas palabras que Jehová le había mandado. ⁸ Todo el pueblo respondió a una diciendo:

—Haremos todo lo que Jehová ha dicho.

Moisés refirió a Jehová las palabras del pueblo, ⁹ y Jehová le dijo:

—Yo vendré a ti en una nube espesa, para que el pueblo oiga mientras yo hablo contigo, y así te crean para siempre.

Moisés refirió las palabras del pueblo a Jehová,

Cuando Moisés cuidaba las ovejas de Jetro y “llegó hasta Horeb, monte de Dios” (3:1), el Señor se le apareció en la zarza

que ardía y le dijo: “Quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es” (v. 5). Después de habersele revelado como YO SOY EL QUE SOY, llamó a Moisés para que sacara a los israelitas de Egipto, y le dijo: “Cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte” (v. 12).

Ya había llegado el tiempo del cumplimiento de la promesa; toda la nación de Israel ya se acercaba a ese monte santo. En el tercer mes de la salida de Egipto los israelitas acamparon frente a él. Algunos estudiosos de la Biblia han escrito página tras página tratando de identificar el sitio exacto donde acampó Israel, y cuál de los montes de la cordillera de Horeb es el monte Sinaí. Sin embargo, la Biblia no da muchos detalles al describir el lugar. Por lo visto, el Señor no quería que más tarde la gente señalara a cierto lugar y dijera: “Aquí dio Dios sus Diez Mandamientos”. El lugar era demasiado santo y misterioso para eso.

Sin embargo, las palabras que Dios habló aquí son importantísimas, y él quiere que sean recordadas. Son las palabras con las que Dios hizo un pacto, un acuerdo, con toda la nación de Israel. Como parte de este pacto le dio a su pueblo los Diez Mandamientos, el núcleo de todo el código de leyes que fue dado en el monte Sinaí.

En este capítulo tenemos la introducción que hace el Señor mismo a su código de leyes que dio en el monte Sinaí. Le dijo a Moisés estas palabras en privado, diciéndole que llevara el mensaje al pueblo. Estas palabras de introducción son importantes, pues dan un bosquejo de todos los principios generales sobre los que se basa todo el código de leyes que fue dado en el monte Sinaí. Examinemos cuidadosamente esta introducción que hace Dios:

“Os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí”, dice el Señor. Le hace recordar a su pueblo cómo habían llegado ellos a ese lugar. Con el cuidado protector de un águila que les enseña a volar a sus polluelos, el Señor había cuidado a su pueblo en cada paso del camino. Moisés utiliza la misma figura en su cántico final a los israelitas que escribió hacia el final de su vida. Antes de morir, él describió la manera en que el Señor había cuidado a su

pueblo: “Como el águila que excita su nidada, revoloteando sobre sus pollos, así extendió sus alas, lo tomó, y lo llevó sobre sus plumas” (Deuteronomio 32:11). Israel necesitaba guía y protección para salir de Egipto, cruzar el Mar Rojo y el desierto, y llegar al monte Sinaí. Además, iba a necesitar guía y preparación continua en el futuro.

El Señor continúa: “Ahora, pues, si dais oído a mi voz, y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos”. Nótese la condición que el Señor pone en esta oración. El pacto entre el Señor e Israel iba a ser condicional y bilateral. El Señor escogía a ese pueblo como su “especial tesoro”, lo cual él demostró al rescatarlo de la esclavitud. Les había dado la promesa de que iban a ser su propia nación, bendecida por sobre las demás naciones de la tierra. A cambio, él esperaba la obediencia de su pueblo; quería que demostraran que le pertenecían a él al guardar las leyes que les iba a dar.

Aquí vemos una diferencia entre el pacto que Dios había hecho con Abraham cuatro siglos antes (Génesis 12:1-3), y el que estaba a punto de hacer en el monte Sinaí. El pacto con Abraham era de pura gracia, sin condiciones. Contenía promesas y sólo promesas: “Haré de ti una gran nación... te bendeciré... engrandeceré tu nombre... serán benditas en ti todas las familias de la tierra”. El pacto con Abraham fue un pacto de evangelio, un pacto eterno, un pacto unilateral en el que el Señor se acercó a la humanidad pecadora sin exigirle nada. Era un pacto que se concentraba en las bendiciones que el Señor mismo le iba a dar a Abraham, a sus descendientes y a todas las familias de la tierra. ¡El Dios soberano e infinito, por medio de este pacto, se puso bajo una obligación con la humanidad pecadora!

Estudiaremos más adelante los detalles del pacto del Sinaí. Sin embargo, desde el mero principio Dios puso muy en claro que su pacto iba a exigir la obediencia del pueblo de Israel. Tendría que guardar estrictamente todas las leyes y los reglamentos dados por Dios para poder demostrar que era el “especial tesoro de Dios”.

Aunque “mía es toda la tierra”, concluye el Señor en esta introducción, “vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa”. ¡Qué bendición le otorgaba el Señor a su pueblo en este pacto que había sido establecido Sinaí! En verdad uno podría decir que este versículo es el tema de todo el Pentateuco.

¡El Señor escogió a la nación de Israel de entre todas las naciones de la tierra para que sea para él un reino de sacerdotes y una nación santa, de modo que por medio de esta nación él pudiera llevar a cabo su plan de salvación para toda la humanidad!

Una bendición maravillosa, sí, pero al mismo tiempo también era una gran responsabilidad ser un “reino de sacerdotes”. Ya que los sacerdotes son mediadores, es decir, intercesores, Israel como nación debería darles testimonio del Señor a las demás naciones de este mundo. Tuvo la responsabilidad de recibir la promesa del Señor acerca de la salvación y todas las revelaciones relacionadas con ella. Debería proteger y conservar esos dones de la gracia del Señor. Además, ellos deberían dar testimonio a todas las otras naciones de que su Dios era el único y verdadero Dios, el Rey soberano sobre todas las cosas, que en su misericordia había planeado la salvación de toda la humanidad.

Al llevar a cabo este servicio a Dios, ellos iban a ser una “gente santa”. La manera de vivir como tal se debía reflejar en todas sus leyes. Era una nación apartada y diferente de las naciones paganas de este mundo a través de su obediencia a todas las leyes y los reglamentos que el Señor les iba a dar. En su vida y conducta, se iban a dedicar por completo al Dios Salvador y a su santa voluntad.

Por medio de esta introducción, el Señor preparó a su pueblo para recibir el pacto que él iba a establecer en el Sinaí.

Nosotros que vivimos en los tiempos del Nuevo Testamento sabemos que ese pacto que se hizo con Israel como nación estuvo vigente hasta la venida del Salvador Jesucristo. Cuando Cristo, la prometida simiente de la mujer, vino, él fue el cumplimiento perfecto de esta ley, la cual era como una sombra que predijo su venida (Colosenses 2:16-17). Cristo trajo el fin de la ley con todos sus ritos y ceremonias (Romanos 10:4). Con su vida perfecta y con

su sacrificio en la cruz, él llevó a cabo la redención eterna de toda la humanidad. En este tiempo de gracia del Nuevo Testamento, ya no somos niños inmaduros como el pueblo del Antiguo Testamento que estaba sujeto a todas las leyes y reglamentos de este código de leyes ceremoniales y políticas, que Dios les dio en el Sinaí. Cristo nos ha liberado de esto y nos ha dado “la adopción de hijos” y nos ha hecho “herederos de Dios” bajo el pacto de gracia del Señor y por gracia sola (Gálatas 3:23-4:7).

Como los hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, nosotros en los tiempos del Nuevo Testamento también somos, como San Pedro nos lo recuerda, “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios” (1 Pedro 2:9). En la obediencia que fluye de la gratitud y del amor, nosotros debemos anunciar a través de nuestras palabras y obras “las virtudes de aquel que [nos] llamó de las tinieblas a su luz admirable”. Ya no se nos aplican las leyes ni los ritos ceremoniales que fueron ordenados en el código de leyes del Sinaí, como, por ejemplo, el rito de la circuncisión y el abstenerse de ciertos sacrificios. La ley básica del amor a Dios y al prójimo, como está expuesta en los Diez Mandamientos, es nuestra regla y guía para tener una vida que sea agradable a Dios y conforme a su santa voluntad.

Estudiaremos más a fondo los Diez Mandamientos en el capítulo siguiente; allí veremos la manera en que fueron dados por Dios en el monte Sinaí. Aquí hemos repasado algunos de los principios básicos del pacto que el Señor le dio a su nación de Israel y hemos visto que Dios mismo les presenta su código de leyes.

Después de que Moisés les dijo a los ancianos las condiciones generales del pacto que el Señor iba a hacer con ellos, y después de que los ancianos le dieron esta información a la gente, todos expresaron que estaban de acuerdo. “Haremos todo lo que Jehová ha dicho”, dijeron a una voz. Moisés le llevó su respuesta inmediatamente al Señor.

Nos detenemos por un momento para considerar la respuesta del pueblo a la luz de lo que ocurrió no mucho después de esto, ya

que fue en este mismo sitio que el pueblo adoró al becerro de oro. Posiblemente estamos inclinados a preguntarnos si fue una hipocresía, esta promesa de hacer todo lo que el Señor había dicho. Pero, ¿es muy distinta la situación de hoy? ¿Cuántos jóvenes en el día de su confirmación delante del altar prometen ser fieles hasta la muerte, pero se alejan de Dios poco tiempo después? ¡Uno debe maravillarse de la paciencia del Señor que recibe la misma infidelidad una y otra vez!

Seguramente el Señor no tiene la culpa de que su pueblo olvide tantas veces las promesas que ha hecho. Aquí el Señor le dice a Moisés lo que iba a suceder: “Yo vendré a ti en una nube espesa”. El pueblo iba a oírlo hablar desde la nube. Sería un acontecimiento que produjera temor. Había llegado el momento para que ellos se prepararan para este gran acontecimiento.

Preparaciones finales

Éxodo 19:10-25

¹⁰ y Jehová le dijo:

—**Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana. Que laven sus vestidos ¹¹ y estén preparados para el tercer día, porque al tercer día Jehová descenderá a la vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí. ¹² Señalarás límites alrededor del pueblo, y dirás: “Guardaos, no subáis al monte ni toquéis sus límites; cualquiera que toque el monte, de seguro morirá”.**

¹³ **No lo tocará mano alguna, porque será apedreado o muerto a flechazos; sea animal o sea hombre, no quedará con vida. Cuando resuene la bocina, subirán al monte.**

¹⁴ **Descendió, pues, Moisés del monte al pueblo, y santificó al pueblo y ellos lavaron sus vestidos. ¹⁵ Dijo al pueblo:**

—**Estad preparados para el tercer día, y absteneos de mujer.**

¹⁶ **Aconteció que al tercer día, cuando vino la mañana, hubo truenos y relámpagos, una espesa nube cubrió el monte y se oyó un sonido de bocina muy fuerte. Todo el pueblo que estaba en el campamento se estremeció. ¹⁷ Moisés sacó del**

campamento al pueblo para recibir a Dios, y ellos se detuvieron al pie del monte. ¹⁸ Todo el monte Sinaí humeaba, porque Jehová había descendido sobre él en medio del fuego. El humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía violentamente. ¹⁹ El sonido de la bocina se hacía cada vez más fuerte. Moisés hablaba, y Dios le respondía con voz de trueno.

²⁰ Descendió Jehová sobre el monte Sinaí, sobre la cumbre del monte. Llamó Jehová a Moisés a la cumbre del monte, y Moisés subió. ²¹ Jehová dijo a Moisés:

—Desciende y ordena al pueblo que no traspase los límites para ver a Jehová, porque caerá multitud de ellos.

²² Que también se santifiquen los sacerdotes que se acercan a Jehová, para que Jehová no haga entre ellos estrago.

²³ Moisés dijo a Jehová:

—El pueblo no podrá subir al monte Sinaí, porque tú nos has mandado diciendo: “Señala límites al monte y santificalo”.

²⁴ Pero Jehová le dijo:

—Ve, descende, y luego subirás junto con Aarón; pero que los sacerdotes y el pueblo no traspasen el límite para subir adonde está Jehová, no sea que haga entre ellos estrago.

²⁵ Entonces Moisés descendió, y se lo dijo al pueblo.

Para que el pueblo se preparara debidamente para las palabras del Señor que pronto oírían desde la cima del monte, Dios le indicó a Moisés la manera en que debían consagrarse o santificarse. Santificar quiere decir “apartar como santo”. El pueblo debería prepararse para participar en un acto muy santo al lavar su ropa, al edificar una barrera alrededor del monte para que nadie lo tocara, y al abstenerse de toda actividad sexual.

Después de haber cumplido con estos preparativos, en la mañana del tercer día, el Señor descendió sobre el monte Sinaí. Manifestó su presencia de un modo glorioso: “Hubo truenos y

relámpagos” y “una espesa nube cubrió el monte”. El monte temblaba violentamente. Entonces el Señor hizo conocer su gloria en el fuego, el sonido y el humo, convocando al pueblo con el sonido de la trompeta. ¡Qué experiencia tan aterradora debe haber sido para el pueblo!

“Y todo el pueblo que estaba en el campamento se estremeció.” Bajo las mismas circunstancias, usted y yo hubiéramos hecho lo mismo. ¿Quién puede sostenerse en pie ante la presencia del poder, majestad, y gloria de Dios? Sin embargo, el Señor misericordiosamente escondió su presencia gloriosa en la nube para que la gente se acercara lo suficiente para oír su voz.

Una vez más, el Señor les dio una solemne advertencia por medio de Moisés, para que nadie traspasara los límites establecidos. También los sacerdotes fueron advertidos. (Antes de la consagración de los levitas, éstos eran los hombres que, según la costumbre, habían llevado a cabo todas las tareas sacerdotales para el pueblo.)

Entonces llegó el gran momento. No hubo más mención de truenos, relámpagos ni trompetas. Todo estaba preparado para oír la voz del Señor.

ÉXODO 20

El Señor presenta su pacto en el monte Sináí

Éxodo 20:1-2

¹ Habló Dios todas estas palabras:

² «Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre.»

Al terminar los truenos y los relámpagos, después del humo y del sonido de la trompeta, después que el monte se estremeció violentamente, reinó la calma. Desde ese silencio habló el Señor; Israel pudo oír su voz y entender lo que dijo. Dios habló “todas estas palabras”. Cuando la Biblia dice “palabras”, se refiere a los

Diez Mandamientos, a los que también se les llama el “Decálogo”.

La Biblia hace una distinción entre las “palabras” que se dan aquí en el capítulo 20 (los Diez Mandamientos) y las “leyes” (los reglamentos con respecto a la conducta de Israel como nación), leyes que están resumidas en los capítulos 21 al 23. El Decálogo contiene los principios morales sobre los que se basó todo el código del Sinaí. En las “leyes” se explican estos principios y se aplican a la situación de Israel por medio de varios reglamentos civiles y ceremoniales, también dados por el Señor en el monte Sinaí. Estos están registrados en el resto del Pentateuco.

Dios habló las “palabras”, los Diez Mandamientos, directamente a todo el pueblo, mientras las leyes que siguieron, él se las había dado en privado primero a Moisés en el monte Sinaí.

Las “palabras” fueron escritas más tarde por Dios sobre dos tablas de piedra que le dio a Moisés (31:18; 34:28). Después, Moisés escribió las “leyes” en rollos de pergamino después de bajarse del monte (24:4).

Mencionamos todo esto, para destacar la posición única y prominente que esas “palabras”, los Diez Mandamientos, ocupan en la entrega de la ley. Se dan primero; son básicos; fueron dados a todo el pueblo. Y Dios los introduce al decir: “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre”.

“Yo soy Jehová tu Dios”. Este es el Dios, YO SOY, que habla; es el Señor que se le había aparecido a Moisés anteriormente en ese mismo lugar y que se había manifestado como el mismo Dios que había hablado con los patriarcas. Es un ser personal, el Dios sin límites en sus acciones; es eterno, constante, inmutable, y sobre todo el Señor del pacto, que había prometido redimir a su pueblo. El Dr. August Pieper, uno de los profesores más venerados de nuestra iglesia, solía decir de este versículo: “En todas las Escrituras, no hay un evangelio más puro ni más consolador que este versículo con su promesa”.

Dios había cumplido su promesa: había sacado a su pueblo de la esclavitud. Israel había experimentado la redención que vino de sus manos. Reconociendo su dependencia total de la misericordia

y de la gracia de Dios, y confiando en la promesa de que el Señor iba a seguir ayudándolos, Israel ahora debía responder obedientemente al cumplir los mandamientos que ellos estaban por recibir.

Es importante que entendamos los Diez Mandamientos a la luz de esta introducción del Señor. No le dio a Israel el Decálogo para que, por su obediencia, ellos pudieran obtener una relación favorable con él. Dios ya había aclarado cuál era esa relación: Él era el Dios Salvador y se lo había demostrado de muchas maneras. En su amor, él había adoptado a Israel como su pueblo escogido, el pueblo del pacto. Con estos mandamientos, Dios les enseñó cómo podían corresponder a su gracia al vivir conforme a su santa voluntad. Basados en ese mismo código moral, ellos podrían reconocer sus fallas, al compararse con la perfección que Dios les exigía. Podían darse cuenta de sus muchas transgresiones de la ley, y de su gran necesidad del amor perdonador que sólo este Dios de gracia les podría otorgar gratuitamente.

Teniendo presente esta misericordiosa introducción del Señor, nos dedicaremos a los Diez Mandamientos.

Los Diez Mandamientos

Éxodo 20:3-17

³»No tendrás dioses ajenos delante de mí.

⁴»No te harás imagen ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. ⁵No te inclinarás a ellas ni las honrarás, porque yo soy Jehová, tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, ⁶y hago misericordia por millares a los que me aman y guardan mis mandamientos.

⁷»No tomarás el nombre de Jehová, tu Dios, en vano, porque no dará por inocente Jehová al que tome su nombre en vano.

⁸»Acuérdate del sábado para santificarlo. ⁹Seis días trabajarás y harás toda tu obra, ¹⁰pero el séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, ¹¹porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el sábado y lo santificó.

¹²»Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová, tu Dios, te da.

¹³»No matarás.

¹⁴»No cometerás adulterio.

¹⁵»No hurtarás.

¹⁶»No dirás contra tu prójimo falso testimonio.

¹⁷»No codiciarás la casa de tu prójimo: no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.»

En los Diez Mandamientos, Dios le dio a su pueblo Israel un resumen de la ley moral. Los mandamientos presentan una diferencia básica entre el bien y el mal. Sus prohibiciones no solamente se aplican a la conducta externa; comienzan señalando la importancia de adorar al único y verdadero Dios quien es la única fuente de todo bien. Terminan llamando la atención a los deseos internos del hombre, la codicia, que es la fuente de todo mal. Más adelante, en su discurso de despedida, Moisés destaca que la verdadera observancia a los mandamientos comienza con el temor y amor a Dios (Deuteronomio 5,6). Cristo también señaló el amor como el cumplimiento de la ley. En su Sermón del Monte, frecuentemente hizo hincapié en que la obediencia auténtica a los mandamientos comienza en el corazón.

El Dr. Martín Lutero utiliza los Diez Mandamientos como la base de la parte principal del Catecismo Menor en que él enseña la ley de Dios. Las explicaciones de Lutero a los mandamientos usan versículos de todas partes de las Escrituras para demostrar su

significado. Ya que el Decálogo se estudia cuidadosamente en todos los cursos de instrucción a las doctrinas básicas de la Biblia, no entraremos en un estudio detallado aquí. Sin embargo, hay algunos asuntos que merecen nuestra consideración.

Aunque la Biblia habla de los “Diez” Mandamientos (34:28), no están numerados aquí ni en ninguna parte de las Escrituras. Las iglesias han seguido diferentes sistemas de enumeración. La mayoría de las iglesias protestantes llaman el Primer Mandamiento al versículo 3 (“No tendrás dioses ajenos delante de mí”), y llaman al versículo 4 (“No te harás imagen”) el Segundo Mandamiento. Consideran Éxodo 20: 17 (“No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo”) como un solo mandamiento, a sea, el décimo. Así que cuando Jesús dice que la ley se puede dividir en dos partes en Mateo 22:37-40, ellas dicen que los primeros cuatro mandamientos hablan de la relación del hombre con Dios, y que los otros seis tienen que ver con la relación de unos con otros, con el prójimo. (*Handbook to the Bible*, Eerdman, p. 164).

La Iglesia Luterana utiliza el sistema que fue introducido por San Agustín (354-430 d.C.), que fue uno de los padres de la iglesia. Agustín dijo que las palabras de los versículos cuatro a seis se refieren a la adoración a los ídolos e imágenes, por lo cual eran simplemente una explicación más amplia de lo que significa “dioses ajenos”. De esa manera, él incluyó aquellos versículos como parte del Primer Mandamiento. Después, San Agustín dividió Éxodo 20:17 en el Noveno y Décimo Mandamientos. El primero se refiere a la casa y la propiedad personal, y el otro se refiere a la “esposa”. Agustín decía que codiciar la propiedad de una persona era una clase distinta de deseos pecaminosos que los de codiciar a la “mujer de tu prójimo”. Lutero apreciaba el hecho de que no se hubiera hecho un mandamiento separado en cuanto a la adoración a los ídolos, ya que un antiguo colaborador suyo había utilizado esa división incorrectamente al condenar todas las estatuas y los cuadros que había en la iglesia.

La manera precisa de enumerar los mandamientos no se puede determinar con base en las Escrituras. Tampoco sabemos exactamente cuántos mandamientos fueron escritos en cada una de las dos tablas de piedra que le fueron dadas a Moisés. Además, como luteranos, sabemos que Lutero en su Catecismo Menor puso las palabras: “Yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso” etc., como la conclusión a los Diez Mandamientos, en respuesta a la pregunta: ¿Qué dice Dios de todos estos mandamientos? Al usar estas palabras como conclusión a los Diez Mandamientos, el Catecismo destaca que Dios habla en serio cuando amenaza con castigar el pecado, así como también cuando promete su gracia y misericordia a todos los que le muestren su agradecimiento en obediencia amorosa.

Para terminar, se debe notar que las palabras de los Diez Mandamientos como las tenemos en este capítulo 20, se conforman a las normas del Antiguo Testamento. Esto se ve especialmente en el mandamiento que habla de guardar el día de reposo. La disposición del Antiguo Testamento en cuanto al día de reposo formaba parte de la ley ceremonial, siguiendo el ejemplo del Señor quien había creado todo en seis días y que había descansado en el séptimo día. Este día de reposo era una prefiguración del reposo del alma que Cristo trajo en su obra perfecta de redención (Mateo 11:28-29). Cristo es Señor, aun del día de reposo (Marcos 2:28). Como cristianos del Nuevo Testamento no estamos obligados a obedecer este reglamento ceremonial (Colosenses 2:16-17).

La reacción del pueblo de Israel

Éxodo 20:18-21

¹⁸ Todo el pueblo observaba el estruendo, los relámpagos, el sonido de la bocina y el monte que humeaba. Al ver esto, el pueblo tuvo miedo y se mantuvo alejado. ¹⁹ Entonces dijeron a Moisés:

—Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos.

²⁰ Moisés respondió al pueblo:

—No temáis, pues Dios vino para probaros, para que su temor esté ante vosotros y no pequéis.

²¹ Y mientras el pueblo se mantenía alejado, Moisés se acercó a la oscuridad en la cual estaba Dios.

Después de que el Señor dio los Diez mandamientos, hubo otra manifestación vívida de truenos y relámpagos, humo, fuego y el sonido de la trompeta sobre el monte Sinaí. Conmovido por esa manifestación aterradora de poder, el pueblo tembló de miedo, y le suplicó a Moisés que hablara con Dios de parte de ellos.

Moisés le aseguró al pueblo que Dios se había manifestado así para probarlo y para infundir en él un auténtico temor de Dios. Deberían tener un respeto muy elevado por Dios para que no desobedecieran sus mandamientos. Moisés estuvo de acuerdo en servir como mediador del pueblo y subió a la oscuridad “en la cual estaba Dios”. El resto de las leyes fueron dadas así en privado a Moisés en el monte Sinaí.

Culto de adoración que hizo Israel en el desierto

Éxodo 20:22-26

²² Jehová dijo a Moisés:

«Así dirás a los hijos de Israel: “Vosotros habéis visto que os he hablado desde el cielo. ²³No os hagáis dioses de plata ni dioses de oro para ponerlos junto a mí. ²⁴Me harás un altar de tierra, y sacrificarás sobre él tus holocaustos y tus ofrendas de paz, tus ovejas y tus vacas. En todo lugar donde yo haga que se recuerde mi nombre, vendré a ti y te bendeciré. ²⁵Y si me haces un altar de piedras, no las labres de cantería, porque si alzas tus herramientas sobre él, lo profanarás. ²⁶Tampoco subirás por gradas a mi altar, para que tu desnudez no se descubra junto a él.”»

En estos versículos, el Señor estableció los principios que el pueblo debía seguir en su adoración, especialmente mientras

estuviera en el desierto. El Señor no quiso que fabricaran ninguna imagen de él de oro o plata. Los israelitas deberían edificar un altar sencillo de tierra y piedras, sobre el que podían ofrecerle sus sacrificios. El Señor mismo les iba a enseñar donde iban a hacer esto: “En todo lugar donde yo haga que se recuerde mi nombre, vendré a ti y te bendeciré”. Las piedras del altar no debían ser cortadas, sino que los israelitas debían dejarlas en su estado natural. No debían hacer escaleras (“gradas”), para distinguir este altar de Jehová de los altares paganos, y también para conservar un sentido de modestia de los sacerdotes cuando se ofrecían sacrificios sobre él. Cuando un sacerdote sube escaleras corre el peligro de “descubrir su desnudez”.

Algunos críticos de la Biblia afirman que el Señor le concedió a su pueblo el derecho de adorarlo en lugares distintos cuando dijo: “En todo lugar donde yo haga que se recuerde mi nombre...” Ellos dicen que la religión de Israel en esta época era muy primitiva, y que fue sólo después que se le dijo a Israel que adorara a Dios en un lugar central, lo cual mostraría un desarrollo más avanzado de su forma de adoración.

Si consideramos las circunstancias de Israel en este tiempo, vemos que este argumento de los críticos es una tontería. Israel estaba errante en el desierto, e iba a estar allí por casi 40 años, acampando en varios lugares. Dios les iba a mostrar dónde acampar y dónde edificar su altar: “En todo lugar donde yo haga que se recuerde mi nombre”. Es claro que más adelante con la guía de Moisés, ellos se iban a establecer en la tierra de Canaán. Allí el Señor quiso que hubiera un solo lugar de adoración para conservar la unidad de su pueblo escogido.

En el siguiente capítulo procederemos a tratar los reglamentos del Señor para su pueblo escogido en cuanto a sus relaciones sociales y civiles.



Moisés con los Diez Mandamientos

Derechos de los siervos hebreos

Éxodo 21:1-11

¹»Éstas son las leyes que les propondrás.**²»Si compras un siervo hebreo, seis años servirá, pero al séptimo saldrá libre, de balde. ³ Si entró solo, solo saldrá; si tenía mujer, su mujer saldrá con él. ⁴ Si su amo le dio una mujer, y ella le dio hijos o hijas, la mujer y sus hijos serán de su amo, y él saldrá solo. ⁵ Pero si el siervo dice: “Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos; no quiero salir libre”, ⁶ entonces su amo lo llevará ante los jueces, lo arrimará a la puerta o al poste, y le horadará la oreja con lesna. Así será su siervo para siempre.****⁷»Cuando alguien venda a su hija como sierva, ella no saldrá libre como suelen salir los siervos. ⁸ Si no agrada a su señor, por lo cual no la tomó como esposa, se le permitirá que se rescate, y no la podrá vender a pueblo extraño cuando la deseche. ⁹ Pero si la desposa con su hijo, hará con ella según se acostumbra con las hijas. ¹⁰ Si toma para él otra mujer, no disminuirá su alimento, ni su vestido, ni el deber conyugal. ¹¹ Y si ninguna de estas tres cosas le provee, ella saldrá de gracia, sin dinero.»**

El Señor le dijo a Moisés: “Estas son las leyes que les propondrás”. Después de establecer los principios que Israel debería seguir en su adoración, el Señor le dio indicaciones a Moisés acerca de los reglamentos que iban a gobernar a Israel en su vida nacional como pueblo de Dios.

Estos versículos utilizan la palabra “leyes” en contraste a las “palabras” o los Diez Mandamientos que hemos tratado en el capítulo 20. Cuando leemos estas leyes, las encontramos un poco diferentes a las de un libro de leyes modernas. Aunque hablan de situaciones específicas, son menos precisas que nuestras leyes modernas en cuanto a la definición de los detalles, de la evidencia

exigida, de la jurisdicción, del castigo a los transgresores, etc. Estas “leyes” del Sinaí hablan más de los “derechos” de las personas en las diversas circunstancias de la vida. Por ejemplo, el texto que acabamos de leer se refiere a los “derechos” de los siervos judíos.

No nos debe sorprender que este código de leyes que el Señor le dio a Israel fuera escrito de una manera diferente a los códigos de leyes de hoy en día. Dios se adaptó externamente a las formas legales que la gente acostumbraba usar en aquel entonces. Los arqueólogos han encontrado códigos de otras naciones del mismo período histórico. Por ejemplo, una de las recopilaciones de leyes que descubrieron es el famoso código de Hammurabi, rey de Babilonia que vivió alrededor del año 1700 a.C., varios siglos antes de Moisés. En su forma externa, el código de Hammurabi es semejante a las leyes que Dios le dio a Moisés; las diferencias están en el contenido. Los códigos de las naciones paganas estaban fabricados para alabar al rey; el de Moisés alaba las obras del Señor. Las leyes paganas reflejan la voluntad del gobernante terrenal; las de Moisés expresaban la manera en que Israel debía vivir como el pueblo de Dios. Se pueden ver estas diferencias en todos los reglamentos, ya en lo que concierne a los esclavos, al matrimonio, a la brujería, a la propiedad, o a cualquier otro caso. Además, las ordenanzas que Dios dio por medio de Moisés son más consideradas con los derechos humanos y mucho menos crueles en el castigo a los transgresores.

La esclavitud era una práctica común en todas las naciones de esa época. En otras naciones un esclavo o un siervo eran tratados como cualquier otra prenda de propiedad, nada más. Vemos en las leyes que se presentan en esta sección que los derechos de los siervos hebreos eran cuidadosamente protegidos. Algunas de las situaciones con respecto a los siervos nos pueden parecer extrañas, como el perforarle la oreja a la persona que quería seguir siendo siervo por toda la vida, o la situación de un varón que podía quedar en libertad, mientras que su mujer y sus hijos se quedaban como

esclavos del amo. Esta era una cultura completamente diferente y en una época distinta a la nuestra, por lo cual la gente de aquel entonces entendía mejor que nosotros el significado de esas leyes. También notamos algunas leyes que tratan de un hombre que tuviera más de una mujer, una situación que vamos a tratar de una manera más amplia cuando se nos presenten otros ejemplos.

Leyes sobre actos de violencia

Éxodo 21:12-27

¹²»El que hiera a alguien, haciéndolo así morir, él morirá. ¹³ Pero el que no pretendía herirlo, sino que Dios lo puso en sus manos, entonces yo te señalaré el lugar al cual ha de huir. ¹⁴ Pero si alguien se enoja contra su prójimo y lo mata con alevosía, de mi altar lo apartarás para que muera.

¹⁵»El que hiera a su padre o a su madre, morirá.

¹⁶»Asimismo el que secuestre una persona y la venda, o si es hallada en sus manos, morirá.

¹⁷»Igualmente el que maldiga a su padre o a su madre, morirá.

¹⁸»Además, si algunos riñen, y uno hiere a su prójimo con piedra o con el puño, y éste no muere, sino que después de guardar cama ¹⁹ se levanta y anda por fuera, apoyado en su bastón, entonces será absuelto el que lo hirió; solamente le pagará por lo que estuvo sin trabajar, y hará que lo curen.»

²⁰»Si alguien hiere a su siervo o a su sierva con un palo, y muere entre sus manos, será castigado; ²¹ pero si sobrevive por un día o dos, no será castigado, porque es propiedad suya.

²²»Si algunos riñen y hieren a una mujer embarazada, y ésta aborta, pero sin causarle ningún otro daño, serán penados conforme a lo que les imponga el marido de la mujer y juzguen los jueces. ²³ Pero si le causan otro daño, entonces pagarás vida por vida, ²⁴ ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, ²⁵ quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe.

²⁶»Si alguien hiere el ojo de su siervo o el ojo de su sierva, y lo daña, le dará libertad por razón de su ojo. ²⁷Y si hace saltar un diente de su siervo o un diente de su sierva, por su diente le dejará en libertad.

En los primeros versículos citados, se establece una diferencia entre el homicidio intencional o premeditado que se castigaba con la muerte, y el homicidio accidental (“El que no pretendía herirlo, sino que Dios lo puso en sus manos”). En el caso de un homicidio accidental la persona podía huir a un lugar que el Señor “señalaría”. Eso se refiere a las ciudades de refugio de los levitas, que fueron establecidas después de que Israel llegó a habitar en la tierra de Canaán, como se explica en Deuteronomio 4:41-42.

Vemos que los hijos que atacaran o maldijeran a sus padres debían sufrir la pena de muerte. El Señor consideraba a los padres como sus propios representantes y por eso el castigo era tan severo. Los secuestradores también sufrirían el castigo máximo. El castigo para estos crímenes sociales, como Dios lo había ordenado, era mucho más severo que en nuestra sociedad permisiva de hoy en día.

Una ley que con mucha frecuencia hace surgir preguntas se encuentra en Éxodo 21:23-25: “Pero si le causan otro daño, entonces pagarás vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe”. Esta ley es la conocida *lex talionis*, es decir, la ley del talión (ley de venganza o desquite), que dice que el castigo debe ser de la misma medida que el crimen. Se utiliza esto como un ejemplo de la severidad y crueldad de las leyes del Antiguo Testamento, comparadas con las leyes de hoy en día que son más compasivas y más avanzadas. Sin embargo, notemos que esta ley de venganza se limitaba a los casos graves que tenían que ver con los casos de daño corporal. Además recordamos que, en aquellos tiempos, cuando se trataba esta clase de casos por medio de la venganza, esta ley servía para recalcar que la venganza nunca debería exceder el daño que se había hecho.

En otras palabras, esta ley servía para frenar los actos apasionados de venganza que podrían terminar en el asesinato. Finalmente, debemos recordar que estas leyes fueron dadas por Dios para regular la decencia y el orden en la sociedad de aquel entonces, pues eran reglamentos civiles y no decretos morales. Israel era gobernado por una teocracia, en la que la iglesia y el estado no estaban separados como en muchos países de los tiempos modernos. Debemos tener presente todo esto al estudiar estas leyes y reglamentos del código del Sinaí. También se puede añadir que no existe ningún incidente registrado por escrito en que el principio de “ojo por ojo” fuera llevado a cabo hasta el extremo de que una persona que hiciera un daño serio a otro sufriera el mismo daño.

En Éxodo 21:26-27, vemos la diferencia entre los casos que implicaban daño corporal sufrido por los siervos a manos de su amo. En tal caso, el siervo que sufriera heridas debía ser compensado dándole su libertad.

Daños causados por animales

Éxodo 21:28-36

²⁸»Si un buey cornea a un hombre o a una mujer y le causa la muerte, el buey será apedreado y no se comerá su carne, pero el dueño del buey será absuelto. ²⁹Pero si el buey acostumbraba a cornear, y su dueño no lo hubiera guardado, aunque se le hubiera notificado, y mata a un hombre o a una mujer, el buey será apedreado, y también morirá su dueño. ³⁰Si le es impuesto un precio de rescate, entonces dará por el rescate de su persona cuanto le sea impuesto. ³¹Haya corneado a un hijo o haya corneado a una hija, conforme a este juicio se hará con él. ³²Si el buey cornea a un siervo o a una sierva, su dueño pagará treinta siclos de plata, y el buey será apedreado.

³³»Si alguien abre un pozo o cava una cisterna, y no la tapa, y cae allí un buey o un asno, ³⁴el dueño de la cisterna pagará el daño, resarciendo a su dueño, y el animal muerto será suyo.

³⁵»Pero si el buey de alguien hiere al buey de su prójimo causándole la muerte, entonces venderán el buey vivo y se repartirán el dinero, y también se repartirán el buey muerto. ³⁶ Pero si era notorio que el buey acostumbraba cornear, y su dueño no lo hubiera guardado, pagará buey por buey, y el buey muerto será suyo.»

Estos reglamentos tenían que ver con los daños causados por los animales a otros animales debido a la negligencia de su dueño. Debe notarse que no sólo el animal debía sufrir el castigo por herir o matar a alguien, sino que el dueño también era igualmente responsable.

Las leyes con respecto a los animales nos llevan al tema de la propiedad de la gente que sufre daños causados por un animal. Entonces, el tema del daño a la propiedad continúa en el próximo capítulo.

ÉXODO 22

Leyes sobre la protección de la propiedad

Éxodo 22:1-15

¹»Cuando alguien robe un buey o una oveja, y los degüelle o los venda, por el buey pagará cinco bueyes, y por la oveja, cuatro ovejas.

²»Si el ladrón, sorprendido forzando una casa, es herido y muere, el que lo hirió no será culpado de su muerte. ³ Pero si es de día, el autor de la muerte será reo de homicidio.

»El ladrón hará completa restitución; si no tiene con qué, será vendido para pagar lo robado.

⁴»Si lo robado, sea buey, asno u oveja, es hallado vivo en sus manos, pagará el doble.

⁵»Si alguien hace pastar en un campo o una viña, y mete su bestia en campo de otro, de lo mejor de su campo y de lo mejor de su viña pagará.

6 »Cuando se prenda fuego, y al quemar espinos se quema también mieses amontonadas o en pie, o un campo, el que encendió el fuego pagará lo quemado.

7 »Cuando alguien dé a su prójimo plata o alhajas a guardar, y las roben de la casa de aquel hombre, si el ladrón es hallado, pagará el doble. **8** Si el ladrón no es hallado, entonces el dueño de la casa será presentado a los jueces, para que se vea si ha metido su mano en los bienes de su prójimo.

9 »En toda clase de fraude, ya se trate de buey, asno, oveja, vestido o cualquier cosa perdida, cuando alguien diga: “Esto es mío”, la causa de ambos vendrá ante los jueces; y aquel a quien los jueces condenen, pagará el doble a su prójimo.

10 »Si alguien da a guardar a su prójimo un asno, un buey, una oveja o cualquier otro animal, y éste muere, es estropeado o robado sin que nadie lo vea, **11** juramento de Jehová mediará entre ambos de que no metió sus manos en los bienes de su prójimo: su dueño lo aceptará, y el otro no pagará. **12** Pero si le fue robado, resarcirá a su dueño. **13** Y si le fue arrebatado por una fiera, le traerá testimonio y no pagará lo arrebatado.

14 »Pero si alguien toma prestada una bestia de su prójimo, y es estropeada o muerta estando ausente su dueño, deberá pagarla. **15** Si el dueño estaba presente, no la pagará. Si era alquilada, reciba el dueño el alquiler.»

La ley que Dios dio por medio de Moisés, como vemos en los versículos anteriores, también contenía reglamentos para la protección de la propiedad. Mientras leemos esta sección con sus referencias al ganado, los campos, las viñas y las casas, podemos ver que se anticipaba al futuro, cuando el pueblo de Dios se iba a establecer en la tierra de Canaán.

Las situaciones que se presentan en estas leyes son muy sencillas y francas. Como ya hemos dicho, algunos de los casos

pueden parecernos extraños, porque nos llegan de un tiempo diferente y de una cultura diferente. Los que viven en los países subdesarrollados, como en algunas regiones del África, entienden con más facilidad que nosotros estas situaciones y los problemas que se describen aquí. Las leyes de ellos, que todavía están en vigencia en las regiones rurales, son muy parecidas.

Los que han comparado estas leyes con antiguos códigos escritos en la misma época de la historia han hallado que las ordenanzas de Dios eran menos duras en lo referente a los castigos fijados para los culpables. Otros códigos, como el de Hammurabi en la antigua Babilonia, exigían la pena de muerte para los ladrones en casi todos los casos. La oportunidad de hacer restitución, como se describe aquí, no se ha encontrado en otros códigos. El Señor consideraba la vida humana como sagrada. Sin embargo, exigía la pena de muerte cuando se profanaba su honor públicamente, como vamos a ver en la siguiente sección de leyes.

La responsabilidad social

Éxodo 22:16-31

¹⁶»Si alguien engaña a una joven que no ha sido desposada y duerme con ella, deberá dotarla y tomarla por mujer. ¹⁷Si su padre no quiere dársela, él le pagará conforme a la dote de las vírgenes.

¹⁸»A la hechicera no la dejarás con vida.

¹⁹»Cualquiera que cohabite con una bestia, morirá.

²⁰»El que ofrezca sacrificio a otros dioses en vez de ofrecérselo solamente a Jehová, será muerto.

²¹»Al extranjero no engañarás ni angustiarás, porque extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto.

²²»A ninguna viuda ni huérfano afligiréis, ²³porque si tú llegas a afligirlos, y ellos claman a mí, ciertamente oiré yo su clamor, ²⁴mi furor se encenderá y os mataré a espada; vuestras mujeres serán viudas, y huérfanos vuestros hijos.

²⁵»Cuando prestes dinero a uno de mi pueblo, al pobre que está contigo, no te portarás con él como usurero ni le

cobrarás intereses. ²⁶ Si tomas en prenda el vestido de tu prójimo, a la puesta del sol se lo devolverás, ²⁷ porque sólo eso es su abrigo, el vestido para cubrir su cuerpo. ¿Con qué dormirás? Y cuando él clame a mí, yo le oiré, porque soy misericordioso.

²⁸ »No ofenderás a los jueces ni maldecirás al príncipe de tu pueblo.

²⁹ »No demorarás en traerme la primicia de tu cosecha ni de tu lagar.

»Me darás el primogénito de tus hijos. ³⁰ Lo mismo harás con el de tu buey y el de tu oveja; siete días estará con su madre, y al octavo día me lo darás.

³¹ »Me seréis hombres santos.

»No comeréis carne destrozada por las fieras en el campo; a los perros la echaréis.»

En esta sección hay ciertas situaciones que son de interés especial.

El versículo 16 se refiere a la “dote”. Ya vimos en los arreglos que hizo Abraham para conseguir una esposa para Isaac, que se le dieron muchos regalos costosos a Betuel, el padre de la novia (Génesis 24:53). Jacob se puso de acuerdo en “pagarle” a Labán por la mano de sus hijas en matrimonio, trabajando siete años por cada una. La costumbre de la “dote” en términos de bienes terrenales o en años de trabajo se observa todavía en algunas culturas. El caso que se presenta en este texto tiene que ver con un hombre que seduce a una virgen que no está comprometida en matrimonio. Estaba obligado por la ley a pagar la dote y a casarse con ella. (Deuteronomio 22:23-27 habla del caso en el que el hombre duerme con una virgen que sí *está* comprometida. En tal caso se exige la pena de muerte de los dos, a menos que la virgen pueda probar que fue forzada. En este caso, el hombre debe morir apedreado.)

En seguida se presentan otros tres casos en los que la ley de Dios exigía la pena de muerte.

Éxodo 22:18 dice: “A la hechicera no la dejarás con vida”. Una hechicera afirma que tiene poderes sobrenaturales para echarle maldiciones a la gente, causando accidentes, enfermedad y hasta la muerte. El término más conocido en países como África, donde se practica la hechicería, es “la brujería”. La brujería es idolatría; pues le da honor al poder de Satanás en vez de dárselo al Dios verdadero. Por eso el Señor exigía la pena de muerte, como en cualquier otro caso de idolatría pública en la teocracia de Israel. En muchas culturas y sociedades de hoy, el poder de la brujería sigue siendo una de las mayores fuerzas de maldad. Por ejemplo, los africanos tienen más problemas a causa de las supersticiones que lo que la mayor parte de la gente se imagina.

Éxodo 22:19 dice: “Cualquiera que cohabite con bestia, morirá”. A este pecado se le llama “bestialidad”. En muchas sociedades cananeas ese pecado estaba vinculado con los ritos religiosos, como parte de la adoración a Baal. Es por eso que Dios exigió la pena de muerte.

Éxodo 22:20 dice: “El que ofrezca sacrificio a otros dioses en vez de ofrecérselo solamente a Jehová, será muerto.” El término hebreo para “muerto” se refiere a la práctica de entregar una persona o una cosa al Señor por medio de su destrucción total. Dios exigió que se hiciera lo mismo con ciudades enteras cuando Israel conquistó la tierra de Canaán. Fueron “dedicadas” al Señor, entregadas a él por medio de la destrucción total de lo que era malo.

En los versículos que siguen, el Señor mostró su compasión por las viudas, los huérfanos y los pobres, al exigir que su pueblo mostrara el mismo espíritu de compasión en su vida. Los que no ayudaran a los pobres y a los necesitados iban a sufrir la ira de Dios. En el caso de los que eran indigentes, los israelitas deberían prestarles dinero sin cobrarles ningún interés.

Según Éxodo 22:28, era prohibido blasfemar el nombre del Señor. En el libro de Levítico se nos cuenta que un hombre usó el nombre del Señor para maldecir y toda la congregación lo apedreó (vea Levítico 24:10-17). El sumo sacerdote Caifás condenó a

muerte a Jesús por “blasfemar”, porque Jesús dijo bajo juramento que era el Cristo, el Hijo de Dios. Nosotros sabemos que Jesús dijo la verdad.

El capítulo 22 del Éxodo, termina recordándoles varias veces a los israelitas que debían honrar al Señor como su pueblo santo que eran con sus ofrendas y sacrificios, y con la dedicación del primogénito de sus hijos y de su ganado. “No comáis carne destrozada por las fieras en el campo; a los perros la echaréis”, dijo el Señor al terminar. A un animal destrozado por las fieras no se le había drenado la sangre, y el pueblo de Dios del Antiguo Testamento no debía comer carne con sangre en ella. En todo lo que hacía, Israel debería demostrar que era un pueblo santo y consagrado al Señor.

Nosotros, los que vivimos en los tiempos del Nuevo Testamento, no estamos bajo ningún reglamento ceremonial como lo estaban los israelitas en el Antiguo Testamento. Sin embargo, no debemos olvidar el sentido de dedicación que la gracia del Señor debe obrar en nosotros. Como les escribe el apóstol Pablo a los romanos: “Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestro cuerpo como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto. No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:1-2).

ÉXODO 23

Leyes de justicia y misericordia

Éxodo 23:1-9

¹»No admitirás falso rumor. No te pondrás de acuerdo con el malvado para ser testigo falso.

²»No seguirás a la mayoría para hacer mal, ni responderás en un litigio inclinándote a la mayoría para

hacer agravios. ³Tampoco favorecerás al pobre en su causa.

⁴»Si encuentras el buey de tu enemigo o su asno extraviado, regresa a llevárselo. ⁵Si ves el asno del que te aborrece caído debajo de su carga, ¿lo dejarás sin ayuda? Antes bien le ayudarás a levantarlo.

⁶»No violarás el derecho del pobre en su pleito.

⁷»De palabra de mentira te alejarás, y no matarás al inocente y justo, porque yo no justificaré al malvado.

⁸»No recibirás soborno, porque el soborno ciega a los que ven y pervierte las palabras de los justos.

⁹»No oprimirás al extranjero, porque vosotros sabéis cómo es el alma del extranjero, ya que extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto.»

En la sección anterior, que trataba de las responsabilidades sociales de Israel, el Señor había destacado la importancia de la compasión al tratar con las viudas y los huérfanos, con los pobres y los necesitados. En esta sección, el énfasis está en la justicia, especialmente cuando uno da testimonio ante un tribunal. No se debe dar ningún testimonio malicioso; no debe haber ninguna parcialidad al tomar decisiones, ninguna acusación falsa ni ningún soborno. Tampoco uno se debe aprovechar de los extranjeros. Israel debía mostrarse como un pueblo santo. En ninguna otra parte sino en estos cortos versículos, se puede encontrar mejores principios de justicia y de misericordia. Ojalá que pudiéramos encontrar estos principios en nuestros tribunales de hoy en día, especialmente de parte de los testigos.

Aquí el Señor añade un comentario significativo: “Yo no justificaré al malvado”. Israel debería recordar que, aunque los pecados contra los que se advertía aquí podrían escapar la justicia humana, sin embargo, existe un tribunal de justicia mucho más alto que no podría ser engañado, es decir, el del Señor. Hoy en día también se exige en el tribunal el juramento de que el testimonio es verdadero, un recordatorio apropiado de aquel Juez que escudriña la mente, que prueba el corazón, para dar a cada uno

según su camino, según el fruto de sus obras (Jeremías 17:10). Cuando la gente ya no respeta a Dios delante de quien jura en el tribunal, el resultado siempre será un colapso de la ley y el orden. No obstante, el veredicto final se dará en aquel día, como lo afirma el apóstol Pablo, cuando “todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Corintios 5:10). ¡Que el Espíritu Santo nos conceda el espíritu de Cristo para que nuestra fe también realice las obras de justicia!

Leyes acerca del día de reposo

Éxodo 23:10-13

¹⁰»Seis años sembrarás tu tierra y recogerás su cosecha, ¹¹pero el séptimo año la dejarás libre, para que coman los pobres de tu pueblo, y de lo que quede comerán las bestias del campo. Así harás con tu viña y con tu olivar.

¹²»Seis días trabajarás, pero el séptimo día reposarás, para que descansen tu buey y tu asno, y tomen refrigerio el hijo de tu sierva y el extranjero.

¹³»Guardad todo lo que os he dicho. No invocaréis el nombre de otros dioses ni los mencionaré vuestra boca.»

No sólo exigió Dios que la gente descansara en el séptimo día, sino que todo el séptimo año también debía ser un año de reposo. Aquí se menciona brevemente la idea del “año sabático”. En Levítico 25 y Deuteronomio 15, se explican los detalles de esta disposición.

Las tres fiestas anuales

Éxodo 23:14-19

¹⁴»Tres veces al año me celebraréis fiesta. ¹⁵La fiesta de los Panes sin levadura guardarás. Siete días comerás los panes sin levadura, como yo te mandé, en el tiempo del mes de Abib, porque en él saliste de Egipto; y ninguno se presentará ante mí con las manos vacías.

16 »También la fiesta de la Siega, los primeros frutos de tus labores, de lo que hayas sembrado en el campo, y la fiesta de la Cosecha a la salida del año, cuando hayas recogido del campo los frutos de tus labores.

17 »Tres veces al año se presentará todo hombre delante de Jehová, el Señor.

18 »No ofrecerás con pan leudado la sangre de mi sacrificio, ni la grasa de la víctima quedará de la noche hasta la mañana.

19 »Las primicias de los primeros frutos de tu tierra traerás a la casa de Jehová, tu Dios.

»No guisarás el cabrito en la leche de su madre.»

Aquí tenemos un bosquejo breve de las tres grandes festividades alrededor de las que giraba el año eclesiástico de los israelitas. Levítico 23 y Deuteronomio 16, nos dan una descripción más completa de estas festividades. Después de llegar a la tierra de Canaán, los israelitas deberían celebrar estas tres fiestas en un lugar central de adoración. Después de que fue construido el templo en Jerusalén bajo el reinado Salomón, ese lugar fue Jerusalén. Tres veces al año todos los varones de Israel tenían que presentarse “delante de Jehová, el Señor”.

Ya hemos tratado de la *fiesta de los Panes sin levadura*, en conexión con la institución de la Pascua. Esta es la primera vez que la Biblia menciona las otras dos fiestas, La fiesta de la Siega y La fiesta de la Cosecha.

A la *fiesta de la Siega* también se la llamaba la “fiesta de las Semanas”. Se celebraba cincuenta días después de la Pascua con su fiesta del Pan sin levadura. En la fiesta de la Siega la gente podía celebrar las primicias de la cosecha de los granos.

La *fiesta de la Cosecha*, como vemos en Levítico, se celebraba en conexión con el Día de la Expiación, y posteriormente también en conexión con la fiesta de Tabernáculos. Ésta ocurría en la época del año del recojo final de los frutos, el aceite y el vino que se habían producido en el año.

Es interesante notar que el año eclesiástico de Israel tenía tres fiestas mayores como el calendario cristiano también tiene tres: la Navidad, la Pascua de Resurrección y el Pentecostés. La fiesta de los Panes sin levadura ocurre más o menos en la misma época que nuestra celebración de la Pascua de Resurrección. La fiesta de la Siega ocurrió cincuenta días más tarde, cuando nosotros celebramos Pentecostés. La fiesta de la Cosecha se puede comparar al día de Acción de Gracias, que se celebra en los Estados Unidos cuando ya se ha terminado la cosecha.

El reglamento final que se menciona en esta sección, que tiene que ver con las leyes sociales y ceremoniales, es: “No guisarás el cabrito en la leche de su madre”. Al leer esto la primera vez, nos puede parecer que es una afirmación muy extraña que se hace en un lugar tan prominente. El hecho de que esta ley tiene un significado especial es muy claro, porque aparece en otros lugares de igual importancia en las escrituras de Moisés.

Pero, ¿qué significa? ¿Cuál es su significado especial? Los estudiosos de la Biblia, han propuesto una variedad de respuestas. Lutero comenta que mientras la carne de los cabritos muy jóvenes cocida en la leche era un manjar especial en aquellos días, a Israel se le había advertido que no lo hiciera hasta que el cabrito hubiera sido destetado. Lutero dijo que violar esa ley sería inhumano. Otro estudioso añade el comentario de que cocinar un cabrito en la leche de su propia madre sería una demostración desprecio por la relación que Dios había establecido entre los padres y sus crías. Otros han hecho el comentario de que comer la carne y la leche juntas, era contrario a las leyes dietéticas de los judíos. Sin embargo, no encontramos ninguna referencia a esta ley en las Escrituras. Solamente tenemos la posibilidad remota que ofrece este pasaje.

Los descubrimientos arqueológicos más recientes, especialmente el de las tablas de Ras Shamrah en la antigua Ugarit, muestran que los pueblos de Canaán preparaban un plato de cabrito cocido en la leche de su madre en sus ceremonias festivas que eran parte de los ritos paganos de la fertilidad. Creían que

cocinar el cabrito en la leche de su propia madre era una manera de persuadir a Baal a que les concediera las bendiciones de la fertilidad. Este descubrimiento probablemente le da más claridad a este pasaje. El Señor habla aquí de las fiestas religiosas y de los varios ritos que se debían observar en su celebración. Le advierte a su pueblo que no celebre como los paganos, sino que lleve sus ofrendas de gracias según las indicaciones que él les había dado. Debería evitarse hasta la sugerencia de honrar o adorar a dioses falsos.

Las palabras que dice el Señor al terminar esta sección son palabras de ánimo a su pueblo para que guarden sus preceptos

El Ángel del Señor prepara el camino

Éxodo 23:20-33

²⁰ »Yo envío mi ángel delante de ti, para que te guarde en el camino y te introduzca en el lugar que yo he preparado.

²¹ Compórtate delante de él y oye su voz; no le seas rebelde, porque él no perdonará vuestra rebelión, pues mi nombre está en él. ²² Pero si en verdad oyes su voz y haces todo lo que yo te diga, seré enemigo de tus enemigos y afligiré a los que te aflijan. ²³ Mi ángel irá delante de ti y te llevará a la tierra del amorreo, del heteo, del ferezeo, del cananeo, del heveo y del jebuseo, a los cuales yo haré destruir. ²⁴ No te inclinarás ante sus dioses ni los servirás, ni harás como ellos hacen, sino que los destruirás del todo y quebrarás totalmente sus estatuas. ²⁵ Pero serviréis a Jehová, vuestro Dios, y él bendecirá tu pan y tus aguas.

»Yo apartaré de ti toda enfermedad. ²⁶ En tu tierra no habrá mujer que aborte ni que sea estéril, y alargaré el número de tus días.

²⁷ »Yo enviaré mi terror delante de ti; turbaré a todos los pueblos donde entres y haré que todos tus enemigos huyan delante de ti. ²⁸ Enviaré delante de ti la avispa, que eche de tu presencia al heveo, al cananeo y al heteo. ²⁹ No los expulsaré de tu presencia en un año, para que no quede la tierra

desierta ni se multipliquen contra ti las fieras del campo.

³⁰ Poco a poco los echaré de tu presencia, hasta que te multipliques y tomes posesión de la tierra. ³¹ Fijaré tus límites desde el Mar Rojo hasta el mar de los filisteos y desde el desierto hasta el Éufrates, porque pondré en tus manos a los habitantes de la tierra y tú los arrojarás de delante de ti.

³² »No harás alianza con ellos ni con sus dioses. ³³ En tu tierra no habitarán, no sea que te hagan pecar contra mí sirviendo a sus dioses, porque te será tropiezo.»

El “ángel” que el Señor envía para guiar a su pueblo en su viaje es el Señor mismo. Israel debe escucharlo solamente a él y honrar solamente a su nombre. Él lucharía por ellos y los llevaría a la herencia prometida.

“Enviaré delante de ti la avispa”, dice el Señor. La misma figura se da en Deuteronomio 7:20 y Josué 24:12 para describir al Señor quien trae el terror y todo tipo de calamidad a los enemigos de Israel, para que puedan ser vencidos. Cualquiera que haya sido atacado por un enjambre de avispas apreciará la fuerza de esta figura. En la historia de la conquista que llevó a cabo Israel en la tierra de Canaán, leemos la manera en que sus enemigos fueron vencidos: por un terror aplastante, por ataques sorpresivos, por tormentas, por inundaciones, y por desastres naturales de toda clase. Esto no iba a ocurrir todo al mismo tiempo, sino de una manera gradual, poco a poco, para que la tierra no quedara desolada ni aumentaran las fieras del campo.

Después de trazar en una forma general las fronteras de Canaán, el Señor concluye esta sección con una advertencia final contra el establecimiento de alianzas con los habitantes de Canaán. Israel debía echarlos, para que su adoración pagana no llegara a ser una trampa para el pueblo de Dios. ¡Cuántas veces y con qué urgencia el Señor le advirtió a su pueblo que no se enredara con los extranjeros! ¡Si Israel sólo hubiera prestado atención!

Israel no fue el único que no quiso escuchar las advertencias del Señor. Dios también les advierte a sus cristianos del Nuevo

Testamento que se aparten de las malas alianzas, tanto social como religiosamente. Muchos no parecen ver la necesidad de tener cuidado. Piensan que pueden jugar con fuego sin quemarse, así como Pedro quien, en su presunción, se calentó ante una fogata en la compañía de los enemigos de Cristo. A veces a los cristianos les molesta que se les diga que “sean diferentes” en su modo de vivir y en la manera en que deben mostrar su propósito en la vida. ¡Qué el ejemplo de Israel nos sirva como advertencia! Dios no sólo nos llamó para ser suyos, sino también para “ser diferentes”.

ÉXODO 24

Instrucciones a Moisés

Éxodo 24:1-3

¹ Dijo Jehová a Moisés:

—Sube ante Jehová, junto con Aarón, Nadab, Abiú y setenta de los ancianos de Israel; y os inclinaréis de lejos.

² Pero sólo Moisés se acercará a Jehová; que ellos no se acerquen ni suba el pueblo con él.

³ Moisés fue y le contó al pueblo todas las palabras de Jehová, y todas las leyes. Y todo el pueblo respondió a una voz:

—Cumpliremos todas las palabras que Jehová ha dicho.

Después de haberle dado a Israel lo fundamental del pacto de Sinaí, el Señor pidió a Moisés, a Aarón y a sus hijos Nadab y Abiú, y a setenta de los ancianos que subieran al monte. Sin embargo, sólo Moisés podía acercarse al Señor para recibir las instrucciones con respecto a la ratificación del pacto.

Moisés entonces regresó y le dijo al pueblo “todas las palabras de Jehová, y todas las leyes” que el Señor le había dado. Aunque existen varias interpretaciones en cuanto al significado de “todas las palabras... y todas las leyes” en Éxodo 24: 3, nosotros entendemos que las “palabras” son los Diez Mandamientos como

están escritos en Éxodo 20, y que las “leyes” son los demás reglamentos en cuanto a la vida social y ceremonial de Israel, escritos en Éxodo 20:22-23:32. Moisés también tuvo que registrar “todas las palabras... y todas las leyes” en un escrito conocido como el “libro del pacto” (24:7).

Al ponerse de acuerdo con el contenido de este “libro del pacto”, el pueblo ya estaba listo para su ratificación solemne.

Ratificación del pacto

Éxodo 24:4-8

⁴ Entonces Moisés escribió todas las palabras de Jehová, y levantándose de mañana edificó un altar y doce columnas al pie del monte, una por cada tribu de Israel. ⁵ Luego envió jóvenes de los hijos de Israel, los cuales ofrecieron holocaustos y becerros como sacrificios de paz a Jehová.

⁶ Moisés tomó la mitad de la sangre, la puso en tazones y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar. ⁷ Después tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo:

—Obedeceremos y haremos todas las cosas que Jehová ha dicho.

⁸ Entonces Moisés tomó la sangre, la roció sobre el pueblo y dijo:

—Ésta es la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas.

A la mañana siguiente, Moisés “edificó un altar y doce columnas al pie del monte, una por cada tribu de Israel”. En la ceremonia que iba a tener lugar, el altar señalaba la presencia del Señor; las doce columnas sin duda fueron puestas en alguna forma alrededor del altar. El pacto fue entre el Señor y su pueblo. Los israelitas jóvenes servían como sacerdotes, ya que el sacerdocio levítico todavía no había sido establecido. Traían los “holocaustos” en que los toros eran quemados totalmente sobre el altar, y los “sacrificios de paz” por los que la gente expresaba su vínculo con

el Señor. Los “sacrificios de paz” incluían una comida común para expresar su gratitud y compañerismo. Este comer y beber en la presencia del Señor tenía lugar más adelante en el rito. (Algún tiempo después, cuando el Señor le dio a Moisés los reglamentos para los sacrificios de sangre, como los encontramos en el libro de Levítico, tanto los holocaustos como los sacrificios de paz fueron incluidos.)

Debido a la ocasión especial, la mitad de la sangre de los animales era rociada sobre el altar y la otra mitad sobre el pueblo. Esta era sangre de sacrificio, ofrecida como una expiación, como un precio por el pecado. El pecado había destruido la relación entre Dios y el hombre, y el precio de la expiación estaba en el derramamiento de sangre. Vemos la manera en que esta idea fue grabada en el pueblo de Dios del Antiguo Testamento por medio de los muchos sacrificios de sangre. Sabemos que todos los sacrificios de animales del Antiguo Testamento prefiguraban el gran sacrificio único ofrecido en el Gólgota por el Salvador Jesucristo. Fue solamente por medio de su sacrificio perfecto que estos sacrificios de animales, que señalaban hacia Cristo, eran efectivos (Hebreos 9:11-14). San Juan escribe: “[Cristo] es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2).

Después de rociar la sangre sobre el altar, una vez más el pueblo prometía solemnemente vivir conforme a las condiciones del pacto. Entonces Moisés rociaba la sangre sobre el pueblo.

El bien conocido erudito bíblico, Alfred Edersheim, dice lo siguiente sobre la ceremonia de ratificación que se describe en nuestro texto: “Esta transacción fue la más importante de toda la historia de Israel. A través de este sacrificio, nunca repetido, Israel fue puesto aparte formalmente como el pueblo de Dios; y puso los cimientos de todo el culto de adoración con sacrificios que continuó” (*Old Testament Bible History*, página 120; traducción libre del inglés).

El autor del libro a los Hebreos explica el significado de esta ceremonia de ratificación para nosotros, los cristianos del Nuevo

Testamento, en las siguientes palabras: “Habiendo anunciado Moisés todos los mandamientos de la ley a todo el pueblo, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua, lana escarlata e hisopo, y roció el mismo libro y también a todo el pueblo, diciendo: ‘Esta es la sangre del pacto que Dios os ha mandado’. Además de esto, roció también con la sangre tanto el Tabernáculo como todos los vasos del ministerio. Y según la Ley, casi todo es purificado con sangre; y sin derramamiento de sangre no hay remisión” (Hebreos 9:19-22).

Con el poeta de la antigüedad, cantamos en el himno de la cuaresma:

Gracias mil ofrezco a Ti,
Pues moriste Tu por mí. (CC 47)

Audiencia con Dios

Éxodo 24:9-11

⁹ Subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, junto con setenta de los ancianos de Israel, ¹⁰ y vieron al Dios de Israel. Debajo de sus pies había como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno. ¹¹ Pero no extendió su mano contra los príncipes de los hijos de Israel: ellos vieron a Dios, comieron y bebieron.

Después de la ceremonia solemne por la que se estableció la relación de amistad entre el Señor e Israel por medio del rociamiento de la sangre, esta relación se expresó también en una comida que los líderes de Israel celebraron en la presencia de Dios. Dios les concedió a estos representantes de Israel una visión inusitada de sí mismo. Leemos: “Vieron al Dios de Israel”. Claro que no lo vieron en toda la plenitud de su gloria, ya que el Señor le dijo a Moisés un tiempo después de esto: “No podrás ver mi rostro... porque ningún hombre podrá verme y seguir viviendo” (33:20). Es difícil determinar si la palabra “Dios” aquí, en vez de la palabra “Jehová” (Yahveh) tiene algún significado, pero, en todo

caso, Jehová misericordiosamente redujo de alguna manera la intensidad de su gloria absoluta. La visión con su “embaldosado de zafiro” nos recuerda la visión descrita por el profeta Ezequiel, que está registrada en Ezequiel 1:25-28.

De nuevo nos acordamos de los hermosos cuadros del libro de Apocalipsis, cuando la gran multitud de los redimidos, que nadie puede enumerar, de toda nación, tribu, pueblo e idioma esté de pie delante del trono de Dios y frente al Cordero, cuando “verán su rostro y su nombre estará en sus frentes. Allí no habrá más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 22:4,5).

La subida de Moisés

Éxodo 24:12-18

¹²Entonces Jehová dijo a Moisés:

—Sube a mí al monte y espera allá, y te daré tablas de piedra con la ley y los mandamientos que he escrito para enseñarles.

¹³Se levantó Moisés junto con Josué, su servidor, y Moisés subió al monte de Dios. ¹⁴A los ancianos les dijo:

—Esperadnos aquí hasta que volvamos. Aarón y Hur estarán con vosotros; el que tenga algún asunto, acuda a ellos.

¹⁵Entonces Moisés subió al monte. Una nube cubrió el monte, ¹⁶y la gloria de Jehová reposó sobre el monte Sinaí. La nube lo cubrió por seis días, y al séptimo día llamó a Moisés de en medio de la nube. ¹⁷La apariencia de la gloria de Jehová era, a los ojos de los hijos de Israel, como un fuego abrasador en la cumbre del monte. ¹⁸Moisés entró en medio de la nube y subió al monte. Y estuvo Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches.

Para terminar apropiadamente esta ratificación del pacto entre el Señor e Israel en el monte Sinaí, ahora Moisés, a pedido del

Señor mismo, sube al monte para recibir las tablas de piedra con los Diez Mandamientos, así como también las instrucciones detalladas con respecto a la edificación del tabernáculo, el lugar del pacto.

“Y la gloria de Jehová reposó sobre el monte Sinaí.” De nuevo nos fijamos en la frase “la gloria de Jehová”. El Señor le da a Israel la seguridad de su presencia con una nube que cubre el monte. Mientras los israelitas miran esta “gloria de Jehová”, parece ser un “fuego abrasador en la cumbre del monte”, el cual le hace recordar a la gente la santidad, la majestad y el poder de su Señor. Sin embargo, vemos que “entró Moisés en medio de la nube, y subió al monte”. Sí, santo y majestuoso es Dios, como un fuego abrasador. Sin embargo, ¡al mismo tiempo es misericordioso y perdonador, pues recibe a Moisés como mediador de su pacto con su pueblo!

Allí permaneció Moisés, por 40 días y 40 noches. Fue un milagro que él hubiera podido hacer esto sin comer ni beber. El número cuarenta ocurre tanto aquí como también en el viaje de Elías a Horeb (1 Reyes 19:1-9), en la tentación de Cristo en el desierto (Mateo 4:1-11) y en la duración del recorrido de Israel por el desierto (Números 14). En todos estos casos, se implica un tiempo de prueba así como de fortalecimiento, llevado a cabo por el Señor misericordioso.

Los últimos versículos del capítulo 24, concluyen la segunda parte principal del libro de Éxodo. En la primera parte se nos dijo acerca de la liberación del pueblo del pacto de la tierra de Egipto. La segunda parte nos presentó el establecimiento del pacto con Israel. Ahora estamos listos para la tercera parte, la entrada al lugar del pacto, el tabernáculo.

PARTE III

LA ENTRADA AL LUGAR DEL PACTO — EL TABERNÁCULO

El Señor había hecho su pacto con el pueblo de Israel en el monte Sinaí; él era el único Dios verdadero y era su Señor, el Señor del pacto. Ellos eran su pueblo, un pueblo apartado para dar gloria a su nombre. Existía un vínculo de amistad entre el Señor e Israel. Dios quería que su pueblo tuviera la seguridad de que él estaba presente cuando ellos lo adoraban. El tabernáculo iba a servir este propósito. Dios quería que su pueblo supiera que él habitaba entre ellos, y que viajaba con ellos de un lugar a otro. El tabernáculo era el lugar de reunión, donde el Señor manifestaba su presencia entre ellos y donde ellos podían acercarse a él como su Dios Salvador.

Pero, ¿cómo era posible que el pueblo pecador pudiera estar en la presencia Dios, quien es santo y justo? Fue solamente por un acto de gracia de parte de Dios que se pudo considerar un vínculo de amistad entre los dos. Ya cientos de años antes de esto, el Señor en su misericordia había hecho esta elección. Le había dicho a Abraham que a través de sus descendientes iban a ser bendecidas todas las familias de la tierra. Dios había prometido que él iba a llevar a cabo su plan de salvación para toda la humanidad por medio de la simiente de Abraham. Después de que los descendientes de Abraham ya se habían convertido en la nación de Israel, el Señor cumplió su promesa. Los había rescatado de la esclavitud en Egipto, y ahora los guiaba a la tierra que le había prometido a Abraham. Al establecer Dios un pacto con ellos en el monte Sinaí, había asegurado nuevamente que ellos serían para él un reino de sacerdotes y una nación santa. El hecho de que Israel pudiera considerarse a sí mismo como el tesoro especial del Señor se debía enteramente a un acto de la gracia del Señor.

Sin embargo, el pacto que el Señor había establecido en el Sinaí no era un pacto unilateral; Israel tenía que mostrarle su fidelidad al Señor como el pueblo que le pertenecía. El Señor les

reveló su santa ley para enseñarles lo que significaba ser en todos sus caminos verdaderamente santos ante él. También les dio ciertos reglamentos por medio de los cuales ellos podían dirigir su vida social y sus responsabilidades cívicas como una nación consagrada a servirlo. No obstante, Israel no podía cumplir los requisitos que la ley de Dios exigía. Su ley moral revelada en los Diez Mandamientos les mostraba su pecado. La santidad de Dios exigía la perfección, y la vida de ellos estaba muy lejos de ser perfecta. También fallaban frecuentemente en el cumplimiento de sus deberes en cuanto a las responsabilidades sociales y cívicas que los marcaban como un pueblo apartado que le pertenecía a Dios. Por esto, el Señor les dio, por medio de los servicios que se celebraban en el tabernáculo, una manera para que el pueblo pecador permaneciera en su relación de amistad con el Dios santo.

De nuevo, todo fue dispuesto por el Dios de gracia y de perdón. Israel podía acercarse a Dios a través de mediadores. Dios proveyó sacerdotes, y especialmente el sumo sacerdote, para servir como esos mediadores. La mediación que los sacerdotes iban a llevar a cabo a favor del pueblo tendría lugar por medio de los sacrificios que se llevarían al tabernáculo. Dios mandaría al pueblo qué cosas y qué animales deberían traer como sacrificios al Señor. Por medio de esos sacrificios, la relación entre el pueblo pecador y el Dios justo podría ser restaurada y mantenida. (El libro de Levítico explica en detalle los varios tipos de sacrificio que los sacerdotes ofrecían por el pueblo.)

Tanto la construcción del tabernáculo con sus muebles así como también las vestiduras sacerdotales iban a ser una figura de esta relación entre el Señor de gracia y su pueblo escogido. Las instrucciones que el Señor le dio a Moisés en cuanto a esto se encuentran en los próximos siete capítulos del Éxodo, e indican que la adoración de Israel debería simbolizar esta relación basada en el pacto con el Señor. El Señor iba a morar en medio de su pueblo, y el pueblo debería acercarse a él a través de los mediadores. Por medio de los sacrificios, el pueblo podría expresar

su relación con él, y hacer expiación por sus muchos pecados y fallas. Por medio de sus ofrendas podrían mostrarle su agradecimiento y sus alabanzas a la gloria de su nombre. Mientras uno estudia la construcción del tabernáculo con su equipamiento, debe tener presente esta forma de culto de adoración de Israel como el pueblo del pacto con el Señor. Esto fue lo que dispuso el Señor mismo, y que iba a estar vigente durante los muchos siglos que el pueblo de Dios iba a esperar al Salvador prometido.

Al mismo tiempo queremos recordar que la forma de adoración de Israel en el Antiguo Testamento, con todos sus reglamentos ceremoniales, era un tipo, es decir un cuadro que representaba la restauración perfecta de la amistad entre la humanidad pecadora y el Dios santo, que el Señor mismo iba a lograr por medio del don de su unigénito Hijo. Cuando vino Jesús, el eterno “Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Juan 1:14). La frase que usa este apóstol aquí literalmente quiere decir que el Señor “habitaba en un tabernáculo entre nosotros”. El tabernáculo de Israel es una figura de la presencia salvadora de Cristo en el mundo pecador. En el tabernáculo que estaba en el desierto, el Señor dio a conocer su gloria al aparecer en una nube. Juan escribe respecto del Verbo que se hizo carne: “lleno de gracia y de verdad; y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre” (Juan 1:14). El acercamiento de Israel a Dios, a través de la mediación de los sacerdotes y a través de los sacrificios de sangre, fue un “símbolo para el tiempo presente”, el autor del libro a los Hebreos nos lo dice (9:9). El santo autor continúa: “Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Hebreos 9:11,12).

Los sacrificios del Antiguo Testamento eran medios eficaces de expiación por el pecado solamente por causa del cumplimiento llevado a cabo por el sacrificio perfecto de Cristo en la cruz del

Calvario, como lo explica el autor de la epístola a los Hebreos, en toda la epístola, especialmente en los capítulos 8, 9 y 10. Finalmente, el tabernáculo terrenal de Israel fue un símbolo de nuestro tabernáculo celestial, donde Dios morará con su nación santa en comunión perfecta por toda la eternidad. Juan escribe en el libro de Apocalipsis: “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos” (21:3). La palabra que se traduce “morará” en este versículo es nuevamente la palabra que literalmente significa “tabernáculo”. Más adelante en este pasaje, Juan describe a los redimidos en el cielo: “Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Apocalipsis 21:3,4).

Queremos mantener presente este simbolismo al considerar las instrucciones que el Señor le dio a Moisés en el monte Sinaí en cuanto al tabernáculo. Su construcción y arreglo fueron decididos por el Señor mismo en todos los detalles. El Señor no dejó nada a la inventiva humana. Todo lo que se refería a este tabernáculo, o “tienda de reunión”, debería expresar esta relación del pacto entre el Señor y su pueblo escogido. Era una garantía visible de su presencia invisible entre ellos, y el medio que tenía el pueblo para expresar su confianza en su misericordia, consagrándose a él como su nación santa.

ÉXODO 25

Las ofrendas para el tabernáculo

Éxodo 25:1-9

¹ **Jehová habló a Moisés y le dijo:**

² **«Di a los hijos de Israel que recojan para mí una ofrenda. De todo hombre que la dé voluntariamente, de corazón, recogeréis mi ofrenda. ³ Ésta es la ofrenda que aceptaréis de ellos: oro, plata, cobre, ⁴ azul, púrpura,**

carmesí, lino fino, pelo de cabras, ⁵pieles de carneros teñidas de rojo, pieles de tejones, madera de acacia, ⁶aceite para el alumbrado, especias para el aceite de la unción y para el incienso aromático, ⁷pedras de ónice y pedras de engaste para el efod y para el pectoral. ⁸Me erigirán un santuario, y habitaré en medio de ellos. ⁹Conforme a todo lo que yo te muestre, así haréis el diseño del Tabernáculo y el diseño de todos sus utensilios.»

“Di a los hijos de Israel que recojan para mí una ofrenda”, le dijo el Señor a Moisés. La palabra hebrea que se usa aquí para “ofrenda” quiere decir literalmente “un regalo que se eleva”. Los estudiantes de la Biblia no están seguros de si esto quiere decir que la ofrenda era “elevada”, es decir, sacada de entre los bienes de uno, o que realmente la ofrenda era “elevada” por el sacerdote cuando se ofrecía al Señor. En todo caso, era una ofrenda voluntaria “de todo hombre que la dé voluntariamente, de corazón”. Debemos tener presente esto cuando más adelante veamos la respuesta que les da el Señor a las ofrendas voluntarias.

Se especificaron los varios artículos que la gente debía traer, y más tarde Dios dio las instrucciones acerca de la manera en que se debían usar esas ofrendas. ¿Pidió el Señor algo que fuera demasiado difícil de cumplir? ¿De dónde iban a sacar los israelitas estos artículos? Ciertas cosas, como los metales preciosos, las telas y las joyas, los habían recibido de los egipcios. El pelo de cabras y las pieles de carnero, ellos los tenían en abundancia. Las pieles de los tejones se podían conseguir en el Mar Rojo, que no estaba muy lejos. Los árboles de acacia crecían en la región donde ellos habían acampado. El aceite, las especias y el incienso se podían comprar a las caravanas que pasaban por el área.

El propósito de esta ofrenda era el de construir un santuario en el que el Señor había prometido morar en medio de su pueblo. Según el texto, el Señor mismo le iba a mostrar a Moisés un modelo o plano del tabernáculo y de sus muebles. Muchos años

más tarde, Esteban se refiere a esto en su discurso ante el concilio supremo de los judíos: “Como había ordenado Dios cuando dijo a Moisés que lo hiciera conforme al modelo que había visto” (Hechos 7:44). El autor de la epístola a los Hebreos menciona el mismo modelo que Dios le mostró a Moisés en el monte, diciendo que el santuario era “figura y sombra de las cosas celestiales” (8:5). En otras palabras, el tabernáculo debía pintar o describir de una forma terrenal las moradas perfectas de los creyentes con su Señor en su hogar eterno.

Los templos cristianos de hoy no se construyen conforme al modelo del Antiguo Testamento que el Señor le dio a Moisés. En el Nuevo Testamento, ya no estamos limitados por los reglamentos ceremoniales que los israelitas tenían que observar cuando se acercaban al Señor en adoración. Cristo abolió estos reglamentos con su sacrificio expiatorio en la cruz. Sin embargo, nuestros templos con su equipamiento también representan el lugar donde el Señor viene a su pueblo, hoy en día a través de su Palabra santa y sus sacramentos preciosos. En la mayoría de nuestros templos, la cruz ocupa un lugar prominente. Ante el altar del Señor la congregación le lleva todas sus peticiones en oración, y recibe el cuerpo y la sangre de Cristo en la Santa Cena. Nosotros también debemos querer que ese lugar, que se llama “la casa de Dios”, refleje el lugar donde mora su honor.

A veces oímos que la gente dice que “podemos orarle a Dios en un granero”, y que “es una tontería malgastar tanto dinero en el templo de la iglesia”. Respondemos señalando que nuestros templos deben ser un verdadero reflejo de nuestro amor y respeto por nuestro Dios. Deben demostrar visiblemente el aprecio que los cristianos tenemos por los dones inapreciables de gracia que el Señor nos ha concedido gratuitamente y nos sigue concediendo. Cuando la gente ama al Señor, sus ofrendas voluntarias serán suficientes para proveer un lugar donde puedan honrarlo con sus bienes y con sus primicias.

El arca del pacto

Éxodo 25:10-22

¹⁰ »Harán también un arca de madera de acacia, cuya longitud será de dos codos y medio, su anchura de codo y medio, y su altura de codo y medio. ¹¹ La recubrirás de oro puro por dentro y por fuera, y pondrás encima y alrededor de ella una cornisa de oro. ¹² Fundirás para ella cuatro argollas de oro, que pondrás en sus cuatro esquinas; dos argollas a un lado de ella y dos argollas al otro lado. ¹³ Harás unas varas de madera de acacia, las cuales cubrirás de oro. ¹⁴ Y meterás las varas por las argollas a los lados del Arca, para llevar el Arca con ellas. ¹⁵ Las varas quedarán en las argollas del Arca; no se quitarán de ella. ¹⁶ En el Arca pondrás el Testimonio que yo te daré.

¹⁷ »Harás un propiciatorio de oro fino, cuya longitud será de dos codos y medio, y su anchura de codo y medio. ¹⁸ Harás también dos querubines de oro; los harás labrados a martillo en los dos extremos del propiciatorio. ¹⁹ Harás, pues, un querubín en un extremo, y un querubín en el otro extremo; de una pieza con el propiciatorio harás los querubines en sus dos extremos. ²⁰ Los querubines extenderán por encima las alas, cubriendo con ellas el propiciatorio; estarán uno frente al otro, con sus rostros mirando hacia al propiciatorio. ²¹ Después pondrás el propiciatorio encima del Arca, y en el Arca pondrás el Testimonio que yo te daré. ²² Allí me manifestaré a ti, y hablaré contigo desde encima del propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el Arca del testimonio, todo lo que yo te mande para los hijos de Israel.»

Por lo general, los planes para construir un edificio comienzan con la estructura misma y después proceden a ocuparse del mobiliario. Los planes del Señor en cuanto al tabernáculo cambian este orden. Comienzan con el *arca del pacto*, que es la parte principal del tabernáculo. Todo lo demás se organizó alrededor de

ella, ya que el arca destacaba la presencia misma del Señor entre su pueblo.

El arca era una caja rectangular de madera, de acacia cubierta de oro puro. Medía un poco más de un metro de largo, como 70 centímetros de ancho y como 70 centímetros de altura (2 codos y medio de largo, 1 codo y medio de ancho y 1 codo y medio de altura). Se pusieron dos argollas, es decir, anillos de oro en cada lado, cerca de la base. Las varas de madera de acacia cubiertas de oro se metían por los anillos para poder cargar y transportar el arca. Las varas deberían permanecer siempre en los anillos para que los que cargaban el arca no tuvieran que tocarla jamás.

A Moisés se le dijo que pusiera dentro de esta arca “el Testimonio”. Este es el nombre que se les da a las dos tablas de piedra sobre las que el Señor había escrito los Diez Mandamientos.

A la tapa del arca se le da el nombre de “el propiciatorio”. Algunas traducciones lo llaman “el asiento de misericordia”. La palabra hebrea quiere decir “tapar”. Las palabras “propiciar” y “expiar” significan “aplacar la ira” o “reconciliar”. El nombre “propiciatorio” es muy apropiado, ya que era sobre este lugar que el sumo sacerdote rociaba la sangre de expiación, es decir, de reconciliación, en el gran día de Expiación. Este acto significaba que los pecados del pueblo eran cubiertos o tapados, es decir, eran quitados de la vista de Dios. Las transgresiones contra los Diez Mandamientos que yacían bajo esta tapa quedaban expiadas.

La tapa misma debía hacerse de oro puro con las figuras de dos querubines encima. Los querubines son criaturas angélicas; Dios puso un querubín en el huerto de Edén para “guardar el camino del árbol de la vida” (Génesis 3:24). Aquí los dos querubines tenían la cara uno frente al otro, mirando hacia el propiciatorio con las alas extendidas para cubrirlo.

El arca del pacto con su propiciatorio se convirtió en el trono de Dios en medio de su pueblo, el estrado de los pies del Dios de Israel. Ahí se guardaba la santa voluntad de Dios tal como se revela en sus Diez Mandamientos, el Dios que castigaba el pecado. Aquí también estaba el trono de la gracia de Dios, donde él proveía la

manera para que su pueblo recibiera la remisión de sus pecados.

David llamó al arca del pacto “el estrado de los pies de nuestro Dios” (1 Crónicas 28:2; Salmo 132:7). Aquí el sumo sacerdote hacía “expiación por sí mismo, por su casa y por toda la comunidad de Israel” (Levítico 16:17). Qué figura tan hermosa de nuestro gran Sumo Sacerdote, Jesucristo, que “estando ya presente... sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Hebreos 9:11-12).

La mesa

Éxodo 25:23-30

²³ »Harás asimismo una mesa de madera de acacia; su longitud será de dos codos, de un codo su anchura, y su altura de codo y medio. ²⁴ La recubrirás de oro puro y le harás una cornisa de oro alrededor. ²⁵ Le harás también una moldura alrededor, de un palmo menor de anchura, y harás alrededor de la moldura una cornisa de oro. ²⁶ Le harás cuatro argollas de oro, las cuales pondrás en las cuatro esquinas que corresponden a sus cuatro patas. ²⁷ Las argollas estarán debajo de la moldura, y por ellas entrarán las varas para llevar la mesa. ²⁸ Harás las varas de madera de acacia, las cubrirás de oro, y con ellas será llevada la mesa. ²⁹ Harás también sus platos, cucharas, cubiertas y los tazones con que se libará; de oro fino los harás. ³⁰ Y pondrás siempre sobre la mesa el pan de la proposición delante de mí.»

El siguiente mobiliario para el santuario que el Señor le describió a Moisés, fue una mesa a la que algunas traducciones se refieren como “la mesa para el pan de la proposición” o “la mesa para el pan de la Presencia”. Esta mesa medía un metro de largo, por medio metro de ancho, y como 70 centímetros de altura (dos

codos de largo, por un codo de ancho, por un codo y medio de altura), también fabricada de madera de acacia y cubierta de oro. En las patas se pusieron argollas, es decir, anillos para las varas que usaban para levantar la mesa. Las vasijas de oro eran para el pan y las jarras eran para verter las ofrendas de bebida que se debían poner sobre esta mesa.

En el libro de Levítico, Dios dio las instrucciones para la preparación del pan que se debía poner sobre esta mesa: “Tomarás flor de harina, y cocerás con ella doce tortas; cada torta será de dos décimas de efa. Y las pondrás en dos hileras, seis en cada hilera, sobre la mesa de oro puro delante de Jehová. Pondrás también sobre cada hilera incienso puro, y será para el pan como perfume, como ofrenda que se quema a Jehová. Cada sábado lo dispondrá sin falta delante de Jehová, en nombre de los hijos de Israel, como pacto perpetuo. Será, por derecho perpetuo, de Aarón y de sus hijos, los cuales lo comerán en lugar santo, porque es cosa muy santa que les pertenece de las ofrendas que se queman a Jehová” (Levítico 24:5-9).

Los doce panes representaban a las doce tribus de Israel, y como dice en Levítico, los panes se debían poner “delante de Jehová” regularmente, una ofrenda de grano presentada por Israel “como pacto perpetuo”. Existen varias interpretaciones de este pasaje. Algunas son bastante complicadas. El significado más sencillo es que el pan que estaba sobre la mesa le aseguraba a Israel la presencia del Señor entre su pueblo y simbolizaba la gratitud continua de Israel por su pan de cada día. De este modo, estas cosas eran símbolos de la comunión constante entre los dos interesados del pacto.

El candelero

Éxodo 25:31-40

³¹ »Harás además un candelabro de oro puro; labrado a martillo se hará el candelabro; su pie, su caña, sus copas, sus manzanas y sus flores serán de lo mismo. ³² Y saldrán seis brazos de sus lados: tres brazos del candelabro a un lado y

tres brazos al otro lado. ³³Tres copas en forma de flor de almendro en un brazo, una manzana y una flor; y tres copas en forma de flor de almendro en otro brazo, una manzana y una flor; así en los seis brazos que salen del candelabro. ³⁴En la caña central del candelabro habrá cuatro copas en forma de flor de almendro, sus manzanas y sus flores. ³⁵Habrà una manzana debajo de dos brazos del mismo, otra manzana debajo de otros dos brazos del mismo y otra manzana debajo de los otros dos brazos del mismo; así para los seis brazos que salen del candelabro. ³⁶Sus manzanas y sus brazos serán de una pieza, todo ello una pieza labrada a martillo, de oro puro. ³⁷Y le harás siete lámparas, las cuales encenderás para que alumbren hacia adelante. ³⁸También sus despabiladeras y sus platillos, de oro puro. ³⁹De un talento de oro fino lo harás, con todos estos utensilios. ⁴⁰Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte.»

La única luz que había en el tabernáculo mismo venía del candelabro que se describe en estos versículos. El candelabro consistía en una caña central con tres brazos que se extendían hacia afuera y hacia arriba en cada lado, dando así lugar para siete lámparas en total. La caña y los brazos estaban decorados con copas en forma de flor de almendro. Cuatro de esas flores estaban en la caña central, y tres en cada brazo.

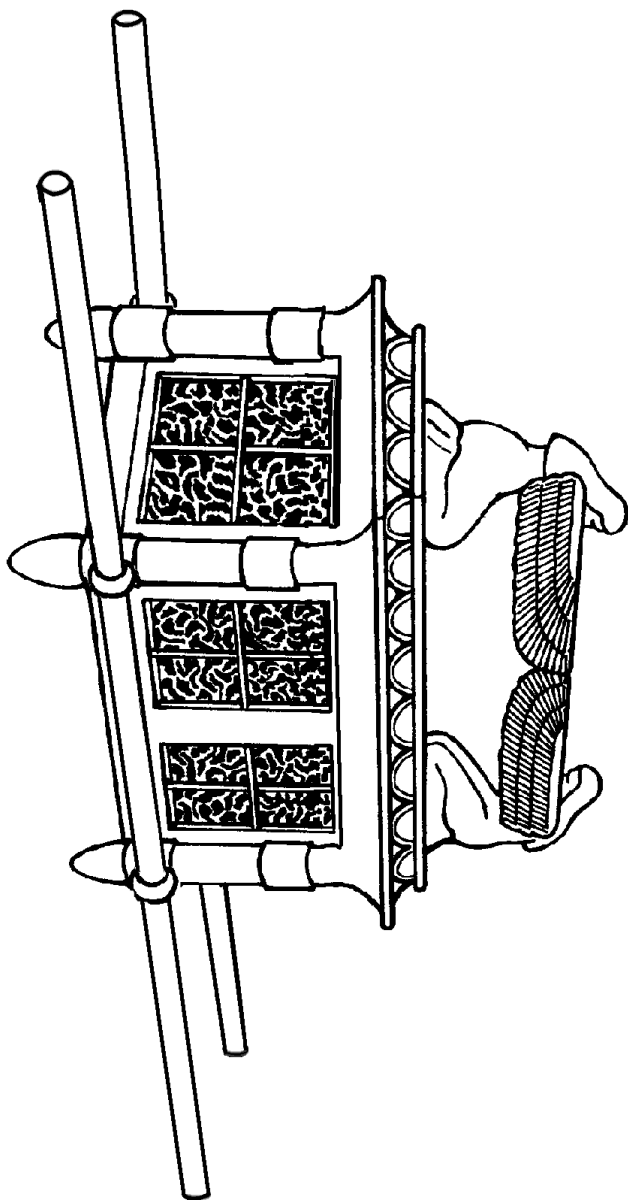
Las siete lámparas puestas encima de la caña y los seis brazos eran vasijas para aceite con mechas salientes que daban luz mientras ardían. Todos los instrumentos destinados a ser usados con las lámparas: despabiladeras, pinzas para sacar las mechas usadas, y bandejas, se debían hacer de oro puro, como el candelabro mismo. No se da el tamaño del candelabro, pero el historiador antiguo, Josefo, dice que tenían como metro y medio de altura, y que los brazos se extendían más de medio metro a cada lado.

En Éxodo 27:20-21, se nos dice que Aarón y sus hijos tenían que hacer arder continuamente la llama delante de Jehová, “desde

la tarde hasta la mañana” y que esto iba a ser un “estatuto perpetuo de los hijos de Israel por sus generaciones”. (Más adelante vamos a hablar de la ubicación de cada objeto dentro del tabernáculo).

En las Escrituras frecuentemente se usa la luz como un símbolo de Cristo, la verdadera Luz del mundo, como indican Isaías 9:2 y Juan 8:12. Los creyentes en Cristo también deben reflejar su luz (Isaías 60:3; Mateo 5:14; Hechos 13:47). Israel, como el pueblo del pacto, debía dejar que su luz espiritual alumbrara ante todas las naciones de la tierra.

En las Escrituras se usa con frecuencia el número siete. El profeta Zacarías vio un candelabro de oro con siete lámparas como símbolo de la nación santa de Dios (Zacarías 4). En el libro de Apocalipsis, a las siete iglesias del Nuevo Testamento se les presenta en la forma de siete candelabros (Apocalipsis 1:20). La función de Israel como la luz que alumbra en el mundo de tinieblas le ha sido pasada a la iglesia de Jesucristo.



El arca del pacto

Las cortinas del tabernáculo

Éxodo 26:1-14

¹»Harás el Tabernáculo de diez cortinas de lino torcido, azul, púrpura y carmesí; lo harás con querubines de obra primorosa. ²La longitud de cada cortina será de veintiocho codos, y su anchura de cuatro codos; todas las cortinas tendrán una misma medida. ³Cinco cortinas estarán unidas una con la otra, y las otras cinco cortinas unidas una con la otra. ⁴Y harás lazadas de azul en la orilla de la última cortina de la primera unión; lo mismo harás en la orilla de la cortina de la segunda unión. ⁵Cincuenta lazadas harás en la primera cortina, y cincuenta lazadas harás en la orilla de la cortina que está en la segunda unión; las lazadas estarán contrapuestas la una a la otra. ⁶Harás también cincuenta corchetes de oro, con los cuales enlazarás las cortinas la una con la otra, de modo que el Tabernáculo forme un todo.

⁷»Harás asimismo cortinas de pelo de cabra para una cubierta sobre el Tabernáculo; once cortinas harás. ⁸La longitud de cada cortina será de treinta codos, y la anchura de cada cortina, de cuatro codos; una misma medida tendrán las once cortinas. ⁹Unirás cinco cortinas aparte y las otras seis cortinas aparte, y doblarás la sexta cortina sobre el frente del Tabernáculo. ¹⁰Después harás cincuenta lazadas en la orilla de la cortina, al borde de la unión, y cincuenta lazadas en la orilla de la cortina de la segunda unión.

¹¹Harás asimismo cincuenta corchetes de bronce, los cuales meterás por las lazadas; y enlazarás las uniones para que se haga una sola cubierta. ¹²La parte que sobra en las cortinas de la tienda, la mitad de la cortina que sobra, colgará a espaldas del Tabernáculo. ¹³Un codo de un lado y otro codo del otro lado, que sobran a lo largo de las cortinas de la tienda, colgarán sobre los lados del Tabernáculo a un lado y al otro, para cubrirlo.

14 »Harás también a la tienda una cubierta de pieles de carneros teñidas de rojo, y una cubierta de pieles de tejones encima.»

El tabernáculo, que iba a hospedar los objetos descritos en el capítulo anterior, era sólo una residencia provisional. La palabra hebrea para “tabernáculo” también se usa para las moradas de los nómadas del desierto, es decir, de gente que se mudaba constantemente de un lugar a otro. Puesto que los israelitas estaban viajando por el desierto y se mudaban de un lugar a otro, el tabernáculo tenía que ser construido de tal manera que se pudiera desarmar, llevar en partes de un sitio a otro, y luego ser armado nuevamente. Es necesario tener esto presente al considerar las instrucciones que se dan en este capítulo.

Al considerar estas instrucciones detalladas, notamos que los estudiantes de la Biblia difícilmente se ponen de acuerdo en cuanto a varios detalles de las especificaciones exactas del tabernáculo. Cuando uno ve los modelos en cuadros o en réplicas en miniatura, no hay dos que sean iguales en todo detalle. ¿La cortina ornamental se colgaba *adentro* del marco o sobre la parte de afuera para que solamente se veía la parte de arriba de esta cortina? ¿El marco estaba formado por cuadrados huecos para que la cortina ornamental, si colgaba sobre la parte exterior, se pudiera ver parcialmente por lo menos a los costados? ¿O el marco estaba formado por divisiones sólidas? ¿Las cortinas exteriores se sostenían sobre un madero que terminaba la armazón del alero como para formar un pico o un tejado de dos aguas? ¿O simplemente estaban extendidas sobre el techo del marco? ¿Qué clase de diseño estaba tejido en la cortina ornamental? Estas son algunas de las preguntas que dejan perplejos a los expertos.

Sin embargo, las instrucciones fueron lo suficientemente claras para Moisés, ya que el Señor le mostró un modelo exacto en el monte. La breve descripción que vamos a hacer se basará en nuestra propia manera de entender las instrucciones que el Señor le dio a Moisés, y somos conscientes de que algunos lectores

preferirían una explicación diferente.

La primera cortina que se describe en este capítulo es la ornamental. Estaba formada por diez cortinas que se habían cosido para formar una sola, cada una como de doce metros de largo y como de dos metros de ancho. Unidas, formaban una cortina que medía como 20 metros de ancho por doce metros de largo. La tela de esta cortina era un tapiz hermoso hecho de lino blanco, tejido con telas de color azul, morado y carmesí, con figuras de querubines bordadas en la tela. El blanco simboliza la santidad; el azul es el color del cielo; el morado representa la realeza; el carmesí es el color de la sangre, en la cual hay vida. Los querubines representan a las huestes celestiales de los ángeles de Dios.

Esta cortina era la primera que se debía colgar sobre el marco para formar así el tabernáculo. Nos inclinamos a creer que las tablas que formaban las paredes del marco encajaban una en otra para formar una sola pieza, de manera que solamente el techo de la cortina ornamental era visible desde el interior. Entre todos los expertos en esta materia, hay un hombre llamado Umberto Cassuto que parece hablar con la mayor autoridad en su comentario sobre el libro de Éxodo (*Commentary on the Book of Exodus*, página 351), y él lo explica de esta forma. Las diez cortinas que formaban esta cortina ornamental o decorativa, estaban unidas por medio de gazas, y éstas estaban unidas por corchetes de oro. La cortina de 20 metros se colgaba por detrás del tabernáculo, dejando abierta la parte frontal. Cassuto favorece la explicación de que el techo era plano y no la de un tejado de dos aguas.

Encima de esta cortina decorativa, se extendían varias otras cubiertas sobre el techo. La primera era de pelo de cabra, que era el material común para las tiendas de aquel entonces. Esta también estaba formada por la unión de varias cortinas más pequeñas, y eran unidas por corchetes de bronce, formando así una sola pieza que era muy grande y que medía un poco más de 20 metros de largo, por 15 metros de ancho. Esta cortina cubría completamente la cortina ornamental por la parte de adelante como una cortina

protectora. Por fuera estaba firmemente sostenida con sogas y estacas. Encima de esta cubierta de pelo de cabra, había otras dos cubiertas por el exterior: una hecha de piel de carnero teñida de rojo y otra hecha de pieles de tejones.

Ahora sigue en este capítulo una descripción del marco de tablas sobre el que se colgaban las cortinas.

El marco del tabernáculo

Éxodo 26:15-30

¹⁵»Harás además para el Tabernáculo tablas de madera de acacia, que estén derechas. ¹⁶La longitud de cada tabla será de diez codos, y de codo y medio la anchura. ¹⁷Dos espigas tendrá cada tabla, para unir las una con otra; así harás todas las tablas del Tabernáculo. ¹⁸Harás, pues, las tablas del Tabernáculo; veinte tablas al lado del mediodía, al sur. ¹⁹Y harás cuarenta basas de plata debajo de las veinte tablas: dos basas debajo de una tabla para sus dos espigas y dos basas debajo de otra tabla para sus dos espigas.

²⁰»Y para el otro lado del Tabernáculo, el lado del norte, harás veinte tablas ²¹con sus cuarenta basas de plata: dos basas debajo de una tabla y dos basas debajo de otra tabla. ²²Para el lado posterior del Tabernáculo, hacia el occidente, harás seis tablas. ²³Harás además dos tablas para las esquinas del Tabernáculo en los dos ángulos posteriores, ²⁴las cuales se unirán desde abajo, y asimismo se juntarán por su alto con un gozne. Así será con las otras dos; serán para las dos esquinas. ²⁵De suerte que serán ocho tablas, con sus basas de plata: dieciséis basas, dos basas debajo de una tabla y dos basas debajo de otra tabla.

²⁶»Harás también cinco barras de madera de acacia para las tablas de un lado del Tabernáculo, ²⁷cinco barras para las tablas del otro lado del Tabernáculo y cinco barras para las tablas del lado posterior del Tabernáculo, hacia el occidente. ²⁸La barra central pasará en medio de las tablas, de un extremo al otro. ²⁹Recubrirás de oro las tablas, y harás

sus argollas de oro para meter por ellas las barras; también recubrirás de oro las barras. ³⁰ Erigirás el Tabernáculo conforme al modelo que te fue mostrado en el monte.»

El marco se hizo de madera de acacia cubierta de oro. Cada tabla era de cinco metros de largo y como de 75 centímetros de ancho, y en la parte de abajo tenía protuberancias que encajaban en las basas de plata. Estas basas pesaban casi 45 kilos cada una, lo suficiente para asegurar el marco de una manera sólida. Veinte de esas tablas formaban cada lado, y seis tablas formaban la pared trasera, y no había ninguna en frente, pues era la entrada al lugar santo. El número de tablas nos da la información en cuanto al tamaño del tabernáculo mismo, es decir, 15 metros de largo, 5 metros de ancho y 5 metros de altura (en términos bíblicos, 30 codos, por 10 codos por 10 codos). Solamente por el tamaño y el número de tablas que se describen aquí, podemos calcular cuáles eran las dimensiones totales del tabernáculo. En total, en longitud y en anchura, el tabernáculo era la mitad del tamaño del templo que construyó Salomón. Una parte del templo tenía paredes que eran proporcionalmente más altas.

Se usaron tablas extras en las esquinas para darle más resistencia a la estructura. Cinco barras de madera de acacia cubiertas de oro podían pasar horizontalmente a cada lado y por detrás, encajando en los anillos de oro que se habían fijado a las tablas. “La manera de disponer las barras es una cuestión discutible”, dice Cassuto (*Commentary on the Book of Exodus*, página 358). No hemos encontrado a dos comentaristas que estén de acuerdo en si las barras se ponían adentro y por fuera del tabernáculo, y parece que ellos no saben exactamente en qué parte del marco se ponían. Nuevamente, podemos estar seguros de que Moisés sí lo sabía, porque había visto el modelo exacto del tabernáculo ya construido.

Ya que en estos versículos se hace referencia a que los lados estaban al norte y al sur, y que la parte trasera estaba en el extremo occidental del tabernáculo, sabemos que la parte abierta que estaba

sin tablas quedaba en el lado oriental.

La información que tenemos transmite hermosamente el pensamiento del autor santo. Tenemos la descripción de una estructura sólida, majestuosa, y al mismo tiempo, diseñada de una manera práctica para que se pudiera llevar fácilmente de un lugar a otro. Uno tiene que maravillarse de la sabiduría de todo su concepto, que con seguridad es conforme a un plan divino y no humano.

El velo

Éxodo 26:31-37

³¹ »También harás un velo de azul, púrpura, carmesí y lino torcido; será hecho de obra primorosa, con querubines.

³² Lo pondrás sobre cuatro columnas de madera de acacia recubiertas de oro, con capiteles de oro y sobre basas de plata. ³³ Pondrás el velo debajo de los corchetes, y allí, detrás del velo, colocarás el Arca del testimonio. Así el velo servirá para separar el Lugar santo del Lugar santísimo. ³⁴ Pondrás el propiciatorio sobre el Arca del testimonio en el Lugar santísimo. ³⁵ Fuera del velo pondrás la mesa, y frente a ella, en el lado sur del Tabernáculo, el candelabro. Así quedará la mesa hacia el lado del norte.

³⁶ »Harás para la puerta del Tabernáculo una cortina de azul, púrpura, carmesí y lino torcido, obra de recamador.

³⁷ Y harás para la cortina cinco columnas de madera de acacia, las cuales cubrirás de oro, con sus capiteles de oro, y fundirás cinco basas de bronce para ellas.»

Un velo debía dividir el interior del tabernáculo en dos partes. Este velo se debía hacer de la misma tela y con el mismo diseño que la primera cortina que se describe en Éxodo 26:1, con sus hermosos colores y con las figuras de querubines bordadas en la tela. Se debía colgar en corchetes de oro, en el lugar donde cuatro columnas separaban los dos compartimientos. Estas columnas estaban colocadas a una distancia de diez metros de la entrada (20

codos). De esta manera dividía el tabernáculo en un cuarto que era un cubo perfecto (5 metros por 5 metros por 5 metros, o en términos bíblicos 10 codos por 10 codos por 10 codos) y otro cuarto que quedaba más hacia el exterior, que era rectangular (10 metros por 5 de altura y 5 de ancho, o en términos bíblicos 20 codos por 10 codos por 10 codos).

Las proporciones de estos dos cuartos no se dan en estos versículos; se tienen que calcular basándose una afirmación del versículo 33: “Pondrás el velo debajo de los corchetes...” Umberto Cassuto explica: “Puesto que debía haber cinco cortinas en frente de los corchetes (en la primera cubierta - vea Éxodo 26:1-6), y cada cortina era de cuatro codos de ancho, así se verá que detrás del velo quedaría un espacio de 10 codos por 10 codos por 10 codos de altura” (*Commentary on the Book of Exodus*, página 360). Otros eruditos están de acuerdo acerca del tamaño de estos dos cuartos, sin explicar cómo llegaron a esta conclusión. Las proporciones concuerdan con las del Templo de Salomón, que era dos veces más grande.

El velo interior separaba al lugar santo del lugar santísimo. El lugar santísimo contenía el arca del pacto; el lugar santo contenía la mesa del pan de la proposición al lado norte, y el candelabro en el lado del sur.

En la entrada del tabernáculo, al lado oriental, había otro velo que era de una confección menos elaborada, y que también se colgaba de corchetes de oro. Deberían ponerse cinco columnas en esta entrada.

El lugar santísimo (literalmente el “santo de los santos”) era la parte del tabernáculo en la que el sumo sacerdote entraba una vez al año en el día de la Expiación, para hacer expiación “por sí mismo, por su casa y por toda la comunidad de Israel” (Levítico 16:17). El velo que había entre el lugar santo y el lugar santísimo significaba que un hombre pecador no debía acercarse al Dios santísimo sino a través de la sangre de la expiación. Cuando Cristo murió en la cruz, este velo del Templo de Jerusalén “se rasgó en dos, de arriba abajo” (Mateo 27:51). Por medio de su sacrificio

expiatorio, tenemos “paz para con Dios” y “entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes” (Romanos 5:1,2). “Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades (la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas)” (Efesios 2:14,15). “Así que, hermanos, teniendo entera libertad para entrar en el Lugar santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne. También tenemos un gran sacerdote sobre la casa de Dios. Acerquémonos, pues, con corazón sincero, en plena certidumbre de fe” (Hebreos 10:19-22). ¡De qué manera tan hermosa describe la Biblia el significado simbólico del culto de adoración del Antiguo Testamento, y al mismo tiempo expresa las ventajas que tenemos como cristianos del Nuevo Testamento!

Las dimensiones del lugar santísimo son significativas. El número diez significa lo completo. Como un cubo perfecto (10 codos, por 10 codos, por 10 codos), el lugar santísimo es un símbolo de la Jerusalén celestial, una ciudad “establecida como un cuadrado: y su longitud es igual a su anchura” (Apocalipsis 21:16). Esta ciudad de Dios es la “tabernáculo de Dios... con los hombres” (versículo 3). En tiempos antiguos, el cubo o cuadrado también simbolizaba el mundo. Así también la iglesia de Dios se estableció en Israel para incluir a todo el mundo. Las Escrituras se complementan; el Antiguo Testamento presenta la figura o la sombra, y el Nuevo Testamento nos da el cumplimiento o el cuerpo mismo. El Señor les dice a los redimidos en Cristo: “Os habéis acercado al monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos” (Hebreos 12:22,23). Verdaderamente, ¡a los creyentes del Antiguo Testamento se les dio un anticipo de su hogar celestial!

El lugar santo, con su mesa y candelabro y, como veremos más tarde, también un altar de incienso, estaba restringido a los sacerdotes para que allí llevaran a cabo sus deberes. Ahí las luces del candelabro se mantenían ardiendo continuamente. Ahí el pan

de la proposición se renovaba cada día de reposo. Ahí los sacerdotes quemaban el incienso cada mañana y cada tarde, como símbolo de las oraciones de los creyentes. Este lugar también estaba apartado del acceso del exterior y de ser visto desde afuera por medio de una cortina ornamental.

Cuando consideramos las estipulaciones que el Señor les dio a los creyentes del Antiguo Testamento para su vida de adoración, nos maravillamos de la manera tan misericordiosa como el Señor le mostró el camino hacia él como su propio pueblo del pacto. Al mismo tiempo, no podemos olvidar el acceso sin límites que nosotros tenemos en los tiempos del Nuevo Testamento por medio de nuestro gran Sumo Sacerdote, el Señor Jesucristo, por medio de quien nos hemos podido acercar a Dios, y por quien tenemos “entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Efesios 2:18). Como el autor de la carta a los Hebreos nos exhorta a hacer: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre. Y de hacer el bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios” (Hebreos 13:15,16).

ÉXODO 27

El altar de los holocaustos

Éxodo 27:1-8

¹»Harás también un altar de madera de acacia, de cinco codos de longitud y de cinco codos de anchura; será cuadrado el altar, y su altura de tres codos. ²Le harás cuernos en sus cuatro esquinas; los cuernos serán parte del mismo, y lo recubrirás de bronce. ³Harás también sus calderos para recoger la ceniza, sus paletas, sus tazones, sus garfios y sus braseros; harás todos sus utensilios de bronce. ⁴Le harás un enrejado de bronce de obra de rejilla, y sobre la rejilla harás cuatro argollas de bronce a sus cuatro esquinas. ⁵La pondrás bajo el cerco interior del altar, y

llegará la rejilla hasta la mitad del altar. ⁶ Harás también varas para el altar, varas de madera de acacia, las cuales recubrirás de bronce. ⁷ Las varas se meterán por las argollas, y estarán aquellas varas a ambos lados del altar cuando sea llevado. ⁸ Lo harás hueco, de tablas; de la manera que se te ha mostrado en el monte, así lo harás.»

El altar que se describe en estos versículos debía ponerse en el atrio, frente a la entrada oriental del tabernáculo. Básicamente era una construcción hueca de madera de acacia enchapada en bronce, de dos metros y medio de anchura y longitud, y de un metro y medio de altura. De cada una de las cuatro esquinas salía un cuerno.

Desde la mitad del altar y hacia arriba, había una rejilla (malla) de bronce. En las cuatro esquinas de esta malla había cuatro anillos de bronce pegados a ella. A la mitad del altar también había una saliente o reborde, que iba alrededor del altar por todos los lados.

Aquí tampoco están de acuerdo los eruditos en cuanto al significado exacto del versículo que describe este enrejado o malla de bronce. Nosotros interpretamos que esto significa que este objeto no era una parrilla que estaba dentro del altar, sobre la que se ponían los holocaustos, sino que más bien era un enrejado de bronce que se había fijado verticalmente debajo de la saliente que se extendía alrededor del altar. En otras palabras, el enrejado sostenía el cerco, y yacía sobre la tierra en cada uno de los cuatro lados. Esta construcción de malla permitía que el aire entrara por debajo y proveyera una corriente de aire para el fuego que había sobre el altar. De esa manera, la parte inferior del altar era más ancha en cada lado que la parte superior. El propósito de la saliente era para que a los sacerdotes les fuera más fácil llevar a cabo los deberes relacionados con el sacrificio en el altar.

Las varas eran especialmente para transportar el altar y se debían introducir a través de los anillos de bronce. También se mencionan varios utensilios de bronce como los calderos, las paletas, los tazones, los garfios y los braceros. El altar debía ser

hueco para hacer fácil su transporte, pero se podía llenar con tierra, grava, y piedras cuando se usaba.

Desde el mero principio de la adoración, como se registra en las Escrituras, el altar juega un papel muy importante. Sabemos que Caín y Abel le llevaron ofrendas al Señor. Alguna clase de altar les debe haber servido como lugar para ofrecer sus sacrificios. Después de salir del arca, lo primero que hizo Noé fue construir un altar para poder ofrecerle holocaustos al Señor como una expresión de su adoración. Leemos que Abram: “Edificó en ese lugar un altar a Jehová, e invocó el nombre de Jehová” (Génesis 12:8). En el atrio del tabernáculo, el altar era el lugar donde se ofrecían los muchos sacrificios de animales, según lo explica el libro de Levítico: holocaustos para la adoración diaria, ofrendas por ocasiones especiales, sacrificios de acción de gracias o de paz, sacrificios de expiación y de purificación, y ofrendas por los pecados específicos que exigían una restitución (véase Levítico 1-7). Según Levítico 6:12, el fuego ardía continuamente sobre el altar; nunca se apagó mientras Israel estaba en su campamento ni cuando el tabernáculo estaba armado para la adoración.

Los cuernos del altar tenían un significado especial. Las Escrituras hablan del Señor como la roca, un escudo y “el cuerno de salvación” (Salmo 18:2; la Reina-Valera traduce ese versículo: “la fuerza de mi salvación”). Ana, la madre de Samuel, al regocijarse en el Señor cantó: “Mi poder [literalmente, ‘mi cuerno’] se exalta en Jehová” (1 Samuel 2:1). Cuando Zacarías, el padre de Juan el Bautista, alabó al Señor, dijo: “Nos levantó un poderoso Salvador [literalmente ‘un cuerno de salvación’] en la casa de David, su siervo” (Lucas 1:69). Así como ciertos animales usan el cuerno como un arma de defensa contra el enemigo, así el cuerno era un símbolo del cuidado protector del Señor. Una persona que mataba a otra por accidente podía huir y aferrarse a los cuernos del altar, y allí encontraría un lugar de protección contra la costumbre de la venganza.

Así como el altar de Israel proveyó el lugar para los sacrificios continuos, para asegurarle al pueblo la misericordia y el perdón

constantes del Señor, nosotros también como cristianos del Nuevo Testamento encontramos la seguridad en nuestro Salvador Jesucristo que “nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Efesios 5:2). Así como Israel demostraba su gratitud a Dios por medio de las ofrendas que llevaban al altar del Señor, así también el apóstol San Pablo anima a los cristianos de Roma: “Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. El pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6:13,14).

El altar de los holocaustos le recordaba a Israel la sangre de expiación y la dedicación de las primicias, la gracia de Dios, y la respuesta del creyente a esa gracia. La cruz de Cristo nos recuerda el alto precio de nuestra redención por medio de la sangre de Cristo, y nos anima a vivir por aquel que murió por nosotros.

El atrio del tabernáculo

Éxodo 27:9-21

⁹»Asimismo harás el atrio del Tabernáculo. Al lado meridional, hacia el sur, tendrá el atrio cortinas de lino torcido, de cien codos de longitud a uno de los lados. ¹⁰Sus veinte columnas y sus veinte basas serán de bronce; los capiteles de las columnas y sus molduras, de plata. ¹¹De la misma manera, a lo largo del lado del norte habrá cortinas de cien codos de longitud, con sus veinte columnas apoyadas sobre veinte basas de bronce; los capiteles de las columnas y sus molduras serán de plata. ¹²El ancho del atrio, del lado occidental, tendrá cortinas de cincuenta codos; sus columnas serán diez, con sus diez basas. ¹³El ancho del atrio por el lado del oriente, hacia el este, tendrá cincuenta codos. ¹⁴Las cortinas a un lado de la entrada serán de quince codos, y habrá tres columnas y tres basas. ¹⁵Al otro lado, otros quince codos de cortinas, con sus tres columnas y tres basas. ¹⁶Para

la puerta del atrio habrá una cortina de veinte codos, de azul, púrpura y carmesí, y lino torcido, obra de recamador. Tendrá cuatro columnas y cuatro basas. ¹⁷ Todas las columnas alrededor del atrio estarán ceñidas de plata; sus capiteles serán de plata y sus basas de bronce. ¹⁸ El atrio tendrá cien codos de largo, cincuenta de ancho por cada lado y cinco codos de alto. Sus cortinas serán de lino torcido y sus basas de bronce. ¹⁹ Todos los utensilios del Tabernáculo para todo género de servicio, todas sus estacas y todas las estacas del atrio, serán de bronce.

²⁰ »Mandarás a los hijos de Israel que te traigan aceite puro de olivas machacadas, para el alumbrado, a fin de hacer arder continuamente las lámparas. ²¹ Aarón y sus hijos las pondrán en orden delante de Jehová desde la tarde hasta la mañana en el Tabernáculo de reunión, fuera del velo que está delante del Testimonio, como estatuto perpetuo para las generaciones de los hijos de Israel.»

El atrio que estaba alrededor del tabernáculo era un rectángulo que medía 50 metros de largo por 25 metros de ancho (100 codos de largo por 50 codos de ancho). Para hacer una comparación moderna, tenía la mitad de la longitud de un campo de fútbol. El atrio estaba rodeado por cortinas de lino torcido, de una altura de dos metros y medio, suspendidas de las columnas. Había veinte columnas por cada uno de los lados largos, y diez columnas por los lados cortos. Las columnas eran de bronce y se asentaban en basas de bronce. Ganchos de plata, clavos de bronce y cordones aseguraban firmemente las cortinas. La entrada al atrio estaba al lado este, donde la entrada de diez metros se cerraba con una cortina azul, púrpura y carmesí, de obra de recamador. Dios mandó a la gente proveer aceite puro de olivas de la mejor calidad para que el pueblo mantuviera las lámparas ardiendo en el tabernáculo desde la mañana hasta el anochecer.

En el atrio mismo, hacia la entrada del este, estaba el sitio para el altar del holocausto, que se describe en la primera parte de este

capítulo, y también la fuente de bronce en la que los sacerdotes se lavaban antes de entrar al tabernáculo. Solamente al pueblo del pacto se le permitía entrar al atrio cuando traían sus ofrendas y sacrificios al Señor. Solamente los sacerdotes podían entrar en el lugar santo del tabernáculo. Y sólo el sumo sacerdote podía entrar en el lugar santísimo, y esto nada más una vez al año, en el gran día de la Expiación.

La siguiente es una traducción libre de una obra alemana. Es interesante porque hace una comparación entre las tres grandes épocas que están simbolizadas por el tabernáculo con su atrio:

El tabernáculo era la morada del Señor en medio de su pueblo. Los israelitas fueron los favorecidos sobre las demás naciones porque ellos, como el pueblo del pacto, tenían acceso al atrio del tabernáculo y por consiguiente estaban cerca de Dios de una manera poco común. Sin embargo, no todos los israelitas podían entrar en el tabernáculo mismo. Solamente era posible un mayor acercamiento a Dios a través de la mediación de los sacerdotes.

Aunque los sacerdotes podían entrar en el lugar santo, sólo una vez al año, el sumo sacerdote podía pasar más allá del velo y entrar al lugar santísimo. Cuando rociaba la sangre de expiación sobre el propiciatorio, representaba la reconciliación con Dios que se iba a llevar a cabo con toda perfección en el Nuevo Testamento por medio de la sangre expiatoria de Cristo.

Así vemos que el tabernáculo simbolizaba una división triple, con tres pasos o niveles de progresión. Primero existe el atrio, que representa la congregación del Antiguo Testamento, que todavía necesitaba un sacerdocio para que mediara entre ésta y las bendiciones del Señor. El lugar santo representa a la iglesia del Nuevo Testamento, en la que todos los cristianos son sacerdotes debido a la obra consumada por Cristo, y pueden acercarse al Señor directamente. Finalmente, el lugar santísimo representa a la congregación celestial que ha alcanzado un cumplimiento pleno y goza de una comunión perfecta con el Señor para siempre.

Esta es una comparación interesante. Cuando adoramos al

Señor en la belleza de su santidad y recibimos la seguridad a través de Palabra y sacramento de que él mora con nosotros, nos acordamos de las palabras del autor del Apocalipsis en los últimos versículos de la Biblia: “El que da testimonio de estas cosas dice: ‘Ciertamente vengo en breve’. ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús! La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén” (Apocalipsis 22:20,21).

ÉXODO 28

Las vestiduras sacerdotales

Éxodo 28:1-5

¹»Harás que Aarón, tu hermano, junto a sus hijos, se acerquen a ti para que sean mis sacerdotes entre los hijos de Israel; Aarón con sus hijos Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar.
²Harás vestiduras sagradas a Aarón, tu hermano, que le den honra y hermosura. ³Y tú hablarás con todos los sabios de corazón, a quienes yo he llenado de espíritu de sabiduría, para que hagan las vestiduras de Aarón y así consagrarlo para que sea mi sacerdote. ⁴Las vestiduras que harán son éstas: el pectoral, el efod, el manto, la túnica bordada, la mitra y el cinturón. Hagan, pues, las vestiduras sagradas a Aarón, tu hermano, y a sus hijos, para que sean mis sacerdotes. ⁵Tomarán oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido.»

El Señor había escogido a Israel de entre todas las naciones para que fuese suya. Quería que los israelitas fueran su pueblo santo, y por lo tanto, debían vivir en amistad con él, su Dios santo. Sin embargo, Israel temía acercarse directamente al Señor. Cuando el Señor dio los Diez Mandamientos en el monte Sinaí, “todo el pueblo observaba el estruendo, los relámpagos, el sonido de la bocina y el monte que humeaba. Al ver esto, el pueblo tuvo miedo y se mantuvo alejado” (20:18). Le pidieron a Moisés que sirviera

para ellos como mediador, es decir, la persona que intercediera por ellos ante Dios.

Moisés consintió en servir como mediador para recibir la ley del Señor. Sin embargo, esta misma ley dio al pueblo otra forma de mediación en su adoración durante la época del Antiguo Testamento: a través de la institución del sacerdocio, el cual se llevaría a cabo por la tribu de Leví, bajo la dirección de la familia de Aarón. En este capítulo, el Señor le da instrucciones a Moisés para que presente a Aarón y a sus cuatro hijos: Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar, para que sirvieran como sacerdotes. Aarón sería el sumo sacerdote y, a través de los años, este oficio sería llevado a cabo por su familia.

Este capítulo trata principalmente de las instrucciones con respecto a las vestiduras que los sacerdotes debían usar en su oficio. Esas vestiduras debían ser hechas por recamadores expertos y debían ser tejidas con hilos de oro, azul, morado y púrpura, en fino lino torcido.

En los versículos que siguen, se describen, una por una, las piezas de la vestidura sacerdotal.

El efod

Éxodo 28:6-14

⁶ »Harán el efod de oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido, todo de obra primorosa. ⁷ Tendrá dos hombreras que se junten a sus dos extremos, y así se juntará. ⁸ El cinto de obra primorosa que estará sobre él, formará con él una sola pieza, y será también de oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido.

⁹ »Tomarás dos piedras de ónice y grabarás en ellas los nombres de los hijos de Israel: ¹⁰ seis de sus nombres en una piedra y los otros seis nombres en la otra piedra, conforme al orden de su nacimiento. ¹¹ De obra de grabador en piedra, como grabaduras de sello, harás grabar las dos piedras con los nombres de los hijos de Israel; les harás alrededor engastes de oro. ¹² Y pondrás las dos piedras sobre las

hombreras del efod, como piedras memoriales para los hijos de Israel. Así llevará Aarón sus nombres delante de Jehová sobre sus dos hombros como un memorial. ¹³ Harás, pues, los engastes de oro ¹⁴ y dos cordones de oro fino; los harás en forma de trenza y fijarás los cordones trenzados en los engastes.»

El efod era la parte más característica de la ropa del sumo sacerdote. En las escrituras posteriores al Antiguo Testamento, siempre que se hace mención del “efod”, se lo asocia con el poder especial que tenía el sumo sacerdote de “consultar a Jehová”, es decir, de recibir una respuesta del Señor sobre alguna duda o algún problema que estaba atribulando a Israel. El efod tenía esta importancia debido a que el “Urim y Tumim” estaban fijados al pectoral. Hablaremos después de estos objetos.

El efod era un chaleco o delantal, hecho del mismo material que se usó para hacer la cortina del santuario. Sin embargo, en vez de las figuras de los querubines entretejidas en él, fue tejido con hilo de oro. El efod consistía de dos piezas, la parte de adelante y la parte de atrás, que eran unidas en los hombros por hombreras. Un cinto lo unía alrededor de la cintura.

En cada hombrera había una piedra de ónice, engastada en oro, en la que se grabó el nombre de las doce tribus de Israel, seis en cada piedra. Eso demostraba que el sacerdote representaba al pueblo ante el Señor. Los nombres fueron grabados según el orden de su nacimiento. El historiador Josefo creía que esto significaba que los nombres de los seis hijos mayores estaban en el hombro derecho y los de los seis hijos menores en el izquierdo. Fijados a las hombreras, había dos “cordones de oro fino”, hechos en forma de trenza. Su objeto era el de fijar el pectoral al efod desde arriba. El pectoral se describe a continuación.

El pectoral

Éxodo 28:15-30

¹⁵»Harás asimismo el pectoral del juicio de obra

primorosa, lo harás conforme a la obra del efod, de oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido. ¹⁶ Será cuadrado y doble, de un palmo de largo y un palmo de ancho. ¹⁷ Lo llenarás de pedrería en cuatro hileras de piedras: la primera hilera llevará una piedra sárdica, un topacio y un carbunclo; ¹⁸ la segunda hilera, una esmeralda, un zafiro y un diamante; ¹⁹ la tercera hilera, un jacinto, una ágata y una amatista; ²⁰ la cuarta hilera, un berilo, un ónice y un jaspe. Todas estarán montadas en engastes de oro. ²¹ Las piedras serán doce, como los nombres de los hijos de Israel; grabadas como los sellos, cada una con su nombre, conforme a las doce tribus.

²² »Harás para el pectoral cordones torcidos como trenzas de oro fino, ²³ y también dos argollas de oro, las cuales pondrás a los dos extremos del pectoral. ²⁴ Fijarás los dos cordones de oro en las dos argollas a los dos extremos del pectoral, ²⁵ pondrás los dos extremos de los dos cordones sobre los dos engastes, y los fijarás a las hombreras del efod en su parte delantera. ²⁶ Harás otras dos argollas de oro, las cuales pondrás a los dos extremos del pectoral, en su borde interior, el que está al lado del efod. ²⁷ Harás asimismo las dos argollas de oro, las cuales fijarás en la parte delantera de las dos hombreras del efod, hacia abajo, delante de su unión, por encima del cinto del efod. ²⁸ Entonces se sujetará el pectoral por sus argollas a las dos argollas del efod con un cordón azul, para que esté sobre el cinto del efod y no se separe el pectoral del efod. ²⁹ Así llevará Aarón los nombres de los hijos de Israel en el pectoral del juicio sobre su corazón, cuando entre en el santuario, como memorial perpetuo delante de Jehová. ³⁰ Pondrás en el pectoral del juicio el Urim y el Tumim, para que estén sobre el corazón de Aarón cuando entre delante de Jehová, y llevará siempre Aarón el juicio de los hijos de Israel sobre su corazón en la presencia de Jehová.»

El pectoral se hizo del mismo material que el efod, pero se doblaba dos veces para reforzarlo y para proveer un bolsillo. Sus dimensiones eran de 23 centímetros por cada lado del cuadrado (un palmo mide como 23 centímetros). Doce piedras preciosas, cuatro hileras de tres en cada una fueron fijadas a este pectoral. En cada piedra se grabó el nombre de una de las doce tribus de Israel. Las clases de piedras preciosas fueron estipuladas individualmente, indicando el gran cuidado que el Señor exigía en la confección de este pectoral. Los peritos en la materia difieren en cuanto al significado de algunas de las palabras que se usaron para designar las clases de piedras.

Como se dijo antes, el pectoral se fijaba a las hombreras por cordones tejidos de oro. En la parte de abajo del pectoral se usó el mismo método para fijar el cinto alrededor de la cintura del sacerdote.

Según el texto, el Urim y el Tumim fueron puestos “en el pectoral del juicio” de modo que estuvieran sobre el corazón de Aarón cada vez que él entrara en la presencia del Señor (Éxodo 28:30). Hasta hoy en día los estudiosos bíblicos no saben qué eran realmente el Urim y el Tumim. Las palabras en sí parecen ser los plurales de las palabras hebreas “luz” y “recto”, aunque no existe una opinión uniforme acerca de estas interpretaciones. No se da ninguna descripción de ellos excepto que formaban parte del pectoral. La opinión que parece tener más sentido es que estos objetos posiblemente eran piedras que se guardaban en las bolsas del pectoral. A veces parece que la respuesta del Señor por medio del Urim y del Tumim involucraba el echar suertes.

El texto también dice: “Y llevará siempre Aarón el juicio de los hijos de Israel sobre su corazón delante de Jehová”. Aunque es un misterio la manera de usar el Urim y el Tumim, hay algunos detalles de información que se pueden reunir de referencias posteriores en las Escrituras sobre su uso:

— Únicamente la persona que estaba a la cabeza del pueblo podía consultar con el Señor por medio del sacerdote (Josué,

Números 27:21; Saúl, 1 Samuel 14:37; David, 1 Samuel 23:2).

— La pregunta se tenía que formular de tal manera que solamente fuera posible la respuesta “sí” o “no”. El Señor respondía solamente a una pregunta por vez.

— En algunas circunstancias, cuando las cosas no estaban en orden, el Señor se negaba a dar una respuesta por medio del Urim y del Tumim (1 Samuel 14:37).

A veces no se hace referencia específica al Urim y al Tumim, sino solamente al uso del “efod” o a “consultarle a Jehová” por medio del sacerdote. Después de la época de David no encontramos ninguna otra referencia a su uso.

Otras vestiduras sacerdotales

Éxodo 28:31-43

³¹ »Harás el manto del efod todo de azul. ³² En su centro, por arriba, habrá una abertura, alrededor de la cual tendrá un borde de obra tejida, como el cuello de un coselete, para que no se rompa. ³³ En sus orlas harás granadas de azul, púrpura y carmesí, y entre ellas, también alrededor del borde, campanillas de oro. ³⁴ Una campanilla de oro y una granada, otra campanilla de oro y otra granada, en toda la orla alrededor del manto. ³⁵ Aarón lo llevará puesto cuando ministre; su sonido se oirá cuando él entre en el santuario delante de Jehová, y cuando salga, para que no muera.

³⁶ »Harás además una lámina de oro fino, y grabarás en ella como se graba en los sellos: “Santidad a Jehová”. ³⁷ La sujetarás con un cordón azul y estará sobre la mitra; por la parte delantera de la mitra estará. ³⁸ Así estará sobre la frente de Aarón, y llevará Aarón las faltas cometidas por los hijos de Israel en todas las cosas santas, en todas las santas ofrendas que hayan consagrado. Sobre su frente estará siempre, para que obtengan gracia delante de Jehová.

³⁹ »Bordarás una túnica de lino y harás una mitra de lino; harás también un cinto de obra de recamador. ⁴⁰ A los hijos

de Aarón les harás túnicas; también les harás cintos, y les harás tiaras que les den honra y hermosura.

⁴¹ »Con ellos vestirás a Aarón, tu hermano, y a sus hijos; los ungirás, y los consagrarás y santificarás, para que sean mis sacerdotes. ⁴² Les harás calzoncillos de lino para cubrir su desnudez desde la cintura hasta los muslos. ⁴³ Aarón y sus hijos los llevarán puestos cuando entren en el Tabernáculo de reunión, o cuando se acerquen al altar para servir en el santuario, para que no cometan pecado y mueran. Éste es estatuto perpetuo para él, y para su descendencia después de él.»

El manto que el sacerdote llevaba debajo del efod era tejido de una sola pieza de tela azul, la cual tenía aberturas para los brazos sin mangas. Llegaba sólo hasta las rodillas. En el borde de abajo tenía campanitas de oro alternadas con granadas hechas de estambre torcido. (La granada es una fruta del tamaño de una manzana, de color amarillo o rosado, que se cultivaba comúnmente en esa región.) Solamente Aarón como el sumo sacerdote podía llevar esta vestidura. Aarón no podía aparecer delante del Señor sin este manto con su sonido de campanitas. Si él no usaba esta prenda el resultado podría ser su muerte.

Hay varias interpretaciones sobre el significado simbólico de las campanitas y de las granadas. El significado más sencillo es sin duda el mejor. El sumo sacerdote debía acercarse a la presencia del Señor con el sonido de campanitas, es decir, con el debido respeto, no de una manera súbita ni irreverente, usando el atuendo exacto que el Señor mismo había ordenado. Estas cosas eran para él un recordatorio constante de su alto oficio y de su responsabilidad como el representante del pueblo del Señor. De la misma manera, cada israelita debía llevar un fleco en la ropa para que les recordaran los mandamientos del Señor y cumplirlos.

Como tocado, el sumo sacerdote debía llevar un turbante de lino fino y blanco. Fijada a la parte delantera de este turbante, se

encontraba una placa de oro con las palabras: “Santidad a Jehová” grabadas en ella. El propósito de esta señal en la frente era que Aarón debía llevar “las faltas cometidas por los hijos de Israel en todas las cosas santas, en todas las santas ofrendas que hayan consagrado”. El sumo sacerdote era el mediador expiatorio, es decir, reconciliador entre el pueblo y el Señor. Cualquier presente o sacrificio, traídos por el pueblo pecador al Señor, se hacía aceptable por su mediación.

En contraste recordamos que Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, llevó como adorno para su cabeza una corona de espinas, al cargar con la culpa de toda la humanidad. La suya fue una reconciliación perfecta por los pecados del mundo.

Una túnica de lino fino debía completar las vestiduras exteriores del sumo sacerdote. Esta era una prenda de mangas largas que llegaba hasta los tobillos, y debía llevarla debajo del manto. Los sacerdotes comunes debían llevar también esta túnica blanca con un cinturón y una cinta para la cabeza de los que no hay más descripción. Su ropa era simple pero también digna de su oficio.

Bajo la túnica, Aarón y los sacerdotes debían llevar calzoncillos como ropa interior. No debían entrar en el santuario ni acercarse al altar para ejecutar actos de sacrificios sin estas prendas. El no hacerlo traería la pena de muerte. Su desnudez debía ser cubierta. Entre las naciones paganas que había alrededor de Israel, existía la costumbre de ejecutar actos religiosos en un estado de desnudez. En el servicio al verdadero Dios, la modestia absoluta era un requisito imprescindible.

Esto trae a su fin las ordenanzas pertinentes a las vestiduras sacerdotales en el culto de adoración del Antiguo Testamento. Notamos el gran simbolismo de sus hombreras grabadas, el pectoral lleno de joyas, sus misteriosos Urim y Tumim, sus campanitas y granadas y su mitra con oro grabado. Con sus telas finamente tejidas, sus cadenas torcidas y su diseño en general, la vestidura era bella y a la vez digna. El Señor mismo las diseñó

para que su pueblo pudiera darle la gloria debida a su nombre, y adorarlo en el esplendor de su santidad.

Las vestiduras pastorales que se usa actualmente no son tan elaboradas. Nuestra forma de dispensar los dones de la gracia del Señor está rodeada de menos ceremonia y simbolismo. Algunos pastores prefieren esconder su persona vistiendo una toga negra y sencilla; otros cubren esa toga con una sobrepelliz blanco, con una estola, o una banda larga con flecos en las orillas, utilizando los colores de las estaciones del año eclesiástico. Los pastores usan esas diferentes vestiduras en libertad cristiana y de acuerdo con los deseos de la congregación a la que sirven. Cualquier vestidura que se use debe reflejar la dignidad de nuestro culto, y debe ser para la gloria de Dios.

ÉXODO 29

La consagración de los sacerdotes

Éxodo 29:1-9

¹»Esto es lo que les harás para consagrarlos, para que sean mis sacerdotes: Toma un becerro de la vacada y dos carneros sin defecto; ² panes sin levadura, tortas sin levadura amasadas con aceite y hojaldres sin levadura untadas con aceite; las harás de flor de harina de trigo. ³ Las pondrás en un canastillo y en el canastillo las ofrecerás, con el becerro y los dos carneros. ⁴ Llevarás a Aarón y a sus hijos a la puerta del Tabernáculo de reunión, donde los lavarás con agua. ⁵ Tomarás las vestiduras y vestirás a Aarón con la túnica, el manto del efod, el efod y el pectoral, y lo ceñirás con el cinto del efod; ⁶ pondrás la mitra sobre su cabeza, y sobre la mitra pondrás la diadema santa. ⁷ Luego tomarás el aceite de la unción, lo derramarás sobre su cabeza y lo ungirás. ⁸ También harás que se acerquen sus hijos y los vestirás con las túnicas. ⁹ Les ceñirás el cinto a Aarón y a sus hijos y les

atarás las tiaras. Así consagrarás a Aarón y a sus hijos, y tendrán el sacerdocio por derecho perpetuo.»

En este capítulo se nos dice la manera en que los sacerdotes debían ser consagrados para el servicio especial en el tabernáculo. La ceremonia, como se describe, es muy detallada e impresionante. En Levítico 8, se nos dice cómo cada una de estas instrucciones era llevada a cabo mientras los sacerdotes eran instalados en su oficio. Al estudiar el libro de Levítico también podemos obtener más discernimiento sobre el significado de cada tipo de sacrificio.

Los primeros versículos enumeran todo lo que debía estar en la ceremonia: un becerro, dos carneros, panes sin levadura, tortas y hojuelas rociadas con aceite.

Los versículos siguientes explican la manera en que Aarón y sus hijos debían ser presentados a la entrada del tabernáculo, lavados con agua y vestidos con sus prendas sagradas (según la descripción del capítulo anterior). Aarón debía ser ungido con aceite, como una señal de su oficio de sumo sacerdote.

Esta parte de la ceremonia simbolizaba el lavamiento espiritual de los sacerdotes, especialmente el conferir el Espíritu Santo del Señor al sumo sacerdote al ungirlo con aceite.

La ofrenda por el pecado

Éxodo 29:10-14

¹⁰»Después llevarás el becerro delante del Tabernáculo de reunión, y Aarón y sus hijos pondrán sus manos sobre la cabeza del becerro. ¹¹Luego matarás el becerro delante de Jehová, a la puerta del Tabernáculo de reunión. ¹²Tomarás de la sangre del becerro, la pondrás sobre los cuernos del altar con tu dedo, y derramarás todo el resto de la sangre al pie del altar. ¹³Tomarás también toda la grasa que cubre los intestinos, la grasa que está sobre el hígado, los dos riñones y la grasa que está sobre ellos, y lo quemarás sobre el altar.

¹⁴Pero la carne del becerro, su piel y su estiércol, los

quemarás al fuego fuera del campamento, pues es ofrenda por el pecado.»

Después del lavamiento de Aarón y de sus hijos, y de la unción de Aarón, el becerro debía ser llevado adelante, como la parte siguiente de la ceremonia de consagración. Aarón y sus hijos, debían poner las manos en la cabeza del becerro para mostrar que sus pecados le habían sido transferidos al animal que iba a ser sacrificado. Luego, mataban el becerro “delante de Jehová, a la puerta del Tabernáculo de reunión”. Una porción de la sangre se ponía sobre los cuernos del altar del holocausto que estaba en el patio. El resto de la sangre se vertía al pie del altar.

El propósito de este sacrificio sangriento era el de mostrar que el Señor había aceptado la muerte de un animal en reconciliación por los pecados de Aarón. En Levítico se nos dice el significado del uso de la sangre: “Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas, pues la misma sangre es la que hace expiación por la persona” (17:11).

La grasa, la capa que cubría el hígado y los dos riñones se debían quemar en el altar. La carne del becerro, su piel y su estiércol se debían quemar fuera del campamento. Así las mejores partes formaban parte del sacrificio por el pecado y eran presentadas al Señor como un olor grato a él.

El autor de Hebreos llama nuestra atención al hecho de que Jesús, nuestro gran Sumo Sacerdote, “para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta [de Jerusalén]” (13:12). Y después exhorta a su pueblo: “Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su oprobio, porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir” (versículos 13 y 14). Jesús, como el sacrificio perfecto por nuestro pecado, no tenía necesidad de primero ofrecer sacrificios sus propios pecados, como los sumos sacerdotes del Antiguo Testamento. Su sacrificio fue ofrecido una vez para siempre por todo el mundo, cuando él se ofreció en la cruz del Calvario,

sufriendo la vergüenza y desgracia de los pecados del mundo.

El carnero de la dedicación

Éxodo 29:15-18

¹⁵»Asimismo tomarás uno de los carneros, y Aarón y sus hijos pondrán sus manos sobre la cabeza del carnero.

¹⁶Matarás el carnero, y rociarás su sangre en el altar, por todos sus lados. ¹⁷Cortarás el carnero en pedazos, lavarás sus intestinos y sus piernas, y las pondrás sobre sus trozos y sobre su cabeza. ¹⁸Después quemarás todo el carnero sobre el altar. Es holocausto de olor grato para Jehová; es ofrenda quemada a Jehová.»

Además, debían usar uno de los dos carneros en el servicio de la consagración como un holocausto (es decir, una ofrenda enteramente quemada). El rito de la preparación y el uso de la sangre para esta ofrenda, fue de acuerdo con las reglas prescritas más tarde en Levítico 1. Esta ofrenda, en la que toda la carne del animal era quemada en el altar, significaba un acto de dedicación completa al Señor y a su servicio. De la misma manera, los sacerdotes del Antiguo Testamento debían estar dedicados enteramente al servicio del Señor.

Esta clase de sacrificio nos hace recordar las palabras de Pablo, quien exhorta a los cristianos del Nuevo Testamento a dedicarse como sacerdotes del Señor de la siguiente manera: “Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto. No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:1,2).

Un acto de dedicación significaba consagrarse enteramente al servicio del Señor. No debía ser un servicio a medias. ¡De qué tan excelente manera este tipo de sacrificio del Antiguo Testamento describe la dedicación total!

El carnero de la ordenación

Éxodo 29:19-28

¹⁹»Tomarás luego el otro carnero, y Aarón y sus hijos pondrán sus manos sobre la cabeza del carnero. ²⁰Matarás el carnero, tomarás de su sangre y la pondrás sobre el lóbulo de la oreja derecha de Aarón, sobre el lóbulo de la oreja de sus hijos, sobre el dedo pulgar de sus manos derechas y sobre el dedo pulgar de sus pies derechos, y rociarás la sangre en el altar, por todos sus lados. ²¹Con la sangre que estará sobre el altar, y el aceite de la unción, rociarás a Aarón, sus vestiduras, sus hijos y las vestiduras de estos. Así quedará santificado él y sus vestiduras, y con él sus hijos y las vestiduras de sus hijos.

²²»Luego tomarás del carnero la grasa, la cola, la grasa que cubre los intestinos, la grasa del hígado, los dos riñones con la grasa que está sobre ellos, y la pierna derecha, porque es carnero de consagración. ²³También una torta grande de pan, una torta de pan de aceite y una hojaldre del canastillo de los panes sin levadura presentado a Jehová. ²⁴Lo pondrás todo en las manos de Aarón y en las manos de sus hijos, y lo mecerás como ofrenda mecida delante de Jehová. ²⁵Después lo tomarás de sus manos y lo harás arder en el altar, junto con el holocausto, como olor grato delante de Jehová. Es ofrenda quemada a Jehová.

²⁶»Tomarás el pecho del carnero de las consagraciones, que es de Aarón, y lo mecerás como ofrenda mecida delante de Jehová. Ésta será tu porción. ²⁷Apartarás el pecho de la ofrenda mecida y la pierna de la ofrenda reservada, lo que fue mecido y lo que fue reservado del carnero de las consagraciones de Aarón y de sus hijos, ²⁸pues será para Aarón y para sus hijos, según estatuto perpetuo dado a los hijos de Israel, porque es ofrenda reservada. Será una ofrenda reservada por los hijos de Israel de sus sacrificios de paz, una porción de ellos reservada como ofrenda a Jehová.»

El carnero señalado en este servicio como “carnero de consagración” se usó de una manera muy especial. Una porción de la sangre del animal fue puesta en el lóbulo de la oreja derecha de Aarón y de cada uno de sus hijos, en el dedo pulgar de su mano derecha y en el dedo pulgar de su pie derecho. Con el oído, el sacerdote debía escuchar la palabra del Señor; con la mano, debía ejecutar sus tareas cuidadosamente; con el pie, debía caminar correctamente en el santuario. Por lo tanto, estos miembros del cuerpo del sacerdote fueron especialmente santificados para servicio del Señor. El resto de la sangre, junto con el aceite, se vertió en el altar y se roció sobre Aarón, sus hijos y sus vestiduras. El aceite era un símbolo del Espíritu de Dios. De esa manera ellos fueron santificados en cuerpo, alma y espíritu para el servicio espiritual del Señor. Hasta sus vestiduras fueron puestas aparte para el servicio del Señor.

La grosura de este carnero, es decir, la capa de grasa que cubría el hígado, los riñones y la espaldilla derecha, junto con el pan sin levadura, una torta de pan de aceite y un hojaldre fueron mecidos delante del Señor “como ofrenda mecida”. Después, todo fue quemado en el altar “como olor grato delante de Jehová”. El pecho del carnero también debía ser mecido delante del Señor, y luego, el pecho y la espaldilla les debían ser dados a Aarón y sus hijos como su porción.

Levítico 3 se refiere a esta clase de sacrificios como “ofrenda” o “sacrificio de paz”, el cual tuvo el propósito de darle gloria al Señor en ocasiones especiales de dedicación y de acción de gracias. El darle una porción al sacerdote simbolizaba la amistad de Dios con su pueblo por medio de sus representantes.

Los judíos, en el Talmud, han explicado la expresión “ofrenda mecida” como la acción de mover la ofrenda hacia atrás y hacia adelante, primero hacia el Señor y luego hacia el sacerdote, lo que representaba la amistad entre los dos participantes en ese acto de sacrificio. En este caso, una porción de la “ofrenda mecida” era regresada al sacerdote para indicar que el Señor compartía sus dones con los sacerdotes oficiantes, también en un acto de

compañerismo. El pecho fue “mecido” y la espadilla fue “elevada” (y regresada) como la porción del sacerdote en la ofrenda de paz.

La comida del sacrificio

Éxodo 29:29-37

²⁹»Las vestiduras santas de Aarón serán después de él para sus hijos, para que sean ungidos con ellas y consagrados con ellas. ³⁰ Durante siete días las vestirá aquel de sus hijos que tome su lugar como sacerdote, cuando venga al Tabernáculo de reunión para servir en el santuario.

³¹»Tomarás el carnero de las consagraciones y cocerás su carne en un lugar santo. ³² Aarón y sus hijos comerán la carne del carnero, y el pan que estará en el canastillo, a la puerta del Tabernáculo de reunión. ³³ Comerán aquellas cosas con las cuales se hizo expiación para ordenarlos y consagrarlos; pero el extraño no las comerá, porque son santas. ³⁴ Si sobra hasta la mañana algo de la carne de las consagraciones y del pan, quemarás al fuego lo que haya sobrado; no se comerá, porque es cosa santa.

³⁵»Así, pues, harás a Aarón y a sus hijos conforme a todo lo que yo te he mandado; por siete días los consagrarás.

³⁶ Cada día ofrecerás el becerro del sacrificio de expiación por el pecado; purificarás el altar cuando hagas expiación por él, y lo ungirás para santificarlo. ³⁷ Durante siete días harás expiación por el altar y lo santificarás; será un altar santísimo: cualquier cosa que toque el altar quedará santificada.»

En estos versículos, el Señor agrega varios reglamentos.

Las vestiduras sacerdotales de Aarón debían ser legadas de generación en generación. (Notamos la manera tan cuidadosa en que esto se llevó a cabo a la muerte de Aarón, que se registra en Números 20:22-29, cuando las vestiduras de Aarón pasaron a su hijo Eleazar, en el monte Hor).

La ceremonia de consagración de los sacerdotes debía durar siete días, y en cada día sucesivo se debía repetir todo el culto, tal como se ha descrito antes. ¡Cómo pudo olvidarse Israel alguna vez de la solemnidad de esta ocasión o de su significado!

Una característica adicional de estos versículos que se relaciona con el servicio de consagración de los sacerdotes fue la comida del sacrificio. La porción del cordero que recibió Aarón, es decir, el pecho y la espaldilla, junto con el pan sin levadura que había en el canastillo, debían ser comidos por Aarón y sus hijos a la entrada del tabernáculo. Esto era también una señal de compañerismo, una comida compartida en la presencia del Señor. Los cristianos del Nuevo Testamento tenemos una “comunión”, una comida de compañerismo, llamada la Santa Cena. Al recibir el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo para el perdón de nuestros pecados, tenemos la seguridad del compañerismo tanto con nuestro Dios Salvador como con nuestros hermanos en Cristo. El apóstol Pablo escribe: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo, pues todos participamos de aquel mismo pan” (1 Corintios 10:16,17). En cada uno de los siete días, el altar también debía ser consagrado al servicio del Señor.

Con estos versículos termina la parte del capítulo que describe el culto de consagración.

El sacrificio diario

Éxodo 29:38-46

³⁸»Esto es lo que ofrecerás sobre el altar: dos corderos de un año cada día, perpetuamente. ³⁹ Ofrecerás uno de los corderos por la mañana, y el otro cordero lo ofrecerás a la caída de la tarde. ⁴⁰ Además, con cada cordero ofrecerás la décima parte de un efa de flor de harina amasada con la cuarta parte de un hin de aceite de olivas machacadas y, como libación, la cuarta parte de un hin de vino. ⁴¹ A la caída

de la tarde ofrecerás el otro cordero; harás conforme a la ofrenda de la mañana, y conforme a su libación, como olor grato de ofrenda quemada a Jehová. ⁴² Esto será el holocausto perpetuo que todas vuestras generaciones ofrecerán a la puerta del Tabernáculo de reunión, delante de Jehová, en el cual me reuniré con vosotros, para hablaros allí. ⁴³ Allí me reuniré con los hijos de Israel, y el lugar será santificado con mi gloria. ⁴⁴ Santificaré el Tabernáculo de reunión y el altar. También santificaré a Aarón y a sus hijos, para que sean mis sacerdotes. ⁴⁵ Yo habitaré entre los hijos de Israel y seré su Dios. ⁴⁶ Así conocerán que yo soy Jehová, su Dios, que los saqué de la tierra de Egipto para habitar en medio de ellos. Yo, Jehová, su Dios.»

Inmediatamente después de las instrucciones para la consagración de los sacerdotes, se establecen las instrucciones respecto de las ofrendas diarias que se debían llevar al tabernáculo, ya que esas formaban parte del culto del tabernáculo, que se debía repetir constantemente.

Cada mañana y cada atardecer, se debía ofrecer un cordero junto con una ofrenda de granos. Encontramos instrucciones más exactas sobre esas ofrendas en el libro de Levítico. Esas ofrendas debían ser un “olor grato de ofrenda quemada a Jehová”. Toda la ofrenda debía ser consumida por el fuego del altar. Esas ofrendas diarias significaban que Israel debía consagrar su vida diaria al Señor. El Señor, a su vez, prometió su presencia permanente con su pueblo. Ahí el Señor también le manifestaría su presencia gloriosa a su pueblo.

Para Israel, el servicio al Señor como su pueblo del pacto era un asunto diario. ¡Este culto de la mañana y de la tarde, debe haber servido para enfatizar para ellos la re-dedicación constante y diaria al Señor! El Señor no sólo debía ser recordado en la hora de necesidad especial o en ocasiones especiales. Nunca faltaba su presencia entre ellos, así como el servicio religioso que le rendían era una expresión diaria de su devoción a él.

Si esta era la verdad para Israel durante la época del Antiguo Testamento, ¡cuanto más debe ser la verdad para nosotros hoy en día! Nuestras oraciones por la mañana y por tarde no son prescritas por ley, sino que deben ser una expresión libre de nuestra dependencia constante del Señor misericordioso, en quien vivimos, nos movemos y tenemos nuestra existencia. Uno de nuestros himnos lo expresa muy bien:

Con el Señor comienza tu día,
Cristo lo dirige:
Pide su ayuda y su consuelo,
Jesús lo perfeccionará;
Cada mañana levántate con Cristo,
Y cuando termine el día,
Entonces cierra los ojos en su nombre,
Encomiéndate a él.

(*Christian Worship* #478: “With the Lord Begin Thy Task”;
traducción libre del inglés)

ÉXODO 30

El altar del incienso

Éxodo 30:1-10

¹»Harás asimismo un altar para quemar el incienso; de madera de acacia lo harás. ²Su longitud será de un codo y su anchura de un codo; será cuadrado, y su altura de dos codos; sus cuernos serán parte del mismo. ³Lo recubrirás de oro puro, su cubierta, sus costados y sus cuernos. Le harás una cornisa de oro alrededor. ⁴Le harás también dos argollas de oro debajo de la cornisa, a sus dos esquinas y a ambos lados, para meter las varas con que será llevado. ⁵Harás las varas de madera de acacia y las recubrirás de oro. ⁶Después lo pondrás delante del velo que está junto al Arca del testimonio, delante del propiciatorio que está sobre el

Testimonio, donde me encontraré contigo. ⁷ Cada mañana, al preparar las lámparas, Aarón quemará incienso aromático sobre él. ⁸ Cuando Aarón encienda las lámparas al anochecer, quemará también el incienso; y será rito perpetuo delante de Jehová para vuestras generaciones. ⁹ No ofreceréis sobre él incienso extraño ni holocausto ni ofrenda, ni tampoco derramaréis sobre él libación. ¹⁰ Aarón hará expiación una vez al año sobre los cuernos del altar con la sangre del sacrificio, como expiación por el pecado; una vez al año hará expiación sobre él en vuestras sucesivas generaciones. Muy santo será a Jehová.»

Al altar que se describe en estos versículos también se le llama el “altar de oro” en Éxodo 39:38. Era pequeño, de 45 centímetros cuadrados por 90 centímetros de altura (un codo cuadrado y dos codos de altura). Dios mandó que se hiciera de madera de acacia y enchapado en oro puro. Además, debía tener cuatro cuernos, uno en cada esquina superior, una cornisa de oro alrededor de la tapa, y anillos de oro en cada lado para facilitar su transporte con varas. Debía ser ubicado en el lugar santo, delante del velo que separaba el lugar santo del lugar santísimo. De esta manera estaba en relación estrecha con el arca del pacto; de hecho estaba tan cerca que en algunos pasajes se hace mención de éste como si perteneciera al santuario interior. Sin embargo, su lugar no podría haber sido en el lugar santísimo ya que se usaba diariamente.

Cada mañana y cada atardecer, Aarón debía quemar incienso aromático sobre ese altar. Aunque no se debía quemar en él ningún otro tipo de sacrificio, Aarón debía hacer “expiación una vez al año sobre los cuernos del altar con la sangre del sacrificio”, en el gran Día de la expiación. Este acto se llevó a cabo para limpiar el altar y santificarlo de las inmundicias de los hijos de Israel (Levítico 16:19).

Muchos de nosotros estamos familiarizados con el canto responsorial de nuestro Orden de Vísperas o culto nocturno en nuestras iglesias:

Suba hacia Ti mi oración como el incienso:
Y el alzar de mis manos cual la oblación de la tarde.
(Culto Cristiano, p. 61)

Esta es una cita directa del Salmo 141:2 y explica el uso del incienso como símbolo de la oración. El libro de Apocalipsis también habla de los veinticuatro ancianos que se postran delante del Cordero: “Todos tenían arpas y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos” (5:8). Así como el humo del incienso se eleva al Señor, también las oraciones de su pueblo debían elevarse continuamente a él como olor fragante.

La Biblia, en 1 Tesalonicenses 5:17 y 18, exhorta a los cristianos a orar “sin cesar” y dar gracias “en todo”. Además, 1 Timoteo 2:1 nos exhorta que “se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres”. Finalmente, Pablo dice que “sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (Filipenses 4:6). Un momento apropiado para esto es cada mañana y cada atardecer, así como el Señor mandó a su pueblo del Antiguo Testamento que hiciera cada día en el altar del incienso.

El dinero del rescate

Éxodo 30:11-16

¹¹ **Habló también Jehová a Moisés y le dijo:**

¹² **«Cuando hagas un censo de los hijos de Israel conforme a su número, cada uno dará a Jehová el rescate de su persona al ser empadronado, para que no haya entre ellos mortandad a causa del censo. ¹³ Esto dará todo aquel que sea censado: medio siclo, conforme al siclo del santuario. El siclo es de veinte geras. La mitad de un siclo será la ofrenda reservada a Jehová. ¹⁴ Todo el que sea censado, de veinte años para arriba, dará la ofrenda a Jehová. ¹⁵ Ni el rico dará más ni el pobre dará menos del medio siclo, cuando den la ofrenda a Jehová para hacer expiación por vuestras personas. ¹⁶ Tomarás de los hijos de Israel el dinero de las**

expiaciones y lo darás para el servicio del Tabernáculo de reunión; y será como un memorial para los hijos de Israel delante de Jehová, para hacer expiación por vuestras personas.»

Cada vez que se hacía un censo, cada varón en Israel de veinte años o más tenía que pagar medio siclo al Señor. Esto se consideraba como el “rescate de su persona”. De esta manera se le recordaba a Israel su naturaleza pecadora y que sólo podría permanecer como el pueblo del pacto por la gracia del Señor, que cubría su pecado. Para cubrir este pecado, el Señor les dio instrucciones sobre la manera en que debían hacer el pago.

Se consideraba que el israelita estaba listo para el servicio militar a la edad de veinte años. Tenía que pagar la misma cantidad ya fuera rico o pobre. La ofrenda se debía usar para el servicio del tabernáculo. La cantidad pagada, medio ciclo, es el equivalente a seis gramos de plata.

En 2 Samuel 24, se menciona un censo que hizo David sin autorización y cómo, debido a este censo, una terrible plaga cayó sobre el pueblo, tal como se advierte en estos versículos. Aunque no se da ninguna explicación de por qué castigó Dios a Israel tan severamente en esta ocasión, es posible que David haya pasado por alto algún reglamento pertinente a esta ley.

Nosotros en la época del Nuevo Testamento fuimos redimidos, como nos lo recuerda Pedro, “no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo” (1 Pedro 1:18,19).

La fuente de bronce

Éxodo 30:17-21

¹⁷Continuó hablando Jehová a Moisés, y le dijo:

¹⁸«Harás también una fuente de bronce, con su base de bronce, para lavarse. La colocarás entre el Tabernáculo de reunión y el altar, y pondrás en ella agua. ¹⁹En ella se lavarán Aarón y sus hijos las manos y los pies. ²⁰Cuando entren en el Tabernáculo de reunión, se lavarán con agua,

para que no mueran, y cuando se acerquen al altar para ministrar y presentar la ofrenda quemada para Jehová,²¹ se lavarán las manos y los pies, para que no mueran. Y lo tendrán por estatuto perpetuo él y su descendencia a través de las generaciones.»

La fuente que se describe aquí estaba ubicada en el patio que había entre el altar para holocaustos y el tabernáculo. No se da ninguna descripción de su tamaño ni de la forma. Ahí es donde los sacerdotes debían lavarse las manos y los pies, siempre que fueran a ejecutar sus deberes sagrados o que entraran en el tabernáculo. Los que no lo hicieran morirían.

El aceite de la unción, y el incienso

Éxodo 30:22-38

²² **Continuó hablando Jehová a Moisés, y le dijo:**

²³ **«Tomarás especias finas: de mirra excelente, quinientos siclos, y de canela aromática, la mitad, esto es, doscientos cincuenta; de cálamo aromático, doscientos cincuenta;²⁴ de casia, quinientos, según el siclo del santuario, y de aceite de olivas, un hin.²⁵ Prepararás con ello el aceite de la santa unción, un unguento superior, preparado según el arte del perfumista. Éste será el aceite de la unción santa.²⁶ Con él ungirás el Tabernáculo de reunión, el Arca del testimonio,²⁷ la mesa con todos sus utensilios, el candelabro con todos sus utensilios, el altar del incienso,²⁸ el altar del holocausto con todos sus utensilios, y la fuente con su base.²⁹ Así los consagrarás, y serán cosas santísimas; todo aquello que los toque será santificado.**

³⁰ **»Ungirás también a Aarón y a sus hijos, y los consagrarás para que sean mis sacerdotes.³¹ Hablarás a los hijos de Israel, y les dirás: “Éste será el aceite de la santa unción para vuestras generaciones.³² Sobre carne de hombre no será derramado, ni haréis otro semejante conforme a su composición; santo es, y por santo lo tendréis vosotros.**

³³ Cualquiera que componga un unguento semejante o ponga de él sobre algún extraño, será eliminado de su pueblo.»

³⁴ Dijo además Jehová a Moisés:

«Toma especias aromáticas, estacte y uña aromática, gálbano aromático e incienso puro; todo en cantidades iguales, ³⁵ y harás con ello, según el arte del perfumador, un incienso perfumado, bien mezclado, puro y santo. ³⁶ Molerás parte de él en polvo fino y lo pondrás delante del Testimonio en el Tabernáculo de reunión, donde yo me mostraré a ti. Os será cosa santísima. ³⁷ Como este incienso que harás, no os haréis otro según su composición; te será cosa sagrada para Jehová. ³⁸ Cualquiera que haga otro como éste para olerlo, será eliminado de su pueblo.»

Nótese la fórmula especial para el aceite, que se debía usar al ungir el tabernáculo y su mobiliario, así como también a los sacerdotes. La mirra es la resina de un árbol que no era nativo de Palestina; la mirra líquida, según se especifica aquí, era una sustancia muy apreciada. Se debía mezclar con las otras especias de olor dulce y muy aromático (canela, cálamo y casia); algunas de estas procedían de Arabia e India. El aceite resultante debe haber sido difícil de preparar y, en verdad, era muy costoso. No se debía usar para ningún otro propósito, ni para ungir el cuerpo humano, bajo la pena de muerte.

Siempre en el Antiguo Testamento, ungir con aceite era símbolo de otorgar el don del Espíritu Santo o apartar algo para un propósito altamente espiritual al servicio del Señor. Los profetas, los sacerdotes y los reyes fueron instalados en su oficio ungiéndolos con aceite. También se dieron instrucciones cuidadosas acerca del incienso que se debía usar en el culto de adoración en el Antiguo Testamento.

También fue prohibido su uso privado. Sólo se debía quemar el incienso en el altar de holocaustos que se describe al principio de este capítulo. Algunas de las especias que se mencionan (tales como el incienso puro) se podían obtener solamente en el sur de

Arabia. La uña aromática venía de un animal marino que se encontraba en las costas del Mar Rojo.

La fragancia del aceite y del incienso debía darle al tabernáculo un olor distintivo, un olor que fuera un recordatorio constante de la presencia del Señor. Ningún detalle del tabernáculo, ni siquiera la clase de aceite ni del incienso que se usaban, fueron dejados a la imaginación del pueblo.

ÉXODO 31

Llamamiento de Bezaleel y de Aholiab

Éxodo 31:1-11

¹ **Habló Jehová a Moisés y le dijo:**

² «Mira, yo he llamado por su nombre a Bezaleel hijo de Uri hijo de Hur, de la tribu de Judá, ³ y lo he llenado del espíritu de Dios, en sabiduría y en inteligencia, en ciencia y en todo arte, ⁴ para inventar diseños, para trabajar en oro, en plata y en bronce, ⁵ para labrar piedras y engastarlas, tallar madera y trabajar en toda clase de labor. ⁶ He puesto junto a él a Aholiab hijo de Ahisamac, de la tribu de Dan, y he puesto sabiduría en el ánimo de todo sabio de corazón, para que hagan todo lo que te he mandado: ⁷ el Tabernáculo de reunión, el Arca del testimonio, el propiciatorio que está sobre ella y todos los utensilios del Tabernáculo; ⁸ la mesa y sus utensilios, el candelabro de oro puro con todos sus utensilios, el altar del incienso, ⁹ el altar del holocausto y todos sus utensilios, la fuente y su base, ¹⁰ los vestidos del servicio, las vestiduras santas para Aarón, el sacerdote, las vestiduras de sus hijos para que ejerzan el sacerdocio, ¹¹ el aceite de la unción y el incienso aromático para el santuario. Ellos harán conforme a todo lo que te he mandado.»

Ya estaban completas las instrucciones para la construcción del tabernáculo, pero las instrucciones que el Señor tenía para

Moisés no habían terminado. El Señor le dijo a Moisés cuáles iban a ser los hombres que debían supervisar la construcción del tabernáculo, su mobiliario y sus utensilios. El Señor prometió que él les había dado a estos hombres y a sus ayudantes la capacidad especial para realizar el trabajo exactamente como él se lo había ordenado a Moisés.

El Señor escogió a Bezaleel, de la tribu de Judá, para que fuera el maestro principal de la obra, y a Aholiab, de la tribu de Dan, para que fuera su ayudante principal.

Otra vez vemos que nada se dejó al azar con respecto a la construcción del tabernáculo, sus muebles y utensilios. Los artesanos habían sido dotados por el Señor con las habilidades específicas para hacer su labor exactamente como el Señor había ordenado. Esta era la casa de Dios donde él iba a morar con su pueblo. Por lo tanto, todo lo relacionado con el tabernáculo debía ser decoroso, significativo y fabricado estrictamente según las especificaciones de Dios.

El Señor también tomó en serio la conservación de la hermosura de su morada. Ya sabemos de la ira de Jesús, cuando la hermosura del templo de Jerusalén fue manchada por aquellos que lo convirtieron en un lugar de negocios. Los echó fuera con un látigo, y les volcó las mesas a los que cambiaban ahí dinero.

Nuestros lugares de adoración no son tan primorosos en su diseño como el tabernáculo. No se nos exige que observemos todas las ordenanzas de la ley ceremonial del Antiguo Testamento. Sin embargo, queremos que el edificio de nuestra iglesia sea digno, que exprese nuestro amor al Señor. Nosotros también tenemos el privilegio de darle gloria a su santo nombre por sus abundantes dones de gracia.

El día de reposo

Éxodo 31:12-17

¹² **Continuó hablando Jehová a Moisés, y le dijo:**

¹³ **«Tú hablarás a los hijos de Israel y les dirás: “En verdad vosotros guardaréis mis sábados, porque es una señal**

entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico. ¹⁴ Así que guardaréis el sábado, porque santo es para vosotros; el que lo profane, de cierto morirá. Cualquier persona que haga alguna obra en él, será eliminada de su pueblo. ¹⁵ Seis días se trabajará, pero el día séptimo es día de descanso consagrado a Jehová. Cualquiera que trabaje en sábado, ciertamente morirá.” ¹⁶ Guardarán, pues, el sábado los hijos de Israel, celebrándolo a lo largo de sus generaciones como un pacto perpetuo. ¹⁷ Para siempre será una señal entre mí y los hijos de Israel, porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y descansó.»

Al terminar las instrucciones con respecto a la construcción del tabernáculo, el Señor una vez más, por medio de Moisés, enfatiza la importancia de guardar el sábado cuidadosamente. El sábado, el séptimo día de la semana, se tenía que guardar por las generaciones venideras como una “señal” entre el Señor y su pueblo.

La palabra *sábado* es una palabra hebrea que significa “descanso” o “reposo”. Como vimos en el capítulo 20, no se debía trabajar en ese día. Cualquiera que quebrantara esta ley sería ejecutado. En Números 15:32-36, se habla de un hombre que recogía leña en el día de reposo. Los israelitas lo llevaron fuera del campamento y lo apedrearon.

Leemos que la ley del sábado iba a ser un “pacto perpetuo”. Era una señal entre el Señor e Israel “para siempre”. ¿Dicen estas palabras que todavía nosotros en nuestros días debemos guardar esta ley de reposar o descansar el día sábado? ¿Tienen razón los Adventistas del Séptimo Día cuando nos condenan por tener los cultos el día domingo? Cuando vino Jesús, dijo que él era Señor del día de reposo. Con su obra redentora abolió todos los reglamentos de la ley ceremonial del Antiguo Testamento. San Pablo les escribe a los Colosenses: “Por tanto, nadie os critique en asuntos de comida o de bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna

nueva o sábados. Todo esto es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo” (Colosenses 2:16,17).

¿Entonces, en qué sentido debemos entender esta ley del sábado como un “pacto perpetuo” que se debía guardar “para siempre”? Sencillamente la entendemos a la luz del cumplimiento perfecto que hizo Cristo de este día de reposo. Al terminar su obra redentora, Cristo también descansó el día sábado, pero resucitó al día siguiente como una garantía al mundo de que su obra ya había sido consumada. Para conmemorar su victoria poderosa sobre el pecado, la muerte y el infierno, celebramos el día de resurrección como nuestro “día del Señor” hasta que podamos disfrutar del eterno descanso del sábado en el cielo, que se describe en el capítulo 4 del libro de Hebreos.

Las tablas del testimonio

Éxodo 31:18

18 Y dio a Moisés, cuando acabó de hablar con él en el monte Sinaí, dos tablas del Testimonio, tablas de piedra escritas por el dedo de Dios.

Después de que Moisés ya había recibido todas las instrucciones en cuanto al tabernáculo, el Señor le dio a Moisés las “dos tablas del testimonio”. Estas eran las dos tablas de piedra sobre las que habían sido escritos los Diez Mandamientos. Según Éxodo 32:15 y 16, Dios mismo suministró las tablas y escribió en ellas por los dos lados. Esos mandamientos eran la santa ley de Dios la cual él quería que se conservaran. Las tablas fueron “escritas con el dedo de Dios”, es decir, que la escritura que había en las tablas fue un milagro de Dios.

Hemos hablado anteriormente, en los comentarios sobre Éxodo 20, sobre las distintas maneras de enumerar estos mandamientos y sobre las diferentes opiniones que tienen las iglesias acerca de esto. Nosotros hablamos de la primera tabla como los mandamientos que nos hablan de nuestro amor a Dios, y de la segunda tabla como los mandamientos que hablan del amor

al prójimo. Lo hacemos así porque Moisés sintetiza los mandamientos de esta forma en Deuteronomio 6:5 y también en Levítico 19:18, y porque Cristo mismo hizo esa distinción en Mateo 22:37-40. Según nuestra forma de enumerar los mandamientos en la Iglesia Luterana Confesional, consideramos los tres primeros mandamientos en la primera tabla y los otros siete en la segunda tabla.

Cuando Moisés estuvo 40 días y 40 noches en el monte recibiendo todas estas instrucciones del Señor, los israelitas se impacientaron y se rebelaron contra el que había sido tan misericordioso con ellos. La historia que se narra en el siguiente capítulo nos habla de esto.

ÉXODO 32

El becerro de oro

Éxodo 32:1-6

¹ Al ver el pueblo que Moisés tardaba en descender del monte, se acercaron a Aarón y le dijeron:

—Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros, porque a Moisés, ese hombre que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido.

² Aarón les dijo:

—Quitad los zarcillos de oro que están en las orejas de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestras hijas, y traédmelos.

³ Entonces todo el pueblo se quitó los zarcillos de oro que tenían en sus orejas y los trajeron a Aarón. ⁴ Él los recibió de sus manos, le dio forma con un buril e hizo de ello un becerro de fundición. Entonces ellos dijeron:

—¡Israel, éstos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto!

⁵ Cuando Aarón vio esto, edificó un altar delante del becerro y proclamó:

—¡Mañana será un día de fiesta dedicado a Jehová!

⁶ Al día siguiente madrugaron, ofrecieron holocaustos y presentaron ofrendas de paz. Luego se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a regocijarse.

En su comentario sobre las historias bíblicas (*Bible History Commentary*), Werner Franzmann se refiere a la adoración del becerro de oro como “el pecado increíble”. Es verdaderamente increíble ya que tuvo lugar precisamente después de que el Señor había hecho un pacto con su pueblo escogido. Franzmann añade este comentario: “El pecado más grande es posible para el hombre corrompido... Lo que es realmente increíble en esta historia es la gracia del Señor” (página 264).

Apreciamos la manera directa como Franzmann llama al pecado por su nombre correcto, y el hecho de que no intenta disculpar el pecado de Israel de ninguna manera. Muchos eruditos bíblicos tratan de disculpar a Israel al decir que el pueblo todavía se imaginaba que adoraba al verdadero Dios, sólo que en otra forma. Aun si esto fuera verdad, todavía estarían quebrantando el mandamiento expreso de Dios que se da en Éxodo 20:4,5. Tal vez Aarón trató de cubrir la gravedad del pecado de Israel cuando dijo, después de que ya había hecho el becerro de oro: “Mañana será un día de fiesta dedicado a Jehová”.

Sí, Aarón usó el nombre de “Jehová”. Sin embargo, en la historia que sigue, los israelitas no dejan ninguna duda en cuanto a sus deseos. Lo vemos en su manera de comer, en su beber y en su diversión tumultuosa como parte de la “adoración” de ese ídolo. Cuando Pablo se refiere a esto en 1 Corintios 10:7, dice claramente que los israelitas eran “idólatras”. Esteban dice lo mismo en su discurso ante el tribunal judío, que está registrado en Hechos 7:41. El salmista dice lo siguiente en Salmo 106:19-21:

Hicieron un becerro en Horeb,
se postraron ante una imagen de fundición.
Así cambiaron su gloria

por la imagen de un buey que come hierba.
Olvidaron al Dios de su salvación,
que había hecho grandezas en Egipto.

Cuando su celebración llegó al colmo, como veremos más adelante, en el momento en que Moisés bajó del monte Sinaí, su comportamiento era desenfrenado. ¿Increíble? Sí, especialmente a la luz de la gracia abundante que este pueblo había experimentado de parte de este Dios Salvador, quien los había rescatado de la esclavitud y les había dado a conocer su gloria de muchísimas maneras. Hasta había hecho un pacto con ellos, y en ese preciso momento le estaba explicando a Moisés la manera en que el pueblo, como los reyes y sacerdotes de este pacto, debía adorar a su Dios. Sin embargo, así como las Escrituras nos lo dicen a menudo, el pecado aparece cuando menos se espera, y lo cometen también las personas que han experimentado la misericordia abundante del Señor. Pensamos en personas como David, Salomón o Judas Iscariote. Usando este mismo ejemplo de los israelitas frente al monte Sinaí, Pablo nos advierte: “Así que el que piense estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12).

Los estudiosos de la Biblia no están de acuerdo en si los israelitas le pidieron a Aarón que les hiciera “dioses” o “un dios” para adorar. La Versión Reina-Valera dice “dioses” en este versículo. Aunque por lo general la Reina-Valera 95 ofrece una traducción excelente, en este pasaje preferimos el singular: “Levántate, haznos un dios...” Aarón accedió, pidiéndoles sus zarcillos de oro. Si actuó así para disuadir al pueblo, calculó mal. Cuando la gente quiere cometer idolatría, no hay nada que la detenga. Hay personas que están dispuestas a gastar cualquier cantidad de dinero para entregarse a toda clase de vicios, como lo vemos en nuestra sociedad de hoy en día.

La decisión de Aarón de hacer un becerro para que fuera el ídolo de Israel, era conforme a la experiencia de Israel en Egipto. El dios egipcio “Apis” era un becerro joven, un símbolo del poder y del sexo. Sin duda, los israelitas habían visto muchas veces las

desenfrenadas celebraciones que tenían en Egipto y que estaban vinculadas con la “adoración” a éste dios. ¡Esto era exactamente lo que querían! ¡Esto era más agradable que estar restringidos por un estricto código moral! Por lo general las personas que han sido educadas de una manera disciplinada en su vida, una vez que se salen de este camino, pierden toda limitación.

Pero esta clase de placer, si se puede llamar así, no es duradera. Llega el momento de dar cuentas. En el caso de Israel, llegó cuando Moisés descendió del monte, porque Dios sabía lo que estaba sucediendo. Los próximos versículos nos explican la reacción del Señor a esta adoración del becerro de oro.

Moisés el mediador

Éxodo 32:7-14

⁷ Entonces Jehová dijo a Moisés:

—Anda, desciende, porque tu pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto, se ha corrompido. ⁸ Pronto se han apartado del camino que yo les mandé; se han hecho un becerro de fundición, lo han adorado, le han ofrecido sacrificios y han dicho: “¡Israel, éstos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto!”

⁹ Continuó diciendo Jehová a Moisés:

—Yo he visto a este pueblo, que por cierto es un pueblo muy terco. ¹⁰ Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira contra ellos y los consuma; pero de ti yo haré una nación grande.

¹¹ Entonces Moisés oró en presencia de Jehová, su Dios, y dijo:

—¿Por qué, Jehová, se encenderá tu furor contra tu pueblo, el que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte? ¹² ¿Por qué han de decir los egipcios: “Para mal los sacó, para matarlos en los montes y para exterminarlos de sobre la faz de la tierra”? Vuélvete del ardor de tu ira y arrepíentete de este mal contra tu pueblo.

¹³ Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel, tus siervos, a

los cuales has jurado por ti mismo y les has dicho: “Yo multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y le daré a vuestra descendencia toda esta tierra de que os he hablado, y ellos la poseerán como heredad para siempre.”

¹⁴Entonces Jehová se arrepintió del mal que dijo habría de hacer a su pueblo.

La reacción del Señor a la idolatría de Israel se expresó en palabras de una ira justa. “*Tu* pueblo”, le dice a Moisés en el monte, “se ha corrompido”. Dios no dice “*mi* pueblo”, sino “*tu* pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto”. ¡Cómo podía el Dios santo y justo tener algo que ver con una nación que se había ensuciado con el pecado! El Señor, que siempre sabe todas las cosas en todos los tiempos, le dijo entonces a Moisés precisamente lo que estos corruptos israelitas habían hecho.

Además, el Señor le dice a Moisés que el pueblo que había escogido como el suyo, era un pueblo “muy terco”. Como el ganado que no quiere ser guiado en el camino que debe seguir, así era Israel. Dios lo expresa en palabras aun más severas: “Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira contra ellos y los consuma; pero de ti yo haré una nación grande.

Con estas palabras el Señor pone a prueba a Moisés. ¿Es que Dios realmente iba a destruir a Israel? ¿Sería Moisés el escogido de Dios para llevar a cabo el plan divino de la salvación para la raza humana? Aunque estas preguntas se nos ocurren, notamos que el Señor no destruye a Israel de inmediato. Al menos por el momento, Dios pone el asunto en manos de Moisés cuando le hace esta proposición.

¡Y Moisés pasa la prueba! Sirve como un verdadero mediador entre el Dios lleno de ira y el pueblo pecador. “¿Por qué, Jehová, se encenderá tu furor contra tu pueblo, el que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte?” Moisés le hace recordar al Señor que se refiere a su propio pueblo del pacto, no al pueblo de Moisés. Entonces continúa: ¿Qué han de hablar los

egipcios? ¿No acusarían a Dios de haber llevado esta nación al desierto solamente para destruirla? Está en juego el honor del Señor, el Dios de Israel. Finalmente Moisés utiliza su argumento más acertado: “Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel, tus siervos.” ¡Acuérdate de las promesas que les hiciste a los padres de esta nación!

El Señor, que siempre permanece fiel a sus promesas, “se arrepintió” y no llevó a cabo su amenaza de destruir a Israel. Sin embargo, eso no quiere decir que el Señor cambió de opinión, sino que el Dios de toda gracia, que ha prometido escuchar las oraciones de sus hijos, quiere que ellos insistan en el cumplimiento de esas promesas. También quiere que nosotros hagamos lo mismo en nuestros tiempos de necesidad. En 1 Reyes 8:56 y 57, Salomón oró en la ocasión de la dedicación del templo de Jerusalén: “¡Bendito sea Jehová, que ha dado paz a su pueblo Israel, conforme a todo lo que él había dicho! Ni una sola palabra de todas las promesas que expresó por su siervo Moisés ha faltado. Esté con nosotros Jehová nuestro Dios, como estuvo con nuestros padres, y no nos desampare ni nos deje.” Nosotros también podemos orar como lo hizo Salomón. El apóstol Pablo dice en 2 Corintios 1:20: “Todas las promesas de Dios son en él «sí», y en él «Amén», por medio de nosotros, para la gloria de Dios”. Qué consuelo tenemos al saber que podemos dirigirnos a ese mismo Señor, en días de dificultad e insistir en que cumpla sus promesas, recordando especialmente las palabras de Juan: “Y esta es la promesa que él nos hizo: la vida eterna” (1 Juan 2:25).

En esta acción intercesora de Moisés tenemos otra aplicación consoladora para nosotros. Muchas veces Moisés sirvió de mediador entre el Dios justo e Israel pecador: en Tabora, donde el pueblo se quejó de la comida; en Cades-barnea cuando el pueblo murmuró al oír el informe de los doce espías, como se narra en Números 14, y cuando el Señor envió las serpientes venenosas para castigar a su pueblo impaciente. El Salmo 106:23 dice acerca de Moisés:

Y [Dios] los habría destruido,
de no haberse interpuesto Moisés su escogido, delante de él,
a fin de apartar su indignación para que no los destruyera.

Nosotros tenemos un Mediador que es mayor que Moisés; tenemos a Jesucristo, quien ha “llevado el pecado de muchos y orado por los transgresores”, como Isaías nos dice (53:12). El autor de la epístola a los Hebreos dice que él “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (7:25). Pidámsle, entonces, al Padre en el nombre de Cristo, orando con la confianza de que el Señor cumplirá toda promesa que nos ha hecho en su Palabra.

Moisés actúa

Éxodo 32:15-29

¹⁵ Moisés se volvió y descendió del monte, trayendo en sus manos las dos tablas del Testimonio, tablas escritas por ambos lados; de uno y otro lado estaban escritas. ¹⁶ Las tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios grabada sobre las tablas.

¹⁷ Cuando Josué oyó el clamor del pueblo que gritaba, dijo a Moisés:

—Hay gritos de pelea en el campamento.

¹⁸ Pero Moisés respondió:

—No son voces de vencedores, ni alaridos de vencidos; oigo cánticos de coros.

¹⁹ Aconteció que cuando Moisés llegó al campamento y vio el becerro y las danzas, se enfureció y arrojó de sus manos las tablas, y las quebró al pie del monte. ²⁰ Luego tomó el becerro que habían hecho, lo quemó en el fuego y lo molió hasta reducirlo a polvo, que esparció sobre las aguas y lo dio a beber a los hijos de Israel. ²¹ Y dijo Moisés a Aarón:

—¿Qué te ha hecho este pueblo para que hayas traído sobre él tan gran pecado?

²² Aarón le respondió:

—No se enoje mi señor. Tú conoces al pueblo, que es inclinado al mal. ²³ Ellos me dijeron: “Haznos dioses que vayan delante de nosotros, porque a Moisés, ese hombre que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido.” ²⁴ Y yo les respondí: “El que tenga oro, que lo aparte.” Me lo dieron, lo eché en el fuego y salió este becerro.

²⁵ Al ver Moisés que el pueblo estaba desenfrenado, pues Aarón lo había permitido, para vergüenza en medio de sus enemigos, ²⁶ se puso a la puerta del campamento y dijo:

—Quien esté de parte de Jehová, únase a mí.

Y se unieron a él todos los hijos de Leví.

²⁷ Él les dijo:

—Así ha dicho Jehová, el Dios de Israel: “Que cada uno se ciña su espada, regrese al campamento y vaya de puerta en puerta matando cada uno a su hermano, a su amigo y a su pariente.”

²⁸ Los hijos de Leví hicieron conforme a lo dicho por Moisés, y cayeron del pueblo en aquel día como tres mil hombres. ²⁹ Entonces Moisés dijo:

—Hoy os habéis consagrado a Jehová, pues cada uno se ha consagrado en su hijo y en su hermano, para que él os dé hoy la bendición.

Después de oír lo que le dijo el Señor en el monte Sinaí sobre el pecado de idolatría de los israelitas, y después de interceder primero por el pueblo, Moisés descendió del monte llevando las tablas de piedra escritas por Dios con los Diez Mandamientos. Se encontró con Josué en el camino, y mientras los dos se acercaban juntos al campamento, oyeron el ruido de los que bailaban y cantaban alrededor del becerro de oro. La historia que sigue se escribe en oraciones cortas y sin muchos detalles, reflejando la ira de Moisés mientras se ocupaba de esta situación.

Moisés arrojó las tablas, quebrándolas. Molió el becerro de oro, esparció el polvo sobre las aguas de un arroyo que bajaba del monte, e hizo que los israelitas la bebieran. Ni siquiera perdió el

tiempo de dar respuesta a las desdichadas excusas de Aarón que le echó toda la culpa al pueblo, diciendo que él nada más puso el oro en el fuego y que “salió este becerro”. Viendo la confusión de los que adoraban el becerro, Moisés preguntó quién le ayudaría a restaurar el orden. Los levitas, los de su propia tribu, acudieron inmediatamente para ayudar a la causa del Señor. Pasando por el campamento, los levitas mataron con la espada a tres mil israelitas. Se detuvo la idolatría.

Surgen algunas preguntas en cuanto a esta historia que no tienen respuesta en la Biblia. ¿Por qué hizo Moisés que los israelitas bebieran el agua mezclada con el polvo del ídolo? ¿Quería demostrarle al pueblo la debilidad de su ídolo? ¿Quería humillarlos al hacerlos beber un dios que habían adorado? ¿Fue un castigo que mostraba que habían profanado su única fuente de vida, así como el agua es la fuente de la vida? ¿Resultó este beber en la plaga que el Señor envió sobre el pueblo la cual se describe en el versículo 35? ¿O es que este fue simplemente el resultado de la ira consumidora de Moisés, sin ningún significado en especial? La Biblia no lo dice. Puede haber algo de verdad en todas estas opiniones que han sido expresadas por los estudiosos de la Biblia.

Ha surgido otra pregunta: Si todos habían participado, ¿cómo fue posible que sólo una tribu, la de los levitas, estableciera el control sobre los demás? Puesto que sólo tres mil personas murieron, ¿acaso solamente una parte de los israelitas participaron en la idolatría?

Aunque sólo una parte de la nación hubiera participado, Dios habría considerado a toda la nación culpable. Dios trató a Israel como una sola comunidad. Esto lo vemos más adelante en el caso de un solo hombre, Acán, que fue culpable de haber robado algunas cosas del botín de la conquistada ciudad de Hay, en contra del mandamiento específico del Señor. En esa ocasión el Señor consideró a todo el pueblo culpable por el pecado de Acán, como lo vemos en Josué capítulo 7. En este caso de adorar al becerro de oro, la ira de Moisés se dirigió contra toda la nación.

Un desarrollo afortunado de este incidente fue el comportamiento de los levitas. Cuando Jacob le dijo palabras proféticas a cada uno de sus hijos al final de su vida, maldijo a Simeón y a Leví, porque habían tratado a los de Siquem con violencia y los habían matado en su ira. Como está escrito en Génesis 49:7, Jacob dijo: “Yo los apartaré [a los descendientes de Simeón y de Leví] en Jacob, los esparciré en Israel.” En estos versículos, Moisés les dice a los de su propia tribu: “Hoy os habéis consagrado a Jehová, pues cada uno se ha consagrado en su hijo y en su hermano, para que él os dé hoy la bendición”. Cuando Moisés se acercó al final de su vida, dijo en Deuteronomio 33:9 acerca de Leví y sus descendientes: “Quien dijo de su padre y de su madre: ‘Nunca los he visto’; quien no reconoció a sus hermanos, ni a sus hijos conoció. Pues ellos guardaron tus palabras y cumplieron tu pacto.”

Mientras los levitas obedecían estas órdenes de Moisés, era necesario para defender el honor del Señor que no hicieran caso de los lazos familiares ni de las relaciones tribales. De esta forma se manifestaron dignos de servir como sacerdotes y mediadores para la nación entera. Según la profecía de Jacob, ellos realmente vivían esparcidos después de que llegaron a Canaán. No recibieron ninguna herencia de tierra, sino que eran la herencia del Señor. Vivieron en 48 ciudades levíticas por toda la tierra prometida, sirviendo como sacerdotes que debían instruir al pueblo en las enseñanzas de la ley de Dios.

Moisés intercede de nuevo

Éxodo 32:30-35

³⁰ **Aconteció que al día siguiente dijo Moisés al pueblo:**

—Vosotros habéis cometido un gran pecado, pero yo subiré ahora a donde está Jehová; quizá le aplacaré acerca de vuestro pecado.

³¹ **Entonces volvió Moisés ante Jehová y le dijo:**

—Puesto que este pueblo ha cometido un gran pecado al hacerse dioses de oro, ³² te ruego que perdones ahora su

pecado, y si no, bórrame del libro que has escrito.

³³ Jehová respondió a Moisés:

—Al que peque contra mí, lo borraré yo de mi libro.

³⁴ Ve, pues, ahora, lleva a este pueblo a donde te he dicho. Mi ángel irá delante de ti, pero en el día del castigo, los castigaré por su pecado.

³⁵ Y Jehová hirió al pueblo a causa del becerro que hizo Aarón.

En el momento de la primera intercesión de Moisés a favor de los israelitas (Éxodo 32:11-13), el Señor no le dio una respuesta directa en cuanto a la manera en que iba a tratar con los israelitas. Entre tanto, Moisés había descendido del monte y había castigado al pueblo severamente por el pecado de adorar el becerro de oro. Por lo tanto, Moisés le anunció al pueblo que iba a subir de nuevo a Jehová. “Quizá le aplacaré acerca de vuestro pecado”, les dijo.

Para “aplacar” a Dios, es decir, para apartar la ira de él causada por el pecado del pueblo, Moisés no sólo le rogó que perdonara a Israel, sino también se ofreció a sí mismo como un pago de redención. En el caso de que el Señor no escuchara esta petición de perdón, Moisés dice: “Y si no, bórrame del libro que has escrito”.

Con estas palabras Moisés se refirió al “libro de la vida” en el que se encuentran los nombres de los justos, es decir, de las personas que gozarán de la bienaventuranza de la vida eterna en el cielo. En varios lugares del libro de Apocalipsis se refiere a las personas cuyos nombres están escritos en el libro de la vida, como los santos redimidos en el cielo (Apocalipsis 3:5; 13:8). Ser borrado de este libro significaría ser cortado para siempre del compañerismo con el Señor.

Al hacerle esta proposición al Señor, ¿se dejó Moisés llevar por sus emociones de modo que no se dio cuenta de lo que decía? ¿O es que este ofrecimiento fue uno de los mayores ejemplos que podemos encontrar del amor abnegado en todas las Escrituras, como lo afirman muchos eruditos bíblicos? Sea lo que sea, ningún

hombre puede expiar el pecado, sino sólo la sangre inmaculada de Cristo. El apóstol Pablo también sintió gran tristeza en su corazón cuando pensó en los muchos de su propia raza que habían rechazado a Cristo, y por lo tanto habían sellado su condenación eterna: “Porque deseara yo mismo ser anatema [es decir, condenado], separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne”, dice Pablo en Romanos 9:3. Sin embargo, él sabía que ningún hombre “podrá, en manera alguna, redimir al hermano, ni pagar a Dios su rescate”, como el Salmo 49:7 lo dice con toda verdad.

El Señor lo indicó claramente en la respuesta que le dio a Moisés: “Al que peque contra mí, lo borraré yo de mi libro”. El juicio le pertenecía sólo al Señor. Al mismo tiempo el Señor le aseguró a Moisés que su “ángel” iría delante de ellos. (En el siguiente capítulo veremos lo que el Señor quiso decir con esto.) Sin embargo, como un castigo adicional por su idolatría, el Señor hirió al pueblo con una plaga.

Con este acto termina el capítulo que habla del pecado trágico de la adoración que hizo Israel al becerro de oro. Se puede decir que ahora iba a existir una tregua entre el Señor y su pueblo rebelde. Sin embargo, Israel había quebrantado en forma muy grave la relación del pacto que tenía con el Señor. Eso ocurrió casi inmediatamente después de que Dios lo había establecido. ¿Le sería restablecido por completo el pacto a Israel? Los próximos dos capítulos de Éxodo nos dan la respuesta a esta pregunta importante.



El becerro de oro

“Yo enviaré delante de ti el ángel”

Éxodo 33:1-6

¹ Jehová dijo a Moisés:

—Anda, vete de aquí, tú y el pueblo que sacaste de la tierra de Egipto, a la tierra de la cual juré a Abraham, Isaac y Jacob diciendo: “A tu descendencia la daré.” ² Yo enviaré delante de ti el ángel, y echaré fuera al cananeo, al amorreo, al heteo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo. ³ Subirás a la tierra que fluye leche y miel, pero yo no subiré contigo, no sea que te destruya en el camino, pues eres un pueblo muy terco.

⁴ Al oír el pueblo esta mala noticia, guardó luto, y ninguno se puso sus galas, ⁵ pues Jehová había dicho a Moisés: «Di a los hijos de Israel: “Vosotros sois un pueblo muy terco. Si yo subiera un momento en medio de ti, te consumiría. Quítate, pues, ahora tus atavíos, para que yo sepa lo que te he de hacer.”»

⁶ Entonces los hijos de Israel se despojaron de sus galas desde el monte Horeb.

En respuesta a la intercesión de Moisés, como vimos en los versículos anteriores, el Señor dijo que su ángel iba a ir delante del pueblo en el camino cuando continuara con su viaje. ¿Qué significaban estas palabras? ¿Sería éste “el ángel del Señor”, es decir, el Señor mismo? ¿O sería un ángel creado?

En estos versículos, el Señor aclara su declaración. Él iba a cumplir la promesa que les había hecho a los patriarcas; iba a echar fuera a los habitantes de Canaán. Les iba a dar la tierra que “fluye leche y miel”. Pero dice: “Yo no subiré contigo”. Y luego da la razón de ese cambio en la situación: “No sea que te destruya en el camino, pues eres un pueblo muy terco”. El pueblo había demostrado que tenía el corazón endurecido; si ellos continuaban así, el Señor en su justa ira podría ser constreñido a destruirlos. Por esto el Señor dice que enviará al ángel delante de ellos en lugar

de acompañarlos él mismo.

La reacción del pueblo a esa palabra del Señor fue un acto de arrepentimiento. Se vistieron de luto y se quitaron los atavíos para mostrar su remordimiento. El Señor repitió la amenaza, pero también agregó una afirmación que indicaba un rayo de esperanza de que la situación podría cambiar. “Quítate, pues, ahora tus atavíos, para que yo sepa lo que te he de hacer”.

Así trata misericordiosamente el Señor con su pueblo en todos los siglos. Por medio de su Palabra nos enseña nuestro pecado y el castigo justo que merecemos. Pero para que no desesperemos, también nos da las promesas seguras de su gracia. Es una lección en arrepentimiento y una instrucción en santidad que necesitamos por toda la vida.

El Tabernáculo de Reunión

Éxodo 33:7-11

⁷ Moisés tomó el Tabernáculo y lo erigió lejos, fuera del campamento, y lo llamó «Tabernáculo de reunión». Y cualquiera que buscaba a Jehová, salía al Tabernáculo de reunión que estaba fuera del campamento. ⁸ Y sucedía que cuando salía Moisés al Tabernáculo, todo el pueblo se levantaba y se quedaba en pie a la entrada de su tienda, con la mirada puesta en Moisés, hasta que él entraba en el Tabernáculo. ⁹ Cuando Moisés entraba en el Tabernáculo, la columna de nube descendía y se ponía a la puerta del Tabernáculo, y Jehová hablaba con Moisés. ¹⁰ Cuando el pueblo veía que la columna de nube se detenía a la entrada del Tabernáculo, se levantaba cada uno a la entrada de su tienda y adoraba.

¹¹ Jehová hablaba con Moisés cara a cara, como habla cualquiera con su compañero. Luego Moisés volvía al campamento, pero el joven Josué hijo de Nun, su servidor, nunca se apartaba de en medio del Tabernáculo.

La relación de amistad entre el Señor e Israel había quedado suspendida como resultado de su pecado de idolatría al adorar al becerro de oro. El Señor no sólo le había dicho a Moisés, como oímos en los versículos anteriores, “no subiré contigo”, sino que se había negado a demostrar su compañerismo con su pueblo como lo había hecho en el pasado. El Señor todavía se comunicaba con Moisés, pero en el tabernáculo que Moisés había puesto fuera del campamento. Allí vendría la columna de nube. Allí el Señor le hablaría a Moisés “cara a cara, como habla cualquiera con su compañero”.

En otras palabras, el Señor seguía comunicándose con Moisés como en el pasado. Pero el pueblo todavía tenía que ser probado para despertar en su corazón el deseo de restablecer el pacto plenamente. Vemos que este propósito se lograba mientras el pueblo miraba desde la puerta de sus propias tiendas a Moisés cuando iba al tabernáculo fuera del campamento, y cómo el Señor venía al tabernáculo de Moisés en la columna de nube.

Esta seguridad que el Señor le dio a Moisés lo animó a averiguar si la relación anterior entre el Señor e Israel se podría restablecer, como lo vemos en los versículos que siguen.

Moisés y la gloria de Jehová

Éxodo 33:12-23

¹² **Dijo Moisés a Jehová:**

—Mira, tú me dices: “Saca a este pueblo”, pero no me has indicado a quién enviarás conmigo. Sin embargo, tú dices: “Yo te he conocido por tu nombre y has hallado también gracia a mis ojos.” ¹³ Pues bien, si he hallado gracia a tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca y halle gracia a tus ojos; y mira que esta gente es tu pueblo.

¹⁴ **Jehová le dijo:**

—Mi presencia te acompañará y te daré descanso.

¹⁵ **Moisés respondió:**

—Si tu presencia no ha de acompañarnos, no nos saques

de aquí. ¹⁶ Pues ¿en qué se conocerá aquí que he hallado gracia a tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andas con nosotros, y que yo y tu pueblo hemos sido apartados de entre todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra?

¹⁷ —También haré esto que has dicho, por cuanto has hallado gracia a mis ojos y te he conocido por tu nombre — respondió Jehová a Moisés.

¹⁸ Entonces dijo Moisés:

—Te ruego que me muestres tu gloria.

¹⁹ Jehová le respondió:

—Yo haré pasar toda mi bondad delante de tu rostro y pronunciaré el nombre de Jehová delante de ti, pues tengo misericordia del que quiero tener misericordia, y soy clemente con quien quiero ser clemente; ²⁰ pero no podrás ver mi rostro —añadió—, porque ningún hombre podrá verme y seguir viviendo.

²¹ Luego dijo Jehová:

—Aquí hay un lugar junto a mí. Tú estarás sobre la peña, ²² y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. ²³ Después apartaré mi mano y verás mis espaldas, pero no se verá mi rostro.

Moisés había recibido la promesa del Señor de que un ángel iba a continuar guiando a los israelitas en el camino a la tierra de Canaán. Esa promesa, como hemos visto, era limitada. El Señor mismo no los iba a guiar como lo había hecho en el pasado, sino que un ángel creado, les iba a servir de guía en el camino. Además, los versículos anteriores dicen que Moisés había visto la expresión de arrepentimiento del pueblo, pues se habían quitado los atavíos y habían expresado un deseo sincero de restablecer el lazo de amistad con el Señor. Finalmente, Moisés tenía confianza por el hecho de que su comunión personal con el Señor había permanecido tan íntima como siempre. El Señor se había seguido

comunicando con Moisés “cara a cara” como lo había hecho en el pasado.

Por lo tanto, Moisés ahora se decide a proceder valientemente y a llevar adelante su caso en favor de Israel. La conversación entre Moisés y el Señor, que está escrita en los versículos anteriores, muestra una lucha con el Señor en oración, como Jacob lo había hecho una vez, en la que no dejó ir al Señor hasta que lo bendijera.

Primero, Moisés le hace recordar al Señor la comunión íntima que existe entre los dos. Después, Moisés le ruega que le dé más información en cuanto a las intenciones que tiene para con Israel. “Te ruego que me muestres ahora tu camino... mira que esta gente es pueblo tuyo”. Moisés suplica: Si yo voy a ser el líder de este tu pueblo, hazme saber tus intenciones con respecto a ellos. Vemos la manera en que Moisés se acerca al trono de gracia “con valor y plena confianza” tal como Lutero en su catecismo nos anima en su explicación del Padrenuestro.

El Señor le asegura a Moisés: “Mi presencia te acompañará, y te daré descanso”. ¡Moisés recibe lo que pidió! El Señor promete que su presencia irá con su pueblo. ¡Tendrán más que un ángel para guiarlos! Moisés se aferra firmemente a esta promesa del Señor. “Si tu presencia no ha de acompañarnos, no nos saques de aquí. Pues ¿en qué se conocerá aquí que he hallado gracia a tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andas con nosotros, y que yo y tu pueblo hemos sido apartados de entre todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra?” Estas palabras de Moisés, aunque fueron formuladas como preguntas, son realmente las palabras de un creyente que se aferra a la palabra y a la promesa de Dios. Él se acerca al Señor en el Espíritu del salmista que dice: “¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre” (Salmo 73:25,26).

Una vez más el Señor le da seguridad a Moisés: “Haré esto que has dicho, por cuanto has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre”. Moisés se siente lleno de gozo. En su

alegría, se atreve a pedir una cosa más: “Te ruego que me muestres tu gloria”. Aunque Moisés se había comunicado con el Señor “cara a cara”, nunca había visto más que una manifestación externa de la gloria de Dios. No había visto la gloria de Jehová en todo su esplendor. Moisés quería ver a Dios en *toda* su santidad, majestad y perfección. ¿Realmente sabía Moisés lo que estaba pidiendo? ¿Fue su petición un acto impulsivo? Se han dado varias razones para explicar esta petición de Moisés. Algunos dicen que se debió a la gravedad del pecado de Israel; otros dicen que fue por la extrema presión que Moisés tenía como el mediador entre Dios y su pueblo. Otros dicen que simplemente estaba tan lleno de gozo que hizo la petición.

Sea la que fuere la razón de la petición, el Señor no pudo acceder a la petición de Moisés, como él mismo dice: “No podrás ver mi rostro; porque ningún hombre podrá verme y seguir viviendo”. Un ser humano no puede mirar directamente al sol sin quedar temporalmente enceguecido por su brillantez, así los pecadores aquí en la tierra no pueden mirar la gloria de Jehová sin ser destruidos. Los creyentes también son seres humanos pecadores, y por consecuencia, no pueden conocer a Dios plenamente ni comprender sus caminos. No pueden morar en su luz santa. Sólo en la eternidad será quitado el velo que separa al creyente de su Dios santo, y “lo veremos tal como él es” (1 Juan 3:2).

Sin embargo, el Señor no se disgusta por la petición poco usual de Moisés. Más bien le dice: “Yo haré pasar toda mi bondad delante de tu rostro y pronunciaré el nombre de Jehová delante de ti, pues tengo misericordia del que quiero tener misericordia, y soy clemente con quien quiero ser clemente”. De una manera bella, estas palabras nos hacen recordar que para nosotros los seres humanos que estamos en esta tierra, la gloria de Jehová yace en el nombre por el que se nos ha revelado: Jehová, el YO SOY EL QUE SOY, el Señor del pacto, el Dios que se nos revela en su Palabra, principalmente a través de su misericordia, compasión y gracia fiel y gratuita.

Entonces el Señor le concede a Moisés una experiencia única. En la cima del monte Sinaí el Señor mismo pone a Moisés en la grieta de una roca. Mientras el Señor pasa, cubre a Moisés con su “mano”, es decir, con su poder protector. Después de pasar, el Señor permite que Moisés lo vea de “espaldas”, es decir, un reflejo de su gloria. Lo que Moisés realmente vio es difícil de describir en palabras; Moisés mismo no dice mucho acerca de esto. Aun las palabras que el Señor mismo usa van más allá de nuestro entendimiento. El Señor le reveló a Moisés su siervo todo lo que pudo en esa situación. La revelación importante para Moisés fue la proclamación del nombre del Señor; sabremos más sobre esto en el próximo capítulo.

Hay tiempos en nuestra propia vida en que las presiones de esta existencia terrenal pesan mucho sobre nosotros. Los problemas y desilusiones de la vida aumentan de una manera agobiante. Parece que nunca disminuye la intensidad de nuestras responsabilidades. Nos preguntamos cuánto más podemos soportar. Luchamos con el Señor en la oración, anhelando alguna seguridad adicional de que el Señor realmente está aquí con nosotros así como promete.

Con Pedro, decimos: “Señor, ¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6:68). Sí, “palabras de vida eterna”, pero ¿no hay más para nosotros que meras palabras? El cielo parece tan distante. Cantamos en el famoso himno navideño: “¡Llévanos ahí!”, y con Moisés le decimos: “Muéstranos tu gloria”. Queremos que el Señor nos dé alguna evidencia visible de su gloriosa presencia.

Moisés quería eso. Elías, otro profeta del Señor del Antiguo Testamento, deseaba tener la misma seguridad. Se nos dijo que cuando Elías estaba a punto de desespararse, vino a este mismo monte y exclamó: “Sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida” (1 Reyes 19:10). El Señor sobre este monte también le concedió a Elías ciertas experiencias poco comunes, mandando un viento poderoso que partió los montes, un terremoto y un fuego. Pero se nos dice que el Señor no estaba en el viento,

ni en el terremoto ni en el fuego. Vino a Elías en un silbo “apacible y delicado”. El Señor también le demostró a Elías que no debemos buscar la seguridad del Señor en forma de evidencias externas de su poder y majestad, sino en la voz apacible de su Palabra que da fortaleza, en el mensaje de su evangelio de vida y de salvación. El Señor nos asegura que este mensaje tiene el poder de sostenernos hasta que veamos la plenitud de su gloria en los cielos.

En el capítulo siguiente, el Señor una vez más hace énfasis en esta verdad al proclamarle su nombre a Moisés y también al confirmar su pacto con su pueblo.

ÉXODO 34

El sermón sobre el nombre del Señor

Éxodo 34:1-7

¹ Jehová dijo a Moisés:

—Prepara dos tablas de piedra, como las primeras, y escribiré sobre esas tablas las palabras que estaban en las tablas primeras que quebraste. ² Prepárate, pues, para mañana, sube de mañana al monte Sinaí y preséntate ante mí sobre la cumbre del monte. ³ Que no suba nadie contigo ni aparezca nadie en todo el monte. Ni ovejas ni bueyes pasten frente al monte.

⁴ Moisés preparó dos tablas de piedra como las primeras, se levantó de mañana y subió al monte Sinaí, como le mandó Jehová, llevando en sus manos las dos tablas de piedra.

⁵ Descendió Jehová en la nube y permaneció allí junto a él; y él proclamó el nombre de Jehová. ⁶ Jehová pasó por delante de él y exclamó:

—¡Jehová! ¡Jehová! Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, ⁷ que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que castiga la maldad de los

padres en los hijos y en los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación.

Después de que Moisés vio la gloria de Jehová, y mientras estaba en la hendidura de la peña, el Señor le mandó alistar “dos tablas de piedra, como las primeras”, y llevarlas la mañana siguiente a la cumbre del monte Sinaí. Notamos que esta vez el Señor no proveyó las tablas como lo había hecho la primera vez. Puesto que Moisés había quebrado las tablas que el Señor le había dado, era natural que él mismo las reemplazara con las nuevas. El Señor prometió que escribiría de nuevo las palabras de los Diez Mandamientos.

Al día siguiente, muy de mañana, Moisés subió una vez más al monte. Esta vez no hubo truenos ni sonido de trompetas, ni siquiera lo acompañó Josué. Subió solo al monte con las dos tablas para reunirse con el Señor en la nube y para oír las palabras del Señor que Lutero llamó “el sermón sobre el nombre del Señor”. Otra vez se nos dice que el Señor mismo pasó “por delante de él” y personalmente proclamó este sermón que se centraba en su nombre, Jehová: “¡Jehová! ¡Jehová!” son las primeras palabras de este sermón. Recordamos que fue sobre este mismo monte que el Señor le había revelado su gloria a Moisés en la zarza que ardía. En esa ocasión, el Señor llamó a Moisés para sacar el pueblo de Egipto, y el Señor se había revelado como el “YO SOY EL QUE SOY”, el Dios de gracia, quien es personal, eterno e inmutable. Esta es la gran verdad que el Señor una vez más enfatiza en este sermón: “Dios fuerte, misericordioso, y piadoso; tardo para la ira”.

“Solamente Uno puede ser verdaderamente misericordioso”, explica el profesor Augusto Pieper, “el único que es exaltado y todopoderoso, absolutamente independiente, que no busca el favor de nadie ni teme a nadie, de cuya abnegación fluye la gracia, por pura bondad, amor y misericordia” (*The Wauwatosa Theology*, volumen 2, p. 480; traducción libre del inglés).

El Señor se describe a sí mismo como “tardo para la ira”. En su ser interior, sabemos que Dios es amor, no airado. Puede tener

ira cuando se desprecian su amor y misericordia, pero es “*tardo* para ira, y grande en misericordia y verdad”. Dios no vacila. Su gracia y fidelidad van de mano; él siempre cumple sus promesas.

“Guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado”, continúa el Señor en su sermón. Por la palabra “millares” simplemente entendemos un número ilimitado de personas. La gracia de Dios, como él mismo, no tiene límites. ¡Y esta es precisamente la grandeza de su gloria! Perdona los pecados de todo tipo: pecados de iniquidad, pecados de rebelión contra su ley y los pecados diarios.

Pero el Señor proclama otra característica de sí mismo en las palabras que terminan este sermón: “De ningún modo tendrá por inocente al malvado; que castiga la maldad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación”. Aunque la misericordia del Señor no tiene límites, no quiere decir que pasa por alto la gravedad del pecado. Cada pecado es un abuso que se hace de la gloria de Dios, puesto que quebranta su santa ley. ¡Por lo tanto, ningún pecado queda sin castigo!

¿Cómo concuerdan estos dos lados de Jehová? El profesor Pieper dice:

Para nosotros los cristianos todos los misterios en cuanto a la persona y a la voluntad de Dios están resueltos, no en nuestro entendimiento, sino por la fe. No conocemos a un Dios vacío, ni a una Deidad abstracta, sino solamente al Dios que se llama Jehová, el Señor, el Redentor, el Santo de Israel... En este Dios Jehová, se armonizan su ley y su evangelio, su gracia y su ira, de una manera tan gloriosa que no hay otras cosas opuestas que se armonicen en este mundo ni en el venidero, en el tiempo y en la eternidad. Las dos cosas son verdad. Él perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado, por mil generaciones, pero al mismo tiempo nunca tiene por inocente al malvado ni lo deja escapar del castigo, pues visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos.

Y el Hombre, en quien esta contradicción en Dios y en todos sus caminos encuentra su solución, es *Jesucristo*, el Dios Jehová, la encarnación, y la revelación de todos los misterios de los cielos y de la tierra, de la eternidad y del tiempo: *Dios... manifestado en carne*” 1 Timoteo 3:16. (p. 484,485; traducción libre del inglés)

Entonces el profesor Pieper continúa explicando la manera en que Jesús, en nuestro lugar, fue castigado bajo la ley de los pecadores por nuestros pecados, para que la gracia pudiera reinar y para que los pecadores pudiéramos tener paz para siempre. Mientras vivamos bajo esta gracia, el Señor todavía nos disciplina, a veces duramente. No obstante, lo hace como un Padre amoroso para rescatarnos de la destrucción final. “Esta es la armonía verdadera y bienaventurada de la gracia y de la ira de Dios nuestro Salvador” concluye el profesor Pieper (p. 486; traducción libre del inglés).

Así los cristianos andamos por la fe y no por la vista. “No podemos comprender a Dios”, como el profesor Pieper nos lo recuerda, “fuera de la seriedad de su ley y la fidelidad de sus promesas en el evangelio”. Como Moisés, quisiéramos ver la gloria de Jehová. Algún día la veremos. Mientras tanto, sabemos que Dios nos ha revelado todo lo necesario, todo lo que necesitamos saber sobre él, para que podamos gozar algún día la vida en su presencia para siempre. Con esta esperanza cantamos con el salmista en el Salmo 16:9-11:

Se alegró por tanto mi corazón y se gozó mi alma;
mi carne también descansará confiadamente;
porque no dejarás mi alma en el seol,
ni permitirás que tu santo vea corrupción.
Me mostrarás la senda de la vida;
en tu presencia hay plenitud de gozo;
delicias a tu diestra para siempre.

El pacto restaurado

Éxodo 34:8-28

⁸ Entonces Moisés, apresurándose, bajó la cabeza hasta el suelo y adoró, ⁹ diciendo:

—Señor, si en verdad he hallado gracia a tus ojos, que vaya ahora el Señor en medio de nosotros. Éste es un pueblo muy terco, pero perdona nuestra maldad y nuestro pecado, y acéptanos como tu heredad.

¹⁰ Jehová le dijo:

«Mira, voy a hacer un pacto delante de todo tu pueblo. Haré maravillas que no han sido hechas en toda la tierra, ni en nación alguna, y verá todo el pueblo en medio del cual tú estás la obra de Jehová, porque será cosa tremenda la que yo haré contigo.

¹¹ »Guarda lo que yo te mando hoy. Yo echo de delante de tu presencia al amorreo, al cananeo, al heteo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo.

¹² »Guárdate de hacer alianza con los habitantes de la tierra donde has de entrar, para que no sean una trampa en medio de ti. ¹³ Derribaréis sus altares, quebraréis sus estatuas y destruiréis sus imágenes de Asera.

¹⁴ »No te inclinarás ante ningún otro dios, pues Jehová, cuyo nombre es Celoso, es un Dios celoso.

¹⁵ »Por tanto, no harás alianza con los habitantes de aquella tierra, no sea que cuando se prostituyan siguiendo a sus dioses y les ofrezcan sacrificios, te inviten y comas de sus sacrificios; ¹⁶ o que tomen de sus hijas para tus hijos, y al prostituirse ellas tras sus dioses, hagan que tus hijos se prostituyan también yendo tras los dioses de ellas.

¹⁷ »No te harás dioses de fundición.

¹⁸ »La fiesta de los Panes sin levadura guardarás; siete días comerás pan sin levadura, según te he mandado, en el tiempo señalado del mes de Abib, porque en el mes de Abib saliste de Egipto.

19 »Todo primer nacido, mío es; y todo macho de tu ganado que sea primogénito de vaca o de oveja. **20** Pero redimirás con un cordero al primogénito del asno; y si no lo redimes, lo desnucará. Redimirás todo primogénito de tus hijos, y nadie se presentará ante mí con las manos vacías.

21 »Seis días trabajarás, pero en el séptimo día descansarás; aun en tiempo de siembra y de cosecha, descansarás.

22 »También celebrarás la fiesta de las Semanas, la de las primicias de la cosecha del trigo y la fiesta de la Cosecha a la salida del año.

23 »Tres veces en el año se presentará todo hombre tuyo delante de Jehová, el Señor, Dios de Israel. **24** Yo arrojaré de tu presencia a las naciones y ensancharé tu territorio. Nadie codiciará tu tierra cuando subas tres veces al año a presentarte delante de Jehová, tu Dios.

25 »No ofrecerás cosa leudada junto con la sangre de mi sacrificio, ni se dejará hasta la mañana nada del sacrificio de la fiesta de la Pascua.

26 »Llevarás las primicias de los primeros frutos de tu tierra a la casa de Jehová, tu Dios.

»No cocerás el cabrito en la leche de su madre.»

27 Jehová dijo a Moisés: «Escribe tú estas palabras, porque conforme a estas palabras he hecho un pacto contigo y con Israel.»

28 Moisés estuvo allí con Jehová cuarenta días y cuarenta noches; no comió pan ni bebió agua. Y escribió en tablas las palabras del pacto, los diez mandamientos.

Después de oír del Señor mismo “el sermón sobre el nombre del Señor”, Moisés bajó la cabeza hacia el suelo y adoró al Dios Salvador. Se atrevió una vez más a pedirle al Señor que acompañara a su pueblo con su presencia divina: “Éste es un pueblo muy terco, pero perdona nuestra maldad y nuestro pecado, y acéptanos como tu heredad”.

El Señor contestó, confirmando una vez más el pacto que había establecido sobre el monte Sinaí, y que Israel había quebrantado al adorar el becerro de oro. En los versículos anteriores el Señor dio un resumen de los puntos principales del pacto de Sinaí. Especialmente advirtió contra hacer alianzas o cualquier tipo de tratado con los habitantes de la tierra de Canaán. Todas las evidencias de la idolatría: los altares, las estatuas, los postes dedicados a la diosa Asera, deben ser destruidas. Entonces el Señor repitió brevemente las instrucciones con respecto a la verdadera adoración a Jehová. Las leyes del día de reposo, las fiestas especiales, la dedicación del primogénito, una vez más son mencionadas. Todas estas leyes miraron con esperanza al día en que Israel iba a entrar a la tierra prometida de Canaán, dándoles así a Moisés y al pueblo, la seguridad de que el pacto se había restablecido. El resumen que hace el Señor de la ley de Sinaí termina con la misma afirmación con la que había terminado el primer pacto de Sinaí: “No cocerás el cabrito en la leche de su madre”.

Otra vez Moisés tuvo que escribir todas las palabras del pacto como lo había hecho la primera vez, y se quedó en el monte Sinaí por cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua. Los reglamentos del pacto eran los mismos. Los Diez Mandamientos se restablecieron en las dos tablas de piedra en las mismas palabras. La ausencia de Moisés por otros cuarenta días sirvió como una nueva prueba al pueblo. Esta vez pasaron la prueba y esperaron con paciencia hasta que Moisés volvió.

El rostro resplandeciente de Moisés

Éxodo 34:29-35

²⁹ Después descendió Moisés del monte Sinaí con las dos tablas del Testimonio en sus manos. Al descender del monte, la piel de su rostro resplandecía por haber estado hablando con Dios, pero Moisés no lo sabía. ³⁰ Aarón y todos los hijos de Israel miraron a Moisés, y al ver que la piel de su rostro resplandecía, tuvieron miedo de acercarse a él. ³¹ Entonces

Moisés los llamó; Aarón y todos los príncipes de la congregación se acercaron a él, y Moisés les habló. ³² Luego se acercaron todos los hijos de Israel, a los cuales mandó todo lo que Jehová le había dicho en el monte Sinaí.

³³ Cuando acabó Moisés de hablar con ellos, puso un velo sobre su rostro.

³⁴ Cuando Moisés iba ante Jehová para hablar con él, se quitaba el velo hasta que salía. Al salir, comunicaba a los hijos de Israel lo que le era mandado. ³⁵ Al mirar los hijos de Israel el rostro de Moisés, veían que la piel de su rostro resplandecía, y entonces Moisés volvía a ponerse el velo sobre el rostro, hasta que entraba a hablar con Dios.

El reflejo de la gloria de Dios en el rostro de Moisés tenía el propósito de servirle al pueblo como una señal de que se había restablecido el pacto. La gloria de Jehová estaba presente de nuevo entre su pueblo por medio de Moisés. Sin embargo, Moisés ni siquiera sabía que su rostro estaba resplandeciendo. Sin embargo, Aarón y los otros israelitas tenían miedo de acercarse a él debido a la brillantez de su rostro. Por lo tanto, considerando su miedo, Moisés se cubría el rostro con un velo cuando hablaba con el pueblo y les daba todos los mandatos que el Señor a su vez le había dado en el monte Sinaí.

Desgraciadamente la Versión Autorizada en inglés, así como la traducción alemana de Lutero expresan la idea de que el propósito principal del velo en la cara de Moisés era para *esconder* la gloria de Jehová para que la gente no tuviera miedo de Moisés. El hecho es que, tal como la versión Reina-Valera y otras traducciones lo expresan correctamente, Israel *sí* vio la gloria de Dios reflejada en el rostro de Moisés. Moisés se puso el velo no sólo para que la gente no tuviera miedo, sino “para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había de desaparecer”, como escribe Pablo en 2 Corintios 3:13.

El rostro de Moisés reflejaba la gloria de la ley de Sinaí. Esta gloria, como Pablo nos explica en 2 Corintios el capítulo tres, era

una gloria que había de perecer. “Por Cristo es quitado”, dice Pablo (versículo 14). Con esta comparación, Pablo enfatiza que la gloria del ministerio del Nuevo Testamento es mayor que la de Moisés. El ministerio del Nuevo Testamento, que se centra en Cristo quien cumplió la ley, es un ministerio del Espíritu que nunca se desvanecerá. Es un ministerio que refleja la gloria del evangelio, que no tiene condiciones ni límites, y que permanece para siempre. Por lo tanto, en el ministerio del Nuevo Testamento, nosotros como cristianos queremos comunicar todo el gozo infinito que nuestro mensaje les ofrece a los pecadores condenados. ¡Qué privilegio tan inmerecido nos ha otorgado nuestro Señor de gracia!

Una información incidental sobre estos versículos yace en la famosa estatua de Moisés esculpida por Miguel Ángel en la ciudad de Roma, Italia. En el versículo 29, leemos que “la piel de su rostro [de Moisés] resplandecía por haber estado hablando con Dios”. La palabra hebrea para “resplandecer” se deriva de la misma palabra en hebreo que significa “cuerno”. Cuando Jerónimo, el Padre de la iglesia, tradujo la Biblia al latín, transmitió la idea de que cuando Moisés bajó del monte Sinaí con las dos tablas de piedra, su cabeza se veía como si de ella se proyectaran dos cuernos. Por lo tanto, la estatua de Miguel Ángel presenta a Moisés con cuernos en lugar de rayos de luz.

Con estos versículos se termina el capítulo 34 de Éxodo. El pacto se había restablecido. Como resultado del serio pecado de Israel de adorar al becerro de oro, había ocurrido una grave interrupción en el pacto. Debido a la misericordia del Señor, se había sanado la brecha que Israel había causado en su relación de amistad con Dios. El pueblo ya estaba listo para proceder con el asunto que tenía a la mano, la construcción del tabernáculo, siguiendo las instrucciones que les había dado el Señor.

Reglamento del día de reposo

Éxodo 35:1-3

¹ Moisés convocó a toda la congregación de los hijos de Israel y les dijo: «Éstas son las cosas que Jehová ha mandado que se hagan: ² Seis días se trabajará, pero el día séptimo os será santo, día de descanso para Jehová; cualquiera que haga en él algún trabajo, morirá. ³ No encenderéis fuego en ninguna de vuestras casas en sábado.»

Después que ya se había restaurado el pacto entre el Señor e Israel, Moisés convocó a los israelitas para anunciarles el mandamiento divino de proceder con la construcción del tabernáculo. Sin embargo, primero le volvió a repetir al pueblo las instrucciones que se le habían dado en cuanto al día de reposo. No debía hacerse ningún trabajo en el séptimo día y ningún fuego debía ser encendido. El castigo por el pecado contra estas leyes era la muerte.

La repetición de estas leyes aquí sirvió para frenar a la gente cuando emprendiera la obra de construcción del tabernáculo. Es cierto que ese trabajo era para el Señor y que era una obra importante. Sin embargo, lo primordial para Dios fue la obediencia estricta de las leyes del sábado. Nadie debía trabajar en la construcción del tabernáculo en el séptimo día.

¿Por qué era tan importante la observancia del día de reposo? Guardarlo no era un medio de ganar el favor del Señor. Más bien, fue un símbolo del reposo perfecto que el Señor le había prometido a su pueblo por medio del Salvador, el reposo que se iba a lograr con su venida, y que durará para siempre. Era un símbolo de Cristo. Cuando Jesús vino como el cumplimiento del día de reposo, él dijo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mateo 11:28,29). Jesús ofrece este

descanso para el alma por medio de la seguridad del perdón de los pecados. Él obtuvo este descanso para todos con su obra salvadora y se lo ofrece a todos hoy en día por medio de la prédica de su evangelio.

El autor del libro a los Hebreos, se refiere a este reposo del sábado que permanece para el pueblo de Dios. Lo hace en conexión con la prédica del evangelio, y anima a su pueblo a estar atento a la prédica del evangelio en toda oportunidad. “Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (3:7,8).

Es bueno que nosotros, los cristianos del Nuevo Testamento, tomemos en serio esta advertencia. Los reglamentos del Antiguo Testamento para el descanso completo en ciertos días de la semana ya no se nos aplican a nosotros. Cristo fue el cumplimiento perfecto del sábado del Antiguo Testamento. No obstante, esto no nos da el derecho, como algunos puedan pensar, de despreciar la Palabra del Salvador, que nos fortalece en el camino a la vida eterna. Cuando descuidamos las oportunidades de oír su palabra y de alabar su nombre en nuestros cultos de adoración, nos convertimos en esclavos de nuestros propios deseos egoístas, que solamente nos destinan a merecer la condenación eterna en vez de heredar el descanso eterno.

Que nuestra adoración en el día del Señor sea un anticipo de aquel descanso y comunión perfectos que tendremos con el Señor, de los que Juan escribe en Apocalipsis: “Y oí una gran voz del cielo que decía: ‘El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron’” (21:3,4). Este es el reposo que esperamos disfrutar por toda la eternidad en el cielo.

Los materiales para el tabernáculo

Éxodo 35:4-19

⁴ Así habló Moisés a toda la congregación de los hijos de

Israel: «Esto es lo que Jehová ha mandado: ⁵ Tomad de entre vosotros una ofrenda para Jehová; todo generoso de corazón la traerá a Jehová: oro, plata, bronce, ⁶ azul, púrpura, carmesí, lino fino, pelo de cabras, ⁷ pieles de carneros teñidas de rojo, pieles de tejones, madera de acacia, ⁸ aceite para el alumbrado, especias para el aceite de la unción y para el incienso aromático, ⁹ piedras de ónice y piedras de engaste para el efod y para el pectoral.

¹⁰» Todo sabio de corazón de entre vosotros vendrá y hará todas las cosas que Jehová ha mandado: ¹¹ el Tabernáculo, su tienda, su cubierta, sus corchetes, sus tablas, sus barras, sus columnas y sus basas; ¹² el Arca y sus varas, el propiciatorio, el velo de la tienda; ¹³ la mesa con sus varas y todos sus utensilios, y el pan de la proposición; ¹⁴ el candelabro del alumbrado y sus utensilios, sus lámparas, y el aceite para el alumbrado; ¹⁵ el altar del incienso y sus varas, el aceite de la unción, el incienso aromático, la cortina de la puerta para la entrada del Tabernáculo; ¹⁶ el altar del holocausto, su enrejado de bronce y sus varas, y todos sus utensilios, y la fuente con su base; ¹⁷ las cortinas del atrio, sus columnas y sus basas, la cortina de la puerta del atrio; ¹⁸ las estacas del Tabernáculo, y las estacas del atrio y sus cuerdas; ¹⁹ las vestiduras del servicio para ministrar en el santuario, las sagradas vestiduras de Aarón, el sacerdote, y las vestiduras de sus hijos para servir en el sacerdocio.»

Moisés ahora *invitó a toda la congregación de Israel* a llevarle una ofrenda al Señor para la construcción del tabernáculo. Esta ofrenda debía tomarse de lo que ellos tenían. *El Señor no exigía lo imposible*. Es cierto que exigía materiales que eran muy costosos, pero, como lo notamos antes, esos materiales ya estaban a la disposición de los israelitas por lo que habían recibido de los egipcios, o se podían adquirir de varias maneras en el lugar donde ellos habían acampado. Es cierto que reunir esos materiales significaba un gran esfuerzo y en algunos casos sería a costa de

un gran sacrificio personal, pero el Señor no vaciló en pedir lo mejor porque se iba a usar con el propósito de permitir que el pueblo honrara su nombre.

Además notamos que todo lo que era necesario para el tabernáculo fue enumerado en detalle. *El Señor no le negó ninguna información a su pueblo.* No escondió los requisitos bajo palabras vagas o generales. Los metales preciosos, las pieles de animales, las joyas, y hasta las cosas más pequeñas, como las estacas y las sogas, estaban todas incluidas. Nada era demasiado costoso ni demasiado pequeño para ser dedicado al Señor para su servicio.

Posiblemente había algunos israelitas que no tenían ni oro ni joyas. Sin embargo, podían participar en este proyecto de la comunidad. “Todo sabio de corazón de entre vosotros vendrá y hará todas las cosas que Jehová ha mandado”, dijo Moisés. *Podían dedicar sus habilidades al Señor al ofrecer la labor de sus manos.* Los hombres podían recoger y preparar las pieles de los carneros y tejones; las mujeres podían hilar los diferentes tipos de material y tela como se describen. Los artesanos podían tallar la madera y trabajar el oro y la plata. Era necesario preparar el aceite de olivo e incienso según las indicaciones exactas del Señor. Cada uno podía usar sus dones y sus talentos de alguna manera.

En todo esto notamos un orden predominante: “Todo generoso de corazón que traerá ofrenda a Jehová...” *Las ofrendas de material y de mano de obra debían ser regalos hechos libremente.* No se ejercía ninguna coacción. No se proclamó ninguna amenaza de la ley. El Señor quería que este derramamiento de ofrendas saliera del corazón de su pueblo; quería que ellos los trajeran en espíritu de gratitud por sus dones de gracia y para la gloria de su santo nombre.

Hoy día no se pueden encontrar mejores principios de la mayordomía cristiana para usar en nuestras congregaciones que en este capítulo del Éxodo. Las ofrendas al Señor aún forma parte de nuestra vida cristiana en la congregación. Se necesitan ofrendas generosas para sostener la obra de la congregación local tanto como para realizar la obra misionera en el país y en el resto del

mundo. Para apreciar esto no se necesita más que ver el presupuesto anual para las necesidades de una congregación local o de la iglesia nacional. Los proyectos de construcción forman una gran parte de estas necesidades. Una congregación o sínodo que no tenga ningún plan de mejoramiento ni de expansión falla en la provisión para el futuro. Así el llamamiento de “llevarle ofrendas al Señor” siempre está vigente. ¿Cómo podemos pedir ofrendas al pueblo repetidas veces sin oír la muy común queja: “Lo único que la iglesia quiere es mi dinero”?

Éxodo 35 destaca primero que esto “es lo que *Jehová* ha mandado”; la ofrenda es “para *Jehová*”. El Señor nunca pide sin razón ni sin fundamento. Es el Dios Salvador el que manda esto, el Señor que se ha revelado a sí mismo en toda su gracia y misericordia, que ha hecho un pacto eterno con su pueblo, el Señor que sabe que un pueblo agradecido querrá mostrarle la gratitud por sus bendiciones. Sí, su pueblo necesita demostrar el agradecimiento para expresar su compañerismo con el Señor. El Señor no quiere nuestras ofrendas porque necesite de nosotros. Al contrario, nosotros necesitamos a él, y necesitamos expresar esto en nuestra vida y en nuestra adoración. Y si las bendiciones del Señor son importantes para nosotros, vamos a desear compartirlas con tanta gente como sea posible.

Cuando pedimos ofrendas, es fácil que nuestra naturaleza humana pierda la confianza en el método de “ofrendas voluntarias” y nos imaginamos que es necesario imponer algo de coacción legalista para que nuestro programa tenga éxito. ¿Por qué no gravar a la gente conforme a sus ingresos? ¿Por qué no exigir bajo amenazas? Sin embargo, notamos que el Nuevo Testamento repite el mismo espíritu de ofrendas voluntarias. Es el evangelio de Cristo el que nos motiva, como nos enseña 2 Corintios 5:14. Es la gracia de nuestro Señor Jesucristo la que nos da a nosotros los cristianos el espíritu de dar ofrendas voluntariamente, ofrendas que sean aceptables a nuestro Señor. Una lectura de 1 Corintios 16:1-4 y 2 Corintios 8 y 9, ayuda mucho a fortalecernos en este principio bíblico tan importante.

Esto no quiere decir que reunir ofrendas sea una tarea fácil. Así como Moisés le dijo al pueblo exactamente lo que se necesitaba, así también debemos presentar claramente las necesidades de la congregación y del sínodo al resto de los miembros de la congregación. No hay por qué disculparse por estas necesidades. Esta es la obra del Señor. La obra del Señor es un gran asunto de prioridad. Esto también significa que toda la congregación tiene el privilegio de traerle ofrendas al Señor. Moisés se dirigió a toda la congregación de Israel. No sólo pidió las ofrendas de oro y de plata, sino que se aseguró de que todo tipo de habilidad se pusiera al servicio del Señor. Esta clase de esfuerzo, la que incluye a todas las personas, requiere de mucho trabajo; requiere organización. Pero le da a cada miembro del cuerpo de Cristo la oportunidad de expresar su amor por el Señor.

En las remotas aldeas de África la gente tiene muy poco dinero. Sin embargo, tienen otras formas de mostrarle su amor al Señor y la dedicación a su obra. Con sus propias manos pueden construir sus propias iglesias, con los materiales disponibles de la selva africana. En los días de acción de gracias pueden traer su maíz, las nueces molidas y la raíz de la mandioca al altar del Señor. Pueden apartar un área del campo como “el terreno del Señor”, y los frutos de ese terreno se venden en el mercado como “los frutos del Señor”. El Señor no pide lo imposible. Donde existe un espíritu de gratitud, el asunto de la mayordomía cristiana será un gozo y no el dolor de cabeza que algunos se imaginan.

La ofrenda

Éxodo 35:20-29

²⁰ Entonces salió toda la congregación de los hijos de Israel de delante de Moisés. ²¹ Todo aquel a quien su corazón impulsó, y todo aquel a quien su espíritu le dio voluntad, trajo una ofrenda a Jehová para la obra del Tabernáculo de reunión, para toda su obra y para las sagradas vestiduras. ²² Vinieron tanto hombres como mujeres, todos de corazón generoso, y trajeron cadenas, zarcillos, anillos, brazaletes y

toda clase de joyas de oro; todos presentaban una ofrenda de oro a Jehová. ²³ Todo hombre que tenía azul, púrpura, carmesí, lino fino, pelo de cabras, pieles de carneros teñidas de rojo, o pieles de tejones, lo traía. ²⁴ Todo el que ofrecía una ofrenda de plata o de bronce, traía a Jehová la ofrenda; y todo el que tenía madera de acacia, la traía para toda la obra del servicio. ²⁵ Además, todas las mujeres sabias de corazón hilaban con sus manos, y traían lo que habían hilado: azul, púrpura, carmesí o lino fino. ²⁶ Y todas las mujeres cuyo corazón las impulsó, hilaron hábilmente pelo de cabra. ²⁷ Los príncipes trajeron piedras de ónice y las piedras de los engastes para el efod y el pectoral, ²⁸ las especias aromáticas y el aceite para el alumbrado, para la unción y para el incienso aromático.

²⁹ De los hijos de Israel, tanto hombres como mujeres, todos los que tuvieron corazón generoso para traer algo a la obra que Jehová había mandado por medio de Moisés que hicieran, trajeron ofrenda voluntaria a Jehová.

Estos versículos describen la respuesta de los israelitas a la petición que hizo Moisés de ofrendas para el tabernáculo. El resultado final se describe en el capítulo 36. Aquí se nos dice que toda la congregación participó. La respuesta vino del corazón; se dieron los materiales costosos voluntariamente. Las personas que tenían habilidades ofrecieron sus servicios de buena voluntad. Las mujeres hilaron las telas necesarias tal como se había especificado. Los líderes de las tribus llevaron piedras preciosas y gemas. La naturaleza voluntaria de esta ofrenda se recalca en estos versículos y se resume en el último versículo: “De los hijos de Israel, tanto hombres como mujeres, todos los que tuvieron corazón voluntario para traer para toda la obra, que Jehová había mandado por medio de Moisés que hiciesen, trajeron ofrenda voluntaria a Jehová”.

¡Qué gozo debe haber sido para Moisés el ver que la gente respondía de esa manera! Un poco antes, esa misma nación estaba bailando alrededor del becerro de oro. El Señor en su ira había

amenazado con quitarles las bendiciones del pacto. Moisés había intercedido por el pueblo; el Señor misericordiosamente le había perdonado sus pecados y la relación del pacto había sido restablecida. En vista de ese pasado oscuro, la respuesta entusiasta debe haber sido especialmente animadora.

Hoy un gozo muy grande en la obra de Señor es ver que una congregación de cristianos responde a una petición de servicio voluntario. El apóstol Pablo también se regocijó cuando las iglesias de Macedonia dieron generosamente para ayudar a los cristianos pobres de Jerusalén. Pablo le dio toda la gloria a Dios por esta respuesta voluntaria. Él escribió en 2 Corintios 9:7,8: “Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza ni por obligación, porque Dios ama al dador alegre. Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo necesario, abundéis para toda buena obra”.

¡Que también nosotros en los momentos de gozo le demos toda la gloria a Dios por la victoria del evangelio!

Llamamiento de Bezaleel y de Aholiab

Éxodo 35:30-35

³⁰ Entonces Moisés dijo a los hijos de Israel: «Mirad, Jehová ha nombrado a Bezaleel hijo de Uri hijo de Hur, de la tribu de Judá, ³¹ y lo ha llenado del espíritu de Dios, en sabiduría, en inteligencia, en ciencia y en todo arte, ³² para proyectar diseños, para trabajar en oro, en plata y en bronce, ³³ en la talla de piedras de engaste y en obra de madera, para trabajar en toda labor ingeniosa. ³⁴ Ha puesto en su corazón el don de enseñar, tanto a él como a Aholiab hijo de Ahisamac, de la tribu de Dan, ³⁵ y los ha llenado de habilidades para que hagan toda obra de arte y de invención, de bordado en azul, en púrpura, en carmesí, en lino fino y en telar, para que hagan toda labor e inventen todo diseño.

Moisés presenta a Bezaleel y a Aholiab como los maestros de la obra de construcción del tabernáculo con todos sus utensilios. Otra vez notamos la manera en que Moisés siempre le da la gloria al “espíritu de Dios” por dotar a estos hombres y a sus ayudantes con dones especiales para llevar a cabo las tareas designadas.

Nosotros también debemos reconocer que “toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto” (Santiago 1:17), y que es Dios el que obra en nosotros tanto el querer como el poder hacer según su buen propósito. “Gloria a Dios en las alturas” también por la habilidades prácticas que él nos da en nuestros esfuerzos de embellecer la casa de Dios donde nosotros alabamos su nombre.

La primera iglesia de una aldea de África, que fue construida por la gente de esa misma aldea, fue construida sobre un terreno que les fue donado por un señor llamado Moisés Mhlanga, que también contribuyó con la mayor parte de la mano de obra y la dirección de la misma. En el día de la dedicación del templo, algunos querían alabar al Sr. Mhlanga por sus esfuerzos pero él respondió: “El Señor edificó esta casa. Nosotros solamente nos divertíamos.” También en nuestra sociedad tan sofisticada y con nuestros métodos tan complicados, sigue siendo el Señor quien edifica su casa.

ÉXODO 36

¡Más que suficiente!

Éxodo 36:1-7

¹»Así, pues, Bezaleel y Aholiab, y todo hombre de talento a quien Jehová haya dado sabiduría e inteligencia para saber hacer toda la obra del servicio del santuario, harán todas las cosas que ha mandado Jehová.»

² Moisés llamó a Bezaleel, a Aholiab y a todo hombre de talento en cuyo corazón había puesto Jehová sabiduría, todo hombre a quien su corazón le movió a venir a la obra para trabajar en ella. ³ Ellos recibieron de Moisés todas las

ofrendas que los hijos de Israel habían traído para la obra del servicio del santuario, a fin de hacerla. Y ellos seguían trayéndole ofrendas voluntarias cada mañana. ⁴Tanto, que todos los maestros que hacían la obra del santuario, dejaron el trabajo que cada uno hacía, ⁵y fueron a decirle a Moisés: «El pueblo trae mucho más de lo que se necesita para la obra que Jehová ha mandado que se haga.»

⁶Entonces Moisés mandó pregonar por el campamento: «Ningún hombre ni mujer haga más labores para la ofrenda del santuario.»

Así se le impidió al pueblo ofrecer más, ⁷pues tenían material abundante para hacer toda la obra, y aún sobraba.

La respuesta del pueblo a la petición de ofrendas fue asombrosa. ¡La ofrenda fue mucho mayor que la necesidad! ¡Cuando se le entregaron los materiales a Bezaleel, a Aholiab, y a los demás maestros de la obra, la cantidad era tan grande que era necesario pedirle al pueblo que ya no trajera más.

¿Es eficaz el sistema de la ofrenda voluntaria? Claro que sí, cuando la gente está motivada por el evangelio, cuando se entiende bien la necesidad y cuando la petición se extiende a toda la congregación. El Espíritu de Dios es “poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por lo siglos de los siglos. Amén” (Efesios 3:20,21).

Como hemos dicho antes, San Pablo recibió una respuesta semejante de las iglesias de Macedonia. Respecto de esas iglesias, Pablo les escribió a los corintios: “En las grandes tribulaciones con que han sido probadas, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad. Doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediéramos el privilegio de participar en este servicio para los santos. Y no como lo esperábamos, sino que a sí mismos se dieron

primeramente al Señor y luego a nosotros, por la voluntad de Dios” (2 Corintios 8:2-5).

He ahí el secreto de las ofrendas generosas: “primeramente al Señor”. Dieron porque apreciaban la gracia que el Señor Jesucristo les había dado, como Pablo añade: “La gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuiseis enriquecidos” (versículo 9). Cuando los cristianos comiencen a apreciar esta gracia de Dios en el regalo de su Hijo Jesucristo, entonces ellos también se darán al Señor. Habrá tal derramamiento de ofrendas para la obra de la iglesia y para la propagación del evangelio, ofrendas tan grandes que la tesorería de la iglesia se llenará hasta desbordarse.

Entonces que nosotros en nuestros programas de mayordomía, hagamos la misma petición que les hizo San Pablo a los corintios: “No busco lo vuestro, sino a vosotros” (2 Corintios 12:14).

Los siguientes versículos de este capítulo, el capítulo 37, y el capítulo 38 hasta el versículo 31, dan los detalles de la construcción del tabernáculo. Estos versículos siguen casi palabra por palabra las instrucciones que el Señor le dio a Moisés en el monte Sinaí, en los capítulos 25, 26, 27, y 30. Esta sección no es una repetición sin propósito, sino que muestra el cuidado con el que los israelitas hicieron caso de las instrucciones del Señor en cada detalle.

Éxodo 36:8-38

⁸ Los más hábiles de entre todos los que realizaban la obra, hicieron el Tabernáculo de diez cortinas de lino torcido, azul, púrpura y carmesí; las hicieron con querubines de obra primorosa. ⁹ La longitud de una cortina era de veintiocho codos, y la anchura de cuatro codos. Todas las cortinas tenían la misma medida. ¹⁰ Unieron entre sí cinco de las cortinas, y lo mismo hicieron con las otras cinco cortinas. ¹¹ Luego pusieron lazadas azules en la orilla de la cortina que estaba al extremo de la primera serie, y lo mismo hicieron en la orilla de la cortina final de la segunda serie. ¹² Cincuenta

lazadas pusieron en la primera cortina, y otras cincuenta en la orilla de la cortina de la segunda serie; las lazadas de cada una se correspondían con las de la otra. ¹³ Hicieron también cincuenta corchetes de oro, con los cuales enlazaron las cortinas una con otra, y así el Tabernáculo formó un todo.

¹⁴ Hizo cortinas de pelo de cabra para una tienda que cubriera el Tabernáculo; once cortinas hizo. ¹⁵ La longitud de cada cortina era de treinta codos, y la anchura de cuatro codos; las once cortinas tenían una misma medida. ¹⁶ Y unió cinco de las cortinas aparte, y las otras seis cortinas aparte.

¹⁷ Hizo además cincuenta lazadas en la orilla de la cortina que estaba al extremo de la primera serie, y otras cincuenta lazadas en la orilla de la cortina final de la segunda serie.

¹⁸ También hizo cincuenta corchetes de bronce para enlazar la tienda, de modo que formara un todo.

¹⁹ Para la tienda hizo una cubierta de pieles de carnero teñidas de rojo, y otra cubierta de pieles de tejones encima.

²⁰ Además, hizo de madera de acacia las tablas para el Tabernáculo, y las puso derechas. ²¹ La longitud de cada tabla era de diez codos, y de codo y medio la anchura.

²² Cada tabla tenía dos espigas, para unir las una con otra; así hizo todas las tablas del Tabernáculo. ²³ Hizo, pues, las tablas para el Tabernáculo: veinte tablas para el lado sur. ²⁴ Hizo también cuarenta basas de plata debajo de las veinte tablas:

dos basas debajo de una tabla para sus dos espigas, y dos basas debajo de otra tabla para sus dos espigas. ²⁵ Y para el otro lado del Tabernáculo, al lado norte, hizo otras veinte tablas,

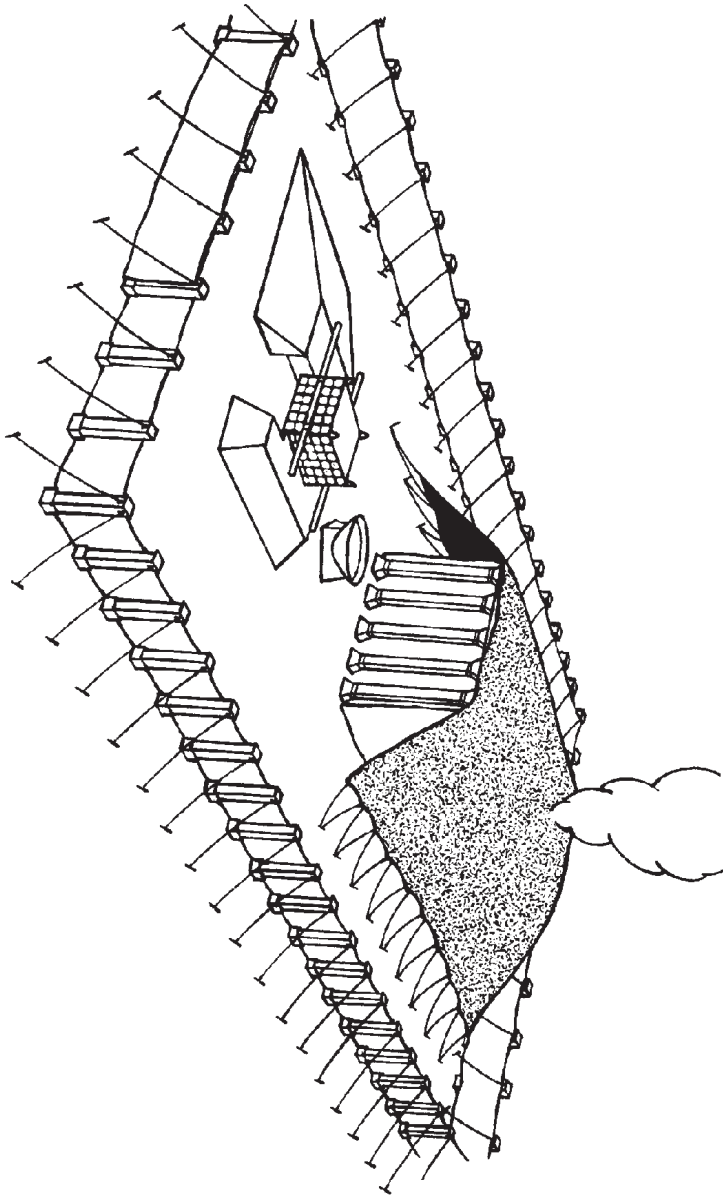
²⁶ con sus cuarenta basas de plata: dos basas debajo de una tabla, y dos basas debajo de otra tabla. ²⁷ Y para el lado occidental del Tabernáculo hizo seis tablas. ²⁸ Para las esquinas del Tabernáculo, en los dos lados, hizo dos tablas,

²⁹ las cuales se unían desde abajo, y por arriba se ajustaban con un gozne; así hizo a la una y a la otra en las dos esquinas. ³⁰ Eran, pues, ocho tablas, y sus basas de plata dieciséis: dos basas debajo de cada tabla.

³¹ Hizo también las barras de madera de acacia: cinco para las tablas de un lado del Tabernáculo, ³² cinco barras para las tablas del otro lado del Tabernáculo y cinco barras para las tablas del lado posterior del Tabernáculo, hacia el occidente. ³³ E hizo que la barra pasara por en medio de las tablas de un extremo al otro. ³⁴ Recubrió de oro las tablas y les hizo argollas de oro para pasar por ellas las barras; también recubrió de oro las barras.

³⁵ Hizo asimismo el velo de azul, púrpura, carmesí y lino torcido; lo hizo con querubines de obra primorosa. ³⁶ Para colgarlo, hizo cuatro columnas de madera de acacia y las recubrió de oro. Sus capiteles eran también de oro; y fundió para ellas cuatro basas de plata.

³⁷ Hizo también el velo para la puerta del Tabernáculo, de azul, púrpura, carmesí y lino torcido, obra de recamador, ³⁸ con sus cinco columnas y sus capiteles. Recubrió de oro los capiteles y las molduras, e hizo de bronce sus cinco basas.



El tabernáculo

Éxodo 37:1-29

¹ Hizo también Bezaleel el Arca de madera de acacia; su longitud era de dos codos y medio, su anchura de codo y medio y su altura de codo y medio. ² La recubrió de oro puro por dentro y por fuera, y le hizo una cornisa de oro alrededor. ³ Además fundió cuatro argollas de oro para sus cuatro esquinas; en un lado dos argollas y en el otro lado dos argollas. ⁴ Hizo también varas de madera de acacia y las recubrió de oro. ⁵ Y metió las varas por las argollas a los lados del Arca, para transportar el Arca.

⁶ Hizo asimismo el propiciatorio de oro puro, de dos codos y medio de largo y codo y medio de ancho. ⁷ Hizo también los dos querubines de oro, labrados a martillo, en los dos extremos del propiciatorio. ⁸ Un querubín a un extremo y otro querubín al otro extremo; de una pieza con el propiciatorio hizo los querubines en sus dos extremos. ⁹ Los querubines tenían sus alas extendidas por encima, y con ellas cubrían el propiciatorio; colocados uno frente al otro, sus rostros miraban hacia el propiciatorio.

¹⁰ Hizo también la mesa de madera de acacia, de dos codos de largo, un codo de ancho y codo y medio de altura, ¹¹ la recubrió de oro puro y le hizo una cornisa de oro alrededor. ¹² Hizo también en torno a ella una moldura de un palmo menor de ancho, e hizo una cornisa de oro alrededor de la moldura. ¹³ Le hizo asimismo cuatro argollas de oro de fundición, y las puso en las cuatro esquinas que correspondían a las cuatro patas de ella. ¹⁴ Debajo de la moldura estaban las argollas, por las cuales se metían las varas para llevar la mesa.

¹⁵ Hizo las varas de madera de acacia para llevar la mesa y las recubrió de oro. ¹⁶ También hizo de oro fino los utensilios que habían de estar sobre la mesa: platos, cucharas, cubiertos y los tazones con que se había de libar.

¹⁷ Hizo asimismo el candelabro de oro puro, labrado a martillo; su pie, su caña, sus copas, sus manzanas y sus flores eran de lo mismo. ¹⁸ De sus lados salían seis brazos: tres brazos de un lado del candelabro y otros tres brazos del otro lado del candelabro. ¹⁹ En un brazo había tres copas en forma de flor de almendro, una manzana y una flor, y en el otro brazo había tres copas en forma de flor de almendro, una manzana y una flor; así en los seis brazos que salían del candelabro. ²⁰ También en la caña del candelabro había cuatro copas en forma de flor de almendro, con sus manzanas y sus flores: ²¹ una manzana debajo de dos brazos del candelabro, otra manzana debajo de los siguientes dos brazos del candelabro, otra manzana debajo de los siguientes dos brazos, conforme a los seis brazos que salían de él. ²² Las manzanas y los brazos formaban con el candelabro una sola pieza de oro puro labrada a martillo. ²³ Hizo asimismo de oro puro sus siete lámparas, sus despabiladeras y sus platillos.

²⁴ De un talento de oro puro lo hizo, con todos sus utensilios.

²⁵ Hizo también de madera de acacia el altar del incienso, de un codo de largo y un codo de ancho, cuadrado, y de dos codos de altura. Sus cuernos formaban una sola pieza con él.

²⁶ Recubrió de oro puro su cubierta, sus lados y sus cuernos, y le hizo una cornisa de oro alrededor. ²⁷ Le hizo también dos argollas de oro debajo de la cornisa en las dos esquinas a los dos lados, para meter por ellas las varas con que había de ser conducido. ²⁸ Hizo las varas de madera de acacia y las recubrió de oro.

²⁹ Hizo asimismo el aceite santo de la unción y el incienso puro, aromático, según el arte del perfumador.

Éxodo 38:1-31

¹ Igualmente hizo de madera de acacia el altar del holocausto, de cinco codos de largo, cinco codos de ancho, cuadrado, y tres codos de altura. ² En sus cuatro extremos hizo unos cuernos, los cuales formaban una sola pieza con él, y lo recubrió de bronce. ³ Hizo asimismo todos los utensilios del altar: calderos, tenazas, tazones, garfios y palas; todos sus utensilios los hizo de bronce. ⁴ Hizo para el altar un enrejado de bronce de obra de rejilla, que puso por debajo de su cerco hasta la mitad del altar. ⁵ También fundió cuatro argollas a los cuatro extremos del enrejado de bronce, para meter las varas. ⁶ Hizo las varas de madera de acacia y las recubrió de bronce. ⁷ Y metió las varas por las argollas a los lados del altar, para transportarlo con ellas. El altar era hueco y estaba hecho de tablas.

⁸ También hizo la fuente de bronce y su base de bronce, con los espejos de las mujeres que servían a la puerta del Tabernáculo de reunión.

⁹ Hizo asimismo el atrio. Por el lado sur, al mediodía, el atrio de cortinas de lino torcido tenía cien codos. ¹⁰ Sus columnas eran veinte, y veinte sus basas de bronce; los capiteles de las columnas y sus molduras eran de plata. ¹¹ Por el lado norte había también cortinas de cien codos; sus columnas eran veinte, y veinte sus basas de bronce; los capiteles de las columnas y sus molduras eran de plata. ¹² Por el lado occidental había cortinas de cincuenta codos; sus columnas eran diez, y diez sus basas; los capiteles de las columnas y sus molduras eran de plata. ¹³ Por el lado oriental había cortinas de cincuenta codos; ¹⁴ a un lado había cortinas de quince codos, con sus tres columnas y sus tres basas; ¹⁵ por el otro lado, a uno y otro lado de la puerta del atrio, había cortinas de quince codos, con sus tres columnas y sus tres basas. ¹⁶ Todas las cortinas alrededor del atrio eran de

lino torcido. ¹⁷ Las basas de las columnas eran de bronce; los capiteles de las columnas y sus molduras eran de plata; también las cubiertas de sus cabezas eran de plata, y todas las columnas del atrio tenían molduras de plata.

¹⁸ La cortina de la entrada del atrio era obra de recamador, de azul, púrpura, carmesí y lino torcido. Tenía veinte codos de largo, y su ancho, o sea su altura, era de cinco codos, lo mismo que las cortinas del atrio. ¹⁹ Sus columnas eran cuatro, con sus cuatro basas de bronce y sus capiteles de plata; las cubiertas de sus capiteles y sus molduras eran de plata. ²⁰ Todas las estacas del Tabernáculo y del atrio que lo rodeaba eran de bronce.

²¹ Éstas son las cuentas del Tabernáculo, del tabernáculo del Testimonio, las que se hicieron por orden de Moisés y ejecutaron los levitas bajo la dirección de Itamar, hijo del sacerdote Aarón.

²² Bezaleel hijo de Uri hijo de Hur, de la tribu de Judá, hizo todas las cosas que Jehová mandó a Moisés, ²³ y con él estaba Aholiab hijo de Ahisamac, de la tribu de Dan, artífice, diseñador y recamador en azul, púrpura, carmesí y lino fino.

²⁴ Todo el oro empleado en la obra, en toda la obra del santuario, o sea, el oro de la ofrenda, fue de veintinueve talentos y setecientos treinta siclos, según el siclo del santuario.

²⁵ La plata de los empadronados de la congregación fue de cien talentos y mil setecientos setenta y cinco siclos, según el siclo del santuario; ²⁶ medio siclo por cabeza, según el siclo del santuario, para todos los que pasaron por el censo, de veinte años de edad para arriba, que sumaron seiscientos tres mil quinientos cincuenta. ²⁷ Hubo además cien talentos de plata para fundir las basas del santuario y las basas del velo; en cien basas, cien talentos, a talento por basa. ²⁸ Con los mil setecientos setenta y cinco siclos hizo los capiteles de las columnas, recubrió sus capiteles y las unió.

²⁹ El bronce ofrendado fue de setenta talentos y dos mil cuatrocientos siclos, ³⁰ y con él fueron hechas las basas de la puerta del Tabernáculo de reunión y el altar de bronce, su enrejado de bronce y todos los utensilios del altar, ³¹ las basas del atrio y las basas de la puerta del atrio, todas las estacas del Tabernáculo y todas las estacas del atrio que lo rodeaba.

Algunas cosas en esta larga sección merecen una atención especial.

Éxodo 38:8 nos dice: “También hizo la fuente de bronce y su base de bronce, con los espejos de las mujeres que servían a la puerta del Tabernáculo de reunión”. Algo de no mucha importancia que se aprende en estos versículos es que las mujeres de aquellos días también usaban espejos para cuidar su apariencia. Los espejos se hacían de bronce bruñido. Las mujeres donaron voluntariamente sus espejos para hacer la fuente de bronce en la que los sacerdotes se lavaban. De mayor interés es el hecho de que las mujeres servían a la entrada del tabernáculo. Su presencia también se menciona en 1 Samuel 2:22. No dice cuál era exactamente el servicio que hacían. Quizá se dedicaban a una vida de oración y de ayuno, como se nos dice más adelante en la historia de Ana en los días de Cristo (Lucas 2:36,37). Quizá eran mujeres que se consagraban a una vida de virginidad para servir al Señor con oración y ayunos, como algunos suponen que fue el caso de la hija de Jefté, descrito en Jueces 11:39. La Biblia no nos da ningún detalle sobre este asunto.

En cuanto al arca del testimonio, el objeto de mayor importancia en el tabernáculo, se dice que Bezaleel, el arquitecto principal del proyecto, se hizo cargo personalmente de su construcción. Éxodo 37:1-9 lo explica.

En los versículos 21 a 31 del capítulo 38, se da la suma del peso del oro, plata y bronce que se usó en la construcción del tabernáculo. Se supone que el peso del oro fue un poco más de una tonelada, el de la plata un poco más de tres toneladas y tres cuartos, y el peso del bronce de más o menos dos toneladas y

media. Con el valor del oro hoy en día, el valor total del tabernáculo es casi imposible de imaginar. Aun en aquella época era un valor muy considerable. La plata que se menciona incluye solamente la recolectada como dinero de rescate o reconciliación. Para recoger este dinero fueron contados todos los varones de veinte años de edad o más. Su número era de 603.550, el mismo número que encontramos en el censo de Números 1:46.

ÉXODO 39

El efod

Éxodo 39:1-7

¹ De azul, púrpura y carmesí hicieron las vestiduras del ministerio para el servicio en el santuario, y asimismo hicieron las vestiduras sagradas para Aarón, como Jehová lo había mandado a Moisés.

² El efod también lo hizo de oro, de azul, púrpura, carmesí y lino torcido. ³ Forjaron láminas de oro y las cortaron en hilos para tejerlos entre el azul, la púrpura, el carmesí y el lino, con labor primorosa. ⁴ Le hicieron las hombreras que se unían en sus dos extremos. ⁵ El cinto que sujetaba el efod formaba una sola pieza con él y era de lo mismo, de igual labor: era de oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido, como Jehová lo había mandado a Moisés.

⁶ Labraron las piedras de ónice montadas en engastes de oro, con grabaduras de sello, con los nombres de los hijos de Israel; ⁷ las puso sobre las hombreras del efod, como piedras memoriales para los hijos de Israel, según Jehová lo había mandado a Moisés.

El pectoral

Éxodo 39:8-21

⁸ Hizo también el pectoral de obra primorosa, como la obra del efod, de oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido.

⁹ Era cuadrado y doble. Su largo era de un palmo, y de un palmo su ancho, cuando se doblaba. ¹⁰ Engastaron en él cuatro hileras de piedras. En la primera hilera un sardio, un topacio y un carbunco; ésta era la primera hilera. ¹¹ En la segunda hilera, una esmeralda, un zafiro y un diamante. ¹² En la tercera hilera, un jacinto, una ágata y una amatista. ¹³ En la cuarta hilera, un berilo, un ónice y un jaspe. Todas ellas estaban montadas y encajadas en engastes de oro. ¹⁴ Las piedras eran doce, conforme a los nombres de los hijos de Israel, según los nombres de ellos; como grabaduras de sello, cada una con su nombre, según las doce tribus.

¹⁵ Hicieron también sobre el pectoral los cordones en forma de trenza, de oro puro. ¹⁶ Hicieron asimismo dos engastes y dos argollas de oro y pusieron dos argollas de oro en los dos extremos del pectoral, ¹⁷ y fijaron los dos cordones de oro en aquellas dos argollas a los extremos del pectoral. ¹⁸ Fijaron también los otros dos extremos de los dos cordones de oro en los dos engastes que pusieron sobre las hombreras del efod por delante. ¹⁹ E hicieron otras dos argollas de oro que pusieron en los dos extremos del pectoral, en su borde, frente a la parte baja del efod. ²⁰ Hicieron además dos argollas de oro que pusieron en la parte delantera de las dos hombreras del efod, hacia abajo, cerca de la costura, sobre el cinto del efod. ²¹ Y ataron el pectoral por sus argollas a las argollas del efod con un cordón de azul, para que estuviera sobre el cinto del mismo efod y no se separara el pectoral del efod, tal como Jehová lo había mandado a Moisés.

El manto

Éxodo 39:22-26

²² Hizo también el manto del efod todo tejido de azul, ²³ con una abertura en el centro, como el cuello de un coselete, con un borde alrededor de la abertura, para que no se rompiera. ²⁴ E hicieron en las orillas del manto granadas de azul, púrpura, carmesí y lino torcido. ²⁵ Hicieron también

campanillas de oro puro, y pusieron campanillas entre las granadas en todas las orillas del manto, alternando entre las granadas; ²⁶ una campanilla y una granada, otra campanilla y otra granada en las orillas del manto, que se usaba para ministrar, como Jehová lo había mandado a Moisés.

Vestiduras sacerdotales

Éxodo 39:27-43

²⁷ Igualmente hicieron las túnicas, tejidas de lino fino, para Aarón y sus hijos; ²⁸ la mitra de lino fino, los adornos de las tiaras de lino fino y los calzoncillos de lino, de lino torcido; ²⁹ también el cinto de lino torcido, de azul, púrpura y carmesí, de obra de recamador, como Jehová lo mandó a Moisés.

³⁰ Hicieron asimismo la lámina de la diadema santa de oro puro, y escribieron en ella como grabado de sello: «SANTIDAD A Jehová.» ³¹ Y pusieron en ella un cordón de azul, para colocarla sobre la mitra, por arriba, como Jehová lo había mandado a Moisés.

³² Así fue acabada toda la obra del Tabernáculo, del Tabernáculo de reunión; e hicieron los hijos de Israel como Jehová había mandado a Moisés; así lo hicieron. ³³ Y trajeron el Tabernáculo a Moisés, el Tabernáculo y todos sus utensilios; sus corchetes, sus tablas, sus barras, sus columnas, sus basas; ³⁴ la cubierta de pieles de carnero teñidas de rojo, la cubierta de pieles finas, el velo del frente; ³⁵ el Arca del testimonio y sus varas, el propiciatorio; ³⁶ la mesa, todos sus vasos, el pan de la proposición; ³⁷ el candelabro de oro puro, sus lámparas, las lámparas que debían mantenerse en orden y todos sus utensilios, el aceite para el alumbrado; ³⁸ el altar de oro, el aceite de la unción, el incienso aromático, la cortina para la entrada del Tabernáculo; ³⁹ el altar de bronce con su enrejado de bronce, sus varas y todos sus utensilios, la fuente y su base; ⁴⁰ las cortinas del atrio, sus columnas y sus basas, la cortina para

la entrada del atrio, sus cuerdas y sus estacas, y todos los utensilios del servicio del Tabernáculo, del Tabernáculo de reunión; ⁴¹ las vestiduras del servicio para ministrar en el santuario, las sagradas vestiduras para Aarón, el sacerdote, y las vestiduras de sus hijos, para ministrar en el sacerdocio.

⁴² Conforme a todas las cosas que Jehová había mandado a Moisés, así hicieron los hijos de Israel toda la obra.

⁴³ Cuando Moisés vio toda la obra, y que la habían hecho como Jehová había mandado, los bendijo.

En este capítulo se mencionan otra vez varias piezas de las vestiduras de los sacerdotes, tal como se hicieron conforme a las instrucciones del Señor. La frase “como Jehová había mandado a Moisés” se repite nueve veces en este capítulo. Todo se hizo exactamente como el Señor les había especificado.

Cuando terminaron toda la obra de preparar el material para el tabernáculo y para las vestiduras, Moisés revisó todo cuidadosamente. Quedó satisfecho con lo que vio, y bendijo al pueblo por su fiel trabajo.

Ahora todo estaba listo para establecer el tabernáculo y empezar a utilizarlo.

ÉXODO 40

“Levanta el tabernáculo”

Éxodo 40:1-16

¹ Luego Jehová habló a Moisés y le dijo:

² «En el primer día del mes primero harás levantar el Tabernáculo, el Tabernáculo de reunión; ³ pondrás en él el Arca del testimonio y la cubrirás con el velo. ⁴ Meterás la mesa y la pondrás en orden; meterás también el candelabro y encenderás sus lámparas. ⁵ Pondrás el altar de oro para el incienso delante del Arca del testimonio y colgarás la cortina a la entrada, delante del Tabernáculo. ⁶ Después pondrás el

altar del holocausto ante la entrada del Tabernáculo, del Tabernáculo de reunión. ⁷ Luego pondrás la fuente entre el Tabernáculo de reunión y el altar, y la llenarás de agua. ⁸ Finalmente, alrededor levantarás el atrio y colgarás la cortina a la entrada del atrio.

⁹»Después tomarás el aceite de la unción, ungirás el Tabernáculo y todo lo que está en él; lo santificarás con todos sus utensilios, y será santo. ¹⁰ Ungirás también el altar del holocausto y todos sus utensilios; santificarás el altar, y será un altar santísimo. ¹¹ Asimismo ungirás la fuente y su base, y la santificarás.

¹²»Luego llevarás a Aarón y a sus hijos a la puerta del Tabernáculo de reunión, y los lavarás con agua. ¹³ Harás vestir a Aarón las vestiduras sagradas, lo ungirás y lo consagrarás, para que sea mi sacerdote. ¹⁴ Después harás que se acerquen sus hijos, y los vestirás con túnicas; ¹⁵ los ungirás como ungiste a su padre, y serán mis sacerdotes. Su unción les conferirá un sacerdocio perpetuo a lo largo de sus generaciones.»

¹⁶ Moisés hizo conforme a todo lo que Jehová le mandó. Así lo hizo.

“Harás levantar el Tabernáculo”, le dijo el Señor a Moisés. Los trabajadores habían terminado su tarea; todo estaba listo. Esta orden del Señor fue dada “en el primer día del mes primero”. En el versículo 17 de este mismo capítulo se nos dice que esto ocurrió “en el primer mes del segundo año, el día primero del mes”.

Recordamos que los israelitas empezaban su año de acuerdo a las instrucciones del Señor, con la fiesta de la Pascua. De acuerdo con nuestro calendario anual, eso ocurrió el mes de abril. Los israelitas llegaron al monte Sinaí “al tercer mes” después de haber salido de Egipto. Sabemos que Moisés en dos ocasiones estuvo cuarenta días en el monte Sinaí. Transcurrió algún tiempo en los preparativos para entregar la ley así como también entre la primera y segunda estadía de Moisés en el monte, debido a que los

israelitas adoraron al becerro de oro. A partir de todo esto podemos calcular que los israelitas emplearon cerca de medio año para preparar los detalles del tabernáculo y su contenido, conforme a las instrucciones del Señor.

Después de haber puesto los varios artículos en su lugar, según el mandato del Señor, éstos fueron ungidos con aceite para consagrarlos, es decir, apartarlos para el servicio del Señor. La unción con aceite significaba que estas cosas estaban apartadas para el uso exclusivo del Dios santo y para la adoración de su santo nombre.

En Éxodo 40:12-15, se nos dice que Aarón y sus hijos también fueron ungidos con aceite para el servicio del Señor. De acuerdo con Levítico 8, la consagración de los sacerdotes debió haber tenido lugar algún tiempo después de que el Señor le había dado a Moisés las instrucciones para los varios sacrificios que los sacerdotes habrían de ofrecer en los servicios del tabernáculo.

Una vez que todos los materiales para el tabernáculo ya estaban listos, la erección del tabernáculo mismo no era muy difícil. El Señor lo había mandado hacer como una estructura portátil para que se pudiera armar y desarmar mientras viajaban de un lugar a otro como vemos en los siguientes versículos.

Se erige el tabernáculo

Éxodo 40:17-33

¹⁷ En el primer mes del año segundo, el día primero del mes, fue erigido el Tabernáculo. ¹⁸ Moisés hizo levantar el Tabernáculo, asentó sus basas, colocó sus tablas, puso sus barras e hizo alzar sus columnas. ¹⁹ Levantó la tienda sobre el Tabernáculo y puso la sobrecubierta encima del mismo, como Jehová había mandado a Moisés.

²⁰ Después tomó el Testimonio y lo puso dentro del Arca; colocó las varas en el Arca, y encima, sobre el Arca, el propiciatorio. ²¹ Luego metió el Arca en el Tabernáculo, puso el velo extendido y ocultó el Arca del testimonio, como Jehová había mandado a Moisés. ²² Puso la mesa en el

Tabernáculo de reunión, al lado norte de la cortina, fuera del velo,²³ y sobre ella puso por orden los panes delante de Jehová, como Jehová había mandado a Moisés.

²⁴ Puso el candelabro en el Tabernáculo de reunión, enfrente de la mesa, al lado sur de la cortina,²⁵ y encendió las lámparas delante de Jehová, como Jehová había mandado a Moisés.

²⁶ Puso también el altar de oro en el Tabernáculo de reunión, delante del velo,²⁷ y quemó sobre él incienso aromático, como Jehová había mandado a Moisés.

²⁸ Puso asimismo la cortina a la entrada del Tabernáculo.²⁹ Y colocó el altar del holocausto a la entrada del Tabernáculo, del Tabernáculo de reunión, y sacrificó sobre él el holocausto y la ofrenda, como Jehová había mandado a Moisés.

³⁰ Puso la fuente entre el Tabernáculo de reunión y el altar, y la llenó de agua para lavarse.³¹ Moisés, Aarón y sus hijos se lavaban en ella las manos y los pies.³² Cuando entraban en el Tabernáculo de reunión, y cuando se acercaban al altar, se lavaban, como Jehová había mandado a Moisés.

³³ Finalmente erigió el atrio alrededor del Tabernáculo y del altar, y puso la cortina a la entrada del atrio. Así acabó Moisés la obra.

Se nos dice, paso a paso, la manera en que se debían armar las piezas del tabernáculo, y dónde se debían poner las varias piezas del tabernáculo.

El Arca del pacto, con sus varas en su lugar, fue puesta detrás de la cortina en el lugar santísimo. *La mesa de los panes de la presencia* estaba ubicada en el lado norte del lugar santo, y *el candelabro de oro* en el lado sur del lugar santo. (La entrada al tabernáculo, como hemos dicho anteriormente, estaba orientada hacia el oriente.) El *altar de oro del incienso* también estaba en el

lugar santo, frente a la cortina que separaba el lugar santo del lugar santísimo.

El *altar del holocausto* estaba en el atrio hacia la entrada del lado este, con la *fuelle* (para que los sacerdotes se lavaran) entre el altar del holocausto y la entrada al tabernáculo.

Todo fue dispuesto para que el Señor lo aprobara. Y esto le fue indicado al pueblo de una forma efectiva y poco común, tal como lo dicen los últimos versículos del capítulo 40.

La gloria de Jehová

Éxodo 40:34-38

³⁴ Entonces una nube cubrió el Tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el Tabernáculo. ³⁵ Moisés no podía entrar en el Tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba.

³⁶ En todas sus jornadas, cuando la nube se alzaba de encima del Tabernáculo, los hijos de Israel se ponían en marcha; ³⁷ pero si la nube no se alzaba, no se movían hasta el día en que ella se alzaba, ³⁸ porque la nube de Jehová estaba de día sobre el Tabernáculo, y el fuego estaba de noche sobre él, a la vista de toda la casa de Israel. Así ocurría en todas sus jornadas.

En estos versículos finales del libro del Éxodo, se nos habla de dos clases de nube; ambas han sido descritas anteriormente. Un tipo fue la nube que se les apareció a los israelitas cuando iniciaron la salida de Egipto. Así “Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarlos, a fin de que anduvieran de día y de noche” (13:21). Dondequiera que los israelitas acampaban, la nube estaba sobre el lugar del campamento. No deshacían el campamento ni continuaban su viaje hasta que la nube se levantaba para guiarlos en su camino. Este método de la guía de Dios se describe de una manera más detallada en Números

9:15-23, cuando Israel partió del campamento localizado en el monte Sinaí. Dondequiera que se erigía el tabernáculo, la nube lo cubría. De noche tenía la apariencia de fuego. Esa nube no cesó de guiarlos hasta que finalmente alcanzaron la tierra prometida de Canaán.

La otra nube que se menciona en estos versículos finales es distinta de la nube que estaba sobre el tabernáculo. Esta nube llenaba el tabernáculo mismo, de forma que ni Moisés podía entrar a este lugar. A esta nube aquí se le llama “la gloria de Jehová”. Esta expresión la hemos oído varias veces en este libro del Éxodo. Recordamos que en ocasiones estaba asociada con el fuego o como una demostración de la bondad de Dios. Siempre indicaba alguna revelación especial de la misericordia y gracia del Señor hacia su pueblo. Aquí “la gloria de Jehová” en la forma de una nube que llenaba el tabernáculo era para mostrarles a los israelitas que el Señor verdaderamente había aceptado este lugar como su morada. El Señor le reveló más tarde su presencia salvadora a su pueblo en la misma forma durante la dedicación del templo de Jerusalén, que se describe en 1 Reyes 8:10,11.

El libro de Éxodo ciertamente termina en una forma muy adecuada con esta visible demostración final de la gloria de Jehová. Recordemos algunas de las apariciones anteriores de la gloria de Jehová. En los primeros capítulos de este libro, la gloria de Jehová se le apareció a Moisés en una zarza ardiente y le llamó para que condujera a los israelitas a la tierra prometida. En el Mar Rojo el Señor le dijo a Moisés: “Seré glorificado en el faraón y en todo su ejército” (14:4). En esa ocasión el Señor rescató milagrosamente a su pueblo, permitiéndoles pasar sobre tierra seca por en medio del mar, y destruyó al ejército del faraón. En el Desierto de Sin, el Señor le dijo a su pueblo: “Por la mañana veréis la gloria de Jehová” (16:7), y en la mañana siguiente, cuando apareció una nube brillante, ellos vieron la gloria de Jehová mientras él prometió carne (codorniz) en la tarde y pan (maná) en la mañana. La gloria de Jehová fue revelada en monte Sinaí cuando el Señor hizo el pacto con su pueblo por medio de su ley.

Además, la gloria de Jehová descendió sobre el monte Sinaí en la forma de una nube cuando se confirmó el pacto. Después de que Israel pecó al adorar al becerro de oro, el Señor se reveló a él mismo a Moisés, y le mostró su gloria proclamándole su nombre Jehová, el Dios de compasión y de gracia, el Dios que al mismo tiempo no iba a dejar que los culpables quedaran sin castigo. El rostro de Moisés reflejó la gloria de Jehová cuando bajó de la montaña después que el pacto del Señor con Israel ya había sido ratificado.

Ahora, después de que el tabernáculo ya había sido erigido, la gloria de Jehová llenó el tabernáculo para dejar que su pueblo supiera que ahí podría encontrar la seguridad del perdón de sus pecados y compañerismo con el Dios de su salvación. Ahí podrían llevar sus ofrendas como expiación por los pecados; ahí también, con sus ofrendas, le podrían demostrar la devoción como su reino de sacerdotes y pueblo santo. En ese lugar, podrían llevar alabanzas y acción de gracias a su nombre, y encontrar compañerismo con su Dios de gracia. Ahí podrían traer sus oraciones hasta su trono de gracia donde él moró entre ellos como su Dios, y donde ellos eran su pueblo.

¡No podía haber mejor manera de terminar el libro del Éxodo que ésta! Verdaderamente Jehová les había probado que él era el Señor del pacto. Él los sacó de Egipto. Estableció su pacto con ellos en el monte Sinaí. Les dio el lugar del pacto, el tabernáculo, como su misma morada. El pueblo ahora estaba preparado para seguir el viaje hacia la tierra prometida de Canaán. ¡Esta es la historia de la salvación!

Al terminar nuestro estudio del libro de Éxodo, quedamos con esta impresión del tabernáculo en el desierto, donde el Señor consideró apropiado llenar ese lugar sagrado del pacto con su gloria.

Con base en las Escrituras del Nuevo Testamento, sabemos que el tabernáculo con todas sus bendiciones para el pueblo de Dios en los tiempos del Antiguo Testamento fue una “figura y sombra de las cosas celestiales” (Hebreos 8:5). Mediante el

tabernáculo, Dios demostró su presencia entre su pueblo, fortaleciéndolos en el viaje hacia la tierra prometida de Canaán. Ahí iba a cumplir el pacto que hizo con Abraham, Isaac, y Jacob; un pacto centrado en la promesa del Salvador para toda la humanidad. Hasta que este Salvador viniera, el pueblo de Dios del Antiguo Testamento estaría “bajo la ley”, es decir, bajo la relación de pacto establecida en el monte Sinaí. Ellos iban a ser como niños inmaduros, que tenían necesidad de disciplina, tutores y administradores, como nos lo dice Gálatas 4:1-3. Se nota este hecho especialmente en todas las leyes ceremoniales y reglamentos que el Señor le dio a su pueblo como parte del pacto de Sinaí.

“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo”, como nos dice Pablo en Gálatas 4:4, “nacido de mujer y nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos”. Cuando Jesús, el Hijo de Dios, vino, el moró (hizo su tabernáculo) entre nosotros. Él fue el Verbo eterno que se hizo carne. “En [Cristo] habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad”, dice Pablo en Colosenses 2:9.

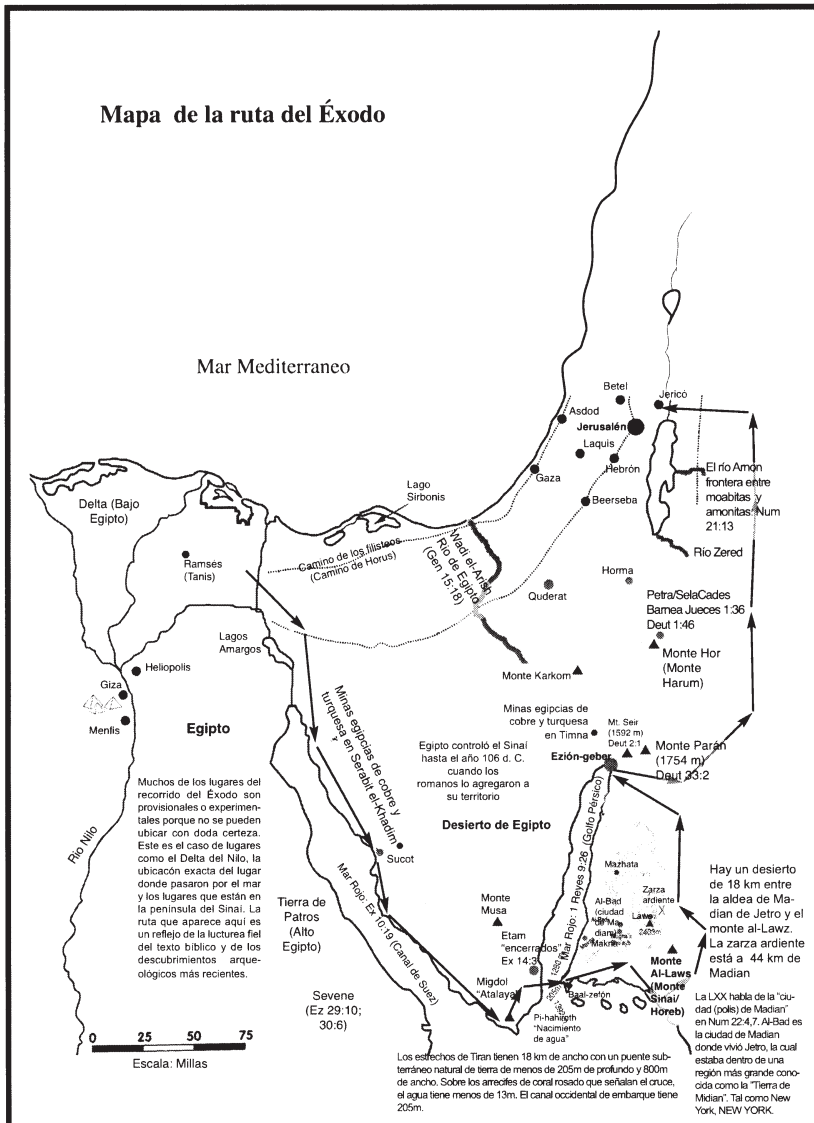
El verdadero Dios, no sólo moró personalmente entre los habitantes de la tierra, sino que llegó a ser el sustituto de la humanidad pecadora. Tomó el lugar de todo el pueblo bajo la ley, y cumplió todas sus exigencias a la perfección. Sufrió y murió, como un sacrificio por los pecados del mundo. Cuando Cristo murió, el velo del templo de Jerusalén que separaba el lugar santo del lugar santísimo, se rasgó de “de arriba abajo” (Mateo 27:51). Como nuestro gran Sumo Sacerdote entró “por otro más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación” (Hebreos 9:11). Este “más amplio y más perfecto tabernáculo” es nuestro hogar celestial, que Cristo compró y obtuvo para nosotros “por su propia sangre... habiendo obtenido eterna redención” (versículo 12).

Así como Israel viajó hacia la tierra prometida de Canaán, nosotros también estamos en camino hacia el hogar eterno de nuestro Padre celestial, el tabernáculo de Dios que está con los hombres, donde seremos su pueblo y él será nuestro Dios, donde las primeras cosas ya pasaron. Es nuestra meta, el fin de nuestra peregrinación.

Muchas veces actuamos en este viaje como actuaron los israelitas de los tiempos antiguos. No apreciamos las bendiciones de Dios, así como Israel despreció a Dios en Mara, en el desierto de Sin y en Refidim. Sin embargo, el Señor misericordioso provee abundantemente todo lo que necesitamos tal como dio maná del cielo y el agua de la roca a su antigua Israel. Muchas veces andamos temerosos, como Israel ante el Mar Rojo. Sin embargo, el Señor con su poder majestuoso nos guía con su mano derecha así como guió a Israel seguramente a través del mar, antes que las poderosas aguas cubrieran al enemigo. Con frecuencia estamos tentados a rebelarnos contra Dios como lo hizo Israel cuando el pueblo adoró el becerro de oro. Sin embargo, por causa de la intercesión de Cristo, Dios nos concede el tiempo para volver en nosotros mismos y arrepentirnos, tal como el Señor perdonó a Israel después de la intercesión de Moisés por ellos y los guió al arrepentimiento. Lo hizo por su gracia renovando su pacto con este pueblo terco.

Bajo la dirección de Dios, oramos para que nuestro camino también nos lleve de la gracia a la gloria, y para que nuestra peregrinación terrenal termine en la seguridad de la tierra prometida de arriba. ¡Oramos para que nuestros estudios del libro de Éxodo hayan fortalecido esta esperanza en nosotros!

Mapa de la ruta del Éxodo



Mapa del Éxodo

La BIBLIA Popular

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSIS	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSIS	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Éxodo es el segundo libro escrito por Moisés, el gran líder de Dios. El título del libro significa "el camino de salida". Éxodo registra la salida del pueblo de Dios de su esclavitud en Egipto y el comienzo de su viaje a la Tierra Prometida. En tercer mes de ese viaje, Moisés y el pueblo llegaron al Monte Sinaí, donde Dios les dio su ley.



Northwestern
Publishing House
Milwaukee, Wisconsin
www.wels.net/nph

38-5000

ISBN 0-8100-0318-X